P. RÉGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.
PROFESOR DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DEL ANGÉLICO DE ROMA

LA PROVIDENCIA
Y
LA CONFIANZA EN DIOS

FIDELIDAD Y ABANDONO

TRADUCIDO POR EL
P. JORGE DE RIEZU,
O. F. M. CAP.

Cumpliendo en lo posible la voluntad significada de Dios, resignémonos por lo demás en el divino beneplácito.
Esta sencilla oración: Dios mío me entrego a Vos, *encierra la humildad, la fe, la confianza y el amor.*

SEGUNDA EDICIÓN

DEDEBEC
EDICIONES DESCLÉE, DE BROUWER
BUENOS AIRES

Nihil Obstat
Fr. Elias a Labiano, O. F. M. Cap.
Censor deputatus
Fr. Francisco Sciamarello, O. F. M.
La Plata, 13 de octubre de 1942

Imprimátur
Buenos Aires, 15 de septiembre de 1942
Fr. Pius de Orikain
Vice Comm. Prov.
La Plata, 14 de octubre de 1942
Luis A. Borla, *Vicario General*

PRITED IN ARGENTINE

Única traducción castellana autorizada del original francés,
La Providence et la Confiance en Dieu

SANCTAE DEI GENITRICI

MATRI DIVINAE GRATIAE

IN SIGNUM GRATITUDINIS ET FILIALIS OBEDIENTIAE

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Conocido es del espiritualismo argentino el P. Reginaldo Garrigou-Lagrange, prestigio de la Orden Dominicana de Francia y figura sobresaliente de la escuela tomista contemporánea. Los doctos le conocen desde el año 1904, cuando en Revue Thomiste *inició el joven teólogo su carrera literaria con un ensayo que lleva por título:* Note sur la preuve de Dieu par les dégrés des êtres chez saint Thomas [1]. *Y le conocimos todos en ocasión de la visita que hiciera en 1938 a la capital de nuestra República por iniciativa de los Cursos de Cultura Católica, con la colaboración del Centro de Estudios Religiosos* [2].

El mismo año la Editorial Gladium *publicó una de las obras del P. Garrigou-Lagrange:* El amor de Dios y la Mortificación, *que tradujo el Pbro. Dr. Octavio Nicolás Derisi y realzó con un bello prólogo, donde con tanta maestría como brevedad dibuja la personalidad filosófico-teológica del autor.*

[1] *La revista* Angelicum *del Colegio Angélico de Roma, con motivo del 60º aniversario del natalicio de su ilustre Vicerrector, P. Reginaldo Garrigou-Lagrange, publicó un número extraordinario donde puede verse un ensayo bibliográfico de las publicaciones del ilustre Profesor de Teología, clasificadas por orden cronológico y de materias, que en aquel entonces llegaban a 280.*

[2] *Dos conferencias pronunció ante numeroso auditorio:*

I. — La sainteté chrétienne.
II. — L'expérience mystique.

En la misma ocasión dirigió en la Basílica del Santísimo Sacramento un retiro espiritual, que fué muy concurrido.

Ya anteriormente, el año 1936, la Editorial Poliglota *de Barcelona había publicado otro libro del autor:* Las tres Vías y las tres Conversiones, *traducido por el P. Cándido Fernández, también de la Orden de Santo Domingo, y avalorado por un enjundioso prólogo del mismo, donde se analiza la obra teológica del insigne dominicano.*

Quedamos, pues, en que el P. Reginaldo Garrigou-Lagrange es harto conocido de los lectores que emprenden la lectura de esta nueva obra que hoy aparece vertida al castellano, y en que no ha menester que nadie le presente.

Con todo, en interés de los lectores que toman en sus manos este libro, bien será decir algo que contribuya a vencer la inercia que al espíritu ofrece todo lo nuevo.

*

De los libros del autor, pocos tan interesante como éste, y a la vez tan asequibles a las capacidades medias. Ya el título es de suyo altamente sugestivo y anuncia temas de vitalidad íntima y de interés práctico extraordinario: La Providencia y la Confianza en Dios. Fidelidad y Abandono. *Pero les presta singular realce la manera como los trata el autor. Ante todo no se ventilan aquí cuestiones de escuela, ni mucho menos asuntos de polémica teológica. Quizá acertáramos diciendo que, en conjunto, la obra es de vulgarización teológica. Mas no se vaya a creer que se asemeje a ciertas obras donde se exponen cuestiones importantes del dogma cristiano, pero sin declarar la conexión que guardan con los principios de la Teología, o a alguno de esos manuales de meditación que se pierden en consideraciones y argumentos, pero que dejan de lado, por sabidos, los problemas fundamentales; por donde sucede muchas veces que las inteligencias quedan privadas de la luz y los corazones del calor que brotan del foco de la Verdad y Bondad supremas. El libro se escribió, dice en el* Preámbulo *el autor, para realzar el carácter absoluto y soberanamente confortador de la verdad*

revelada; y todo en él tiende a formar el espíritu, y no a mostrar erudición.

Para asentar en sólida base la doctrina que trata de exponer, dedica el autor la Primera Parte *del libro a la existencia de Dios. ¿A demostrar la existencia de Dios?, preguntará alguno con asombro, a semejanza de San Francisco de Asís, que se maravillaba de que en las clases de Filosofía que frecuentaban sus frailes se tratasen asuntos tan evidentes y sabidos. Pronto advierte el lector avisado que el sabio teólogo le va poco a poco iniciando en los principios filosóficos necesarios para penetrar en el fondo de la cuestión. En esos primeros capítulos se analizan los principios evidentes y de sentido común que nos ponen de manifiesto la* necesidad *del primer Ser y la total dependencia de la criatura respecto del Creador. Es la parte difícil del libro para el lector poco habituado a la abstracción y al discurso filosófico. Mas no se arredre, pensando que tiene ante sus ojos el libro de los siete sellos, o que el maná escondido en las páginas del mismo no esté hecho para su paladar. Es tan sencilla, clara y precisa la argumentación, que se la sigue con leve esfuerzo. No pensó, ciertamente, en los doctos el autor al escribir estas páginas, sino en los poco avezados a las disquisiciones de Filosofía, Teología y Mística. De ahí otra cualidad de la obra: la ausencia casi completa del tecnicismo escolástico y de términos difíciles, sin que por ello sufran menoscabo la precisión y la exactitud de las ideas*[1].

Es, además, propio del P. Garrigou-Lagrange insistir en los principios filosóficos y teológicos, poniendo de manifiesto su virtualidad y extrayendo el contenido que encierran. Ello conduce, sin duda, a repeticiones frecuentes; pero, como dice el mismo autor en una de sus obras[2] *—y lo que allí dice se puede aplicar a nuestro libro y a toda la*

1 *Para facilitar a los principiantes la lectura del libro, damos al final un índice de las palabras que por su sentido filosófico o teológico puedan ofrecer alguna dificultad.*

2 Les trois Ages de la Vie Intérieure, Avant-propos, XVIII.

obra literaria del ilustre teólogo—, "quienes por cima de las opiniones contingentes, que pueden estar en boga durante algunos años, buscan ciencia teológica, saben que ésta es sabiduría; *la cual no consiste tanto en deducir conclusiones nuevas como en reducirlas todas ellas, pocas o muchas, a los mismos principios superiores, como las aristas de una pirámide al vértice común. Por donde el recurrir para todo al principio más elevado de la síntesis no se debe llamar repetición; porque es como un acercarse a la contemplación circular, que, como dice Santo Tomás (IIª - IIæ, q. 180, a. 6), viene siempre a parar en la misma. Verdad eminente, para extraer de ella todas las virtualidades, y se asemeja al ave que describe en su vuelo muchas veces el mismo círculo en torno del mismo punto. Este centro y aquel vértice de la pirámide son como el instante único de la eternidad inmóvil, que corresponde a todos los instantes sucesivos del tiempo que pasa. Se nos perdonará que de este punto de mira hayamos repetido con insistencia los mismos* leitmotifs, *que constituyen el encanto, la unidad y la grandeza de la Teología espiritual".*

Particularmente en el presente libro, no sólo insiste el autor en los principios, sino que repite en distintos lugares los mismos argumentos, ya con idénticas palabras, ya en cifra y resumen, haciendo hincapié en los conceptos esenciales anteriormente declarados y recapitulando la doctrina expuesta; de tal suerte que al cabo de la lectura las ideas y conclusiones importantes, y aun las fórmulas más notables y primorosas, se graban profundamente y producen en el alma resonancias por extremo gratas y saludables.

Sobre la base metafísica del valor ontológico y trascendente de los primeros principios, a cuya evidencia natural todos podemos recurrir con sólo no violentar la inclinación de nuestro espíritu, se puede establecer con todo rigor la demostración de la existencia de Dios y llegar a la noción de Ser subsistente, *de donde se deducen uno tras otro los atributos divinos. Y así como en el orden onto-*

lógico es Dios la causa primera, el fin último y la razón de ser de toda realidad, así también es Dios el punto central de toda la obra doctrinal de nuestro insigne teólogo, que es entre los contemporáneos quien más ha profundizado este tema, tanto en el aspecto filosófico como en el teológico.

Complétase la noción de Dios en la Segunda Parte, *donde se estudian de una manera sencilla, clara y amena los principales atributos divinos, aquellos cuyo conocimiento es necesario para adquirir el concepto de la* Providencia.

Una idea nueva y profunda, que por extensa ha desarrollado en otro de sus libros [1], *tiene cabida en el capítulo de la Incomprensibilidad divina y nos dispone para el estudio del pavoroso problema de la predestinación, que se estudia más adelante: La trascendencia misma de las verdades sobrenaturales y la flaqueza de nuestros débiles ojos, que no están hechos para luminosidades demasiado intensas, esparcen tinieblas en torno de los grandes misterios; mas estas tinieblas no son impenetrables, antes bien están atravesadas por haces luminosos que provienen del objeto que en sí es luminoso y sólo es oscuro para nosotros. Tal acontece con el problema de* la perseverancia *o de* la buena muerte, *que se estudia en el tercer capítulo de la* Quinta Parte. *Para comprender cómo por una parte Dios ama a unos más que a otros y por otra, nunca impone cosas imposibles de cumplir, sería preciso entender cómo en la Deidad se concilian la infinita Misericordia, la infinita Justicia y la soberana Libertad; sería preciso poseer la visión inmediata de la esencia divina.*

Nada tan a propósito para declarar la divina Providencia y despertar la confianza en Dios como la doctrina bíblica que el P. Garrigou-Lagrange aduce en la Tercera Parte, *la cual se cierra con un capítulo notable sobre el valor de la oración. Para concedernos lo que le pedimos, Dios no*

[1] Le sens du mystère et le clair-obscur intellectuel.

necesita trastornar el curso de las leyes naturales ni modificar aquel acto creador único, por el cual las cosas fueron hechas y determinadas en número, peso y medida. Él es harto poderoso para que dentro de su acto creador y de su Providencia tengan cabida tanto la inmutabilidad de las leyes como la libertad del hombre y la oración, que parecen aspirar a torcer el curso del mundo.

Habituado el lector al estilo y al discurso del autor en las tres primeras partes, provisto además de los conocimientos básicos necesarios, fácil le es recorrer los capítulos de las dos restantes, donde se encierra la mayor parte de la doctrina espiritual de la obra. Nada, pues, diré de estos capítulos, que el lector lee con facilidad, gusto y aprovechamiento. Sólo quiero llamar la atención acerca de un punto: el de la perfección cristiana, que ocupa el último lugar de la Cuarta Parte. *Para el autor, toda la sabiduría cristiana está subordinada a la contemplación infusa de los misterios de la fe, término normal de todas las almas interiores y preludio de la visión beatífica. A nadie se excluye del llamamiento —remoto y suficiente— a la contemplación infusa. No es nueva esta doctrina, antes bien la profesaron los grandes místicos de las escuelas carmelita y dominicana; pero al P. Garrigou-Lagrange cabe el mérito de haber demostrado que está contenida en la tesis tradicional de la vocación de todas las almas cristianas a la perfección de la caridad.*

*

De la traducción que ofrezco sólo diré que he procurado lo primero respetar escrupulosamente el sentido del original, traduciendo a veces literalmente, cuando el rigor teológico o la sutileza de algún pensamiento reclamaban mayor diligencia y responsabilidad. No menor ha sido el cuidado por conservar en la versión la claridad que distingue al ilustre teólogo dominicano. Dentro de estas dos condiciones, he tenido por norma dar la versión en lengua castellana, y no sólo con palabras castellanas.

A los lectores deseo aquella paz que un amigo mío suele buscar y encuentra en los capítulos de La Providencia y la Confianza en Dios, *cuando las tribulaciones y contrariedades de la vida le alteran el sosiego y la calma que de ordinario son sus dulces acompañantes.*

P. Jorge de Riezu,
O. F. M. Cap.

Euskal-Echea, 22 de diciembre de 1942.

PREÁMBULO

Habiendo en otro lugar tratado especulativamente de Dios[1] y de la Providencia[2], volvemos a considerar aquí estas importantes cuestiones mirándolas por el lado de la vida espiritual. Dios, en efecto, y las divinas perfecciones, en particular la bondad, la sabiduría y la providencia, son el objeto primero de la contemplación; la cual debe ser la guía superior de nuestras acciones y de nuestros pasos hacia la eternidad.

Así orientado este nuevo estudio, lo hemos dividido en cinco partes, de las cuales la 1ª trata de la existencia de Dios y de la Providencia; la 2ª, de las perfecciones divinas que presupone la Providencia; la 3ª, de la Providencia en el Antiguo y en el Nuevo Testamento; la 4ª, del abandono en la Providencia y la 5ª, de las relaciones de la Providencia con la Justicia y la Misericordia.

Quiera el cielo que estas páginas contribuyan a ilustrar el entendimiento de los lectores acerca de la infinita grandeza de Dios y del valor absoluto de lo único necesario: el fin último y la santificación. Fueron escritas con el especial objeto de insistir en el carácter absoluto y soberanamente confortador de la verdad revelada por Jesucristo y con infalibilidad propuesta por la Iglesia. Las

1 *Dieu, son existence et sa nature*, 5e édition, Beauchesne, Paris, gd in-8º, 800 pp.

2 *Dictionnaire de Théologie catholique*, artículos: *Providence*, *Prédestination*, *Prémotion*.

almas desfallecen en la inestabilidad perpetua de lo relativo; necesitan de lo Absoluto, que sólo en el Evangelio viviente pueden hallar, en el Evangelio confiado por Jesucristo a la Iglesia, conservado, enseñado y declarado por ella y vivido por sus mejores hijos.

PRIMERA PARTE

EXISTENCIA DE DIOS Y DE LA PROVIDENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

DIOS, PRIMER MOTOR DE LOS CUERPOS Y DE LOS ESPÍRITUS

"*In ipso vivimus, movemur et sumus.*" *Act.* 17, 28. En Dios tenemos la vida, el movimiento y el ser.

Antes que declaremos el sentido y el alcance de las pruebas de la existencia de Dios y de la Providencia, bueno será indicar un argumento general que virtualmente los comprende todos. Y es como sigue: *El más no sale del menos*, lo más perfecto no puede venir de lo menos perfecto, que es incapaz de producir nada que le aventaje.

Ahora bien, *existiendo en el mundo seres vivientes y dotados de razón*, que llegan a la existencia y luego desaparecen, síguese que los tales, sean de ahora o de tiempos pretéritos, *no existen por sí mismos.*

Luego, esos seres que decimos requieren una causa *existente por sí misma.* Es, pues, necesario que *ab æterno*, de toda la eternidad, exista un *Primer Ser*, que a nadie le deba el ser, sino a sí mismo, y sea poderoso para darlo a

otros, un *Primer Viviente,* una *Primera Inteligencia,* una *Primera Bondad y Santidad.* De otra suerte, jamás habrían existido la vida, la inteligencia, la bondad y la santidad que en este mundo admiramos.

Tan sencillo argumento, asequible a la razón natural, puede tratarse a la manera propia de los filósofos; que no se hallará defecto en él.

El más no puede salir *del menos,* como de su causa plenamente suficiente y eficaz; si ello fuera posible, ese más de perfección carecería de causa, de razón de ser, sería en absoluto ininteligible. Gran absurdo es buscar el origen de la inteligencia o de la bondad de Jesucristo y de los santos, de un San Juan, de un San Pablo, o de un San Agustín, en la materia vacía de inteligencia, en la fatalidad material y ciega.

Esta prueba general que acabamos de señalar se especifica y declara mediante otras pruebas particulares, de las cuales la primera está tomada de la consideración del movimiento de los cuerpos y de los espíritus, por el cual se demuestra ser Dios el motor primero de todos los seres, así espirituales como materiales.

*
* *

Trató ya en su tiempo esta prueba sacada del movimiento el filósofo Aristóteles, y la expone el Doctor Angélico, Santo Tomás, en la Iª, q. 2, a. 3 de la *Suma Teológica,* en la forma que a continuación se declara.

*
* *

En todos los seres del mundo hay movimiento, desde los inferiores hasta los más elevados

El punto de partida de la argumentación de Santo Tomás es el hecho cierto y comprobado *de la existencia del movimiento en el mundo:* movimiento *local* de los cuerpos inanimados; movimiento *cualitativo* del calor que aumenta o disminuye; movimiento *evolutivo* de las plantas; movi-

miento *del animal* que *apetece* el alimento y tras él corre; movimiento de *la inteligencia humana* que pasa de la ignorancia al acto de entender, primero de una manera confusa, y por fin distintamente; movimiento de *nuestra voluntad espiritual*, que, no queriendo primero un objeto, luego lo apetece, y lo desea con ardor; movimiento de nuestra voluntad, la cual, queriendo el fin, quiere luego los medios que a él conducen.

Estamos ante un hecho universal; hay movimiento en los seres del mundo, desde la piedra lanzada en el espacio, hasta nuestro espíritu y nuestra voluntad. Y podemos añadir que acá en la tierra *todo está sometido al movimiento o a la mudanza*, no solamente *los individuos, mas también las naciones, los pueblos, las instituciones.* Y cuando un movimiento llega al límite, viene otro a sucederle, como una ola del mar es seguida por otra, como una generación desplaza a otra: lo cual los antiguos significaron en la rueda de la fortuna, que abate a unos para ensalzar a otros. *¿Será quizá que todo pasa y nada permanece?* ¿que la inconsistencia es ley sin excepción? ¿o habremos de decir que nada hay estable y absolutamente fijo?

*
* *

Todo movimiento exige un motor

¿Cómo explicar el hecho del movimiento, ya corpóreo, ya espiritual?

¿Se explicará acaso por sí mismo? ¿Estará por ventura en él mismo su razón o causa? Para responder a esta cuestión es ante todo necesario notar dos cosas: 1º en el movimiento aparece algo *nuevo* que exige explicación. ¿De dónde viene ese algo nuevo que antes no existía? Y no hay por qué distinguir los movimientos pasados de los actuales. 2º El movimiento sólo existe *en un móvil* que se mueve, y *tal* movimiento es individual por ser movimiento de *tal* móvil. No hay movimiento local sin un cuerpo que cambie de lugar, ni flujo sin flúido, ni corrien-

te sin agua; no hay vuelo sin ave, ni sueño sin soñador, ni movimiento voluntario sin un ser inteligente.

Pero si no hay movimiento sin un móvil, *¿podrá éste al menos moverse él mismo y de por sí solo sin causa alguna?*

¿Puede la piedra de por sí ponerse en movimiento, sin que alguien la arroje en el espacio, o sin que otro cuerpo la atraiga? ¿Puede el metal frío de por sí adquirir temperatura más elevada, sin un foco de calor que efectúe dicha transformación térmica?

El ser viviente, me diréis, tiene la propiedad de moverse por sí mismo. Cierto. Pero ¿no hay en el ser viviente una parte móvil y otra motriz? Si la sangre corre por las arterias del animal, ¿no es acaso porque la hace circular el corazón con sus contracciones?

Y viniendo al hombre, si se mueve la mano, ¿no es por ventura la voluntad quien la mueve? Y si a su vez la voluntad se mueve, si pasa de la indeterminación a la determinación, ¿no será indispensable que sea movida por algo, por algún *bien?* ¿Bastará quizá para ello que el tal bien le sea presentado? ¿No será necesario que ella *vaya, o sea llevada, hacia dicho bien?* De hecho la voluntad *se mueve* en busca de los medios, porque *primero quiere el fin;* pero si se trata del *primer acto volitivo del fin,* como sucede al iniciarse nuestra vida racional, o por la mañana al despertar, cuando comienza a actuar la voluntad, ¿no se requerirá una *moción superior* que haga entrar en ejercicio nuestra actividad volitiva, una moción que haga pasar nuestra voluntad del estado de reposo, de la inactividad, a su primer acto, causa de los siguientes? Aquí hay algo *nuevo,* que requiere una causa; y no poseyendo todavía nuestra voluntad esa nueva perfección, no puede ella dársela a sí misma. El más no sale del menos. (Santo Tomás, Iª-IIªᵉ, q. 9, a. 4; q. 10, a. 4.)

¿Diremos que la causa de tal movimiento particular de un cuerpo o de un espíritu es otro *movimiento anterior?* Pero si se considera *el movimiento como tal,* ya se trate

del actual, ya de los precedentes, échase de ver que consiste en el *paso de la potencia al acto. Ahora bien, la potencia es menos perfecta que el acto; de donde ella no puede dárselo a sí misma.* El más saldría del menos, si para *todo* movimiento no hubiera motor.

La piedra puede cambiar de lugar, moverse; si realmente se mueve, no es sin un motor que la arroje en el espacio o la atraiga.

La planta pasa de la potencia al acto cuando crece; mas ello no sucede sin la influencia del sol, del aire, y de los jugos de la tierra.

El animal pasa de la potencia al acto al ir hacia la presa que le atrae; mas ello no sucede sin el influjo superior del instinto, que le impulsa a alimentarse de esto y no de aquello.

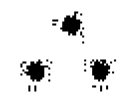
El hombre pasa de la potencia al acto, de la ignorancia al conocimiento; su inteligencia se enriquece paulatinamente. Mas no es ella quien se da a sí misma estas nuevas riquezas que antes no poseía.

También nuestra voluntad pasa de la potencia al acto, y en él se afirma en ocasiones hasta el heroísmo. ¿De dónde le viene esta nueva perfección? No teniéndola anteriormente, no ha podido dársela a sí misma.

De donde *todo movimiento*, ya corpóreo, ya espiritual, *necesita una causa; el móvil no se mueve sin motor. El motor puede ser interno*, como el corazón del animal; *pero si a su vez el motor es movido, necesita otro motor superior;* el corazón que cesa de latir en la muerte, no puede de nuevo ponerse en movimiento. Sería preciso que interviniera el autor de la vida, que le dió y conservó el movimiento hasta el desgaste del organismo.

Todo movimiento exige un motor: tal es el principio mediante el cual esclarece Santo Tomás el hecho general del movimiento. Los animales, privados de inteligencia, ven los movimientos sensibles; mas no pueden comprender que todo movimiento *exige* un motor. No aprehenden el ser inteligible, las esencias inteligibles, ni las razones de

ser de las cosas, sino solamente los fenómenos sensibles: color, sonido, calor, etc. Por el contrario, el objeto de nuestra inteligencia es *el ser y las razones de ser* de las cosas; por eso comprendemos que sin motor *no hay movimiento.*



Todo movimiento exige un motor supremo

Todavía un paso más. Si todo movimiento, corporal o espiritual, exige un motor, ¿existirá por necesidad un *motor supremo?*

Muchos filósofos han afirmado con Aristóteles la posibilidad de *una serie infinita de motores accidentalmente subordinados en lo pasado;* por ejemplo: que no haya tenido principio la serie de generaciones animales; que no haya existido una primera gallina ni un primer huevo, antes bien, sin comienzo ninguno, de siempre haya habido gallinas ponederas; que el movimiento circular del sol no haya tenido comienzo ni haya de tener fin.

Imaginémonos el ciclo de fenómenos meteorológicos constituído por la evaporación del agua de los ríos y del mar y por la lluvia, en serie indefinida, sin una primera lluvia que inicie la serie de ciclos.

Nosotros, los cristianos, sabemos por la Revelación que el mundo ha comenzado, que ha sido creado, *no ab æterno*, sino en el tiempo. Es artículo de fe definido en los Concilios.

Y precisamente por ser artículo de fe, y no sólo preámbulo de ella, sostiene Santo Tomás que no se puede demostrar con la sola luz de la razón que el mundo haya comenzado (Iª, q. 46, 2). ¿Por qué sobrepuja esta verdad las fuerzas de nuestra inteligencia? Porque *ese comenzar del mundo depende de la libre voluntad de Dios.* De haberlo querido, habría Dios creado el mundo miles y millones de años antes, y todavía con mucha mayor anterioridad, sin que hubiera un primer día del mundo, sino sólo *una dependencia del mundo respecto del Creador:* como la

huella del pie en la arena depende del pie, y no habría comenzado, de haber el pie siempre permanecido fijo.

No parece, pues, imposible, dice Santo Tomás, que el mundo haya existido siempre, dentro de la dependencia del Creador; si bien la Revelación nos enseña que de hecho el mundo ha tenido principio.

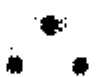
Pero si *la serie de motores accidentalmente subordinados en lo pasado* puede ser infinita y no exige por necesidad *un primero* en el tiempo, no acontece lo mismo con *la series de motores necesaria y actualmente subordinados* en el momento presente. En este caso es imprescindible llegar a un *motor supremo actualmente existente*, el cual no sólo haya dado el impulso inicial de mundo, mas también mueva ahora todas las cosas.

Un ejemplo: la barca conduce al pescador; las olas arrastran la barca; la tierra lleva consigo las olas del mar; el sol atrae la tierra; un centro desconocido atrae el sol. ¿Y después? No se puede proceder en infinito en la serie de causas *actualmente* subordinadas. Se requiere *una causa suficiente primera y suprema*, no sólo en lo pasado, mas también en lo presente; y es necesario que dicha causa suprema obre, influya actualmente, *sin lo cual no obrarían las causas subordinadas*, que lo hacen sólo movidas por otra.

Querer prescindir del origen, es substituir el resorte del reloj por un juego de ruedas en número infinito. Para que ande un reloj, poco importa que miles y millones de veces en lo pasado, y aun siempre, se le haya dado cuerda; *lo que importa es que el reloj tenga resorte*. De igual modo, poco importa que la tierra haya comenzado a girar en torno del sol; lo importante es que *actualmente el sol la atraiga*, y que sea a su vez atraído por otro *centro superior actualmente existente*. Es necesario en último término llegar a un *primer motor que obre por sí mismo* y no por otro más elevado. Es necesario llegar a un motor primero que *pueda plenamente responder del ser mismo o de la realidad de su acción.*

Empero responder del ser de su acción sólo podrá quien *de suyo la posea*, no sólo en potencia, mas también *en acto*, quien *sea su acción misma, su actividad misma, quien sea la Vida misma*, sin haberla recibido de otro. *Un motor de esta naturaleza ha de ser en absoluto inmóvil*, es decir, ha de tener de suyo lo que los demás adquieren por el movimiento; ha de ser, por consiguiente, ESENCIALMENTE DISTINTO *de todos los seres móviles*, sean cuerpos o espíritus. Con esto cae por tierra el sistema panteísta: *no puede Dios confundirse con el mundo*, siendo Él *inmutable*, y el mundo *sujeto a mudanza;* el cambio, la mudanza, exige un primer motor inmóvil o inmutable, *el cual sea su propia acción ab æterno* y no pase de la potencia al acto; un primer motor que sea el *Ser mismo*, pues el obrar presupone el ser, y el modo de obrar es consecuencia del modo de ser: *Ego sum Dominus et non mutor* (Malach. 3, 6). No es verdad que todo pase y nada permanezca, que todo sea inconsistente, y ninguna cosa estable. Existe de necesidad un primer motor absolutamente inmóvil.

Negar la necesidad de una causa suprema sería admitir que el *movimiento se explica por sí mismo*, que un móvil, por sí mismo y sin motor, puede pasar de la potencia al acto y darse a sí mismo el acto, la perfección que no poseía. Prescindir de una causa suprema es, como se ha dicho, pretender "que un pincel pinte solo, a fuerza de mango largo". Es sostener que *el más sale del menos.*



Puede aducirse *otro ejemplo, sacado del orden del movimiento espiritual*, para demostrar la necesidad de un motor supremo, no sólo en lo pasado, mas también en lo presente.

Nuestra voluntad comienza a apetecer cierta cosa; un enfermo, pongo por caso, desea llamar al médico. ¿Por qué? Porque quiere curarse y porque la curación es un bien. Ha comenzado por querer este bien, y tal querer es un acto distinto de su facultad volitiva; nuestra volun-

tad no es de suyo un acto eterno de amor del bien; no contiene su primer acto sino en potencia; y cuando el acto se manifiesta, ha nacido en ella algo nuevo, una *nueva perfección*. Para hallar la última razón de ser del cambio, de la realidad misma de este primer acto volitivo, es preciso ascender a un *primer motor de los espíritus y de las voluntades*, a un primer motor que no haya recibido influjo para obrar, sino que obre sin habérsele *dado* el obrar; a un primer motor a quien no se pueda decir: "¿Qué cosa tienes, que no la hayas recibido?" Es preciso llegar a un primer motor que *sea su propia actividad*, que obre y exista por sí mismo, porque el obrar presupone el ser, y el modo de obrar es consecuencia del modo de ser.

Sólo el *Ser por esencia*, el que *es* por *sí* mismo, puede en último análisis responder del ser o de la realidad del devenir, que no es por sí mismo.

¿No se hace patente a nosotros la existencia de un primer motor cuando, hallándonos frente a un deber urgente e indeclinable, por ejemplo, la familia o la patria que salvar, sentimos profundamente *nuestra debilidad e impotencia* para pasar al acto? Lo que importa entonces son las obras, no las palabras. ¿Y quién nos hará pasar de la potencia al acto, sino Aquel que nos ha dado la voluntad y puede moverla, porque es más íntimo a ella que ella misma?

De la misma suerte, *el primer acto de nuestra inteligencia*, sea al alborear la vida intelectual, sea por la mañana al despertarnos, supone un primer impulso de la Inteligencia suprema, sin cuyo concurso nada podríamos pensar. Ese impulso, que para muchos pasa inadvertido, se manifiesta a veces de una manera palpable en los destellos del genio. Pero aun los mismos genios son sólo *partícipes* de la vida intelectual. Y todo lo que es por participación depende de aquello que *es por sí mismo* y no por otro.

¿No se manifiesta a las claras la existencia del primer motor de las inteligencias, cuando, en una grave situación

donde no se ve *cuál sea nuestro deber,* nos recogemos en lo más íntimo de nosotros mismos hasta *descubrir la luz* que nos faltaba? ¿Cómo pasar de la potencia al acto, sin el concurso de Aquel que nos ha dado la inteligencia y es el único que puede enriquecerla con nuevas luces?

El primer motor no está, pues, en potencia para ninguna nueva perfección; es *Acto puro,* sin mezcla de imperfección. Por donde *se distingue real y esencialmente de todo espíritu limitado,* que pasa de la potencia al acto, de la ignorancia al conocimiento, de todo espíritu angélico o humano. He aquí una nueva refutación del sistema panteísta.

* * *

¿Habrá de ser necesariamente espiritual el primer motor de los espíritus y de los cuerpos?

Es evidente que, para mover las inteligencias y las voluntades, sin violentarlas, ha de ser espiritual. El más no sale del menos.

Pero también por ser motor de los cuerpos debe ser espiritual el primer motor. Porque, como ya se dijo, el primer motor es *inmóvil,* o sea, es *su acción misma* y *su ser mismo;* lo cual no se puede decir de los cuerpos: todo cuerpo es móvil, la *materia* está en perpetuo movimiento.

Aun supuesto que la materia primera estuviese dotada de energías primitivas esenciales, no sería un *agente* que diera razón por sí mismo del ser de su acción; para serlo, no sólo habría de *tener* su acción y su existencia, mas también *ser* su misma acción y su misma existencia; habría de ser absolutamente *inmóvil* o *poseer de suyo toda la perfección,* y no tender a ella. Ahora bien, no sucede esto con la materia, la cual está en perpetuo movimiento y recibe constantemente perfecciones o formas nuevas, perdiendo al mismo tiempo otras.

Es, pues, cosa manifiesta, ser espiritual el primer motor de los espíritus y de los cuerpos.

De él habla la Liturgia cuando dice:

Rerum Deus tenax vigor
Immotus in te permanens.

Dios, fuerza invencible que mueve todas las cosas y permanece soberanamente inmutable.

Pero *¿qué suerte de inmovilidad es la del Motor supremo de los espíritus y de los cuerpos?*

No, ciertamente, la inmovilidad de la inercia, la del cuerpo inerte, que es todavía menos que el movimiento. Por el contrario, es *la inmovilidad de la actividad suprema,* que nada tiene por adquirir, porque de suyo y sin esfuerzo posee cuanto puede tener, hasta rebosar. En un navío van los marineros de una parte a otra a sus menesteres; mas, ¿quién los dirige y mueve? El capitán, inmóvil sobre el puente, el cual obra espiritualmente con su inteligencia y su voluntad. La contemplación inmóvil de la verdad es incomparablemente más viviente que la agitación.

La inmovilidad del primer motor no es *la inmovilidad de la piedra,* sino *la de la contemplación y del amor del Bien supremo.*

*
* *

Propiedades del motor supremo.

Síguese de cuanto llevamos dicho que el primer motor, por ser *acto puro* sin mezcla de potencia imperfecta, no es perfectible; antes bien ES INFINITAMENTE PERFECTO; *puro ser, pura intelección* siempre actual de la verdad suprema, *puro amor* siempre actual de la plenitud del ser siempre actualmente amado.

ESTÁ PRESENTE EN TODAS PARTES, habiendo de mover todas las cosas, que no se mueven sino por medio de él.

ES ETERNO, porque de siempre tiene todo su ser que de nadie ha recibido, y *toda su acción* de pensamiento y de amor, sin cambio ni mudanza. Posee su vida *toda a la vez, en un instante único inmóvil,* por cima del tiempo.

No comenzó la *acción creadora* de Dios al ser creado el mundo; es eterna, pero su efecto apareció en el tiempo, cuando Él quiso, en el momento fijado de toda la eternidad.

El primer motor es ÚNICO; porque el Acto puro no ha recibido la existencia: es la existencia; es el Ser por esencia, que no admite multiplicidad; si hubiera dos primeros motores, cada uno de ellos no siendo el otro, sería limitado e imperfecto, y no podría ser el Acto puro y el Ser por esencia.

Además, un segundo Acto puro sería superfluo, no pudiendo cosa alguna más que el primero. Y ¿qué cosa más absurda que un Dios superfluo?

*
* *

Si, pues, hay un primer motor de los cuerpos y de los espíritus actualmente existente, ¿qué consecuencias prácticas podemos sacar de ello?

1º Hemos de distinguir en la vida *dos clases de inmovilidad:* la de la *inercia* y la de la *actividad superior*. La inmovilidad de la inercia o de la muerte es todavía inferior al movimiento; pero le es superior la inmovilidad de la contemplación y del amor de Dios, que es origen de movimiento y sabe dirigirlo y encauzarlo.

Cuidemos de no *disipar* nuestra vida en la agitación, antes bien, de *recogerla*, para que nuestra acción sea más profunda, más continuada y duradera, orientada hacia la eternidad.

2º En el ápice de nuestra alma, *entremos a menudo en comunicación con el primer motor de los espíritus y de los cuerpos*, con el Dios vivo, autor de nuestra alma y de sus actos naturales, y también de la gracia y de la salud.

Sea nuestra primera comunicación por la mañana al despertar, porque entonces recibimos el influjo divino que pone en acción nuestra actividad; recibamos bien este primer impulso y seámosle dóciles, sin desviarnos desde el principio de la jornada.

Durante el día reanudemos nuestro trato con Aquel que es el autor de la vida, que no se limitó a dar el impulso inicial, como quien da un capirotazo, ni se contenta con movernos al principio del día, antes bien nos sostiene constantemente y actúa nuestro querer, por libre que sea, en todo lo que tiene de real y bueno, con la única excepción del mal.

Por la noche, antes de acostarnos, renovemos la comunicación con Él; entonces, todo cuanto la sana filosofía nos acaba de enseñar acerca del primer motor de los cuerpos y de los espíritus, se nos manifestará transfigurado, realzado, en el "Padre nuestro".

"*Venga a nos el tu reino*": *el reino de la Inteligencia* suprema que dirige las demás inteligencias. "*Hágase tu voluntad*": la voluntad a la cual las demás deben subordinarse para alcanzar el fin verdadero.

"*No nos dejes caer en la tentación*", antes bien ampáranos con tu poder, mantén nuestra inteligencia en la verdad, nuestra voluntad en el bien. Entonces penetraremos cada vez más el sentido de las palabras del Apóstol San Pablo en el Areópago *(Act.* 17, 24): "El Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él... de uno solo ha hecho salir todo el linaje de los hombres... *queriendo que los hombres le busquen y como a tientas le hallen; por más que no está lejos de cada uno de nosotros; porque* EN ÉL TENEMOS LA VIDA, EL MOVIMIENTO Y EL SER", no sólo el ser natural, sino también el sobrenatural de la gracia, que es la vida eterna comenzada. De este motor supremo, foco de donde brota la vida de la creación, sólo de una manera abstracta e imperfecta hemos podido hablar; mas le veremos cara a cara luego del término de nuestra carrera hacia la eternidad.

CAPÍTULO II

EL ORDEN DEL UNIVERSO Y LA PROVIDENCIA

"*Cæli enarrant gloriam Dei.*" Ps. 18,12.
Los cielos pregonan la gloria de Dios.

Hemos especificado la prueba general de la existencia de Dios "el más no sale del menos" mediante el examen del movimiento. Hemos visto que *todo movimiento*, corpóreo o espiritual, *exige un motor*, y, en último análisis, *un motor supremo*, porque en la serie de las causas actualmente subordinadas (la tierra atraída por el sol, el sol a su vez por otro centro superior) es preciso detenerse en un motor supremo que no necesite ser movido, que posea *el obrar* por sí mismo, para poder comunicarlo a los demás. En otros términos: un ser que sea *su acción misma* y no la haya recibido, un ser que obre sin que se le haya *dado* el obrar. Y como el *obrar* presuponga el ser, y el modo de obrar sea consecuencia del modo de ser, preciso es que el Motor supremo de los espíritus y de los cuerpos sea el Ser por esencia, según la expresión bíblica: "*Ego sum qui sum:* Yo soy el que soy."

Pasemos ahora a examinar una prueba que nos manifiesta a la vez la existencia de Dios y su Providencia. Está tomada del orden del mundo y es la más popular de todas. Fácilmente accesible a la razón natural, trátase también con método filosófico; y aplicada del orden físico al orden moral puede conducir a altísima contemplación. Hállase formulada en el Salmo 18, 12: *Cæli enarrant gloriam Dei*,

los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos.

Veamos primero *el hecho* que es punto de partida de la prueba, para luego pasar *al principio* que permite ascender del simple hecho al conocimiento de la existencia de Dios y de la Providencia.

*
* *

El hecho: el orden del universo.

Es un hecho haber *en los seres desprovistos de inteligencia* medios admirablemente ordenados a *determinados fines*. "Ello es evidente, dice Santo Tomás (Iª, q. 2, a. 3), porque los seres privados de razón, como son los astros, las plantas, los animales, obran siempre, o por lo menos comúnmente, para producir lo *mejor*."

La finalidad o el orden aparece primero en *la atracción universal* de los cuerpos, ordenada para la cohesión del universo, en el movimiento de traslación del sol, que arrastra consigo el sistema solar, y en el doble movimiento de la tierra: de rotación en torno de su eje en 24 horas, que da origen al día y a la noche, y de traslación alrededor del sol en 365 días, de donde resulta la variedad de las estaciones. Esta regularidad constante del curso de los astros es argumento de que existen medios ordenados a fines determinados, como lo han hecho notar los astrónomos más ilustres, extasiados ante las leyes por ellos mismos descubiertas. Sin la diferencia del día y de la noche y sin la variedad de las estaciones, necesaria para la germinación y el desarrollo de las plantas, ¡qué de cosas excelentes dejarían de producirse en la tierra!

Si subimos un grado y consideramos *el organismo de las plantas*, lo hallamos admirablemente dispuesto para absorber los jugos de la tierra y transformarlos en savia; por donde viene a *nutrirse* el vegetal y *propagarse* de una manera regular y constante. Basta ver un grano de trigo sembrado en la tierra para asegurarse de que está *destinado*

a producir una espiga de trigo, y no de cebada o de maíz.

Con sólo examinar la encina, se echa de ver la *utilidad* de sus raíces y de su savia para la vida de las ramas y de las hojas. Basta observar los órganos de la flor, para ver que concurren a la formación del fruto que ella está *destinada* a producir: una cereza, una naranja. Cada flor produce determinado fruto, y no cualquiera. ¿Cómo no ver en ello una *idea directriz?*

Y si ascendiendo todavía más consideramos *el organismo de los animales*, ya inferiores, ya superiores, echamos de ver que en conjunto está ordenado para las funciones de nutrición, respiración y reproducción. El corazón hace circular la sangre roja por todo el organismo para nutrirlo; la sangre negra, cargada de anhídrido carbónico, se trasforma en sangre roja al contacto del aire oxigenado de los pulmones. Es evidente que el corazón y el pulmón son *órganos* dispuestos *para* la conservación del animal y del hombre.

Ciertas partes del organismo animal son, a la verdad, maravillosas: así las articulaciones del pie, que permiten la diversidad de posiciones que requiere la marcha; las articulaciones de la mano, dispuestas para los movimientos más variados; las alas de las aves hechas para el vuelo, que no hay avión que las iguale. Otra obra maestra es la célula, por pequeña que sea, relacionada con millares de otras del mismo organismo. Particularmente bella es la armonía de las múltiples partes del oído, las cuales todas concurren a percibir el sonido: y no lo es menos *la estructura complicadísima del ojo*, donde la visión presupone un conjunto de trece condiciones, cada una de las cuales a su vez requiere otras muchas, todas ellas ordenadas al acto tan *simple* de la visión. En este órgano aparece una ordenación admirable de cantidad prodigiosa de medios encaminados al mismo fin; y el ojo se forma *siempre* o por lo general para producir *lo mejor*.

Si consideramos la actividad instintiva de los animales. sobre todo la de algunos de ellos como *la abeja*, hallaremos

nuevas maravillas. Sólo un matemático genial podría idear y construir una colmena; y en cuanto a la miel, todavía no ha nacido el químico que sepa extraerla del jugo de las flores. Y, sin embargo, no está dotada de inteligencia la abeja, que no sabe variar su trabajo ni perfeccionarlo; lleva en sí algo que la *determina* a hacer por instinto natural siempre la misma cosa desde el comienzo del mundo, y la hará siempre igual sin perfeccionarla; mas el hombre perfecciona de continuo los instrumentos de trabajo por él mismo inventados, porque los sabe relacionar con el fin de los mismos. La abeja obra por un fin, sin saberlo; pero obra de una manera maravillosa.

*
* *

¿Dirá alguno que es *obra del acaso* este orden admirable de los astros, del organismo vegetal y animal y del instinto de los animales? Empero lo que sucede por un feliz acaso, no siempre sucede, ni con frecuencia, sino *muy rara vez.* Es una casualidad que un trípode lanzado en el aire caiga al suelo sobre sus pies; es una casualidad hallar un tesoro al cavar una fosa. Por el contrario, el orden admirable de la naturaleza que acabamos de considerar es el orden de las leyes fijas, inmutables, que siempre se cumplen; es una armonía constante y una sinfonía perpetua del universo para aquellos que tienen oídos, es decir, para los grandes artistas, los grandes pensadores y las almas sencillas, a quienes la naturaleza habla de Dios.

¿Se dirá que de entre multitud de organismos inútiles un feliz acaso formó unos cuantos admirablemente constituídos, *aptos para la vida*, los cuales se perpetúan, mientras desaparecen los inútiles? Es la teoría evolucionista de *la supervivencia de los más aptos.*

Mas esto equivale a afirmar que *el acaso* es la *causa primera* de la armonía del universo y de sus distintas partes. Lo cual es imposible. Basta para ello considerar qué cosa sea el acaso. *El acaso* y su efecto son algo *accidental*, casual; es casual la caída sobre sus pies de un trípode

lanzado en el aire; es casual el hallar un tesoro al cavar una fosa. Ahora bien, *lo accidental* supone lo no accidental, o sea, *lo esencial, lo natural;* como lo accesorio supone lo principal.

De no existir la ley de la gravitación, ni siquiera accidentalmente caería el trípode sobre sus pies. Si quien accidentalmente halla un tesoro no hubiera tenido la intención de cavar la fosa, jamás se habría realizado aquel hecho casual.

El acaso es el encuentro o concurso accidental de dos acciones, cada una de las cuales, sin embargo, no es accidental, sino intencional, por lo menos con inclinación natural inconsciente.

Sostener, pues, que la causa primera del orden del mundo sea el acaso, equivale a explicar lo esencial por lo accidental, lo primordial por lo accesorio; es destruir lo esencial, lo natural, toda la naturaleza y las leyes del mundo físico. El universo se reduciría a encuentros fortuitos, sin tendencias necesarias de los seres a encontrarse, lo cual es absurdo. Buscar la explicación en el acaso es afirmar que el *orden admirable* del universo y de sus partes *ha salido del desorden*, de la ausencia de orden, del caos, sin causa alguna; es buscar el origen de lo inteligible en lo ininteligible, y el de nuestro cerebro y nuestra inteligencia, en la fatalidad material y ciega; es afirmar que el más sale del menos, lo perfecto, de lo imperfecto; es el absurdo en substitución del misterio de la creación: misterio que, ciertamente, tiene sus oscuridades, pero está conforme con la recta razón.

Queda, pues, en pie el hecho de donde arranca nuestro argumento: *en el mundo hay orden y finalidad, es decir, medios ordenados a determinados fines*, puesto que seres desprovistos de inteligencia, como las plantas y los animales, obran siempre o por lo general para producir *lo mejor*. De la atracción universal nace la cohesión del universo; *del germen del grano de trigo se desarrolla la espiga*; de la flor sale el fruto; el pie del animal sirve para caminar;

las alas del ave son para volar; el pulmón para respirar, el oído para oír, el ojo para ver. El hecho de la finalidad es innegable; hasta el positivista Stuart Mill lo admite.

Y *no es sólo un hecho* obrar todo agente natural por un fin; *tampoco puede ser de otra manera:* todo agente debe obrar por un fin, porque, para el agente, *obrar* es *tender* hacia algo determinado que le acomoda, es decir, hacia un fin. Y si el agente no obrase por un fin determinado, *nada determinado podría realizar:* esto con preferencia a aquello; *ni habría razón* para que el ojo viese en vez de oír, y el oído oyese y no viera. (Santo Tomás, Iª-IIæ, q. 1, a. 2).

Se objetará quizá que no se ve la razón de ser de la víbora y de otros animales dañinos. Cierto: no alcanzamos muchas veces la finalidad *externa* de ciertos seres; pero la finalidad *interna* es evidente; vemos cómo los órganos de la víbora son útiles para la nutrición y conservación de su vida. Cuanto a la acción dañina, ello nos invita a vivir precavidos, nos recuerda que somos vulnerables, que no somos dioses; y la fe nos dice que, de no haber pecado, no tendría el hombre por qué temer el veneno de la serpiente. Sobrada luz hay para quienes quieren ver, a pesar de ciertas sombras y oscuridades.

Los materialistas dicen que en un escalfador hay tanta cantidad de calor, de movimiento o de energía calórica como en el águila de los Alpes.

"Sí, responde el pintor Ruskin, pero nosotros, los pintores, reparamos en que el escalfador tiene tapadera, y el águila tiene alas... Y por eso el escalfador se queda junto al fuego, mientras el águila se cierne en los aires. Esta circunstancia es lo que nos interesa, no el grado de temperatura alcanzado durante el vuelo." *(Ethics of the Dust).*

El materialista no advierte que las alas son para volar y los ojos para ver; no quiere reconocer el valor o la finalidad de los ojos; va, no obstante, a casa del oculista, como los demás mortales, cuando nota que la vista le va fallando.

Con lo cual reconoce prácticamente que los ojos son para ver.

Hay sobrada luz para los que quieren ver, a pesar de ciertas sombras y oscuridades. *La finalidad de la naturaleza* es un hecho evidente, no para nuestros sentidos, que sólo perciben los fenómenos sensibles, pero sí para la inteligencia, que penetra la razón de las cosas. Para ella la función del ojo es ver, y la del oído, oír.

*
* *

Un medio no puede estar ordenado para un fin sino por una inteligencia ordenadora.

¿Cómo ascender del hecho del orden del mundo a la certeza de la existencia de Dios? Por el siguiente principio: *Los seres que carecen de inteligencia no pueden* TENDER *hacia un fin si no van dirigidos por una causa inteligente*, como la flecha por el arquero. En breves palabras: "un medio no puede estar *ordenado* para un fin sino por una *inteligencia*".

¿Por qué? Porque el fin que determina *la tendencia* y los medios, es el mismo efecto futuro que se trata de realizar. Ahora bien, un efecto futuro, que aun no tiene existencia actual, para determinar la tendencia necesita estar en *cierto modo presente*, y no lo puede estar sino en un ser inteligente.

Si nadie jamás *conoció el fin* para el cual existe el ojo, no se puede decir que el ojo se haya hecho para ver. Si nadie conoció jamás el fin del trabajo de la abeja, no se puede decir que sea la elaboración de la miel. Si nadie jamás conoció el fin de la acción de los pulmones, nadie puede asegurar que sea renovar la sangre poniéndola en contacto con el oxígeno del aire.

Mas ¿por qué se necesita *una inteligencia* ordenadora? ¿Por qué no ha de bastar la imaginación? Porque sólo la inteligencia conoce *la razón de ser* de las cosas y, por consiguiente, *la razón de ser de los medios*. Sólo la inteligencia

comprende que las alas del ave son *para* volar, y los pies para andar, y sólo la inteligencia ha podido *ordenar* las alas para el vuelo, los pies para la marcha, el oído para percibir el sonido, etc.

La golondrina que recoge del suelo la pajuela para fabricar el nido, obra sin ver que el nido es *la razón de ser* del acto que realiza. La abeja que liba el jugo de las flores, ignora que la miel es la razón de ser su faena. Sólo la inteligencia percibe, además del calor y del sonido, *el ser* y *la razón de ser* de las cosas.

Sólo una inteligencia ordenadora ha podido ordenar los medios para los fines. Sin ella, el más saldría del menos, el orden, del desorden.

Mas ¿por qué exigimos una *inteligencia infinita,* propiamente divina? "¿Por qué, pregunta Kant, no ha de bastar una inteligencia limitada, cual es la del ángel, para explicar el orden del universo?"

¿Por qué? Porque una inteligencia finita, limitada, no sería el Pensamiento mismo, ni la Intelección misma, *ni la Verdad misma.* Ahora bien, una inteligencia que *no sea la* Verdad misma siempre conocida, está *ordenada* para conocer la verdad. Y esta ordenación pasiva supone otra *ordenación activa,* que sólo puede tener origen en la Inteligencia suprema, que es el Pensamiento mismo y la Verdad misma. En este sentido Jesucristo declara ser Dios, cuando dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, veritas et vita.*" Como quien dice: no he recibido la Verdad, sino soy la Verdad y la Vida.

He aquí el término y la meta de nuestra argumentación: una inteligencia ordenadora soberanamente perfecta, la cual es la Verdad misma y, por ende, el Ser mismo, ya que la verdad es el ser conocido. Y esta inteligencia es el Dios de las Escrituras: *Ego sum qui sum.* Es la Providencia o razón suprema del orden de las cosas, que ordena las criaturas todas a sus respectivos fines y las dirige hacia el fin último del universo, que es la manifestación de la bondad divina. Y así, Santo Tomás (Iª, q. 22, a. 1) se ex-

presa en los siguientes términos: "Necesse est ponere providentiam in Deo. Omne enim bonum quod est in rebus, a Deo creatum est, ut supra ostensum est. In rebus autem creatis invenitur bonum, non solum quantum ad substantiam rerum, sed etiam quantum ad *ordinem earum in finem*, præcipue in finem ultimum, qui est bonitas divina, ut supra habitum est. Hoc igitur *bonum ordinis* in rebus existens a Deo creatum est. Cum autem Deus sit causa rerum per *suum* intellectum et sic cuiuslibet sui effectus oportet rationem in eo præexistere; necesse est quod *ratio ordinis rerum in finem* in mente divina *præexistat. Ratio autem ordinandorum in finem proprie providentia est.*"

La providencia es, en la inteligencia divina, la razón del orden de las cosas al fin; y el gobierno divino, como dice Santo Tomás (*Ibid. ad* 2m), es la ejecución de dicho orden.

Ahora se nos alcanza el sentido de las palabras del Salmo: "*Cæli enarrant gloriam Dei.*" El orden admirable del cielo estrellado pregona y canta la gloria de Dios y nos manifiesta la inteligencia infinita del Creador. La armonía del universo es como un poema sinfónico maravilloso, como el canto dulce y penetrante de Dios creador. Dichosos quienes saben escucharlo.

*
* *

¿No descubres alguna lección moral en esta prueba de la existencia de Dios por el orden del mundo?

Sí, por cierto, y muy hermosa: aquella que nos enseña el *Libro de Job*, y con más claridad Jesucristo en el Sermón de la montaña.

Y la lección es ésta: *Si en el mundo físico hay orden, con más razón lo ha de haber en el mundo moral*, no obstante los crímenes que la justicia humana deja impunes, y los actos heroicos no recompensados en que se manifiesta ya acá en la tierra la intervención divina.

No es otra la respuesta del Señor a Job y sus amigos. El *Libro de Job*, más tarde insistiremos en ello, se propone responder a esta pregunta: *¿por qué a veces los justos acá*

en la tierra padecen más que los impíos? ¿Será siempre para expiar sus faltas, al menos las ocultas?

Así lo afirman los amigos de Job, echando en cara al desventurado paciente los lamentos que se le escapan del corazón atribulado. Niega Job que todas las aflicciones y tribulaciones tengan origen en los pecados ocultos. Y pregunta cuál sea la causa de los dolores que sobre él han recaído.

Al fin del Libro interviene el Señor (c. 32-42) declarando *el orden maravilloso del mundo físico*, desde la vida del insecto hasta el vuelo del águila; con lo cual viene a decir: si tal es el orden existente en las cosas sensibles, *¿cuál no será el de los designios de mi Providencia respecto de los justos, aun cuando son terriblemente castigados?* Mas ello es acá abajo un misterio oculto e inescrutable.

Con mayor claridad aun lo dice Jesucristo en el Sermón de la Montaña (Matth. 6, 25): "No os acongojéis por vuestra vida, qué habéis de comer o beber... Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y *el Padre celestial las alimenta.* ¿Pues no valéis vosotros mucho más que ellas?... Contemplad los lirios del campo... no labran, ni tampoco hilan. Y sin embargo, yo os digo, que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si una hierba del campo... Dios así viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?" Si en el mundo visible hay orden, y para las aves, providencia, ¿cómo no ha de haber orden en el mundo espiritual, y providencia para las almas inmortales de los hombres?

Y cuanto a la cuestión propuesta en el *Libro de Job*, Jesucristo da la respuesta definitiva en el Evangelio de San Juan (15, 1-2): *"Yo soy la vid, y mi Padre el labrador..." y a todo sarmiento que diere fruto, lo podará, para que dé todavía más."*

Dios prueba al justo como a Job, para que dé grandes frutos de humildad, de paciencia, de abandono en manos de Dios, de amor de Dios y del prójimo: los grandes frutos

de la caridad, que es la vida eterna comenzada acá en la tierra.

Tal es la hermosa lección que fluye de la prueba de la existencia de Dios que acabamos de exponer: Si en el mundo visible hay un orden admirable, con más razón lo ha de haber en el mundo moral y espiritual, no obstante las pruebas y tribulaciones: hay sobrada luz para quienes quieren ver y caminar hacia la verdadera luz de la eternidad.

CAPÍTULO III

DIOS, SER Y VERDAD SUPREMOS

Las pruebas de la existencia de un Primer Motor de los espíritus y de los cuerpos y de una Inteligencia suprema ordenadora del universo nos disponen para mejor comprender otras tres pruebas tradicionales de la existencia de Dios, Ser y Verdad supremos, Soberano Bien, fuente de beatitud y fundamento supremo del deber. La exposición de las mismas nos ayudará no poco para adquirir idea justa de la Providencia.

Siguiendo a Platón, Aristóteles y San Agustín, expone Santo Tomás en la *Suma Teológica* (I^a, q. 2, a. 3, 4^a *via)* la primera de estas tres pruebas, que se dice de los grados de perfección. Y así se la llama, porque toma su origen en *la consideración de la mayor o menor perfección, siempre limitada, de los seres del universo,* la cual trae a nuestro espíritu la certeza de la existencia de la Perfección, de la Verdad y de la Belleza supremas.

Consideremos primero el fundamento de la prueba, *el hecho* sobre que se apoya, para luego declarar *el principio* por el cual nuestro entendimiento sube hasta la existencia de Dios.

*
* *

El hecho: los grados de perfección.

El punto de partida de la prueba es el hecho siguiente: en el universo hay cosas más o menos buenas, más o me-

nos verdaderas, más o menos excelentes o nobles. En otros términos: en el mundo de los cuerpos y de los espíritus *existen en diferente grado la bondad, la verdad y la nobleza,* desde la fuerza y resistencia del mineral, que notamos en el hierro, hasta los grados superiores de la vida intelectual y moral, que resplandecen en los grandes genios y en los grandes santos.

Cada momento experimentamos los diferentes grados de *bondad* de las cosas: decimos que una piedra es buena, como tenga solidez y resistencia y no sea friable; la fruta es buena por sus propiedades nutritivas y refrescantes; el caballo es bueno por su resistencia para largas carreras; un maestro es muy bueno, cuando a la competencia une el don de enseñar; el hombre virtuoso es bueno, porque ama y practica el bien; el santo es aún mejor, porque tiene pasión ardiente del bien. Pero el santo, por extraordinario que sea, *tiene sus límites*; y aun habiendo hecho mucho bien, pasa horas de profunda tristeza y de impotencia, como acontecía al cura de Ars, al considerar el bien que resta por hacer; *los santos precisamente conocen más a fondo que nadie sus miserias.*

Es, pues, un hecho que la bondad existe en la naturaleza en grados diferentes. Lo mismo cabe decir de *la nobleza*: el vegetal es más noble o excelente que el mineral; el animal lo es más que la planta; y el hombre supera a todos en nobleza. Todavía entre los hombres hay algunos extraordinarios, que sobrepujan a los demás en nobleza de espíritu y de corazón. Pero *también estos últimos tienen sus límites*, sus tentaciones, sus flaquezas y grandes imperfecciones. La nobleza admite grados; pero aun los grados superiores son muy imperfectos.

También *la verdad* tiene sus grados. Y la razón es, que lo más rico en cuanto *ser*, en cuanto realidad, es también más rico en verdad. Sobre el oropel, que es aleación de cobre, está el oro legítimo, y sobre el falso diamante, el auténtico; sobre el espíritu falso está el recto; sobre el entendimiento que conoce una sola ciencia, la física, está

el que se apacienta en las ciencias del mundo espiritual, la psicología, las ciencias morales y políticas. Mas ¡cuán limitada es todavía la verdad de estas ciencias superiores!

En frase de los sabios, cuanto más se sabe, tanto más dilatado se ofrece el espacio de lo desconocido y tanto más exiguo parece el acervo de los conocimientos conquistados; y los santos, cuanto más obran el bien, tanto más extenso ven el campo del bien que les resta por hacer.

Mas ¿cómo explicar entonces *los diferentes grados* de bondad, de nobleza y de verdad, y también de belleza? ¿Por ventura esta gradación ascendente queda *trunca* y *sin remate*, sin punto culminante y sin ápice? ¿Existe acaso la barrera de una *ciencia limitada y mezquina*, la psicología o las ciencias morales y políticas, pongo por caso, ante la cual debe detenerse la carrera ascendente de nuestro espíritu hacia la verdad? ¿Habrá quizás de cortarse el vuelo de nuestra voluntad ante un *bien imperfecto*, mezclado siempre con miseria e impotencia? ¿O es que el entusiasmo por *el ideal* va siempre en nosotros seguido de cierta desilusión, que, de no existir una perfección última, sería irremediable?

¿Cómo se explican estos grados de bondad, de excelencia, de verdad y de belleza? ¿Habremos de admitir el fracaso de la carrera ascendente? ¿Será verdad que tras las intuiciones geniales de los pensadores o los ejemplos sublimes de los santos no hay otra cosa que el vacío y la nada?

*
* *

El principio: "los diferentes grados de perfección presuponen la Perfección misma".

Siguiendo a Platón, Aristóteles y San Agustín explica Santo Tomás el hecho de los diferentes grados de perfección mediante el siguiente principio: "*Se dice que los seres son más o menos perfectos*, según se acerquen más o menos *al ser que es la perfección misma.*"

Al establecer el Doctor Angélico este principio, ¿alude acaso a alguna *perfección ideal*, concebida sólo por nuestra mente, o quiere significar alguna *perfección real?* Es claro que se refiere a una *perfección real;* porque ésta, y no aquella otra, puede ser causa de los diferentes grados de perfección que hemos descubierto.

El principio de Santo Tomás quiere decir: *Cuando una perfección* cuyo concepto no implica imperfección alguna, como la bondad, la verdad, la belleza, *se encuentra en los distintos seres en diferentes grados,* NINGUNO QUE LA POSEA EN GRADO IMPERFECTO BASTA PARA DAR RAZÓN DE ELLA; es, pues, necesario que la causa de ella resida en otro ser superior, que sea la perfección misma.

Para mejor comprender el sentido del principio, detengámonos a examinar la fórmula que lo enuncia. Cuando una *perfección absoluta* se halla en distintos seres en grados diferentes, ninguno de los que la poseen en grado *todavía imperfecto* es suficiente para dar razón de ella. Bueno será considerar aquí dos casos: primero, lo múltiple; segundo, lo imperfecto.

1º *Lo múltiple supone lo uno.* En efecto, como dice Platón *(Fedón,* 101, a), Fedón, su discípulo, *es bello*; pero la belleza no es *propiedad de Fedón*; también Fedro es bello. "La belleza que se encuentra en un ser finito cualquiera es hermana de la belleza que se halla en los seres semejantes. Ninguno de ellos posee la belleza, sino *participa de ella,* tiene una *partecita* o *un reflejo de la belleza.*"

De donde la razón de ser o el principio de la belleza de Fedón no puede estar en Fedón, como tampoco la de Fedro; y si ninguno de los dos puede *dar razón* de la *belleza limitada* que en ellos reside, preciso es que la hayan *recibido* de algún principio superior, el cual sea la Belleza misma. En una palabra: *toda multiplicidad* de seres más o menos semejantes *presupone una unidad superior*. Lo múltiple supone lo uno.

2º *Lo imperfecto supone lo perfecto.* Tanto más evidente aparece a nuestro espíritu el principio que explica-

mos, cuanto más *acompañada de imperfecciones se halle la perfección* que echamos de ver en los seres; no se puede afirmar que la nobleza y la bondad de un hombre carezcan de límite; el hecho es que van siempre *acompañadas de flaquezas*, estando el hombre sujeto a la distracción y al desconcierto. De igual suerte la *ciencia humana* va *acompañada* de ignorancia y *aun de errores;* participa de la verdad, posee una partecita de ella, muy débil por cierto. *No siendo*, pues, *la verdad*, la tiene recibida *de una causa superior.*

En pocas palabras: *El ser imperfecto es compuesto*, y *todo compuesto requiere una causa* que haya reunido los diferentes elementos que lo integran. Lo diverso supone lo idéntico; lo compuesto, lo simple. (Santo Tomás, Iª, q. 3, a. 7).

Todavía se comprende mejor la verdad de nuestro principio observando que *una perfección* de suyo limitada, como la bondad, la verdad o la belleza, queda *de hecho limitada* por la *capacidad restringida* de quien la recibe; así, la ciencia está en nosotros limitada por *nuestra capacidad* restringida de saber; la bondad lo está por nuestra capacidad restringida de obrar el bien.

Es entonces manifiesto que, al no existir en un ser *perfección de esta especie sino en estado imperfecto*, dicho ser *participa* de ella, la ha *recibido* de una causa superior que debe *ser la perfección misma sin límites*, el Ser por esencia, la Verdad y la Bondad misma, que comunica a otros seres un reflejo de tales perfecciones.

Entre los filósofos antiguos, ninguno como *Platón* ha sabido exponer la verdad que tratamos, en una de las páginas más hermosas que haya salido de la pluma de los pensadores griegos. Debemos aprender, viene a decir en sustancia, a amar los bellos colores, la belleza de la salida y puesta del sol, el esplendor de las montañas, del mar y del cielo estrellado, el encanto de una figura noble; mas es preciso elevarse por encima de la belleza de las cosas materiales hasta penetrar en *la de las almas*, bellas por sus

acciones; y remontarse luego, de las acciones mismas a la belleza de las *máximas* que las inspiran, a la belleza de las *ciencias;* y de ciencia en ciencia se ha de elevar uno hasta la *sabiduría*, que es la ciencia más excelente, ciencia del ser, de la verdad y del bien. Entonces surge en nosotros *el anhelo de conocer el Bien, cual es en sí mismo*, se despierta el ansia de contemplar, son palabras de Platón, "*aquella belleza sin creciente ni menguante*, belleza que no lo es a medias: bella en tal *parte* y fea en tal otra, bella por un *concepto* y fea por otro, bella en un *sitio* y fea en otro, bella *para unos* y fea para otros...; *belleza que no reside en algún ser distinto de ella misma*, en un animal o en la tierra, en el cielo o en otro objeto cualquiera, pero que *existe eterna y absolutamente por sí y en sí misma;* de la cual participan todas las demás bellezas, sin que el nacimiento ni la destrucción de las mismas le reporten incremento, mengua o mudanza" *(Banquete,* 211, c.). *Las desilusiones* que acá en la tierra experimentamos, son otros tantos motivos para dirigir con más frecuencia nuestro pensamiento hacia la Belleza suprema y hacérnosla amar.

*
* *

Lo que Platón dice de la belleza se aplica igualmente a la verdad.

Sobre las *verdades particulares y contingentes*, que podrían no ser, como por ejemplo: "*mi cuerpo existe* en este momento, para quizá morir mañana", hay verdades *universales y necesarias*, como éstas: "el hombre es por naturaleza un ser racional, capaz de discurrir, sin lo cual no se diferenciaría del animal", o bien esta otra: "es imposible que una cosa exista y no exista a la vez". Estas verdades *no han comenzado a serlo, sino que lo fueron siempre, y siempre lo serán.*

¿Dónde hallar el fundamento de estas *verdades eternas y necesarias?*

No, ciertamente, *en las realidades perecederas*, que *de-*

penden de aquellas verdades necesarias como de leyes absolutas e ineludibles.

Tampoco en nuestras inteligencias finitas, que están asimismo *regidas y gobernadas* por aquellas verdades eternas y necesarias como por principios superiores.

¿Dónde, pues, *hallar el fundamento* de estas *verdades necesarias y eternas,* que dominan la realidad finita y la inteligencia finita? ¿Dónde, sino *en el Ser supremo, en la Verdad suprema,* conocida siempre por la Inteligencia primera, la cual de nadie ha recibido la Verdad, antes bien *es ella la Verdad, la Verdad pura* y sin mezcla de error e ignorancia, sin límite e imperfección?

En una palabra: *las verdades,* que cual *leyes eternas y necesarias* DOMINAN la realidad perecedera y la inteligencia finita, deben tener su fundamento en una Verdad suprema, que es el Ser y la Sabiduría por esencia.

Mas decir el Ser por esencia, la Verdad misma o por esencia, la Sabiduría misma, vale como decir Dios.

Tal es la nueva prueba de la existencia de Dios, propuesta por Platón, San Agustín y Santo Tomás.

Ahora estamos en condiciones de penetrar el sentido y el alcance del principio en que descansa la prueba: "*Se dice que los seres son más o menos perfectos* según se *acerquen más o menos* al Ser que es la perfección misma." En otros términos: *Cuando una perfección* cuyo concepto no implica imperfección alguna, como la bondad, la verdad, la belleza, se encuentra en diferentes grados en distintos seres, *ninguno que la posea en grado imperfecto* basta para dar razón de ella; antes bien *es sólo de ella partícipe,* y la tiene a la medida de su capacidad, y la ha recibido de un Ser superior, que es la perfección misma.

¿Qué conclusión práctica sacar de esta elevación? Aquella que Jesucristo declaró cuando dijo: *Sólo Dios es bueno,* es decir, sólo Dios posee la bondad sin mezcla; *sólo Dios es verdadero,* posee la verdad y la sabiduría sin límites y exenta de ignorancia; *sólo Dios es bello,* posee la belleza suma e ilimitada que algún día hemos de contemplar cara

a cara, la belleza que ya acá en la tierra contemplaba la inteligencia humana de Jesucristo al hablar a sus discípulos.

Sólo Dios es grande, como responde al Arcángel San Miguel al grito de orgullo de Satán. Sirva este pensamiento para afianzarnos en la humildad.

Tenemos de prestado la existencia, que el Señor nos dió y nos la conserva, porque esa es su voluntad; nuestra bondad anda confundida con la flaqueza y la ruindad, y nuestra sabiduría rebosa de errores. Este hecho, que debe inclinarnos a la humildad, nos muestra por contraste la infinita grandeza de Dios.

Y tratándose del prójimo, si la desilusión invade nuestro espíritu al ver imperfecto a quien creíamos mejor y más sabio, acordémonos que también nosotros hemos desilusionado a muchos que eran quizás mejores que nosotros; que lo que tenemos de nosotros mismos, es decir, nuestra indigencia y nuestros defectos, es *inferior* a lo que el prójimo tiene recibido de Dios. Tal es el fundamento de la humildad con respecto al prójimo.

En lo que toca a las desilusiones, ora las experimentemos, ora seamos nosotros los causantes, esas desilusiones que nacen de *la imperfección inherente* a las criaturas, son permitidas para que con más ardor aspiremos a *conocer y amar* a Aquel que es *la Verdad y la Vida*, a quien un día hemos de contemplar tal cual El mismo se contempla. Entonces entenderemos el sentido de aquellas palabras de Santa Catalina de Sena: "*El conocimiento vivido de nuestra miseria y el de la grandeza de Dios crecen a la par. Son como los puntos extremos del diámetro de un círculo que fuera ensanchándose indefinidamente.*" Y cada vez que profundizamos en nuestras imperfecciones, en nuestra limitación, vemos también más claramente que Dios, por su infinita sabiduría y bondad, debe ser amado sobre todas las cosas.

Y por último: *la Verdad suprema nos ha hablado de sí misma*, se nos ha revelado, aunque entre sombras; en Ella descansa nuestra fe cristiana. En nombre de esa Verdad

hablaba Jesucristo cuando decía: "*En verdad, en verdad os digo...*" El mismo es *la Verdad y la Vida*, que hemos de vivir cada día con más perfección. Esta doctrina sobrepuja con mucho la de Platón; no es una ascensión abstracta, filosófica, hacia la Verdad suprema; es la Verdad suprema que se inclina hacia nosotros, para elevarnos hasta sí misma.

CAPÍTULO IV

DIOS, SOBERANO BIEN Y EL DESEO DE LA FELICIDAD [1]

Hablando de Dios, Ser y Verdad supremos, vimos que *la multiplicidad de seres* que se asemejan en *una misma perfección*, la bondad por ejemplo, no basta para explicar la unidad de semejanza de los mismos; lo múltiple, como dice Platón, no explica lo uno, no basta para dar razón de lo uno. Además, *ninguno* de los seres que poseen la referida perfección en *grado imperfecto* basta para dar razón de la misma, siendo cada uno de ellos un compuesto de perfección y de capacidad restringida, que, como todo compuesto, requiere una causa: "*quae secundum se diversa sunt, non conveniunt in aliquod unum, nisi per aliquam causam adunantem ipsa*" [2]. El compuesto *participa* de la perfección, posee una partecita de ella, la tiene recibida; y no la ha podido recibir sino de Aquel que se confunde con la Perfección cuyo concepto no implica defecto alguno.

Esta doctrina es singularmente fecunda en el terreno de la vida moral, pues nos recuerda que *cuanto más reparamos en nuestra deficiencia*, en la limitación de nuestra sabiduría y de nuestra bondad, tanto más debemos pensar en

[1] Reproducimos en sustancia un estudio que ampliamente hemos desarrollado en otro lugar: *Le réalisme du principe de finalité*, IIª Partie, ch. V: La finalité de la volonté: le désir naturel du bonheur prouve-t-il l'existence de Dieu?

[2] Santo Tomás, Iª, q. 3, a. 7 y *de Potentia*, q. 3, a. 5.

Aquel que es la Sabiduría y la Bondad por esencia. Lo múltiple no se explica sino por lo que es uno; lo diverso, por lo idéntico; lo compuesto, por lo simple; lo imperfecto y mezclado con imperfección, por lo perfecto, por lo exento de toda deficiencia.

Esta prueba de la existencia de Dios encierra implícitamente otra, que el Doctor Angélico expone en Iª-IIæ, q. 2, a. 8, demostrando que la beatitud que el hombre naturalmente apetece no puede consistir en bien alguno limitado o restringido, sino sólo en Dios, conocido al menos por modo natural y eficazmente amado sobre todas las cosas. Demuestra que la felicidad del hombre no puede consistir en las riquezas, ni en los honores, ni en la gloria, ni en el poder, ni en bien alguno corporal, ni siquiera en los bienes del alma, como la virtud: en ningún bien limitado. La demostración de esto último se funda en la naturaleza misma de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad [1].

Veamos 1º el hecho de donde parte la prueba; 2º, el principio en que se funda; 3º, el término a que conduce; 4º lo que está fuera del alcance de la prueba.

I

El hecho de experiencia: La verdadera felicidad, sólida y duradera, no consiste en los bienes perecederos.

Se llega al Bien supremo, fuente de la felicidad perfecta y sin mezcla, tomando por punto de partida ora los *bienes imperfectos* subordinados, ora el *apetito natural* que dichos bienes no logran calmar.

Si se mira a los bienes finitos, limitados, que el hombre naturalmente apetece, pronto salta a la vista la imperfección de los mismos: la salud, los placeres del cuerpo, las riquezas, los honores, el poder, la gloria, la ciencia misma, son *bienes* a todas luces *pasajeros*, muy *imperfectos y limi-*

[1] Cf. Iª-IIæ, q. 2, a. 8.

tados. Pero lo imperfecto, como arriba dijimos, *el bien mezclado con imperfecciones*, es un *bien participado* por una capacidad restringida que lo recibe, un bien que supone el bien puro, sin mezcla de defecto; así, la sabiduría acompañada de ignorancia y de error es sabiduría participada, que presupone la Sabiduría por esencia. Tal es el aspecto metafísico del argumento, tal la dialéctica de la inteligencia por vía de causalidad a la vez ejemplar y eficiente.

Mas la prueba que tratamos resulta más viva, más convincente y sugestiva, tomando por punto de partida *el apetito natural de felicidad* que tan ardiente sentimos dentro de nosotros mismos. Tal es el aspecto psicológico y moral del argumento y tal la dialéctica del amor, fundada en la dialéctica de la inteligencia que procede ora por vía de causalidad eficiente (productora u ordenadora), ora por vía de causalidad final [1]. Son las dos causas extrínsecas, tan necesaria la una como la otra, y aun el fin es la primera de ellas. Aristóteles *(Met.* l. 12, c. 7) comprendió mejor la causalidad final de Dios, Acto puro, que la eficiente, sea productora u ordenadora [2].

Santo Tomás (Iª-IIª, q. 2, a. 7-8), siguiendo a Aristóteles y a San Agustín, insiste en la *existencia del apetito natural de felicidad;* y como la inteligencia humana, muy

[1] Cf. Iª-IIªe, q. 1, a. 4: Utrum sit aliquis ultimus finis humanae vitae. "*Per se loquendo, impossibile est in finibus procedere in infinitum* ex quacumque parte ... *Si non esset ultimus finis, nihil appeteretur,* nec aliqua actio terminaretur, nec etiam quiesceret intentio agentis."

[2] Si en vez de considerar el *fin* del apetito natural se toma en cuenta la ordenación del apetito al fin, ordenación que requiere una *Causa eficiente ordenadora* (ordinans vel imperans movet ut agens, non ut finis), entonces el argumento queda incluído en la Vª *vía de Santo Tomás, ex ordine mundi:* "Omnis ordinatio præsuponit ordinatorem". Vista así la cosa, la ordenación pasiva de nuestra voluntad al bien honesto, al bien moral, superior al bien deleitable y al bien útil, presupone un Ordenador supremo; la obligación moral, manifestada en el remordimiento o en la satisfacción del deber cumplido, supone un Legislador supremo. Hablaremos de ello en el capítulo siguiente.

superior a los sentidos y a la imaginación del animal, además del bien particular deleitable o útil, este alimento, tado la verdadera felicidad que naturalmente apetece; por aquel remedio, conoce *el bien en general (universale in prædicando)* —lo cual constituye el bien como tal, lo deseable, sea cual fuese—, síguese que al tender el hombre, no a *la idea abstracta del bien*, sino al *bien real existente en las cosas*, no puede hallar la *verdadera felicidad en bien alguno finito y limitado*, sino sólo en el *Soberano Bien (bonum universale in essendo et in causando)* [1].

Es imposible que el hombre halle en ningún bien limitado la verdadera felicidad que naturalmente apetece; porque *apenas* su inteligencia *repara en* EL LÍMITE, concibe un bien superior, al cual se inclina la voluntad por natural deseo.

Profundamente observado tenía San Agustín este hecho, cuando en el libro inmortal de sus Confesiones (I, 1) estampó la conocida frase: Nuestro corazón, Señor, está siempre inquieto, mientras no descanse en Ti: "*Irrequietum est cor nostrum, donec requiescat in te, Domine*".

¿Y quién de nosotros no lo ha experimentado en su vida íntima? Si enfermamos, por impulso natural apetecemos la salud como un gran bien; y una vez sanos, por grande que sea el contentamiento por la salud recuperada, echamos de ver que ella no basta para dar la felicidad ni la paz del alma; cabe disfrutar de perfecta salud, y estar al mismo tiempo sumido en la tristeza. Lo mismo se puede decir de los placeres de los sentidos: no sirven para hacernos felices; antes bien, a poco que de ellos se abuse, producen tedio y desengaño, porque la inteligencia, que concibe el bien universal e ilimitado, luego nos dice: ese deleite que hace un momento te cautivaba, ahora que lo has gustado te parece mezquino e incapaz de llenar el profundo vacío de tu corazón, incapaz de calmar tu apetito de felicidad.

[1] *Cf.* Cayetano, in Iª-IIªᵉ, q. 2, a. 7.

Lo mismo sucede con las riquezas y los honores, tan generalmente apetecidos; una vez logrados, ve uno con desencanto que las satisfacciones que proporcionan son por extremo efímeras y superficiales, incapaces de llenar los senos del corazón; la inteligencia nos dice: esos honores y esas riquezas son bienes finitos, humo que disipa el viento.

Lo mismo cabe decir del poder, de la gloria; porque quien asciende en la rueda de la fortuna, una vez alcanzada la cumbre, necesariamente ha de iniciar el descenso, dejando el puesto a otros; pronto figurará entre los astros apagados. Y si bien hay afortunados que logran retener por algún tiempo el esplendor del poder y de la gloria, no aciertan a encontrar en tales bienes *la verdadera felicidad*, antes bien con frecuencia se ven tan llenos de inquietud y de fastidio, que ansían abandonarlo todo.

No corren mejor suerte los que se entregan al *cultivo de la ciencia*, siendo ésta asimismo un bien muy limitado: *la verdad*, siendo completa y sin error, constituye el bien de la inteligencia, *mas no es el bien del hombre integral;* también el corazón y la voluntad tienen sus necesidades espirituales íntimas que, de no ser satisfechas, ahuyentan del hombre la verdadera felicidad.

¿La hallaremos acaso en la *amistad pura y sublimada?* Ciertamente, la amistad es fuente de grandes alegrías, muy íntimas a veces; pero nuestra inteligencia, que concibe el bien universal, sin límites, no tarda en observar que la amistad, por pura y sublimada que sea, es sólo un bien finito. Acordémonos de aquellas palabras de Santa Catalina de Sena: "¿Queréis beber largo tiempo de la copa de la verdadera amistad? ponedla al manantial del agua viva; de otra suerte, pronto quedará agotada y no podrá apagar más vuestra sed." Si perdura la virtud refrigeradora de la amistad, es porque el amigo *crece en bondad*, para lo cual necesita recibir nuevos incrementos de un manantial más elevado.

Si nos fuera otorgado contemplar a un ángel, la visión

de su belleza suprasensible, puramente espiritual, nos dejaría al pronto maravillados; mas luego la inteligencia, que concibe el bien universal e ilimitado, nos diría: es tan sólo una criatura, un ser finito y, por ende, muy mezquino en comparación del Bien en sí, ilimitado, sin mezcla de imperfección. Dos bienes finitos, por desiguales que entre sí sean, equidistan del Bien infinito; vista así la cosa, son igualmente insignificantes el ángel y el grano de arena.

II

El principio por el cual se llega hasta el conocimiento de Dios.

¿Será por ventura imposible satisfacer el apetito natural de beatitud que todos llevamos dentro?

¿Será posible que un apetito natural sea vano, quimérico, sin sentido ni valor?

Se comprende lo quimérico del deseo nacido de la fantasía o del error de la mente, por ejemplo, el deseo de tener alas para volar. Mas ¿cómo habría de serlo el apetito fundado directamente en la misma naturaleza humana, sin mediar ningún juicio condicional? Porque el apetito o deseo de la felicidad no es una simple veleidad condicional; es innato y connatural al hombre, algo estable y firme, que se halla en todos los hombres de todos los países y de todos los tiempos. Y todavía es más; porque la naturaleza misma de nuestra voluntad consiste, aparte todo acto, en ser una facultad apetitiva del bien universal.

La naturaleza de nuestra voluntad, como la de la inteligencia, no puede ser el resultado del acaso, de una feliz coyuntura; ambas facultades son principios simplicísimos de operación y no están compuestos de elementos diversos reunidos al acaso.

¿Puede ser quimérico el apetito natural de la voluntad?

No es vano el apetito *natural* de los seres inferiores, como lo observa experimentalmente el naturalista. El apeti-

to natural impulsa al herbívoro a buscar la hierba con que alimentarse, y la encuentra; al carnívoro, a proveerse de carne, y da con ella. El apetito natural del hombre es ser feliz; mas la verdadera felicidad no se encuentra de hecho en los bienes limitados; ¿será entonces imposible de hallar? ¿Será, pues, engañoso el apetito natural del hombre, vano y sin finalidad, mientras se logra el fin del apetito de los seres inferiores?

Mas no es el nuestro mero argumento de naturalista, fundado en la experiencia y en la analogía del apetito natural humano con el de los demás seres. El argumento tiene mayor alcance; es metafísico y se funda en la certeza del valor absoluto del principio de finalidad.

Si tal apetito fuera quimérico, carecería de finalidad, y no tendría razón de ser la actividad humana, inspirada por él; lo cual es contrario al siguiente principio necesario y evidente: "*Todo agente obra por un fin.*" Para entender la verdad de este principio así formulado por Aristóteles, basta examinar los términos del mismo: Todo agente, sea cual fuere, consciente o inconsciente, *tiende* hacia algo *determinado* que le conviene. Ahora bien, el fin es precisamente el bien determinado al cual tiende la acción del agente o el movimiento del móvil.

Este principio, de suyo evidente para quien comprenda el valor de los términos *agente* y *fin,* se desmuestra por reducción al absurdo; porque de otra suerte, dice Santo Tomás (Iª-IIª, q. 1, a. 2), "no tendría el agente *razón alguna para obrar* o no obrar, PARA OBRAR DE ÉSTA o de la otra MANERA", para *desear* esto y no aquello.

No existiendo finalidad natural, si el agente no obrase por un fin, no habría razón para que el ojo viese, y no escuchara el sonido o saboreara los manjares; ni habría razón para que las alas hicieran al ave hender los aires, y no correr o nadar; ni para que la inteligencia, en vez de entender, realizara actos de voluntad. Entonces ninguna *cosa tendría razón de ser y todo sería ininteligible.* No tendría por qué caer la piedra, en vez de subir, ni los cuer-

pos por qué atraerse mutuamente, y no repelerse y dispersarse, rompiendo la armonía del universo.

El principio de finalidad posee necesidad y valor absolutos no menos ciertos que el principio de causalidad eficiente, que dice: "Todo cuanto sucede y todo ser contingente requieren una causa eficiente"; y en último análisis, todo lo que sucede requiere una causa eficiente no causada, una causa que se confunda con su mismo obrar, con su propia acción, que sea su existencia misma, siendo el obrar consecuencia del ser y la manera de obrar consecuencia de la manera de ser.

Estos dos principios de causalidad eficiente y de finalidad son *igualmente ciertos*, de una certeza no sólo física, sino metafísica, aun antes de la demostración de la existencia de Dios. Y aun la eficiencia no se concibe sin la finalidad; carecería de razón de ser, como hemos visto, y sería ininteligible.

III

Término de esta ascensión.

Nuestro apetito natural de ser felices tiene una finalidad; tiende hacia un *bien*. ¿A un bien irreal, o a un bien real, pero inasequible?

Consideremos primero que el bien por nosotros apetecido no es sólo una *idea* de nuestro espíritu; porque, como dice repetidas veces Aristóteles, la verdad está formalmente en el espíritu que juzga, pero el bien reside formalmente en las cosas. Cuando apetecemos el alimento, no basta poseer la idea de él; que no es la idea del pan lo que alimenta, sino el pan mismo. Así, pues, el apetito natural de la voluntad, que tiene su base y fundamento en la naturaleza misma de la inteligencia y de la voluntad, y no en la imaginación o en el engaño, tiende hacia un bien real, y no hacia la idea del bien. De otra suerte, no sería un deseo, sobre todo un deseo natural.

Objetará alguno que la idea universal del bien nos lleva a buscar la felicidad en la *reunión* o en la *sucesión* de todos los bienes finitos que nos seducen: la salud, los placeres del cuerpo, las riquezas, los honores, la ciencia y el arte, la amistad. Todos aquellos que en carrera desatada se lanzan a gozar simultánea o sucesivamente de todos los bienes finitos, han puesto al parecer en ello la verdadera felicidad.

Pero la experiencia y la razón nos sacan del error. Subsiste siempre el vacío del corazón, manifestado en el hastío; y la inteligencia nos dice que la reunión, aun simultánea, de todos los bienes finitos e imperfectos no puede en modo alguno constituir el Bien absoluto concebido y deseado por nosotros; como un conjunto innumerable de idiotas no vale por un hombre genial.

Nada hace al caso la cantidad; se trata de *la calidad del bien;* aun multiplicados hasta lo infinito los bienes todos finitos, no llegan a constituir el Bien puro y sin mezcla que nuestra inteligencia concibe y nuestra voluntad apetece. Aquí está la razón íntima del hastío que los mundanos experimentan y arrastran por las playas del globo; fíjanse hoy en esta criatura, mañana en aquella otra, sin jamás quedar satisfechos y *verdaderamente felices.*

*
* *

Mas si la inteligencia es capaz de concebir el bien universal o ilimitado, la voluntad, esclarecida por aquélla, tiene también *amplitud y profundidad ilimitada;* ¿podrá entonces ser *vano y quimérico* el apetito natural, que busca un bien real, y no la idea del bien?

Este apetito natural, que tiene su cimiento y raíz en la naturaleza, y no en la imaginación, es tan sólido e inmutable como la naturaleza misma. No puede ser de peor condición que el apetito del herbívoro o del carnívoro; ni es posible que, mientras el ojo, el oído y la inteligencia logran los respectivos objetos para los cuales fueron ordenados, sea vana e ilusoria la ordenación del apetito na-

tural del hombre. Si, pues, el apetito natural de la felicidad no puede ser *vano*, ni puede saciarse con bienes finitos, ni con la reunión de todos ellos, preciso es admitir que existe un Bien puro y sin mezcla, el Bien por esencia, el Soberano Bien, el único capaz de colmar nuestras aspiraciones; *de otra suerte, la amplitud universal de nuestra voluntad sería un absurdo psicológico*, algo radicalmente ininteligible y sin razón de ser.

IV

Lo que no exige nuestra naturaleza.

¿Síguese de cuanto llevamos dicho que nuestro natural apetito de felicidad exija la visión inmediata de Dios, el Soberano Bien?

De ninguna manera. La visión inmediata de la esencia divina es esencialmente sobrenatural y, por tanto, gratuita, y en modo alguno debida a la naturaleza humana, ni tampoco a la angélica.

No otra cosa significó San Pablo al decir: "Ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó a hombre por el pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman. A nosotros, empero, Dios nos lo ha revelado por medio de su Espíritu; pues el Espíritu todas las cosas penetra, aun las más íntimas de Dios" (I Cor. 2, 9).

Pero aparte la visión inmediata de la esencia divina y aparte también la fe cristiana, y muy por bajo de ambas, queda todavía *el conocimiento natural de Dios*, autor de la naturaleza, conocimiento al cual nos llevan las pruebas de su existencia.

De no haber el pecado original herido nuestras fuerzas morales, este conocimiento natural nos permitiría llegar a *un amor natural eficaz de Dios, autor de la naturaleza*, de Dios soberano Bien, conocido por vía natural.

Y en este conocimiento natural y en este amor natural y eficaz de Dios, el hombre, de haber sido creado en es-

tado puramente natural, habría hallado *la verdadera felicidad*, si no la absolutamente perfecta, que consiste en la bienaventuranza sobrenatural o visión inmediata de Dios, por lo menos *una verdadera felicidad sólida y duradera;* porque este amor natural de Dios, siendo eficaz, orienta nuestra vida hacia El y nos proporciona realmente el reposo en El, al menos en el orden natural, dentro de los límites propios de nuestra naturaleza. Tal habría sido, en el estado natural, la suerte del alma inmortal de los justos tras la prueba de esta vida. El alma naturalmente desea vivir *siempre;* y ese deseo *natural* no puede ser vano. (Santo Tomás, Iª, q. 75, a. 6, c. fin).

Pero el caso es muy distinto: gratuitamente hemos recibido de Dios mucho más; hemos recibido la gracia, germen de la gloria, y con ella la fe sobrenatural y *el amor sobrenatural* de Dios, autor de la naturaleza y de la gracia.

Para nosotros, cristianos, *la prueba* de que hablamos *se confirma* grandemente por la felicidad o la paz que ya acá en la tierra encontramos en la unión con Dios.

Aun antes de poseer la felicidad perfecta, que es la del cielo, hemos hallado la verdadera felicidad, muy superior a cuanto puede el discurso filosófico vislumbrar, en el amor sincero, eficaz y generoso del Soberano Bien, sobre todas las cosas y sobre nosotros mismos, y en la ordenación cada día más profunda de nuestra vida hacia Él.

A pesar de las tristezas de la vida presente, a veces abrumadoras, hemos hallado la verdadera felicidad o la paz, por lo menos la de lo íntimo de nuestra alma, en el amor de Dios sobre todas las cosas; porque la paz es la tranquilidad del orden; y, amando a Dios, estamos unidos al principio de donde dimana el orden y la vida.

Nuestra prueba se confirma así grandemente por la experiencia profunda de la vida cristiana, en la cual se realiza la palabra de Jesucristo: "*Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis, non quomodo mundus dat, ego do vobis.*" (Ioann. 14, 27). El Salvador nos ha dado la paz, no por la *acumulación de placeres, de riquezas y de honores, de glo-*

ria y de poder, sino por la *unión con Dios.* Y de tal manera nos ha dado paz sólida y duradera, que puede conservárnosla y nos la conserva, como lo predijo, aun en medio de las persecuciones: "Beati pauperes... Beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam... Beati qui persecutionem patiuntur propter iustitiam, quoniam ipsorum est regnum cœlorum." (Matth. 5, 10). El reino de los cielos está ya en ellos, por cuanto en la unión con Dios tienen por la caridad la vida eterna incoada, "inchoatio vitæ æternæ" (IIª-IIæ, q. 24, a. 3, 2m).

Epicuro se gloriaba de poder con su doctrina proporcionar a sus discípulos la felicidad aun en medio de los tormentos del toro de Falaris, que era un toro de bronce puesto al rojo, dentro del cual moría uno carbonizado. Cosa tan ardua sólo Jesús ha conseguido de los mártires, dándoles la paz y la verdadera felicidad por la unión con Dios aun en medio del suplicio.

La prueba que discutimos se confirma, finalmente, de una manera extraordinaria por la experiencia espiritual íntima, en la medida de la unión de cada uno con Dios; porque Dios, mediante el don de sabiduría, se digna manifestarse en nosotros como vida de nuestra vida: *"Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei."* (Rom. 8, 16). Dios se manifiesta en nosotros como principio del amor filial que hacia sí mismo nos inspira.

CAPÍTULO V

DIOS, FUNDAMENTO SUPREMO DEL DEBER

Hemos estudiado la prueba de la existencia de Dios sacada del apetito natural de felicidad. Redúcese, como decíamos, a lo siguiente:

El apetito natural, fundado en la misma naturaleza, común a todos los hombres, y no en la imaginación o en algún desvarío de la razón, no puede ser vano, quimérico o engañoso; es decir, no puede tender a un bien irreal o inasequible.

Pero todo hombre naturalmente desea ser feliz, y la verdadera felicidad no se halla en los bienes finitos o limitados, por cuanto la inteligencia aviva en nosotros el apetito natural del bien universal e ilimitado que concibe.

Es, pues, necesario que exista un Bien sin límites, Bien puro, sin mezcla de imperfección; sin lo cual sería un *absurdo psicológico*, un contrasentido absoluto, la amplitud universal de nuestra voluntad.

El herbívoro encuentra la hierba que apetece, y el carnívoro la presa necesaria para el sustento; es imposible que sea de peor condición el apetito natural del hombre; debe ser posible la verdadera felicidad, naturalmente deseada, la cual sólo puede consistir en el conocimiento y en el amor del Soberano Bien. Dios, pues, existe.

*
* *

Hay otra prueba de la existencia de Dios, que arranca del *deber moral* o de *la ordenación* de nuestra voluntad

al bien moral. Y esta nueva prueba conduce al Soberano Bien, no ya como objeto deseable sobre todas las cosas, sino como Ser supremo que tiene DERECHO *a ser amado*, exige amor y es el fundamento del deber.

I

La ordenación de nuestra voluntad al bien moral.

El punto de partida de la prueba es la conciencia humana.

Aun los que dudan de la existencia de Dios comprenden, confusamente al menos, que *es necesario hacer el bien y evitar el mal.* Para entender esta verdad, basta tener la noción de bien y distinguir, de acuerdo con el sentido común, tres clases de bien: 1º *el bien sensible* o simplemente *deleitable*, 2º *el bien útil* para un fin y 3º *el bien honesto* o moral, que es bien en sí mismo, prescindiendo del deleite o utilidad que pueda reportar. El animal descansa en el bien sensible *deleitable* y por instinto busca el bien sensible *útil*, sin relacionarlo con el fin para el cual usa de él. La golondrina recoge la pajuela, sin saber que es *útil* para el nido que fabrica.

Sólo el hombre conoce *la utilidad* o *la razón de ser* de los medios para el fin.

Sólo él también *conoce* y puede amar *el bien honesto* y comprender el sentido de esta verdad moral: "es necesario hacer el bien y evitar el mal". Por más que se perfeccione con el adiestramiento la imaginación del animal, nunca llegará a entender dicha verdad.

Pero *cualquier hombre*, por exigua que sea su cultura, la comprende. Todos los hombres que han llegado al pleno uso de razón distinguen las tres clases de bien arriba mencionadas, aunque no sepan explicarlas. Todos ven que una fruta sabrosa es un bien sensible, *deleitable*, un bien físico que nada tiene que ver con el bien moral, y que se puede usar de dicha fruta de una manera moralmente bue-

na o moralmente mala; por consiguiente, lo deleitable no es de suyo moral.

Todos saben asimismo que una medicina muy amarga no es un bien deleitable, pero sí *útil* para recobrar la salud alterada. De la misma suerte, el dinero es *útil*, pero cabe hacer de él bueno o mal uso moral. Esta es una de las verdades más elementales del sentido común.

Y por último, todo hombre llegado al uso de razón advierte que sobre el bien sensible deleitable y aun sobre el útil existe el *bien honesto*, que también se dice racional o moral, el cual es bien en sí mismo, aparte el placer, las ventajas y comodidades que pueda proporcionar.

A esta clase de bienes pertenecen las virtudes, como la paciencia, el valor, la justicia. En lo que toca a la virtud de *la justicia*, nadie pone en duda ser un bien espiritual, y no sensible; cierto es que recompensa con el gozo a quien la practica; pero aun sin ello es buena; y es buena, porque es razonable, conforme con la recta razón. Comprendemos que es un deber practicar la virtud de la justicia *por ella misma*, no precisamente por la utilidad que acarrea o por evitar los males de la injusticia; y ello hasta el punto de padecer antes la muerte que atropellar la justicia y dejarse arrastrar por un acto injusto, sobre todo grave.

He aquí una perfección propiamente humana, es decir, del hombre como racional, no en cuanto animal.

De igual modo, es un *bien en sí conocer la verdad y amarla* sobre todas las cosas, y obrar en todo conforme a la recta razón, aparte el placer que ello reporta y las ventajas que proporciona.

Y este bien honesto o racional se nos presenta como *fin necesario* de nuestra actividad y, por consiguiente, como OBLIGATORIO. *Todo* hombre comprende que *un ser racional* DEBE *ajustar su conducta a la recta razón*, como la recta razón se ajusta a los principios absolutos del ser o de lo real: "Lo que es, es; y no hay posibilidad de que a la vez sea y no sea." El inocente molido a palos por un pillo

demuestra la existencia de un mundo inteligible super al sensible cuando replica al agresor: *Me puedes; mas por ello tienes razón.* La justicia es la justicia.

Es un hecho que en todos los pueblos se expresa el ber por fórmulas equivalentes: "*Haz tu deber, venga que viniere.*" "Es preciso hacer el bien y evitar el m: El placer y el interés deben estar subordinados al deb lo deleitable y lo útil, a lo honesto. Es un *principio et no*, que siempre ha sido verdadero y siempre lo será.

¿Cuál será *el fundamento próximo del deber* o de obligación moral? Lo es como expone Santo Tomás Iª-IIæ, q. 94, a. 2, el principio de finalidad, según el c *todo ser obra por un fin* y debe tender al fin que le proporcionado. De ello se deriva que *la voluntad del racional* DEBE *tender hacia el bien honesto o racional ra que está ordenada. La facultad* de querer y de obı racionalmente está ordenada *para* el acto racional, cor lo está el ojo para la visión, el oído para percibir el sonic el pie para andar, las alas para el vuelo, la inteligenc para la verdad. La potencia es para el acto correlativo; de no tender a él, pierde *su razón de ser.* No sólo *mejor* para la potencia el tender hacia su acto, sino q ahí está su ley íntima y primordial.

La voluntad que de suyo es capaz de querer, no sólo bien sensible, deleitable o útil, mas también el *bien hones* o racional, es decir, la voluntad que esencialmente es *ordenada* al bien honesto, *no puede dejar de quererlo, s perder su razón de ser.* Esta voluntad *existe para* amar querer el bien racional; bien, que DEBE ser realizado pc aquélla, es decir, por el hombre que puede realizarlo existe para realizarlo. Tal es el fundamento *próximo* d la obligación moral. Mas ¿no existirá otro *fundament supremo* mucho más elevado?

La voz de la conciencia es a veces extraordinariament poderosa cuando *manda o prohibe* ciertas acciones, com el falso testimonio, la traición, o cuando *reprende y re prueba* tras una grave falta. ¿Acaso no le remuerde a

asesino la conciencia, por oculto que permanezca el crimen? Los hombres lo ignoran, pero la conciencia no cesa de reprochárselo, aun dudando el criminal de la existencia de Dios.

¿De dónde viene esa voz de la conciencia? ¿Sólo de la lógica? ¿Será por ventura sólo de la *razón individual?* ¡Ah! pero es una voz que se hace oír por todos y cada uno de los hombres; es una voz que a todos domina.

¿Vendrá quizá de la legislación humana? Pero esta voz de la conciencia habla más alto que las leyes humanas de todos los pueblos, más alto que la Sociedad de las Naciones; esa voz nos dice que *la ley injusta no obliga en conciencia;* y los mismos *legisladores que dictan una ley mala* son reprendidos allá en el secreto de su alma por la *recta razón* que en ellos subsiste.

II

La ordenación de nuestra voluntad al bien moral supone una Inteligencia ordenadora divina.

¿De dónde, pues, sale esa voz de la conciencia, en ocasiones tan potente? ¿No vendrá de arriba?

Si para *ordenar* un medio a un fin se requiere inteligencia ordenadora capaz de conocer en el fin *la razón de ser* del medio, una inteligencia capaz, por consiguiente, de constituir el medio para el fin; si, como arriba (Cap. II) queda dicho, el orden físico del universo presupone una inteligencia ordenadora divina, ¿con cuánta más razón no la ha de exigir esta *ordenación* que vemos de nuestra voluntad al bien moral? No existe ordenación pasiva sin la correspondiente ordenación activa; en nuestro caso, sin la ordenación del Autor de la naturaleza.

Si de las *verdades* especulativas *eternas* (por ej., una cosa no puede a la vez ser y dejar de ser) se asciende por manera necesaria hasta la verdad eterna, fundamento de todas las demás, ¿por qué no elevarse del principio de

la ley moral (es necesario hacer el bien y evitar el mal) hasta la ley eterna?

La diferencia es que aquí partimos de principios prácticos, y no de especulativos. *El carácter obligatorio* del bien no altera la demostración, sino sólo le añade nuevo realce; y precisamente ese carácter obligatorio, manifestado por el fundamento próximo del deber moral, nos conduce a investigar el fundamento supremo del mismo.

Si *el bien honesto,* al cual está ordenada nuestra naturaleza racional, *debe* ser querido aún sin la satisfacción y las ventajas que pueda proporcionar; si el ser capaz de querer el bien honesto lo debe *querer,* so pena de perder su razón de ser; si nuestra conciencia promulga ese *deber* y luego aprueba o condena, según los casos, sin que seamos dueños de acallar los remordimientos; en una palabra, *si el derecho del bien a ser amado y practicado* DOMINA *nuestra actividad moral y la de la sociedad actual y de las posibles,* como el principio de contradicción *domina* todo lo real, actual y posible, *necesario* es que de toda la eternidad haya habido algo *en qué fundar* estos derechos absolutos del bien.

Estos derechos de la justicia, que *dominan* nuestra vida individual, familiar, social y política, *la vida internacional de los pueblos* pasados, presentes y venideros, estos derechos necesarios e imperativos *no pueden tener su razón de ser en las realidades contingentes y pasajeras* que están dominadas y regidas por aquéllos, ni tampoco en los deberes *múltiples y subordinados* que obligan nuestra naturaleza de seres racionales. Estos derechos, *superiores a cuanto no sea el Bien mismo,* no pueden tener fuera de él su fundamento y última razón.

Si, pues, el *fundamento próximo* del deber moral consiste en el orden esencial de las cosas, o con más precisión, en *el bien racional* a que están esencialmente ordenadas nuestra naturaleza y nuestra actividad, *el fundamento supremo* consiste en el *Soberano Bien,* último fin nuestro objetivo. Y dicho *deber moral* no ha podido constituirse

formalmente sino por una *ley del mismo orden* que el Soberano Bien, por la *Sabiduría divina*, cuya ley eterna ordena y dirige todas las criaturas a sus respectivos fines. El orden de los agentes corresponde al orden de los fines. La *ordenación pasiva* de nuestra voluntad hacia el bien supone la *ordenación activa* de Aquel que la creó para el bien. En otros términos: la voluntad del ser racional *debe* tender al bien honesto o racional, por ser éste *el fin para el cual ha sido ordenada* por una causa eficiente superior que se propuso realizar dicho bien.

Por esto, a la lumbre del sentido común y de la razón natural, *el deber está en último término fundado en el Ser, en la Inteligencia y en la Voluntad de Dios*, que nos creó para conocerle, amarle y servirle en esta vida y después conseguir la bienaventuranza eterna.

También el sentido común respeta el deber y tiene por legítima la busca de la felicidad; rechaza a la vez la moral utilitaria y la moral de Kant del deber puro, sin bien objetivo. Y ante el sentido común, el deber de Kant es como un paisaje sin sol, árido y estéril.

*
* *

A esta demostración de la existencia de Dios suele objetarse que implica petición de principio o círculo vicioso. No existe deber moral propiamente dicho, arguyen, sin un legislador supremo; y es imposible sentirse categóricamente obligado al deber moral, si antes no se conoce la existencia del supremo legislador. O sea: la prueba propuesta supone lo que trata de demostrar; a lo sumo puede asignársele el mérito de declarar de una manera más explícita lo que implícitamente supone admitido.

A esta objeción se puede y debe responder lo que sigue: Basta exponer primero *la ordenación pasiva* de nuestra voluntad al bien moral, para luego probar que debe existir una causa primera que así ha ordenado nuestra voluntad al bien, por cuanto *no se da ordenación pasiva sin ordenación activa*. Así, el orden del mundo supone una inteli-

gencia suprema ordenadora, y las verdades eternas, que *dominan* la realidad contingente y la inteligencia finita, requieren también fundamento eterno.

Además de la ordenación pasiva de nuestra voluntad al bien moral, puede también tomarse por punto de partida *la obligación moral manifestada en sus efectos*, por ejemplo, *en los remordimientos* del asesino. *¿De dónde viene esa voz terrible del remordimiento*, que ningún criminal puede acallar en el fondo de su alma?

La recta razón nos manda hacer el bien racional al cual nuestra naturaleza está ordenada; *mas no lo manda en* calidad de causa primera eterna, pues bien observado tenemos cada uno de nosotros cómo da la voz de mando, luego calla, vuelve después sobre sí; en una palabra tiene muchas imperfecciones y limitaciones, ella misma ha sido ordenada y no es el principio del orden. Es, pues, necesario subir más alto, hasta la Sabiduría divina que ordena todo para el Bien supremo.

Sólo allí encontraremos el fundamento supremo de la obligación moral o del deber. No hay en ello círculo vicioso; del *remordimiento* o de la *satisfacción* del deber cumplido subimos a *la conciencia*, que reprueba o aprueba; luego buscamos el origen de la voz de la conciencia. El origen primero no está en nuestra razón imperfecta, que comenzó a dar la voz de mando; nuestra razón da la voz de mando en calidad de causa segunda, que supone otra causa primera eterna, simple y perfecta: la Sabiduría por esencia, que todo lo dispone para el Bien.

El Soberano Bien, que antes se manifestó como *primer objeto deseable*, único capaz de darnos la *verdadera felicidad*, muéstrase ahora como el *Soberano Bien* que *debe ser amado sobre todas las cosas, exige amor y establece el deber*.

Por donde vemos también que *si se niega el primer deber para con Dios*, fin último del hombre, *quedan privados del fundamento supremo todos los demás deberes*. Si se niega que estamos moralmente obligados a amar sobre todas las

cosas *el bien* en cuanto tal, y *el Soberano Bien, que es Dios*, ¿cómo probar la obligación de amar un bien mucho menos atrayente, cual es *la humanidad en general*, en que entiende la Sociedad de Naciones? ¿Cómo probar entonces el deber de amar *la patria* y *la familia* más que *la propia vida?* ¿Cómo probar asimismo la obligación de conservar *la propia existencia y evitar el suicidio*, aun en los trances amargos de la vida? Si el Soberano Bien no tiene derecho imprescriptible de ser amado sobre todas las cosas, con mayor razón carecen del mismo los bienes inferiores. *Si no hay un fin último que nos domine moralmente, ningún otro fin* ni medio puede dominarnos. Si no existe un Legislador supremo que establezca el deber moral, queda desprovista de fundamento la ley humana.

Tal es la prueba de la existencia de Dios, Legislador supremo y Soberano Bien, fundamento del deber. Tal es la *fuente eminente de donde sale la voz imperiosa de la conciencia*, esa voz que atormenta al criminal una vez perpetrado el crimen, y al justo da la paz del deber cumplido, cuando hizo lo que estaba a su alcance.

*
* *

La sanción moral.

Para terminar, digamos unas palabras acerca de otra prueba de la existencia de Dios, que guarda estrecha relación con ésta que acabamos de tratar. Se funda en la sanción moral.

La consideración de los actos heroicos no recompensados acá en la tierra y de *los crímenes inultos* nos sugiere la necesidad de un Juez soberano que remunere a los justos y castigue a los transgresores.

Puede demostrarse la existencia de un Juez soberano y de una sanción eterna por la insuficiencia de las otras sanciones. El mismo Kant reconoce alguna fuerza a este argumento, no toda la que en realidad tiene. Helo aquí en pocas palabras:

El justo se hace merecedor de la felicidad por la perseverancia en el bien.

Ahora bien, sólo Dios puede realizar la armonía de la virtud y de la felicidad en otra vida mejor. Luego es necesario que exista Dios y que haya otra vida.

Cuanto más intensa es la vida moral de uno, tanto más viva y firme es la convicción que saca de este sencillo argumento.

En realidad es una *confirmación* de la prueba anterior, y la presupone.

En efecto, si la voz de la conciencia viene del *Legislador supremo*, debe éste ser también *Juez* soberano que *castiga* y *remunera*. Siendo inteligente y bueno, tiene para consigo mismo el deber de dar a cada ser lo necesario para conseguir el fin que le asignó; tiene, pues, el deber de *dar* al justo el conocimiento de la verdad y la *felicidad* que ha merecido. (Santo Tomás, Iª, q. 21, 1). Y además, como el Legislador supremo ama sobre todas las cosas el Bien, tiene para consigo mismo el deber de *hacer respetar* los derechos absolutos y de reprimir la violación de los mismos (Iª-IIæ, q. 87, a. 1 et 3).

En otros términos, si en el mundo físico hay orden, y si el orden exige una inteligencia ordenadora, *con más razón debe existir orden en el mundo moral*, que es infinitamente superior al físico.

De ahí *la respuesta a las quejas del inocente oprimido* e injustamente condenado por los hombres. Cuántas veces triunfan en el mundo *los malos o los mediocres*, mientras son condenadas almas inocentes, rectas y elevadas, como una Juana de Arco. Barrabás es preferido a Jesús; Barrabás es absuelto, y Jesús, crucificado. *La injusticia*, sobre todo tan manifiesta, *no puede quedar sin reparación;* hay *una Justicia superior*, cuya voz se hace oír en nuestra conciencia, la cual algún día restablecerá el orden.

Entonces se manifestarán los dos aspectos del *Soberano Bien*, el cual *tiene el derecho de ser amado* sobre todas

las cosas (principio de la *Justicia)* y es *esencialmente difusivo de sí mismo* (principio de la *Misericordia).*

Tales son las pruebas morales de la existencia de Dios; ellas llevan la convicción a toda alma que no se empeñe en ahogar la voz de la conciencia y la ayudan a descubrir el origen superior de esa *voz* que conduce al Bien, por cuanto viene de Aquel que es el Bien por esencia.

CAPÍTULO VI

DE LA NATURALEZA DE DIOS

"Yo soy el que soy." *Exod.* 3, 14.

Las pruebas clásicas de la existencia de Dios expuestas por el Doctor Angélico muestran, como se vió, que existe un *primer Motor* de los espíritus y de los cuerpos, *una Causa primera* de los seres que llegan a la existencia, un *Ser necesario* del cual dependen los seres contingentes y perecederos, un *Ser supremo*, *Verdad* primera y Soberano Bien, una *Inteligencia ordenadora,* causa del orden del universo, que justamente designamos con el nombre de Providencia.

Por estos cinco atributos: primer Motor, Causa primera, etc., concebimos a Dios; por ahí hemos establecido su existencia.

Tócanos ahora declarar qué cosa es Dios; en otras palabras, qué es lo que *constituye formalmente su naturaleza.* Ello es necesario para adquirir una idea exacta de la Providencia.

*
* *

El problema.

Acá en la tierra, ciertamente, no podemos conocer *la esencia divina como es en sí misma;* sería para ello preciso verla inmediatamente, como en el cielo la ven los bienaventurados.

Aquí sólo conocemos a Dios como *por reflejo en las perfecciones de las criaturas;* y siendo éstas tan imperfectas, no nos le dan a conocer tal cual es en sí. En lo que mira al conocimiento de Dios, como declara Platón en la alegoría de la caverna, nos asemejamos a un hombre que *nunca hubiese visto el sol,* sino sólo el reflejo de sus rayos en los objetos que ilumina, o a quien *nunca hubiera alcanzado a ver la luz blanca,* sino solamente y por separado los siete colores del arco iris: violeta, añil, azul, verde, amarillo, naranja y rojo. Nadie en tales condiciones podría formarse idea exacta de la luz blanca, ni concebirla, sino negativamente y de una manera relativa, como un foco luminoso inaccesible. De igual suerte nosotros no podemos formarnos *idea apropiada y positiva* de la naturaleza divina por las criaturas, donde resplandecen por partes las perfecciones que en Dios forman un todo absolutamente simple.

No podemos, pues, conocer la naturaleza divina *tal cual es en sí misma.* De poderla contemplar, veríamos *cómo en ella se identifican realmente y sin destruirse todas las perfecciones divinas:* ser infinito, sabiduría, amor, justicia y misericordia. El único recurso que nos queda es deletrear, enumerar, una tras otra todas sus perfecciones, añadiendo que todas ellas se funden e identifican en una simplicidad eminente, en la unidad superior de la Deidad o Divinidad; pero *la Deidad* o la esencia de Dios (aquello por lo que Dios es Dios) será siempre misterio impenetrable, hasta que le veamos cara a cara en el cielo. Es algo así como si viéramos los lados de una pirámide cuyo vértice estuviera fuera del alcance de nuestros ojos.

Siendo, pues, imposible conocer la naturaleza divina tal cual es en sí, ¿no se podrá, al menos *en la medida que nuestro entender alcanza,* determinar *lo que la constituye formalmente?* En otros términos: *entre las perfecciones* que atribuímos a Dios ¿no habrá una que sea *primordial* y como *la fuente de todos los atributos divinos* y el principio de la *distinción entre Dios y el mundo?*

¿No habrá en Dios cierta perfección radical que sea en

él lo que es la racionalidad en el hombre? Porque el hombre es un ser *racional;* y esta cualidad de ser racional le distingue de los seres inferiores y es el principio de las demás cualidades. Por ser racional, el hombre es *libre*, responsable de sus actos, sociable, religioso, habla y sonríe: cualidades todas ellas ajenas al irracional. Las cualidades del hombre se deducen a la manera de las propiedades del círculo o del triángulo.

¿No habrá también en Dios una perfección radical que permita *definirle*, a la manera como definimos el hombre, el círculo o la pirámide? En otros términos: ¿no existirá en las perfecciones divinas algún orden que permita *deducirlas* de una perfección primera? Tal es el problema que tratamos de resolver.

*

* *

Las distintas soluciones.

Así planteado el problema, ha recibido diversas soluciones, que vamos a examinar comenzando por las más imperfectas, para elevarnos por grados hasta la más acabada.

1º Los unos, llamados *nominalistas*, dicen *no haber en Dios una perfección primordial* de donde deducir lógicamente las demás. Para ellos la esencia divina es la reunión de todas las perfecciones; y no hay por qué buscar orden lógico entre ellas, como sean sólo *nombres diversos* de una misma realidad superior.

Esta opinión nominalista conduce a afirmar que Dios es *incognoscible*, por cuanto no es posible deducir sus atributos de una perfección fundamental. Es imposible decir por qué razón es sabio, justo y misericordioso; es preciso afirmarlo, sin saber el porqué.

2º Otros, inspirándose en *Descartes*, dicen que la esencia divina consiste formalmente en *la libertad*. Dios es ante todo una voluntad soberanamente libre. Descartes sostiene que, *de quererlo, Dios* puede hacer círculos cua-

drados, montañas sin valles, seres existentes sin existencia, efectos sin causa; y Ockam, en la Edad Media, llegó a afirmar que, de quererlo, Dios habría podido imponernos el precepto del odio, y no el del amor, y aun el de odiarle a él mismo, y no el de amarle. En otros términos: del libre albedrío de Dios dependería la verdad del principio de contradicción y la distinción entre el bien y el mal. Dios es, pues, ante todo y sobre todo *libertad absoluta.*

Filósofos modernos, como el suizo Secretán, han dado de Dios la siguiente definición: *Yo soy lo que quiero.* Yo soy lo que libremente quiero ser.

Pero no se concibe *la libertad anterior a la inteligencia.* Libertad sin inteligencia es imposible; se confundiría con el acaso. *La libertad no se concibe sin la inteligencia que la dirija;* sería la libertad sin regla alguna, sin verdad y sin bondad. Decir que Dios, de quererlo, habría podido *imponernos el precepto de odiarle*, equivale, en frase de Leibnitz, a decir que *no es necesariamente el soberano Bien* y que, de haberlo querido, *habría podido ser el principio del mal que defendían los maniqueos.* Sostener esto es insensato. Es "*deshonrar a Dios*", dice el mismo Leibnitz, afirmar que haya establecido por decreto arbitrario la distinción entre el bien y el mal y que él sea la *Libertad absoluta sin regla alguna.*

Es cosa clara que no se concibe la libertad sin la inteligencia y la sabiduría que la dirijan; *se concibe en cambio la inteligencia como propiedad anterior a la libertad y guía de ella.* El conocimiento de la verdad y del bien es antes que el amor del bien, el cual, de no ser conocido, no puede ser amado.

La inteligencia es, de consiguiente, primera, y la libertad, derivada.

3º ¿Quiere esto decir que la *Inteligencia* o *el Pensamiento siempre actual, el conocimiento eterno de la Verdad en su plenitud*, constituya formalmente la esencia divina? Es, ciertamente, una perfección divina; pero ¿es la perfección radical?

Así han opinado muchos filósofos y teólogos, para los cuales Dios es *puro destello intelectual eternamente subsistente*. Obsérvase a veces en horas nocturnas de tempestad cruzar el firmamento súbito fulgor. Es una imagen muy remota de Dios. Se habla también de los *destellos del genio* que descubre, como un Newton, las grandes leyes de la naturaleza, destellos fugaces y muy restringidos, que revelan una verdad parcial, como es la ley de la gravitación universal.

Pues bien, Dios es puro destello intelectual, eternamente subsistente, que contiene la verdad infinita y la visión de todos los mundos actuales y posibles con sus leyes. Dios es sin duda el *Pensamiento mismo eternamente subsistente* y la Verdad misma siempre conocida. ¿Por qué? Porque *la vida intelectual* es la forma superior de la vida, más noble que la vegetativa de las plantas y la sensitiva de los animales, y porque la inteligencia es anterior a la voluntad y a la libertad, de las cuales es guía indicadora del bien digno de ser querido y amado.

Todo ello es cierto; pero ¿es la intelección subsistente la perfección absolutamente primera de Dios? Por alta que parezca esta concepción de la naturaleza divina, no parece ser la más elevada [1].

[1] Los que sostienen esta opinión, sacan argumento de la *gracia santificante*, la cual, por estar esencialmente ordenada para la visión beatífica, es *vida intelectual*. Y como, por otra parte, la gracia es una participación de la *naturaleza divina*, síguese que la naturaleza divina debe ser *ante todo* la vida intelectual suprema, el Pensamiento eternamente subsistente y no el Ser por esencia.

Respondemos a esto que la gracia es *participación de la naturaleza divina tal cual ella es en sí*, y no según nuestro *imperfecto* entender. Es una participación de la *Deidad*, cuya razón formal es todavía superior a la de *Ser* e *intelección*. Dios concebido como Ser subsistente, contiene sólo "*actu implicite*", de manera implícita, las perfecciones divinas; mientras que la *Deidad*, tal cual en sí es y cual la contemplan en el cielo los bienaventurados, contiene "*actu explicite*", de manera explícita, todos los atributos divinos. Los bienaventurados ven los atributos divinos en la Deidad, sin necesidad de deducción.

La Sagrada Escritura nos da otra muy superior, cuando nos dice que Dios es el Ser subsistente. El mismo Dios es quien nos ha revelado su propio nombre: *El que es.*

*
* *

Dios es el Ser mismo, eternamente subsistente.

En el *Libro del Éxodo* (3, 14) se cuenta cómo Dios, hablando a Moisés desde la zarza ardiente, le reveló su propio nombre. No le dijo: "Yo soy *la libertad* absoluta, Yo soy lo que quiero." Tampoco le dijo: "Yo soy *la Inteligencia* misma, el Pensamiento mismo eternamente subsistente." Sino le dió esta definición: "*Yo soy el que soy*", o sea *el Ser eternamente subsistente.*

Recordemos el pasaje del *Éxodo* (3, 14): "Cuando vaya a los hijos de Israel y les diga: El Dios de vuestros padres me envía a vosotros, si me preguntan por su nombre, ¿qué les responderé?" Y el Señor a Moisés: "*Yo soy el que soy.*" Así responderás, añadió, a los hijos de Israel: "*El que es* me envía a vosotros." El que es, en hebreo Yahvéh, nombre del cual deriva Jehováh. "*Este nombre tengo yo eternamente*, y con éste se hará memoria de mí en la serie de las generaciones" *(Ibíd.* 5; 15).

Se lee asimismo en el último libro del Nuevo Testamento, el *Apocalipsis* (1, 4-8): "Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor, *el que es, era* y ha de venir, el Todopoderoso."

De la misma suerte se ha revelado a veces a los santos, como por ejemplo a Santa Catalina de Sena: "Yo soy el que es; tú eres la que no es."

Dios no es solamente espíritu puro; es el *Ser mismo que subsiste inmaterial en la cumbre de todas las cosas,* sobre todo límite que pueda oponerle el espacio, la materia o una esencia espiritual finita.

¿No es por ventura *el Ser subsistente* lo que a nuestro entender constituye formalmente la naturaleza divina?

No parece difícil establecerlo. En efecto, lo que cons-

tituye formalmente la naturaleza divina es aquello que concebimos como la *perfección primordial que distingue a Dios de las criaturas* y es *fuente de los demás atributos.*

Ahora bien, de las criaturas, tanto espirituales como corporales, se distingue Dios por ser el Ser subsistente, *océano infinito del ser espiritual*, ilimitado e incorpóreo. *Sólo la esencia divina es la existencia misma, sólo ella existe necesariamente;* ninguna criatura existe por sí misma, ninguna puede decir: yo soy el ser, la verdad, la vida. Entre los hombres, sólo Jesús ha dicho: "Yo soy la verdad y la Vida." Lo cual equivale a decir: Yo soy Dios.

En este vértice, en el Ser subsistente, *concurren las cinco pruebas de la existencia de Dios* expuestas por el Doctor Angélico: el primer Motor, la Causa primera, el Ser necesario, el Ser supremo y la Inteligencia ordenadora del universo; todas ellas terminan en el mismo Ser que subsiste inmaterial en la cumbre de todas las cosas.

Y de este punto culminante se deducen todos los atributos divinos, como de la racionalidad derivan las propiedades del hombre.

El Ser que subsiste inmaterial en lo más alto de todo, como veremos más adelante por menudo, debe ser absolutamente *uno y simple, la Verdad misma* siempre conocida, el *Bien mismo* siempre amado. Y porque es inmaterial, debe ser la *Inteligencia*, el *Pensamiento* mismo eternamente subsistente, la *Sabiduría misma*, la *Voluntad*, el *Amor subsistente*, la *Justicia* y la *Misericordia.*

Vemos también que la Justicia y la Misericordia suponen el amor del bien; el amor, la inteligencia que le ilumina; y *la inteligencia*, el ser inteligente e inteligible que ella contempla.

De lo expuesto *resulta* que de los nombres de Dios el primero y más *apropiado es Yahvéh, el que es.* Es *su nombre por excelencia,* dice Santo Tomás (1ª, q. 13, a. 11); y ello por tres razones:

1ª Porque expresa el ser mismo, y no una *forma del*

ser, una esencia especial; ahora bien, sólo Dios *es el ser por esencia*, sólo Dios existe por sí mismo.

2º *Es el nombre más universal*, el que comprende el ser todo entero con todas sus perfecciones, océano sin riberas de la substancia espiritual, omnisciente y omnipotente.

3º Este nombre *Yahvéh, el que es*, significa además *el ser siempre actual o presente*, para quien *no hay pasado ni futuro*.

He aquí lo que constituye formalmente la naturaleza divina, según nuestra tosca e imperfecta manera de entender, que consiste *en deducir de una propiedad primordial los atributos divinos y enumerarlos uno tras otro:* unidad, sabiduría, amor, justicia, misericordia..., sin llegar jamás *a ver* cómo se funden e identifican en la *vida íntima de Dios* o en la Deidad.

*
* *

La Deidad.

En lo que toca a la naturaleza divina, a la Deidad, *tal cual es en sí*, no podemos acá abajo conocerla; sería preciso verla inmediatamente, sin mediación de ninguna criatura ni de ninguna idea creada, como la contemplan en el cielo los bienaventurados. Sólo en el cielo veremos cómo *se identifican la Sabiduría divina y el divino beneplácito;* cómo el divino beneplácito, por libérrimo que sea, no es caprichoso, estando todo él penetrado de la Sabiduría. Sólo entonces comprenderemos cómo la *Justicia infinita y la infinita Misericordia se identifican* en el amor del soberano Bien, el cual tiene derecho a ser amado sobre todas las cosas y a la vez tiende a comunicarse para hacernos felices.

La Deidad, tal cual es en sí, permanece oculta a nuestra inteligencia, envuelta en profundo misterio; los místicos la llaman "noche oscura", "*tiniebla translúcida*" y otros nombres semejantes que recuerdan "la luz inaccesible" que dice la Sagrada Escritura.

Pero si no podemos conocer la Deidad tal cual es, *participamos de ella* mediante *la gracia santificante*, que es realmente una participación de la naturaleza divina *tal cual es en sí misma*[1], y *nos dispone desde ahora para ver y amar* un día *a Dios* como él se ve y se ama a sí mismo. De aquí vemos *el valor de la gracia santificante,* muy superior a la vida natural de nuestra inteligencia, y aun a la vida natural de la inteligencia angélica. Esto es lo que hace decir a Santo Tomás: "*El grado ínfimo de gracia santificante* que se halla en el alma de un neófito vale más que todo el universo, más que todas las naturalezas creadas juntas, corpóreas y espirituales" (Iª-IIᵃᵉ, q. 113, a. 9, ad 2); "*Bonum gratiæ unius majus est quam bonum naturæ totius universi*".

Esto mismo declara admirablemente Pascal en una de las páginas más bellas de sus Pensamientos: "*Todos los cuerpos,* dice, el firmamento con sus astros, la tierra con sus reinos, *no valen lo que el menor de los espíritus;* porque el espíritu los conoce todos, y también a sí mismo; mas el cuerpo nada conoce. Todos los cuerpos juntos, y *todos los espíritus reunidos*, con todas sus producciones, *no valen lo que el menor movimiento de caridad*, que es de un orden infinitamente superior. De todos los cuerpos juntos no se logra sacar *un solo pensamiento;* ello es imposible y de otro orden. De todos los cuerpos y de todos los espíritus juntos no se puede arrancar *un solo movimiento de verdadera caridad:* es también imposible y de orden superior, de orden sobrenatural... Los santos tienen su imperio, su esplendor, su victoria y su brillo, y no han menester grandezas carnales o espirituales (intelectuales), que de nada les sirven; porque nada añaden ni quitan. Son vistos por Dios y por los ángeles, y no por los cuerpos ni por los espíritus curiosos: *Dios solo les basta.*" Tal es el galardón de la vida escondida.

La santidad, mejor que ninguna otra cosa, nos revela acá

[1] Véase la nota anterior.

en la tierra, en la oscuridad de la fe, qué cosa sea la vida íntima de Dios, la Deidad; porque la santidad o perfección de la vida de la gracia es una participación real y viviente de la vida íntima de Dios, la cual nos dispone para verle más tarde en la gloria. De ahí aquellas palabras del Salmista *(Ps.* 37, 36): "*Mirabilis Deus in sanctis suis* —Admirable es Dios en sus santos."—

SEGUNDA PARTE

DE LAS PERFECCIONES QUE SUPONE LA PROVIDENCIA DIVINA

CAPÍTULO I

LA SIMPLICIDAD DIVINA

Vimos en el capítulo anterior que, según nuestra manera imperfecta de entender, el *Ser subsistente* constituye formalmente la naturaleza de Dios, por ser dicha propiedad lo que le distingue de las criaturas y el *principio de donde se pueden deducir todos los atributos divinos,* como de la racionalidad se deducen las cualidades del hombre. Siendo el fin de nuestro estudio adquirir idea exacta de la Providencia, bueno será ahora considerar las perfecciones que ella presupone. Porque la verdadera noción de Providencia es a manera de resultante de la contemplación prolongada de estas divinas perfecciones. Poco a poco irá nuestra inteligencia alcanzando la visión clara y distinta.

En Dios distinguimos *dos clases de atributos: los que se refieren al ser mismo,* como la simplicidad, la infinidad, la eternidad, la incomprensibilidad, y *los que miran a las operaciones divinas,* como la Sabiduría y la Providencia que dicen relación al entendimiento, y el Amor que toca

a la voluntad, con sus dos grandes virtudes que son: la Misericordia y la Justicia; finalmente, la Omnipotencia.

Cada atributo es una *perfección absoluta*, que excluye toda imperfección y se *deduce* de aquello que concebimos como constitutivo de la naturaleza divina [1].

Nuestro Señor nos dice: "*Sed perfectos, como lo es el Padre celestial*"; no como los ángeles, sino como el Padre celestial es perfecto. Porque hemos recibido la gracia santificante, participación de la naturaleza divina, y no de la angélica, la cual debe ir creciendo más y más en nosotros.

En nuestros ratos de oración, cuando meditamos el *Padre nuestro*, es conveniente contemplar las perfecciones divinas, cuya participación debe informar cada día más nuestra vida.

Trataremos primero de la simplicidad divina, cuyas huellas están profundamente impresas en las vías de la Providencia.

* * *

La simplicidad divina y sus reflejos.

¿Qué quiere decir *simplicidad?* Comúnmente hablando, es lo contrario de composición, complejidad y complicación, como unidad es lo contrario de división del ser.

Lo *simple* se opone a lo *compuesto* de partes distintas y, por consiguiente, a lo complicado, amanerado y afectado. En el terreno moral, la simplicidad, sencillez o rectitud se opone a la duplicidad o doblez.

Decimos que la mirada del niño es *simple* o sencilla, porque el niño va derecho al fin, sin segunda intención, y no tiende hacia cosas diversas; cuando el niño dice una cosa, no piensa en otra; cuando afirma alguna cosa, no la niega en sus adentros. No tiene doblez o mala fe. Nues-

[1] Observemos, no obstante, que como sea *libre* el acto creador, no se puede *deducir* de la naturaleza divina, ni tampoco el ejercicio de la Misericordia y de la Justicia con las criaturas.

tro Señor nos dice: "*Si tu ojo es simple*, todo tu cuerpo estará iluminado"; quiere decir: si nuestra intención es recta y sencilla, toda nuestra vida será una, verdadera y luminosa, y no *dividida*, como la de aquellos que quieren servir *a dos señores:* a Dios y al dinero. Enredados en *las complejidades, apariencias engañosas y complicaciones* más o menos mentirosas del mundo, presentimos que la virtud moral de la sencillez o sinceridad y de la lealtad es un reflejo de una perfección divina. Ya lo dijo Santo Tomás: "Simplicitas facit intentionem rectam *excludendo duplicitatem*", IIª-IIᵃᵉ, q. 109, 2, 4ᵐ.

¿Pero qué es, a todo esto, *la simplicidad divina?* Es la ausencia de composición de elementos diversos, la ausencia de división.

1º En Dios no puede darse, como en los cuerpos, distinción de *partes cuantitativas.* En los cuerpos hay partes contiguas, ora sean de la misma naturaleza, como en el diamante, ora diferentes, como los órganos que componen el cuerpo viviente, ojos, oídos, etc.

Dios, por el contrario, *posee la simplicidad del espíritu puro*, la cual es comparablemente superior a la homogeneidad del diamante y a la unidad del organismo más acabado. En Dios no cabe distinguir *dos partes, como alma y cuerpo,* la primera vivificadora de la segunda. Esta segunda parte sería menos perfecta; no sería la vida, sino participación de ella; no el principio del orden, sino algo a su vez ordenado.

En Dios no puede haber cosa imperfecta ni composición. *Todo compuesto requiere una causa* que lo haya formado de elementos diversos, y Dios es la causa suprema no causada; de donde es absolutamente simple.

2º *La simplicidad* de Dios es también *superior a la de los ángeles.* El ángel es, ciertamente, espíritu puro; pero su esencia no existe por sí misma, es *capaz de existir,* mas no es la existencia misma. El ángel es un compuesto de esencia finita y de existencia limitada; mientras que Dios es el Ser mismo subsistente, puramente inmaterial.

El ángel conoce mediante la *facultad intelectiva*, y quiere mediante otra facultad, *la voluntad. Estas dos facultades y los actos sucesivos* de pensar y de querer son *accidentes,* distintos de la sustancia del ángel; la sustancia permanece invariable, mientras que los pensamientos se suceden. En Dios, en cambio, no puede darse composición de sustancia y accidentes, por ser la sustancia divina *la plenitud del ser*, la plenitud de la verdad siempre conocida, la plenitud del bien siempre amado. *No hay en Dios pensamientos sucesivos*, antes bien *un pensamiento único, siempre el mismo*, que subsiste eternamente y abarca toda la verdad. *No hay en Dios actos volitivos que se sucedan unos a otros*, antes bien *un querer único, siempre el mismo*, el cual subsiste eternamente y se extiende a todo lo que Dios quiere.

De donde *la simplicidad* o *unidad divina* consiste en la carencia de composición y división *del ser, del pensamiento y del querer.*

3º *La simplicidad de la inteligencia divina es una simple mirada* que sin mezcla de error e ignorancia abarca toda la verdad cognoscible, sin experimentar cambio alguno.

La simplicidad de la voluntad divina es una intención soberanamente pura que ordena admirablemente las cosas todas y no permite el mal sino para un bien mayor.

Pero lo más bello de la simplicidad divina está en la unión maravillosa de perfecciones al parecer opuestas: inmutabilidad absoluta y absoluta libertad, sabiduría infinita y libérrimo beneplácito, que a veces nos parece arbitrario; justicia infinita, inexorable con el impenitente y misericordia infinita. Todas estas perfecciones infinitas se confunden e identifican, sin destruirse, en la simplicidad de Dios. Aquí está sobre todo la eminencia y esplendor del atributo divino que tratamos.

Un reflejo de tan sublime simplicidad divina encontramos en la mirada del niño, y mejor aún en la de los santos, muy distinta de las complejidades engañosas y de la doblez de los mundanos.

*
* *

Pero volvamos a las criaturas. ¡Qué distinta la simplicidad divina, que tiene su reflejo en la santidad, de ese linaje de ingenuidad que consiste en decir cuanto a uno le viene a la mente o le pasa por el corazón, aun a riesgo de *contradecirse a cada momento*, ya por cambio de las impresiones recibidas, ya por cambio de simpatías! Esta ingenuidad es *la instabilidad* misma y una contradicción continua: complicación y mentira más o menos consciente; en tanto que la simplicidad de Dios es la unidad inmutable, la unidad de la sabiduría suprema invariable y del amor del bien purísimo y firmísimo, siempre el mismo, infinitamente superior a nuestra impresionabilidad y a nuestra constante mudanza de opiniones.

Vislumbramos la simplicidad de Dios en el *alma simplificada*, que juzga de todo con sabiduría y ama las cosas sólo por Dios. Al contrario, el alma complicada juzga de todo según las impresiones variables de la sensibilidad y ama las cosas por egoísmo, sin otra norma que el capricho, en el cual se obstina a veces con terquedad, corriendo otras de uno en otro según el humor, el tiempo y las circunstancias. Y en tanto que el alma complicada *se altera* por una pequeñez, el alma simplificada por la sabiduría y el amor desinteresado *guarda la paz*. El don de la sabiduría derrama en ella la paz, que es la tranquilidad del orden, la unidad, la armonía de la vida simplificada y unida a Dios.

El alma de un San José, de un San Juan Evangelista, de un San Francisco de Asís, de un Santo Domingo o de un Cura de Ars, nos dan cierta idea de la simplicidad divina; más aproximada nos la da el alma de la Bienaventurada Virgen María; pero la más adecuada de todas es la del alma santísima de Jesús, que decía: "*Si vuestro ojo es sencillo, todo vuestro cuerpo quedará esclarecido*"... es decir: si la mirada de vuestra alma es sencilla, también el alma misma será luminosa, verdadera, leal, sincera y sin doblez.

—"Sed prudentes como la serpiente (para no dejaros seducir por el mundo), pero *sencillos como la paloma*" para permanecer en la verdad de Dios. —*"Gracias te doy Padre, porque has ocultado estas cosas a los prudentes y sabios y las has revelado a los pequeños."* — "Sea vuestro lenguaje: *sí, sí; no, no.*" *(Matth.* 5, 37).

Ya en el Antiguo Testamento leemos: "Buscad al Señor *en la sencillez de vuestro corazón.*" *(Sap.* 1, 1). — "Más vale el *pobre que camina en su sencillez que el* rico que va por caminos tortuosos." *(Prov.* 19, 1). — *"Muramos en la sencillez de nuestro corazón"*, decían los Macabeos (I *Mac.* 2, 37), azotados por la injusticia. *"Obedeced,* decía San Pablo, *en la sencillez de vuestro corazón." (Col.* 3, 22).—"No perdáis vuestra sencillez para con Cristo." (II *Cor.* 2, 3).

La sencillez, dice Bossuet, *permite a las almas puras entrar en las profundidades de Dios,* en los caminos de la Providencia, en los misterios insondables, de los cuales se escandalizan las almas complicadas, en los misterios de la Justicia infinita, de la Misericordia infinita, de la libertad soberana del divino beneplácito. Todos estos elevados misterios, no obstante la oscuridad que los envuelve, son sencillos para los sencillos.

Y la razón es ésta: porque en las cosas divinas, *las más sencillas,* como el *Padre nuestro, son a la vez las más grandes y las más profundas.* Por lo contrario, las cosas del mundo, por llevar siempre íntimamente mezclado lo bueno con lo malo, son muy complejas, y quien pretendiere apreciarlas con sencillez, resultaría falto de penetración, ingenuo y superficial. En las cosas divinas la sencillez es compañera inseparable de la profundidad y de la elevación, porque las cosas divinas más elevadas en Dios y las más profundas en nuestro corazón son la simplicidad misma.

*
* *

La imagen perfecta de la simplicidad de Dios.

La imagen más pura y elevada de la simplicidad divina es la santidad de Jesús, que encierra en uno las virtudes al parecer más opuestas.

Recordemos la sencillez de su proceder con los adversarios, con Dios y con las almas.

A los fariseos que tratan de darle muerte díceles, sin que nadie ose responderle: "¿Quién de vosotros se atreverá a acusarme de pecado?" (*Ioann.* 8, 46). E indignado de la doblez farisaica, exclama: "¡Ay de vosotros, hipócritas, que cerráis a los hombres las puertas del cielo; no entráis vosotros y no permitís que otros entren! ¡Ay de vosotros, guías ciegos..., sois como los sepulcros blanqueados, que por de fuera parecen hermosos, estando dentro llenos de podredumbre."

Y refiriéndose al Padre dice: "Mi alimento es hacer la voluntad de quien me envió... Yo hago siempre lo que le place... Honro a mi Padre y no busco mi gloria." (*Ioann.* 4, 34; 8, 50).

"Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz; empero hágase tu voluntad, más que la mía." (*Matth.* 26, 42). "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu... Todo está consumado." (*Luc.* 23, 46; *Ioann.* 19, 30).

Y para los fieles tiene palabras como éstas: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el descanso de vuestras almas." Tal sencillez resplandece en él, que puede, y sólo él, hablar de su propia humildad sin perderla.

Él es el *buen pastor* de las almas, que va con preferencia en busca de los pobres, de los enfermos y atribulados, de los niños, y también de los pecadores, para traerlos de nuevo al redil.

Y es el buen pastor que *da la vida por las ovejas*, ruega por sus verdugos y dice al buen ladrón: "Hoy serás conmigo en el Paraíso."

Pero lo que más admira *en la sencillez de Jesús* es *la*

fusión de las virtudes al parecer más opuestas, llevadas cada una al grado sumo.

En él se concilian *el santo rigor de la justicia* con los fariseos hipócritas y la *inmensa misericordia* con las ovejas de su redil; mas el rigor queda siempre subordinado al amor del bien, de donde procede.

En Jesús se concilian también de manera simplicísima *la humildad profunda y la suma dignidad*, magnanimidad o grandeza de alma. Vive treinta años la vida oculta de humilde artesano. Declara no haber venido a *ser servido*, sino a servir; cuando se intenta hacerle rey, huye a la montaña; el Jueves Santo lava los pies de sus discípulos y acepta por nosotros las humillaciones de la Pasión... Esto por lo que toca a la humildad. Pero en la misma Pasión proclama ante Pilatos *con dignidad soberana* su reino universal. Pilatos le dice: "¿Eres tú el rey de los judíos?... ¿Qué has hecho?" Y Jesús responde: "Mi reino no es de este mundo..." —"¿Eres, pues, rey?" —"Tú lo dices, soy rey. Yo para esto nací y vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; quien es de la verdad, escucha mi voz." *(Ioann.* 18, 33 ss.). — Con qué sencillez y grandeza responde a Caifás que le conjura a decir si es el hijo de Dios: "¡Tú lo has dicho; y aun os declaro que de hoy más veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios y venir sobre las nubes del cielo." *(Matth.* 26, 64).

La sencillez de Jesús hermanaba la humildad profundísima con la magnanimidad más sublime; y él, el más humilde de los hombres, fué condenado por un supuesto crimen de blasfemia y de orgullo.

En Jesús se componen asimismo *la perfecta dulzura* que le hace rogar por los verdugos *y la fortaleza heroica* del martirio, cuando el pueblo y casi todos los discípulos le abandonan en los momentos más amargos de la Pasión y Crucifixión. Hay en esta sencillez una grandeza tan elocuente, que el Centurión romano, viéndole morir, no pudo contener su admiración y exclamó glorificando a Dios: "Verdaderamente este hombre era justo."

*
* *

Cosa grande y prodigiosamente elevada es la simplicidad, cuando reúne en sí las virtudes en apariencia más opuestas. Es sin duda la expresión más perfecta de lo *bello*. La belleza, en efecto, es la *armonía*, el brillo de la unidad en la variedad; y *cuanto mayor sea la variedad y más íntima la unidad*, tanto más extraordinario es lo bello, mereciendo entonces el nombre de *sublime*. Lo sublime, he ahí *la* verdadera *imagen de la simplicidad divina*, que une y compone la infinita sabiduría, con la voluntad libérrima de Dios, la infinita Justicia, inexorable a veces, con la infinita Misericordia, todas las energías, con todas las ternuras del amor.

Sólo Dios puede producir en un alma tan altísima simplicidad, imagen de la suya propia. Nuestro temperamento está orientado en determinado sentido, inclinándose ora a la indulgencia, ora al rigor, bien a la visión amplia de conjunto, bien a los pormenores de las cosas prácticas; mas nunca a la vez en dos direcciones. Si, pues, un alma dotada de sencillez perfecta practica a la vez virtudes al parecer opuestas, es porque Dios está íntimamente unido con ella y le imprime su propia efigie.

Admirablemente lo expone Bossuet en el *Discurso de la Historia Universal* (2ª Part., Cap. 19): "¿Quién no habrá de admirar la condescendencia con que Jesús atempera la altura de su doctrina? Leche es ella para los niños; y para los fuertes, pan. Le vemos lleno de los secretos de Dios; mas no por ello queda asombrado, como los mortales a quienes Dios se comunica; habla de los secretos divinos con la naturalidad de quien ha nacido en ellos y en la gloria que los circunda; *lo que posee sin medida (Ioann.* 3, 34), sabe distribuirlo con medida, para no agobiar nuestra flaqueza."

Asimismo Pascal en sus *Pensamientos* declara de esta suerte la simplicidad de Jesucristo, imagen de la de Dios: "Jesucristo, sin bienes (de fortuna) ni producción de cien-

cia, *está en el orden de la santidad.* No ha dado invenciones, ni ha reinado. Pero fué *humilde, paciente, santo, santo de Dios, sin ningún pecado.* ¡Oh! ¡y cómo ha venido con gran pompa y prodigiosa magnificencia a los ojos del corazón que ven la Sabiduría!... Jamás hombre alguno tuvo tanto esplendor, jamás ninguno se vió con más ignominia... ¿Quién enseñó a los Evangelistas las cualidades de su alma heroica, para que ellos la pintasen tan perfecta en Jesucristo? *¿Por qué le hacen débil en la agonía?* ¿No sabían pintar una muerte valerosa? Cierto que sí; San Lucas pinta la muerte de San Esteban más firme que la de Jesucristo. Le hacen, pues, capaz de temor, antes que la necesidad de morir haya llegado; y luego le hacen valeroso. Pero le pintan turbado, cuando se turba a sí mismo (cuando para sufrir por nosotros quiere experimentar el anodadamiento y la angustia); y cuando los hombres le turban, entonces permanece fuerte", con fortaleza que los salva.

En la vida de Jesús resplandece la sencillez, imagen vivísima de la de Dios. Como observa el P. Grou: "*Es imposible decir de manera más sencilla cosas tan elevadas y tan divinas.* Los Profetas parecen asombrados y aturdidos de las grandes verdades que anuncian... Jesús no pierde el dominio de sí mismo cuando habla, porque va sacando de su propio caudal...; en él mismo está el tesoro de los conocimientos, el cual, por más que se comunique, no se agota" *(L'Intérieur de Jésus*, ch. XXIX).

De aquí podemos vislumbrar algo *de la simplicidad de Dios*, de la simplicidad de su ser, de su pensamiento y de su amor; simplicidad que *por modo eminente reúne en sí los atributos más opuestos al parecer*, como son la Justicia y la Misericordia, y uniéndolos, *no los destruye*, antes al contrario los contiene *en estado purísimo*, sin imperfección ni atenuación alguna. Contemplaremos esta simplicidad en la vida eterna, si cada día nos acercamos a ella un poco más por la sencillez de corazón, sin la cual no podría haber allí contemplación ni amor verdadero.

CAPÍTULO II

LA INFINIDAD DE DIOS

Vimos en el capítulo anterior que la simplicidad divina, simplicidad propia del Espíritu puro y del Ser subsistente, reúne en sí perfecciones al parecer muy opuestas, como Justicia y Misericordia. De la simplicidad divina hallamos un reflejo en la mirada del niño y de los santos, y sobre todo en la sublime sencillez del alma santísima de Jesucristo, donde se funden, como en la simplicidad divina, virtudes opuestas en apariencia, como son la humildad profunda y la magnanimidad sobrehumana, la dulzura compasiva y la fortaleza heroica, la firmeza de la justicia y la ternura de la misericordia.

Tócanos ahora considerar otro atributo del ser divino, que es la *infinidad*, sin el cual no es posible concebir ni la Sabiduría divina ni la Providencia.

Parece a primera vista como que este nuevo atributo se opone al primero; porque nuestra inteligencia, un tanto cautiva de la imaginación, nos representa la simplicidad divina a la manera de un punto geométrico: el vértice de una pirámide. Y siendo el punto indivisible e inextenso, no puede ser espacialmente infinito. ¿Cómo, pues, podrá ser Dios a la vez soberanamente simple e infinito?

La simplicidad de Dios no es la del punto en el espacio; es una simplicidad espiritual muy superior al espacio y al punto. De igual suerte, la infinidad de Dios es una *infinidad de perfección*, muy superior a la *infinidad corpórea* de un mundo que no tuviera límites.

Muchos de los errores acerca de la infinidad de Dios provienen de confundir *la infinidad cuantitativa* de un espacio que careciera de frontera, o del tiempo que no tuviera principio, con *la infinidad cualitativa* o de perfección, por ejemplo, la de una sabiduría infinita o de un amor infinito. Es, sin embargo, muy grande la diferencia de estas dos clases de infinito; es sencillamente la diferencia que hay del cuerpo al Espíritu puro infinitamente perfecto.

Tampoco se ha de confundir *la infinidad de perfección*, tan soberanamente determinada, tan completa y acabada, que nada se le puede añadir, con *la indeterminación de la materia* capaz de recibir todas las formas. He aquí los dos extremos: de un lado, la indeterminación absolutamente imperfecta de la materia; del otro, la infinidad soberanamente perfecta del Espíritu puro que es el Ser mismo subsistente.

*
* *

Prueba a priori de la infinidad divina.

¿Cómo se probará la infinidad de Dios, concebida como infinidad de perfección?

Santo Tomás (en Iª, q. 7, a. 1) da una prueba muy hermosa, apropiada para los que viven en las regiones del arte. Observa el Doctor Angélico que *el ideal del artista*, *la forma* ideal por él concebida, por ejemplo, la forma del Moisés de Miguel Angel, posee *cierta infinidad* antes de ser materializada por la limitación a determinada porción de materia en un lugar del espacio. La forma ideal del Moisés en la mente de Miguel Angel es realmente independiente de todo límite material, pudiendo el artista reproducirla indefinidamente en el mármol, en la arcilla o en el bronce. Lo mismo cabe decir de cualquiera otra *forma ideal*, aun de la *forma específica* de los seres de la naturaleza: el lirio, la rosa, el león o el águila.

Antes de materializarse estas formas específicas mediante la limitación a determinada porción de materia en cierto

lugar del espacio, gozan de *cierta infinidad formal* o de *perfección*, que es independiente de todo límite material; y así, la idea de lirio es superior a todos los lirios particulares, y la idea de águila, superior a todas las águilas, cuya esencia reproduce. *He aquí, pues, el principio: Toda forma no recibida aún en la materia posee cierta infinidad de perfección.*

Fácil es aplicar este principio a Dios, observa Santo Tomás; porque *de todas las perfecciones formales la más perfecta es*, no la del lirio, no la del águila o del hombre ideal, sino *la del ser* o de *la existencia*, actualidad última de todas las cosas. Todas las perfecciones de este mundo son algo *capaz de existir*, pero no son *la existencia misma;* pueden recibirla, como la materia recibe la forma del lirio o de la rosa.

Si, pues, Dios existe por sí mismo, si es *el Ser subsistente, la existencia en sí misma*, concluye Santo Tomás, es infinito, con una infinidad, no cuantitativa, sino cualitativa y de perfección. Si el lirio ideal es independiente de toda limitación material individual, el Ser subsistente por sí mismo *sobrepuja, no solamente los límites espaciales y materiales, mas también cualquiera limitación de esencia.* El ángel, por perfecto que sea, posee existencia finita, según los límites de su esencia espiritual; *la existencia divina, por el contrario, no es recibida en una esencia capaz de existir;* antes bien, *Dios es la existencia misma, no recibida, eternamente* subsistente.

Dios es, por consiguiente, soberanamente determinado, perfecto, completo, de suerte que nada se le puede añadir; y es al mismo tiempo *infinito*, es decir, *ilimitadamente perfecto*, incomprensible, "océano infinito del ser", dice San Juan Damasceno; pero un *océano espiritual*, sin riberas; deja atrás el punto y el espacio, y sobrepuja en su espiritualidad todo cuanto la imaginación puede forjarse de un mundo material cuantitativamente infinito o ilimitado.

La infinidad de Dios es al mismo tiempo la infinidad

del Ser, y del espíritu puro, y de la sabiduría, y de la bondad, y del amor, y del poder; porque la infinidad es el modo de ser de todos los atributos divinos.

Tal es la prueba a priori de Santo Tomás, sacada del principio: *Toda forma no recibida aún en la materia posee cierta infinidad de perfección,* como la forma del lirio. Ahora bien, lo más formal de todas las cosas, la última actualidad, es *la existencia.* Por donde Dios, que es el *Ser mismo,* la existencia misma, es infinito, con infinidad de perfección que excede todo límite espacial y material, y aun todo límite de esencia. Es, por consiguiente, infinitamente superior a todos los cuerpos y a todos los espíritus puros creados.

*
* *

Prueba a posteriori de la infinidad divina.

Hay otra prueba de la infinidad de Dios; es una prueba *a posteriori,* la cual demuestra que la producción de seres físicos *ex nihilo* o el crear de la nada supone un poder activo infinito, que sólo puede tener raíz en una causa infinitamente perfecta. (Santo Tomás, Iª, q. 45, a. 5).

Una causa *finita* no puede producir un efecto cualquiera sino por *transformación* de un objeto preexistente capaz de ser transformado. El escultor necesita materia donde trabajar la estatua; el maestro forma poco a poco la inteligencia del niño, mas no es él quien le da la inteligencia.

Y cuanto más mezquino sea el objeto que se transforma, tanto más resalta la destreza y fecundidad del artífice. Cuanto más pobre sea la tierra, tanto más necesitada está de buen cultivo, semilla escogida y abono fertilizante. Pero si la tierra fuera tan pobre, tan pobre, que se redujese a cero, a nada, a la nada absoluta, para de esa nada producir alguna cosa, sería menester *una potencia activa,* no sólo muy diestra y fecunda, mas también *infinitamente perfecta,* es decir, *el poder creador.*

Los agentes creados pueden transformar, mas no crear.

Para producir *todo el ser* de una cosa cualquiera, por insignificante que sea, para producir *el ser* de un grano de arena, para crearlo de la *nada*, se requiere un poder infinito, que sólo al Ser infinitamente perfecto corresponde; de ahí que la causa primera de todo lo que llega a existir haya de ser infinitamente perfecta.

Ni el más encumbrado de los ángeles ha podido crear el universo físico, más aún, ni siquiera un granito de arena, ni lo podrá jamás; para crear de la nada (es decir, sin materia preexistente) una cosa cualquiera, se necesita potencia infinita.

*

* *

A esta doctrina tradicional y revelada presenta el panteísmo una objeción pueril.

Nada puede añadirse a lo infinito, dice; si, pues, al ser de Dios se le suma el mundo como realidad nueva, el ser de Dios no es infinito.

Fácil es deshacer la objeción: nada se puede añadir a lo infinito *en el mismo orden;* es decir: nada puede añadirse a su ser, a su sabiduría, a su bondad, a su poder. Pero en modo alguno repugna que en *cierto orden inferior* se añada algo al Ser infinito, como el *efecto* se añade a la causa eminente que lo produce. Negarlo, equivaldría a despojar a Dios del poder de producir efectos distintos de sí mismo; no sería infinito.

El panteísmo insiste: después de creados los seres, hay *más ser y más perfección* que antes; lo cual equivale a afirmar que el más sale del menos.

A esto responde la teología tradicional: Después de la creación hay *más seres,* pero no más ser ni perfección que antes. Como cuando un gran maestro, Santo Tomás por ejemplo, ha formado unos cuantos discípulos, hay más sabios, pero no *más ciencia* que antes, de no saber los discípulos más que el maestro. Si esto es cierto, con más razón lo es que después de la creación hay más seres, pero no más ser; más seres vivientes, pero no más vida;

más inteligencias, pero no más sabiduría. Porque antes de la creación existía el Ser infinito, la Vida infinita, la Sabiduría infinita, donde estaban contenidas por manera eminente las perfecciones todas de los seres creados.

Tal es la infinidad de Dios: infinidad de perfección, que consiste en la plenitud, no de la cuantidad o de la extensión, sino del ser, de la vida, de la santidad y del amor.

*
* *

Nosotros estamos hechos para lo Infinito.

¿Qué lección práctica encierra el misterio de la infinidad divina?

Una muy bella y provechosa: que hemos sido creados para lo infinito, para conocer la verdad infinita y para amar el Bien infinito, que es Dios.

Prueba de ello es que *nuestras dos facultades superiores*, la inteligencia y la voluntad, tienen *amplitud infinita*.

Nuestros sentidos sólo perciben una modalidad sensible del ser o de lo real: los ojos, el *color;* los oídos, el *sonido.* Pero *la inteligencia* aprehende *el ser, la realidad* de las cosas, *su existencia*, y echa de ver que *el ser*, más o menos limitado en la piedra, en la planta, en el animal y en el hombre, *de suyo no tiene límites.* Nuestra inteligencia, muy superior a los sentidos y a la imaginación, aspira de esta suerte a conocer, no solamente los seres limitados y finitos, mas también el *Ser infinito*, en la medida por lo menos en que nos es cognoscible. Nuestra inteligencia aspira a conocer, no solamente las verdades múltiples y restringidas de la física, de las matemáticas, de la psicología, mas también la Verdad suprema e infinita, principio eminente de las demás verdades. Esta es la lección que enseñamos a los niños de catecismo: "¿Para qué fuisteis creados y vinisteis al mundo? Para conocer a Dios." Y todavía añade el niño: "y para amarle y servirle, y después gozarle en la vida eterna".

Y así como la inteligencia tiene una amplitud ilimitada

que la hace capaz de conocer el bien universal y, por consiguiente, el Bien supremo, también *los senos de nuestra voluntad son ilimitados*. La voluntad, en efecto, está dirigida por la inteligencia, la cual, además del bien sensible *deleitable* y del bien sensible *útil*, concibe *el bien como tal*, el bien honesto: la virtud, la justicia, el valor, etc. Y no se limita la inteligencia a *determinado bien honesto*, objeto particular de la justicia o de la templanza; mas entiende en *el bien universal*, en el bien, cualquiera que sea, en todo aquello que de alguna manera sea capaz de perfeccionarnos. La inteligencia, en fin, muy superior a los sentidos, sube hasta el conocimiento del Bien supremo e infinito, principio de los demás bienes; y la voluntad, esclarecida e ilustrada por su guía, desea y apetece ese bien supremo e infinito. *La amplitud y profundidad de nuestra voluntad es ilimitada, y sólo Dios puede llenarla*, como largamente lo hemos expuesto arriba, Parte Iª, cap. IV, al hablar del Soberano Bien y del apetito natural de la felicidad.

Empero la inteligencia y la voluntad no están *de suyo* ordenadas a conocer y amar *la vida íntima de Dios*; no pueden por vía natural llegar hasta Dios, sino por medio de las perfecciones de las criaturas, donde como en un espejo se reflejan las del Creador.

Pero en el bautismo hemos recibido vida y tendencia sobrenaturales, muy superiores a las dos facultades nobles de nuestra alma. Hemos recibido la *gracia santificante*, participación de la naturaleza divina, de la vida íntima de Dios; y con la gracia, hemos recibido *la fe, la esperanza y la caridad*, las cuales elevando nuestras facultades naturales, aumentan todavía más su amplitud.

Ahora vamos comprendiendo cada vez mejor el sentido y el alcance de las primeras palabras del catecismo: "¿Para qué fuiste creado y viniste al mundo? He sido creado para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después gozarle en la eterna."

No se trata ya del conocimiento natural de Dios infi-

nito, ni del amor natural de Dios, autor de la naturaleza; el catecismo se refiere al conocimiento y al amor sobrenaturales, que son como el preludio de la vida eterna, donde veremos cara a cara a Dios tal cual es, y le amaremos como él se ama.

Entonces veremos inmediatamente a Dios, espíritu puro infinito: *luz infinitamente fuerte y a la vez infinitamente suave*, cuya lumbre esplendorosa soportará nuestra inteligencia, elevada y fortalecida por la lumbre de gloria. Veremos, amaremos directamente a Dios, *Bondad infinita*, que reúne en sí *la fortaleza de la justicia y la suavidad de la misericordia.*

Y así permaneceremos para siempre elevados al plano sobrenatural de la visión inmediata y del amor de la verdad y bondad infinitas, visión y amor continuos que ninguna cosa podrá interrumpir ni amenguar.

Pero siempre lo infinito nos excederá, porque nuestra visión de la esencia divina jamás será *absolutamente comprensiva*, como lo es la visión que Dios tiene de su propia naturaleza. Los bienaventurados ven inmediatamente a Dios en la gloria, pero de una manera *más o menos penetrante*, cada uno según sus merecimientos o su grado de caridad. Sucede acá en la tierra que todos contemplamos un mismo paisaje; pero uno lo ve claro, y el otro no tanto, según la agudeza y perspicacia de la vista. Así en el cielo, veremos directamente a Dios infinito, pero cada uno según el grado de caridad y lumbre de gloria. Los grandes santos, como los Apóstoles, le verán con más claridad que nosotros, de una manera más penetrante; con más claridad que ellos, San José; más perfectamente que San José, la bienaventurada Virgen María; e incomparablemente más que María, el alma santísima de Jesucristo, unida personalmente al Verbo. Es muy dulce pensar que María, cuya *inteligencia natural* es inferior a la de los ángeles, ve sin embargo la esencia divina con claridad incomparablemente mayor que los espíritus más encumbrados; porque, teniendo caridad muy superior a ellos,

ha recibido un grado también superior de lumbre de gloria, sólo inferior al de la inteligencia humana de Jesucristo.

Tal es la lección espiritual que encierra el misterio de la Infinidad divina. Estamos hechos para lo Infinito, para conocer a Dios en su vida íntima y para amarle sobre todas las cosas. Por eso acá en la tierra nada puede satisfacernos, y por eso gozamos de *libertad* ante el atractivo de los bienes finitos. Y cada vez que echamos de ver la *ruindad y pequeñez* de los bienes finitos, debemos dar gracias a Dios por la *ocasión* y aun *necesidad apremiante que se nos ofrece de pensar en la riqueza infinita*, en la plenitud insondable de verdad y bondad encerradas en El.

CAPÍTULO III

LA INMENSIDAD DE DIOS

Dios es infinito, lo hemos dicho, no cuantitativamente, como lo sería un cuerpo sin límites, sino con *infinidad cualitativa o de perfección,* que es la única que conviene al espíritu puro, al Ser por esencia que subsiste inmaterial en la cumbre de todas las cosas. Esta infinidad es el modo de ser y existir de todos los atributos divinos; y así, hablamos de la Sabiduría infinita de Dios, de su infinita bondad, de su poder infinito.

Para formarnos idea exacta de la Providencia y de su extensión universal a todos los tiempos y lugares, es preciso ahora considerar la inmensidad y eternidad divinas en relación con el espacio y el tiempo, que son infinitamente inferiores.

* * *

Si consideramos el Ser infinitamente perfecto de Dios con relación al espacio, le hemos de atribuir dos cualidades: *inmensidad y ubicuidad.* Decir que Dios es inmenso significa que carece de medida y puede estar en todas partes. Decir que es ubicuo, significa que realmente está en todas partes. Antes de la creación, Dios era *inmenso;* pero de hecho no estaba *presente* en todas partes, por cuanto las cosas no existían.

Grosero error sería imaginarse la inmensidad divina como un espacio ilimitado; como también sería disparatado, lo veremos más tarde, representarse la eternidad como el tiempo sin límites.

Dios es *espíritu puro;* en El no puede haber *partes* distintas como en la extensión; no se pueden distinguir en él *las tres dimensiones* del espacio: largo, ancho y alto. Si alguna vez las aplicamos a la sabiduría divina, es sólo en sentido metafórico. Pero en realidad Dios es infinitamente superior al espacio, aun concebido sin límites; como la eternidad divina es infinitamente superior al tiempo, aun despojado de su carácter limitado.

Este fué el error de Espinoza: atribuir a Dios *inmensidad espacial.* No sería espíritu puro, tendría cuerpo, es decir, una parte de él sería menos perfecta que la otra; no sería la perfección misma. No es, pues, corporal la inmensidad divina, sino espiritual, infinitamente superior a la del espacio.

Para rastrear algo de la grandeza de esta perfección divina, consideremos *tres clases* muy distintas *de presencia divina.*

1º La presencia general de inmensidad en todas las cosas.

2º La presencia especial de Dios en las almas justas.

3º La presencia especialísima del Verbo en la humanidad de Jesucristo y el reflejo de esta presencia en la Iglesia y en el Vicario de Jesucristo.

*
* *

La Presencia general de inmensidad.

¿Qué sentido atribuir a estas palabras que con frecuencia se leen en la Sagrada Escritura: *Dios está en todas partes?* Dios está en todas partes *por potencia,* por su poder, al cual todas las cosas están sujetas, por el cual mueve todos los seres y los conduce a la acción. Dios está asimismo en todas partes *por presencia,* por cuanto conoce todas las cosas y nada se oculta a su mirada, ni los pormenores ínfimos de las cosas, ni los secretos más recónditos de los corazones, ni los últimos repliegues de nuestra conciencia. Dios está en todas partes *por esencia,*

conservando todas las criaturas en la existencia por medio de su acción conservadora, que es su mismo ser.

Además, así como Dios *crea inmediatamente* las cosas y no por medio de otra criatura o de un instrumento, de la misma suerte *ejerce su acción conservadora,* continuación de la creadora, *directamente* sobre el ser mismo de cada criatura, sobre *lo* que hay de *más íntimo* en cada una de ellas. De esta manera está presente en las nebulosas más lejanas que con dificultad nos descubre el telescopio. Y, realmente, sin ser corporal, *por simple contacto virtual de su poder creador y conservador*, Dios, espíritu puro, está en todas partes, allí donde haya cuerpos que conservar en la existencia. Y todavía más; porque en una zona superior a la del espacio, *en el mundo de los espíritus, está presente* en todos ellos, conservándolos directamente en el ser, como a las demás criaturas.

Dios, pues, espíritu puro, está presente en todos los seres, en todas las almas, siendo el centro eminente de todo lo creado, como el vértice de la pirámide contiene por manera eminente las aristas de la misma. Dios es la fuerza espiritual que mantiene todas las cosas en la existencia, como lo dice la liturgia: *Rerum Deus tenax vigor, immotus in te permanens.*

*
* *

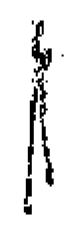
Presencia especial de Dios en los justos.

Pero hay una presencia especial de Dios en las almas en estado de gracia, ya se hallen en la tierra, ya en el purgatorio, ya en el cielo. No sólo está con ellas como causa conservadora (que así lo está aún en los cuerpos inanimados); *mas también habita allí como en un templo, donde puede ser conocido y amado de una manera, por decirlo así, experimental.*

Nuestro Señor ha dicho: "Cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, *y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él.*" *(Ioann.,* 14, 13).

¿Vendremos? Pero, ¿quién? ¿Solamente la gracia creada? No, sino las tres Personas divinas, el Padre, el Hijo y también el Espíritu Santo prometido por el Hijo, las tres personas, digo, que vienen a morar en el alma del justo.

Así lo entiende el Apóstol San Juan, cuando dice (*Ioann.* 4, 16): "*Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él.*"



Supongamos dos almas justas, separadas ambas por muchos kilómetros de distancia, la una en Roma, la otra en Japón; el mismo Dios habita en ellas, las ilumina, las fortalece y atrae hacia sí.

Lo mismo viene a decir San Pablo (*I Cor.* 3, 16): "¿Acaso no sabéis *que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?*" Y en *I Cor.*, 6, 19: "*¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros*, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros, puesto que fuisteis comprados a gran precio? Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" llevando una conducta digna de El.

Y todavía el mismo San Pablo, escribiendo a los Romanos (5, 5): "*La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado.*"

Tan hermosa doctrina se halla difundida en la Iglesia primitiva, y los mártires la proclaman en alta voz ante los jueces. Aquella santa mártir, Lucía de Siracusa, responde al juez Pascasio: "No pueden faltar palabras a aquellos que dentro de sí tienen al Espíritu Santo." "¿Acaso está en ti el Espíritu Santo?", le dice el juez pagano. "Sí, todos los que llevan una vida casta y piadosa templo son del Espíritu Santo."

Los Símbolos de la Iglesia y los Concilios, como el Tridentino, afirman que la Santísima Trinidad mora en las almas de los justos como en un templo, y que *a veces se deja sentir su presencia por una inspiración más luminosa, por una paz más profunda*, como la que experimentaron los discípulos de Emmaús cuando en el camino les

hablaba Jesucristo resucitado, a quien no reconocían *(Luc.*, 24, 32): *"Nonne cor nostrum ardens erat in nobis?* ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?" Y finalmente, San Pablo en su Carta a los Romanos (8, 16): *"El Espíritu Santo está dando testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios."*

Dios nos hace experimentar su especial presencia *por medio del amor filial que nos inspira,* amor que no puede venir sino de Él, juntamente con la paz que de tal amor nace. (Santo Tomás, *Comm. in Ep. ad Rom.*, 8, 16).

* * *

Presencia especialísima de Dios en la humanidad de Jesús.

Además de la presencia general de Dios en todas las cosas, además de la presencia especial en el alma del justo, existe otra presencia única, absolutamente excepcional: la del Verbo en la humanidad de Jesús.

El Verbo está presente en la humanidad santísima de Jesús no sólo por *unión accidental de conocimiento y de amor*, como acontece en las almas de los santos, sino por una *unión sustancial:* por haber el Verbo asumido y tomado para siempre *como suya* la humanidad santísima de Jesús, es decir, su santísima alma y su cuerpo virginalmente concebido. En Jesucristo no hay, pues, sino *una sola y única persona,* que posee a la vez la naturaleza divina y la humana, sin confusión de ambas, algo así como cada uno de nosotros tiene su alma y su cuerpo sin confusión de ambos.

Esta unión sustancial de la humanidad de Jesucristo con el Verbo de Dios *excede sin medida,* como se ve, tanto la presencia general de Dios en todas las cosas por su inmensidad, como también la presencia especial en el alma del justo.

Hay además en la santa humanidad del Salvador como una *participación admirable de la inmensidad divina,* por

estar presente *su cuerpo*, *merced* a la consagración eucarística, *en todos los altares de la tierra* donde haya hostias consagradas. Y en ellas está, no como en un lugar, sino *a manera de sustancia*. La sustancia de suyo carece de extensión, es en cierto modo superior a la extensión y al espacio; lo cual nos permite entender cómo *el cuerpo de Cristo*, presente en el cielo, está a la vez, *sin multiplicarse*, realmente presente en todos los tabernáculos del mundo donde haya hostias consagradas, algo así como Dios mismo está realmente presente en todos los cuerpos que conserva en la existencia. Es ello un reflejo de la inmensidad divina.

*
* *

Otro reflejo de esta perfección divina hallamos en la influencia universal que la Iglesia ejerce simultáneamente en todas las partes del mundo.

En cierto sentido *la Iglesia está en todas partes* sobre la superficie de la tierra. El alma de la Iglesia comprende, en efecto, todas las almas que están en estado de gracia; y siendo *una y católica*, ejerce la misma influencia sobrenatural en todos los lugares donde se predica el Evangelio.

No obstante la diversidad de naciones, razas, usos y costumbres, la Iglesia lleva a todos los lugares donde ejerce su influencia *la unidad de fe*, *de obediencia* a la jerarquía y *de culto* (sobre todo por medio de la santa Misa), *la unidad de alimento* por la Comunión, *la unidad de vida*, como sea Jesucristo alimento común y obligatorio, *la unidad de sentimientos cristianos*, de *esperanza y de caridad*. Y habiendo todos de vivir de la gracia, y más tarde de la gloria, tenemos todos *unidad de bienes*, que son los méritos de Cristo, *y unidad de herencia*, que es la vida eterna.

Mas la Iglesia, presente en los diferentes pueblos de la tierra cerca de dos mil años, no podría ejercer esta influencia sin el *Pastor supremo*, establecido por Jesucristo como vicario suyo en la tierra. El ejercicio de la

jurisdicción papal y episcopal conserva en la Iglesia católica la doctrina evangélica por medio del magisterio infalible; la moral y perfección cristianas, por medio de la guarda de las leyes divinas y el establecimiento de leyes eclesiásticas; el culto, mediante las diversas formas de la liturgia.

Jesucristo prometió y confirió a Pedro y sus sucesores el primado de jurisdicción sobre la Iglesia universal (*Matth.*, 16, 16 - *Ioann.*, 21, 15), diciéndoles al mismo tiempo: "Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos."

He aquí un nuevo reflejo admirable de la inmensidad y de la ubicuidad de Dios.

*
* *

En suma: Dios, espíritu puro, es inmenso y *está en todas partes*, ya porque en virtud de su potencia creadora *conserva las criaturas corporales y espirituales* en la existencia y *las mueve*, ya también porque nada se oculta a su vista, ni los secretos más íntimos de los corazones, que los mismos ángeles no pueden ver naturalmente.

Dios así presente en toda criatura, lo está de *manera especial en los justos* o en las almas que están en gracia; allí mora como en un templo donde es conocido y amado; y a veces se advierte su divina presencia por medio del amor filial que El solo sabe inspirar en las almas.

Todavía de manera *mucho más especial* está el Verbo de Dios presente en la Humanidad de Cristo, a la cual está unido, no sólo de una manera accidental por el conocimiento y el amor, sino *sustancialmente*, haciendo con ella una sola y única persona, un solo y único ser, sin confusión de ambas naturalezas.

Por reflejo maravilloso de la inmensidad divina, *la Santísima Humanidad del Salvador* está real y sustancialmente *presente* en los tabernáculos del mundo donde hay hostias consagradas. Y en todas ellas está realmente y sin multiplicarse el mismo cuerpo del Salvador, a manera de sus-

tancia, algo así como Dios, espíritu puro, está presente y sin multiplicarse en las criaturas que conserva en la existencia.

Otro reflejo de la inmensidad divina es el Vicario de Jesucristo, cabeza visible de la Iglesia; por su influencia doctrinal y por su jurisdicción está *presente en toda la Iglesia,* en contacto, por decirlo así, con todos los fieles de todas las regiones y de todos los pueblos, *para guardarlos en la unidad* de fe, obediencia, culto, esperanza y caridad, y para guiarlos como Pastor supremo a los pastos de la vida eterna.

Y así como en Dios *la inmensidad,* que domina el espacio, *va unida a la eternidad,* que domina el tiempo, así también en la Iglesia la autoridad del Pastor supremo, que alcanza a todos los fieles *en el espacio,* se extiende también a todos los fieles que se suceden *en el tiempo* desde la fundación de la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Aparece sobre todo la grandeza de la Iglesia cuando se la considera a la luz superior de las perfecciones divinas que en ella se reflejan: *la inmensidad divina,* en la catolicidad; *la eternidad divina,* en la indefectibilidad; *la unidad divina,* en la unidad de la Iglesia; *la santidad divina,* en la de la Iglesia.

Sobre las diversas diócesis y distintas Ordenes Religiosas, la grandeza de la Iglesia se manifiesta como una participación de la de Cristo y aun de la de Dios. No obstante las miserias humanas que se infiltran dondequiera haya hombres, la belleza sobrenatural de la Iglesia aparece como la del reino de Dios.

Es preciso acostumbrarse a ver así las cosas, no horizontal y superficialmente, como si todas tuvieran el mismo valor y la misma importancia: visión materialista, concepción niveladora, que suprime el relieve, las alturas y profundidades. Es preciso habituarse a ver las cosas verticalmente o en profundidad: En la cumbre, en lo más alto, Dios, espíritu puro, inmutable, eterno, inmenso, conser-

vador y vivificador de todas las cosas; más abajo, la Humanidad de Cristo, que nos trasmite su gracia y está presente en todos los tabernáculos del mundo; todavía más abajo, la Virgen María, medianera y corredentora, los santos, luego el Pastor supremo de la Iglesia, los Obispos, los fieles en estado de gracia, los cristianos que conservan la fe divina y católica sin estar en gracia, y finalmente las almas que buscan la verdad, y otras que aunque descarriadas, en ciertos momentos reciben de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo luz y llamamiento.

Esta vista vertical, o si se prefiere *alta y profunda*, mas no superficial, es la contemplación que procede de la fe, esclarecida por el don de inteligencia y el de sabiduría. Debe normalmente ir acompañada de la oración católica, es decir, universal: oración que se eleva hasta la eternidad e inmensidad de Dios, por medio del corazón *sagrado* del Salvador y por medio de María, a fin de hacer desbordar en cierto modo la Misericordia divina sobre el Pastor supremo de la Iglesia, sobre los Obispos, los Generales de las Ordenes Religiosas, los fieles todos, para que todos correspondan a lo que el Señor exige de ellos y para que santamente se encaminen hacia El.

CAPÍTULO IV

LA ETERNIDAD DE DIOS

Declarada en el capítulo anterior la inmensidad de Dios con relación al espacio, pasamos ahora a considerar qué cosa sea con relación al tiempo la eternidad divina. Sin esta perfección no se concibe la Providencia, cuyos decretos son eternos.

Examinemos primero la noción inexacta que a veces suele darse de la eternidad divina, para luego mejor entender la verdadera y hermosísima definición.

*
* *

Qué cosa sea la eternidad.

Se forma con frecuencia idea en parte errónea de la eternidad divina definiéndola como la *duración sin comienzo ni fin;* y al definirla de esta suerte, imagínase confusamente la eternidad como el tiempo sin límites en lo pasado y en lo futuro.

Es totalmente insuficiente esta noción de la eternidad. Porque el tiempo que careciera de comienzo, el tiempo que no hubiera tenido un primer día, sería sin embargo una *sucesión de días, de años, de siglos,* sucesión en la cual habría *un pasado, un presente y un futuro.* Y de ninguna manera está en ello la eternidad. Remontando lo pasado, podríamos ir desgranando los siglos, sin llegar jamás a término; como también pensando en lo por venir nos representamos los actos futuros de las almas inmortales, actos sucesivos que jamás tendrán término. Aun sin

haber tenido comienzo, el tiempo habría sido una *sucesión* de momentos variados.

El instante presente, que constituye la realidad del tiempo, es un *instante que huye* entre lo pasado y lo futuro, "*nunc fluens*" que dice Santo Tomás, un instante que huye, como el agua del río, como el movimiento aparente del sol, que nos sirve para contar las horas y los días. ¿Qué cosa es, pues, *el tiempo?* El tiempo es, como dice Aristóteles, la medida del movimiento, sobre todo la medida del movimiento del sol, o mejor dicho, la del movimiento de la tierra en torno del sol: el movimiento de rotación de la tierra en derredor de su eje dura *un día*; el de traslación en derredor del sol tarda *un año*. De haber sido el sol y la tierra creados por Dios desde toda la eternidad, y de no haber tenido comienzo el movimiento regular de la tierra en torno del sol, no habría existido un primer día, ni un primer año; y sin embargo habría habido de siempre *sucesión de años y de siglos*, una duración sin comienzo ni fin, es cierto, pero *infinitamente inferior a la eternidad*, por cuanto en ella se distinguiría lo pasado, lo presente y lo por venir. En otros términos: podéis multiplicar por miles de millones los siglos pasados, que todavía quedamos en el tiempo; el cual, por largo que se le suponga, nunca será la eternidad.

¿Qué es, pues, la eternidad divina, si para definirla no basta decir que sea la duración sin comienzo ni fin?

La teología responde: Es una duración sin principio ni fin, que tiene de particular y característico el *carecer de sucesión*, no habiendo en ella *ni pasado ni futuro*, sino sólo un *presente* que dura siempre; no *un instante* que huye como el instante del tiempo que pasa, sino un *instante inmóvil* que nunca muere, un instante inmutable, "*nunc stans non fluens*" que dice Santo Tomás (I[a], q. 10), como *una mañana perpetua*, sin noche que la preceda ni tarde que la siga.

¿Cómo concebir este instante, siempre el mismo, de eterna inmovilidad?

Como el *tiempo,* sucesión de días y de años, es *la medida del movimiento* aparente del sol, o del movimiento real de la tierra, así la eternidad es *la medida* o *la duración del Ser de Dios,* de su pensamiento y de su amor. Ahora bien, el Ser de Dios, su pensamiento y su amor son absolutamente *inmutables,* sin cambio, ni variaciones, ni vicisitudes.

En efecto, siendo Dios necesariamente la plenitud infita del Ser, nada puede adquirir, ni cosa alguna perder. Jamás Dios se perfecciona o se torna menos perfecto: es la Perfección misma inmutable.

Estabilidad tan absoluta del ser divino se extiende necesariamente a su sabiduría y a su voluntad: cualquier mudanza, cualquier progreso en el conocimiento o en el amor divino, supondría imperfección.

Esta *inmutabilidad no es la de la inercia* ni la de la muerte; al contrario, es la inmutabilidad de la *vida suprema,* que posee todo cuanto puede y debe tener, sin necesidad de adquirirlo y sin posibilidad de perderlo.

Llegamos así a la verdadera definición de la eternidad, definición hermosísima y sublime, llena de espirituales enseñanzas.

Boecio, en su libro de la Consolación, dió de la eternidad la siguiente definición que se ha hecho clásica: "*Æternitas est interminabilis vitæ* TOTA SIMUL *et perfecta possessio.*" La eternidad es la posesión perfecta y simultánea, no sucesiva, de una vida interminable. *Es la uniformidad de una vida inmutable, sin comienzo ni remate, que se posee a sí misma toda a la vez.* Lo más importante de la definición es el *tota simul,* toda a la vez. Lo absolutamente característico de la eternidad divina no es precisamente la carencia de principio y de fin, sino la carencia de cambio, de suerte que Dios posee su vida infinita toda a la vez.

Platón dice que el tiempo es *la imagen móvil de la eternidad inmóvil,* como el instante que pasa puede ser imagen del instante que no pasa.

También se ha comparado el tiempo con sus instantes

sucesivos a la base de una montaña muy elevada, cuya cumbre representaría el único instante de la eternidad. De la cumbre de la eternidad Dios contempla de una mirada todas las generaciones que se suceden en el tiempo, así como un hombre situado en lo alto de una montaña ve de una mirada todos los viajeros que pasan por el valle. Así, el instante único e invariable de la eternidad corresponde a todos los instantes sucesivos del tiempo, al de nuestro nacimiento y al de nuestra muerte. El tiempo viene a ser como la moneda de la eternidad.

Lo característico del *tiempo* es el *cambio* o el movimiento, que lo mide; lo que caracteriza la eternidad es el *instante inmutable*, en el cual Dios posee toda a la vez su vida infinita, interminable [1].

* * *

Acá en la tierra no poseemos los hombres la vida toda a la vez; en la infancia no tenemos el vigor de la juventud ni la experiencia de la edad madura; y en la edad madura falta el candor de la infancia y la prontitud de la juventud. Pero no es mucho no poseer la vida toda a la vez, cuando ni siquiera el año lo vivimos todo simultáneamente, pues tiene sus estaciones variadas; no tenemos en invierno lo que nos sobra en verano. Tampoco poseemos la semana toda a la vez, ni aun el día; nuestra vida se desparrama en cierto modo; hay en ella horas de oración, horas de trabajo, horas de descanso y esparcimiento. Lejos de poseer nuestra vida toda a la vez, la vivimos sucesivamente, como oímos sucesivamente las notas de una melodía.

Cuentan de Mozart que alcanzaba a oír una melodía, no

[1] La bienaventuranza del cielo *comenzará* para nosotros; y sin embargo se la llama justamente *vida eterna*, porque su medida será la eternidad participada; la visión beatífica es, en efecto, un acto siempre inmutable, muy superior al *tiempo continuo* de nuestra vida terrestre y al *tiempo discreto* que señala la sucesión de pensamientos de los ángeles.

sucesivamente, como los demás oyentes, sino "toda a la vez", en la ley misma que la engendra. Al componer el comienzo de una melodía, presentía y en cierto modo oía el final.

Oír toda una melodía a la vez es una imagen lejana de la eternidad divina, por la cual Dios posee simultáneamente, sin sucesión ninguna, su vida de pensamiento y de amor. Tratándose de la vida y del pensamiento de Dios es imposible distinguir antes y después, pasado y futuro, infancia, juventud y edad madura.

Hallamos otra imagen lejana de la eternidad de Dios en el *sabio*, que habiendo estudiado sucesivamente todas las partes de una ciencia, llega por fin a verlas en cierto modo *todas juntas en los principios superiores* de dicha ciencia, en la idea generadora de donde nacen las demás por sucesivo desarrollo. Así veía sin duda Newton las diversas leyes de la física, como consecuencia de una ley suprema; y Santo Tomás, al fin de su vida, abarcaba en cierto modo de una mirada toda la amplitud de la teología en unos cuantos principios superiores.

Otra imagen menos lejana de la eternidad nos ofrece el *alma de los santos*, los cuales, llegado que han a la vida de unión casi continua con Dios, se elevan por encima de la inestabilidad y del correr del tiempo. Aunque también los santos reparten su día entre el trabajo y la oración, saben sin embargo orar aun cuando trabajan; y *el ápice de su alma*, unida casi de continuo a Dios, posee en cierta manera la vida "toda a la vez"; en lugar de *dividir* y derramar la vida, ellos la unifican.

La eternidad de Dios es, pues, la duración de una vida, no sólo carente de principio y de fin, sino *inmutable* en absoluto y, por tanto, *presente* a sí misma *toda entera en un instante que no pasa jamás*. En un "ahora" absoluto, no fugaz, ella condensa eminentemente los instantes variados que se suceden en el tiempo.

Al hombre cautivo de los sentidos la eternidad inmutable parécele la muerte, porque piensa en *la inmovilidad*

inerte, y no en la que es la *plenitud de una vida* tan perfecta que no admite progreso.

Síguese de esto que *el pensamiento divino*, medido por la eternidad, *abarca en una mirada todos los tiempos*, todas las generaciones que se suceden, todos los siglos. Ve de una mirada cómo van las generaciones *preparando* la venida de Cristo, para *luego sacar* frutos de ella. El pensamiento divino ve en esta sola y única mirada dónde estarán nuestras almas dentro de cien, doscientos, mil años, y siempre. Si no se olvidara esta verdad, se disiparían muchas de las objeciones que se hacen contra la divina Providencia. La verdadera noción de Providencia es como una resultante de la contemplación de las perfecciones divinas que presupone.

Así como el pensamiento, también el amor de Dios es inmutable: sin cambiar él mismo en nada, llama las almas a la existencia a la hora fijada desde toda la eternidad. Este amor pronuncia desde toda la eternidad un *fiat* libre, que libremente se ha de realizar en el tiempo; entonces, a la hora señalada, las almas vienen a la existencia, son justificadas por el bautismo o la conversión, reciben múltiples gracias; y, si ellas no ponen obstáculo, reciben también la gracia de la buena muerte que les abre las puertas de la salvación. El efecto creado es *nuevo;* pero *no lo es* la acción divina que lo produce. "Est novitas effectus absque novitate actionis", dice el Doctor Angélico. La acción divina es eterna, pero produce su efecto en el tiempo, cuando ella lo desea.

En la cumbre de la eternidad Dios no cambia; pero debajo de esa cumbre todo se muda, salvo las almas que en él se asientan para participar de su eternidad.

*
* *

La eternidad y el valor del tiempo.

¿Qué lección espiritual se encierra en la perfección divina de la eternidad?

Una muy provechosa: *la unión con Dios desde acá en la tierra nos acerca a la eternidad* y nos da a conocer el valor del tiempo que nos ha sido otorgado para nuestro viaje.

Tiempo muy corto, sesenta, ochenta años, de los cuales depende la eternidad: prólogo muy breve para un libro sin fin.

El pensamiento de la eternidad nos muestra sobre todo el valor de la *gracia del momento presente.* Para cumplir bien nuestro deber, necesitamos en cada instante la gracia, aquella gracia que pedimos en el *Ave María:* "Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus *nunc* et in hora mortis nostræ. Amén." Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, *ahora*... Aquí solicitamos la gracia más particular de todas, que cambia cada minuto, nos pone en condición de cumplir nuestros deberes durante el día y nos hace ver la importancia aun de las cosas más pequeñas que dicen alguna relación a la eternidad. Si al pronunciar este "*ahora*" estamos distraídos, no lo está María que lo escucha. Ella acoge nuestra oración; y, como el aire oxigenado a nuestros pulmones, así nos viene la gracia necesaria en el instante actual para continuar orando, padeciendo y obrando. *Mientras pasa el minuto presente,* recordemos que *no existe sólo* nuestro cuerpo, con la sensibilidad dolorosa o gratamente impresionada, sino también nuestra alma espiritual, y Jesucristo que influye en ella, y la Santísima Trinidad que en nosotros mora. Los espíritus superficiales y ligeros tienen visión horizontal de las cosas; en el mismo plano ven las cosas materiales y la vida del alma, en el plano del tiempo que pasa. Pero los santos poseen constantemente la visión vertical de las cosas, las ven en altura y en profundidad y contemplan a Dios en la cumbre de todo. Aprecian el valor del tiempo, de lo pasado, de lo presente y de lo venidero, con el criterio de la eternidad, y poco a poco van juzgando de las cosas con claridad y precisión.

A ejemplo de ellos, abandonemos en manos de la divina

Misericordia lo pasado de nuestras vidas, y también lo futuro, y vivamos prácticamente en espíritu de fe *el momento presente;* en el *ahora* que huye, sea triste, alegre o doloroso, veamos una imagen lejana del único instante de la eternidad inmóvil y, por la gracia actual que contiene, una prueba viviente de la bondad paternal de Dios.

Sigamos así nuestra carrera, bajo el influjo de Nuestro Señor Jesucristo, que sin cesar se ofrece por nosotros en el santo sacrificio de la Misa en *oblación interior*, siempre viva en su corazón y superior al tiempo, como lo es la visión que beatifica su alma santísima.

Y así iremos acercándonos a la eternidad, donde algún día hemos de entrar. ¿Qué será esta entrada en la gloria? Recibir *la vida eterna*, que consiste en ver a Dios tal cual es, *con visión inmediata que jamás se interrumpirá* por sueño o fatiga, con *visión inmutable* de un objeto infinito, siempre el mismo, cuyas profundidades nunca agotaremos; visión que irá acompañada del *amor de Dios* igualmente inmutable, que nada ni nadie nos podrá arrebatar. *Esta visión y este amor no se medirán por el tiempo,* sino por la *eternidad participada*: porque, si bien tuvieron principio, no han de tener *fin* ni experimentar *cambio alguno;* es decir: en ellos no habrá ya *antes* y *después;* el instante que medirá la visión beatífica será el instante único de la eternidad inmóvil.

Un barrunto de ello tenemos cuando, absortos en la contemplación de alguna verdad profunda o en la oración, nos olvidamos del tiempo que pasa. Y si a veces experimentamos esta impresión, ¿qué será en la vida futura, la cual, más que el nombre de futura merece el de vida *eterna*, porque no se medirá por el tiempo, sino por la eternidad, que es la medida del ser y de la vida toda simultánea de Dios? También *nosotros poseeremos entonces el conocimiento todo a la vez*, y no desparramado; *poseeremos el amor todo a la vez*, sin languidecer en las alternativas de la tibieza y del fervor pasajero.

Detengámonos, pues, para terminar, en este pensamiento

de San Agustín: "*Une tu corazón a la eternidad de Dios, y serás eterno; únete a la eternidad de Dios y espera con El los acontecimientos que pasan debajo de ti.*" (*Comm. in Ps.* 91).

Sólo *para nosotros* es oscura la eternidad; *en sí*, es ella mucho más luminosa que el tiempo que huye; es la inmutabilidad del conocimiento soberanamente luminoso y del amor de Dios.

CAPÍTULO V

LA INCOMPRENSIBILIDAD DE DIOS

El claroscuro de los misterios de la vida divina.

"Qui sequitur me, non ambulat in tenebris" (*Ioann.* 8, 12).

Los atributos relativos al ser de Dios son, como hemos visto, la simplicidad, la infinidad, la inmensidad y la eternidad. Antes de pasar a exponer los que miran a las operaciones divinas, que son la Sabiduría y la Providencia, conviene tratar de la incomprensibilidad divina, tan profundamente impresa en ciertos caminos del gobierno de Dios.

De paso hallaremos una hermosa lección para nuestra vida espiritual. Vamos a insistir particularmente en un hecho: hay en Dios ciertas cosas que para nosotros son *muy claras*, y otras *muy oscuras*. Así como en pintura hay el *claroscuro*, en que descuella Rembrandt, así también en la doctrina revelada existen claroscuros, pero incomparablemente más bellos que los de las obras maestras de los pintores. Y esos claroscuros que para nosotros existen en Dios, existen también y los hallamos en nuestra vida espiritual, por ser la gracia una participación de la naturaleza divina o de la vida íntima de Dios.

*
* *

Las grandes claridades divinas.

Hablemos primero de lo que para nosotros hay de claro en Dios. Aun prescindiendo de la fe, podemos por el ejercicio natural de nuestra razón *demostrar* con toda certeza *la existencia de Dios*, primer Motor de los espíritus y de los cuerpos, Causa primera de todo lo existente, Ser necesario, Soberano Bien y Ordenador de todas las cosas.

En el espejo de las cosas creadas se reflejan las perfecciones absolutas de Dios; y por ahí le conocemos *positivamente* en lo que tiene de semejante o análogamente común con sus obras. Y así, decimos que Dios es un ser real y actual, bueno, justo, sabio y poderoso.

Mas al querer declarar lo que *propiamente* le conviene, nos servimos de expresiones *negativas que digan relación* al objeto observado; y así, decimos que Dios es el *Ser infinito*, o no-finito, *inmutable*, y que es el *Bien supremo.*

Esta certeza racional, de suyo firme y sólida, se confirma también por la revelación divina recibida por la fe.

Así entramos en posesión de verdades diamantinas, inconmovibles. Es absolutamente *claro* para nosotros que Dios no puede existir sin ser *infinitamente perfecto*, que *no puede engañarse ni engañarnos*, que *no puede querer el mal ni ser en forma alguna causa del pecado.* Y aun estamos incomparablemente más seguros de *la rectitud de las intenciones divinas* que de las nuestras propias, por buenas que sean. Hay en todo ello una luz en cierto modo deslumbradora. Es también para nosotros de todo punto evidente que *Dios es el autor de todo bien*, aun de nuestro propio consentimiento en lo que atañe a la salvación, y que *nunca manda cosas imposibles de cumplir*. Nada puede prevalecer contra *estas evidencias soberanas*, cuya claridad avasalla toda recta razón que abra las puertas a la verdad. Es claro que Dios no puede existir sin ser *soberanamente justo y misericordioso, sabio y libre.*

Y no obstante estas claridades deslumbradoras, hay pa-

ra nosotros en Dios cosas muy oscuras. ¿De dónde procede ello?

*

* *

La oscuridad translúcida.

La oscuridad que hallamos en Dios viene de la excesiva luminosidad para ojos tan flacos como los de nuestra inteligencia, los cuales no pueden sufrir resplandores infinitos.

Dios es *invisible e incomprensible*, dice la Escritura, porque *"habita en la luz inaccesible"(I Tim.*, 6, 16), la cual nos hace impresión de oscuridad. Parécele al ave nocturna que la oscuridad comienza cuando sale el sol, porque sus débiles ojos sólo alcanzan a percibir la tenue luz del crepúsculo o de la naciente aurora y quedan ofuscados por la excesiva claridad del sol. Algo parecido acontece a nuestra inteligencia con relación a Dios, que es el sol de los espíritus. Nuestra inteligencia es la más baja de todas, inferior a la de los ángeles; no alcanza a ver las *verdades inteligibles* sino a la luz del crepúsculo, en el espejo de las cosas sensibles, como en la penumbra [1].

Nuestra inteligencia *necesita estar unida a los sentidos*, dice el Doctor Angélico (Iª, q. 76, a. 5), para que éstos le presenten el objeto que le es adecuado. *La última de las inteligencias*, la humana, conoce primero su objeto propio, que es *el último de los inteligibles*, el ser de las cosas sensibles; y en éstas, como en otros tantos espejos, alcanza a ver de una manera muy imperfecta la existencia de Dios y las divinas perfecciones.

Dios, pues, *se nos hace invisible* por ser *excesivamente luminoso* para la inteligencia; hay en cambio multitud de cosas que nos son invisibles por su poca luminosidad o por estar débilmente iluminadas [2].

[1] Esto es lo que hay de verdad en la alegoría platónica de la caverna.

[2] La Escritura habla sobre todo de las tinieblas inferiores de la muerte del alma, pero también alude a la oscuridad superior de la fe que corresponde a la luz inaccesible donde Dios habita. A las

Es evidente que, siendo Dios espíritu puro, *no puede ser visto* por ojos corporales, los cuales sólo perciben lo sensible. Tampoco puede ser *visto* por la inteligencia creada, abandonada a sus propias fuerzas naturales. *Los mismos ángeles, aun los más encumbrados*, no le ven inmediatamente con las fuerzas naturales de la inteligencia; también para ellos es Dios *una luz demasiado fuerte*, imposible de sufrir naturalmente. Por sus fuerzas naturales sólo pueden conocerle en el espejo de las criaturas espirituales, las cuales constituyen el objeto propio de su inteligencia. Conocen naturalmente a Dios como autor de su naturaleza; pero por vía natural no alcanzan la vida íntima de Dios, ni a verle inmediatamente cara a cara.

Para poderle ver, tanto los ángeles como las almas de los hombres, necesitan recibir la lumbre de gloria, *luz sobrenatural* no *exigida* por su naturaleza, luz que fortalece la inteligencia para que pueda sufrir el resplandor de Aquel que es la luz misma [1].

Ni el mismo Dios puede darnos una *idea creada* capaz de representar su esencia divina tal cual es. Sería una idea necesariamente imperfecta, inteligible solamente por participación, incapaz por consiguiente de representar cual

tinieblas inferiores se refiere, cuando dice: "*Non recedet impius de tenebris* ... El impío no saldrá de las tinieblas." (Job 15, 30). Los pueblos, antes de la venida de Jesucristo, "*estaban en las tinieblas y en las sombras de la muerte*". (*Ps.* 106, 10). En medio de estas tinieblas vino de arriba la luz de la salvación: "*Exortum est in tenebris lumen rectis.*" (*Ps.* 3, 4). "*Populus qui ambulabat in tenebris vidit lucem magnam.*" (*Is.* 9, 2; *Matth.* 4, 16). "*Eratis aliquando tenebrae, nunc autem lux.*" (*Ephess.* 5, 8). "*Deus lux est et tenebrae in eo non sunt ullae.*" (*I Ioann.* 1, 5).

Y a las tinieblas divinas se refiere la Escritura, hablando a nuestra manera, cuando dice: "*Nubes et caligo in circuitu ejus* (Dei) ..., *illuxerunt fulgura ejuis orbi terræ.* Nubes y sombras le rodean..., sus resplandores iluminan el mundo." (*Ps.* 96, 24). "*Gloria Domini super Sinai* ... *septimo* ... *die vocavit Moysen de medio caliginis:* la gloria de Yahvéh sobre el Sinaí, las nubes le cubren por seis días. El séptimo, Yahvéh llamó a Moisés de la nube." (*Exod.* 24, 16; 19, 9; 20, 21).

[1] Cf. S. Thom. Iª, q. 12, a. 4; q. 56, a. 3.

en sí es el *puro resplandor intelectual eternamente subsistente* de la esencia divina y de la verdad infinita.

Como Dios quiera mostrársenos *tal cual es*, lo ha de hacer inmediatamente, manifestando *el esplendor infinito de su esencia divina* sin intervención de idea alguna creada, sustentando y fortaleciendo nuestra flaca inteligencia para que pueda verle [1].

De esta manera ven a Dios en el cielo los bienaventurados; y nosotros tenemos vehementes deseos de alcanzar esa visión que ha de ser nuestra eterna felicidad [2].

En una palabra: Dios es *invisible* a los ojos de nuestra carne y a los de nuestro espíritu, por ser excesivamente luminoso.

* * *

Mas, ¿de dónde viene que este Dios Invisible contenga *a la vez tanta claridad* y *tanta oscuridad?* ¿De dónde ese claroscuro tan atrayente y misterioso?

Es de todo punto *evidente* que Dios no puede existir sin ser soberanamente sabio, bueno y justo, y que es el autor de todo bien, y que nunca impone cosas imposibles de cumplir. ¿De dónde, pues, procede *tanta oscuridad* junto a esplendores tan deslumbrantes?

La causa de ello está en que nosotros conocemos las perfecciones divinas en el espejo de las criaturas; de ahí la posibilidad de ir *enumerando* una tras otra las divinas perfecciones, pero sin alcanzar jamás a ver por vía natural *cómo todas ellas se unen en la vida íntima de Dios*, en la eminencia de la Deidad. *El modo íntimo de enlazarse* permanece en absoluto escondido; es demasiado luminoso para nosotros, elevado en demasía para poderse reflejar en el espejo de las criaturas. Frente a la Deidad, somos como aquellos que jamás hubiesen visto la luz blanca, sino solamente los siete colores del arco iris reflejados en en las límpidas aguas de un lago.

[1] Cf. S. Thom. Iª, q. 12, a. 2.
[2] S. Thom. Iª, q. 12, a. 1.

Vemos, ciertamente, los colores del arco iris divino, es decir: que Dios es *infinitamente sabio* y *absolutamente libre;* pero no llegamos a alcanzar cómo pueda la infinita Sabiduría *componerse* con el divino beneplácito, tan libérrimo, que a veces nos parece arbitrario. Sí, el divino beneplácito es soberanamente sabio, por sorprendente que ello nos parezca; lo creemos en la oscuridad, y lo veremos claramente en el cielo.

Sabemos de cierto que Dios es infinitamente *misericordioso* e infinitamente *justo*, y que usa de la misericordia y de la justicia con *soberana libertad* y sin salirse en nada de la *sabiduría.* Si al buen ladrón se le otorgó la gracia de la buena muerte, dice San Agustín, cosa fué de la misericordia divina; si al mal ladrón no le fué concedida gracia semejante, cosa fué de la justicia. Misterio. No podemos ver cómo se *componen íntimamente* la infinita misericordia, la infinita justicia y la soberana libertad. Sería para ello preciso ver inmediatamente la esencia divina, la Deidad, que por manera eminente funde y armoniza más y mejor estas divinas perfecciones que la luz blanca los siete colores del arco iris.

Resulta, pues, que en Dios descubrimos verdades extremadamente claras sobre cada atributo en particular; mas cierta oscuridad translúcida envuelve nuestro conocimiento cuando se trata de desentrañar la unión íntima de los distintos atributos.

Vemos asimismo con claridad que *Dios*, bueno y poderoso, *no puede permitir el mal sino por un bien mayor*, como la persecución, para la gloria de los mártires; pero con frecuencia *ese bien mayor* es muy oscuro para nuestro entendimiento; y no lo veremos claramente sino en el cielo. Lo declara elocuentemente el libro de Job [1]. La cosa es suficientemente diáfana, para que Jesucristo haya podido decir: "*Qui sequitur me, non ambulat in tenebris;* quien me sigue no anda en tinieblas." Y por oscura que nos parezca la cruz que nos ha tocado, podemos

[1] Cf. Comm. S. Thom. in Iob, c. 4, 6, 8.

llevarla envueltos en luz, pensando que está ordenada para el bien del alma y gloria de Dios.

A menudo vivimos en ese claroscuro misterioso de nuestra misma existencia, considerada en sus relaciones con aquel que la atrae hacia sí, pero sin mostrársele todavía.

De ahí el vehemente deseo sobrenatural y eficaz de ver a Dios, deseo que nace de la esperanza y de la caridad infusas. De ahí también en todos los hombres el deseo ineficaz, la veleidad natural, de ver a Dios inmediatamente, para resolver este enigma: de qué manera en El se concilian ciertos atributos, tan opuestos en apariencia, como la infinita Justicia y la infinita Misericordia [1].

* * *

Síguese que las cosas divinas oscuras e incomprensibles para nosotros son superiores a las cosas claras. La oscuridad de que hablamos es, en efecto, *translúcida*. *La noche oscura* de los místicos es la *Deidad*, la vida íntima de Dios, la luz inaccesible de que habla San Pablo. *(I Tim.* 6, 16).

Esto nos abre el sentido de aquel dicho de Santa Teresa: "*Tanta más devoción tengo a los misterios de Dios, cuanto son más oscuros.*" Sabía la Santa que la oscuridad de los misterios no es la del absurdo o de la incoherencia, sino la de una luz demasiado clara para nuestros flacos ojos.

En el *claroscuro divino* es, pues, lo oscuro superior a lo claro. La fe nos dice que la oscuridad impenetrable es el soberano Bien en lo que tiene de más íntimo; por donde *nuestra caridad se adhiere a esa bondad* absolutamente eminente, escondida, *incomprensible* a la inteligencia; el amor se apacienta aquí del misterio, adorándolo reverente. *El amor sobrepasa aquí la inteligencia;* porque, como dice el Doctor Angélico, en tanto no tengamos la visión beatífica de la esencia divina, nuestro entendimiento atrae en cierta manera a Dios representándole de modo muy imperfecto, atribuyéndole, por decirlo así, el límite

[1] Cf. S. Thom. I^a^, q. 12, a. 1.

que es propio de nuestras cortas ideas; por el contrario, *el amor no cuida de atraer a Dios hacia nosotros, sino de llevarnos hacia Dios y unirnos a El.* (I^a, q. 82, a. 3; II^a-II^{ae}, q. 23, a. 6, q. 27, a. 4).

He ahí por qué en el claroscuro de que hablamos lo oscuro es superior a lo claro, y por qué esta *oscuridad* translúcida *ejerce acá abajo* en los santos tal atractivo en el amor que les une a Dios. *Justus ex fide vivit;* el justo vive de la fe y se alimenta, no sólo de las luces que de ella brotan, mas también de la divina oscuridad que corresponde a lo que hay de más íntimo en Dios: el contemplativo se alimenta de la incomprensibilidad de la vida divina y penetra el sentido de estas palabras de Santo Tomás: "*Fides est de non visis;* la fe versa sobre cosas que no se ven." (II^a-II^{ae}, q. 1, a. 4, 5).

Aun para los bienaventurados, que le ven cara a cara, es Dios en cierta manera incomprensible. Le ven sin mediación de ninguna criatura ni de ninguna idea; y sin embargo, la visión que tienen de Dios no es *comprensiva*, como la que Dios tiene de sí mismo. ¿Por qué?

Santo Tomás da la razón de ello: "*Comprender* una cosa en el sentido propio de la palabra *significa conocerla en la medida en que es congnoscible.* Se puede conocer una proposición geométrica sin comprenderla; es el caso de los que la admiten bajo la palabra del maestro; conocen bien el enunciado, el teorema, el sujeto, el verbo, el atributo; pero no alcanzan la demostración; no la conocen en la medida en que es cognoscible." (I^a, q. 12, a. 7). El discípulo que conoce todas las partes de la doctrina del maestro, no la penetra tan profundamente como éste, y sólo confusamente entiende las relaciones íntimas de cada parte con los principios supremos. Así también el miope ve un paisaje sin apreciarlo tan distintamente como el que tiene vista normal.

No de otra suerte los bienaventurados en el cielo ven *toda la esencia divina*, que es indivisible; mas como ella es la verdad infinita, infinitamente cognoscible, no pueden

penetrarla tan profundamente como Dios mismo; y tanto más la conocen, cuanto mayor es la lumbre de gloria que han recibido, la cual está en proporción de los méritos o del amor de Dios. No pueden, por consiguiente, entender como Dios mismo *la multitud innumerable de seres posibles* que la esencia divina contiene virtualmente o que Dios podría crear.

* * *

En el claroscuro divino de que hablamos hay intensa luz para nuestra vida espiritual. Jesucristo lo declaró con estas palabras: *Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ (Ioann.*, 8, 12).

Siendo la vida de la gracia participación de la vida íntima de Dios, también ella tiene su claroscuro misterioso que es preciso no alterar o falsear. La gracia nos da la luz, la consolación, la paz, la tranquilidad del orden, inundando de claridad el alma. Ella hace que no caminemos "en las sombras de la muerte". Es, por otra parte, de orden tan elevado, que nuestra razón no la llega a alcanzar; por lo cual no podemos tener certeza absoluta de estar en gracia, aun teniendo las señales suficientes para acercarnos a la Sagrada Mesa.

Todavía otro sentido de los rayos de luz y de las sombras: en la carrera de nuestra vida somos guiados por los preceptos de Dios y de la Iglesia, por los mandatos de nuestros superiores y los consejos del director de nuestra conciencia. Son otros tantos rayos luminosos. Pero hay también sombras en el fondo de nuestra conciencia; no siempre es fácil distinguir la verdadera humildad de la falsa; la magnanimidad, del orgullo; la confianza, de la presunción; la fortaleza, de la temeridad. Pero el drama interior consiste sobre todo en que *la oscuridad* de nuestra vida *es doble: la superior*, que nace de la gracia demasiado luminosa, y *la inferior*, que proviene de nuestra naturaleza dañada.

Pidamos con frecuencia a Dios nos ilumine con los dones

del Espíritu Santo, para caminar sin tropiezo en este claroscuro interior. Sería un error y principio de desfallecimiento negar la claridad por causa de la oscuridad, y reemplazar el misterio con el absurdo. *Dejemos el misterio en su lugar*. Pidamos al Señor la gracia de discernir la oscuridad translúcida superior de la oscuridad inferior, que es la de la muerte. Para con más seguridad obtenerla, digamos a menudo esta oración: "Señor, hacedme conocer los obstáculos que de manera más o menos consciente pongo yo mismo a la gracia, y dadme fuerzas para apartarlos de mí, por más que ello me cueste." Así hallaremos la verdadera luz; y si todavía subsiste la oscuridad, será seguramente la superior, de la cual se alimenta el justo, porque para nuestras flacas inteligencias es un aspecto de la luz de vida y del soberano Bien. "*Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ*." Quien me siga, no caminará en las tinieblas de la ignorancia, ni en las del pecado y de la condenación, sino en la luz, por ser yo "el camino, la verdad y la vida", y "tendrá la luz de la vida", que jamás se apaga.

CAPÍTULO VI

LA SABIDURÍA DE DIOS

Habiendo considerado los atributos que miran al ser de Dios: la simplicidad, la infinidad, la eternidad, la incomprensibilidad, pasamos ahora a tratar de los que tocan a las divinas operaciones.

Dios, el Ser subsistente por sí mismo, es inmaterial e inteligente. Los dos grandes atributos de su inteligencia son *la Sabiduría y la Providencia.*

Por otra parte, *la voluntad libre* es una perfección absoluta que deriva de la inteligencia. El acto de la voluntad divina es *el amor*, y sus dos grandes virtudes son *la Justicia y la Misericordia.* Y cuanto a las obras exteriores de Dios, el principio de ellas es la *Omnipotencia.*

De esta manera se va precisando, por decirlo así, la fisonomía espiritual de Dios. Así como nuestra inteligencia está dotada de sabiduría y de prudencia, y en nuestra voluntad tienen asiento la justicia y las demás virtudes que miran al prójimo, así también atribuímos a la inteligencia divina la sabiduría y la prudencia, y a la voluntad, la justicia y la misericordia. Son como las virtudes de Dios. La diferencia está en que no hay en Dios una virtud que le relacione con un ser superior.

Trataremos primero de la Sabiduría divina; lo que de ella dicen la Revelación y la Teología ayudará no poco a esclarecer lo que las mismas nos enseñan acerca de la Providencia.

Qué se haya de entender por sabiduría.

Para atribuir a Dios la sabiduría, es preciso ante todo saber qué significa esta palabra y qué se entiende comúnmente por ella. Lo cual nos ayudará a distinguir dos sabidurías muy diferentes: la del mundo, y la de Dios. No hay quien no se gloríe de saber qué es la sabiduría, aun los escépticos que la hacen consistir en dudar de todo.

La sabiduría es *una visión de conjunto de todas las cosas;* todos están de acuerdo en este particular. Mas luego surgen las divergencias. Porque unos miran las cosas *de tejas arriba,* teniendo por muy cierto que proceden de un santo Amor, o son por lo menos permitidas por él y concurren a un Bien supremo. Otros, por el contrario, las consideran de *tejas abajo,* dando por averiguado ser ellas producto de la fatalidad material y ciega y carecer de finalidad. Hay también una sabiduría falsamente optimista, que cierra los ojos a la existencia del mal; y otra pesimista y desalentadora, que en ninguna parte encuentra el bien.

San Pablo se refiere a menudo a *la sabiduría del mundo,* que es locura o necedad a los ojos de Dios *(I Cor.,* 3, 19). *Propio es de ella ese mirar las cosas de tejas abajo* que acabamos de decir. La sabiduría de este mundo aprecia la vida humana por los goces terrenos que proporciona, por los intereses que representa y por las satisfacciones que en ella encuentran la ambición y el orgullo.

Juzgar así las cosas equivale a constituirse uno en *centro de todo,* e inconscientemente, adorarse a sí mismo, negando prácticamente a Dios y no haciendo del prójimo más caso que si no existiera.

El mundano que no se siente con arrestos para tanto, acepta por norma de sus juicios *la opinión del mundo,* del cual se hace esclavo con miras a obtener sus favores. Pero la opinión del mundo hace muy generalmente consistir la *sabiduría de la vida,* no en el justo medio entre dos vicios contrarios, sino en cierta *medianía tibia* entre el

verdadero bien y el mal no demasiado grosero o perverso. A los ojos del mundo la perfección de la vida cristiana es un exceso, como lo es también la impiedad absoluta. No hay que ser exagerado. Acábase por llamar *bueno* lo *mediano*, lo cual es algo inestable y de calidad intermedia entre lo bueno y lo malo. Se olvida el sentido de la palabra mediano en las calificaciones de los niños: muy bien, bien, suficiente, mediano, mal, muy mal. Se pierde de vista la distancia que separa lo bueno de lo mediano, o se confunden ambas cosas, sin pasar nunca de la falda de la montaña para ascender a la cima. Y así se llega hasta dar el nombre de *caridad* a la tolerancia, a veces culpable, de males gravísimos. Y bajo capa de tolerancia y de prudente moderación, esta "sabiduría de la carne" es tan indulgente con el vicio como indiferente con la virtud.

Pero es particularmente severa con todo aquello que le hace ventaja y le parece un reproche; a veces llega hasta el odio de la virtud eminente, que es la santidad. Ejemplo de ello tenemos en la época de las persecuciones, las cuales no cesaron bajo Marco Aurelio, sabio según el mundo, que no supo ver la grandeza del cristianismo en los ríos de sangre vertida por los mártires.

Esta sabiduría del mundo, que se complace en sí misma, es "*locura a los ojos de Dios*", dice San Pablo *(I Cor.*, 3, 19). Y complaciéndose en sí misma, juzga de todo, aun de las cosas más *sublimes* y que miran a la salvación, por lo que hay de más mediocre y vano. Invierte completamente la escala de los valores, mereciendo el nombre de necedad.

Lo dicho nos muestra que la *verdadera sabiduría es una visión superior que considera las cosas como dependientes de Dios, causa suprema, y ordenadas para Dios, fin último de las mismas;* la necedad, en cambio, opuesta a la sabiduría, es el juicio del insensato que mira las cosas por el lado más bajo, reduciéndolas todas a lo más vil y despreciable: la fatalidad material y ciega y el goce pasajero de la vida.

Lo cual hace exclamar a Jesucristo: "*¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo, si pierde su alma?*"; y a San Pablo: "*Si alguien quiere ser sabio, hágase necio a los ojos del mundo.* Porque la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios, como está escrito: *Yo cazaré a los sabios en sus propias trampas.* Y todavía: *El Señor penetra los pensamientos de los sabios y conoce la vanidad de los mismos.* Nadie, pues, ponga su gloria en los hombres". (*I Cor.* 3, 18).

Veamos por contraste qué cosa sea la sabiduría de Dios. Considerémosla primero en sí misma, y luego en lo que se refiere a nosotros.

*

* *

La sabiduría divina en sí misma considerada.

La sabiduría divina considerada en sí misma es el conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de las cosas, en cuanto que El es la *causa suprema y el fin último de ellas: cognitio divina omnium rerum per altissimas causas.*

En otros términos: es un *conocimiento luminoso* increado, *que penetra todo el ser de Dios* y, *desde esas alturas*, por su misma pureza y sin mancillarse en nada, se extiende eternamente a *todo lo que es posible*, y a todo lo que es, ha sido y será, por mezquino o malo que parezca. Todo ello *de una sola mirada* y desde el punto de vista más elevado que se pueda imaginar.

Detengámonos en cada una de estas palabras, para mejor entrever los esplendores que encierran:

a) Lo primero, la sabiduría divina es un *conocimiento luminoso increado*, de la cual nos dice el *Libro de la Sabiduría* (8, 24, 28): "Es más hermosa que el sol(el sol, junto a ella, sombra es, y como una mancha oscura); y si se la compara con la luz, le hace muchas ventajas; visto que a la luz la alcanza la noche, pero las tinieblas y el mal jamás prevalecen contra la Sabiduría increada... Es una pura emanación de la gloria del Omnipotente; por lo que no

cabe en ella ninguna cosa manchada. Como que es el resplandor de la luz eterna." *Candor est lucis æternæ.*

b) Lo segundo, este conocimiento luminoso increado *penetra todo el ser de Dios.* Nada hay en el ser divino que sea oscuro, oculto o misterioso para su inteligencia. *Nosotros sí que somos un misterio para nosotros mismos*, por razón de los mil movimientos de la sensibilidad, más o menos conscientes, que influyen en nuestros juicios y decisiones; por razón también de las gracias misteriosas que se nos ofrecen y que a menudo quizá indirectamente rechazamos. ¿Podrán acaso gloriarse las almas limpias de que se conocen plenamente a sí mismas? Oigan las tales lo que dice San Pablo: "Yo no me atrevo a juzgar de mí mismo; porque si bien no me remuerde la conciencia, no por eso me tengo por justificado; pues el que me juzga es el Señor." *(I. Cor.*, 4, 4).

Dios se conoce a sí mismo plenamente, en toda la amplitud de su cognoscibilidad.

Nosotros le conocemos por medio de las criaturas, en las cuales se reflejan las divinas perfecciones. El conocimiento que Dios tiene de sí mismo es, en cambio, *inmediato.*

Los bienaventurados que están en el cielo le ven también inmediatamente, pero *sin agotar* por ello la plenitud infinita de su ser y de su verdad. Dios se ve a sí mismo inmediatamente *de una manera comprensiva*, agotando por su conocimiento infinito la profundidad infinita de la verdad que está en él.

Y todavía es más; porque su pensamiento luminoso penetra de tal suerte su ser inmaterial, que *se identifica absolutamente con él.* No hay sueño que le venga a interrumpir la vida del espíritu; *no hay progreso* que le haga pasar de un conocimiento imperfecto a otro más perfecto. Por esencia y de toda la eternidad es la perfección misma: *resplandor intelectual eternamente subsistente*, luz espiritual increada en la cumbre de todas las cosas. (Santo Tomás, 1ª, q. 14, a. 1, 2, 3, 4).

*
* *

c) Consideremos, en tercer lugar, que desde estas alturas se extiende el conocimiento de Dios instantáneamente, en el instante único de su eternidad, a *todos los seres posibles*, y *a todo lo que es, ha sido y será*, por ínfimo o malo que ello esa.

¿Cómo conoce Dios todo *lo que es posible*, la multitud infinita e innumerable de seres posibles? Conociendo plenamente su omnipotencia, que los puede crear; a la manera como el artista se recrea en el pensamiento de las obras de arte bellísimas que entrevé y podría realizar, las cuales, empero, jamás verán la luz del día.

¿Y cómo conoce Dios desde arriba *las cosas existentes*, todo lo que fué y todo lo que ha de ser? ¿De dónde le viene este conocimiento? *¿Lo va adquiriendo*, como nosotros, de las cosas mismas que llegan a la existencia, a medida que alcanzan a existir? Esta es la manera de conocer de nuestra inteligencia, tan imperfecta en sus comienzos, la cual *se va instruyendo* y perfeccionando poco a poco mediante los acontecimientos. ¿Puede Dios ir aprendiendo e instruyéndose con los hechos, conforme van alcanzando la existencia? Evidentemente que no, porque su conocimiento no puede pasar de un estado menos perfecto a otro más perfecto; él es la perfección misma. ¿Qué decir, entonces?

Se ha de decir, observa Santo Tomás (Iª, q. 14, a. 8), que, si bien nuestro conocimiento está medido por las cosas de las cuales depende, *la sabiduría de Dios es causa de las mismas;* ella las mide, mas no es medida por ellas. La sabiduría divina es causa de las cosas creadas, *como el arte del escultor* es causa de la estatua, como el arte de Beethoven ha creado sus inmortales sinfonías, como el arte de Dante ha producido la *Divina Comedia.*

Pero el escultor sólo produce estatuas inertes, y el gran sinfonista y el inspirado vate se limitan a ordenar los sonidos y las palabras para expresar sus pensamientos;

mas Dios con su sabiduría infinita crea seres vivos, conscientes, dotados de inteligencia, almas humanas y millares de millones de ángeles.

"La ciencia de Dios, unida a la voluntad, dice el Doctor Angélico, es la causa de las cosas, como el arte del artista es causa de la obra bella." (Iª, q. 14, a. 8).

Es, en efecto, evidente que Dios no puede mendigar de las cosas la sabiduría, como no puede Beethoven aprender nada nuevo en sus propias partituras. Las cosas que suceden nada enseñan a Dios; al contrario, el conocimiento fecundo de Dios da a las cosas la existencia. ¿Cómo? *Por cuanto conoce* lo que él es, lo que puede y *todo lo que realiza*, ora *lo haga él solo*, como en los días de la creación, ora *con nosotros y por medio de nosotros*, como cuando nos mueve a hacer libremente los actos cotidianos. Y *de antemano* conoce Dios, en el único instante de su eternidad, *todo lo que ha de ser*, por ejemplo, las oraciones que, movidos por Él, libremente hemos de dirigirle para conseguir las gracias necesarias. En este particular insistiremos más tarde, cuando tratemos de la Providencia.

La ciencia de Dios no es como la nuestra, adquirida en el trato de las criaturas; antes bien, es manifiestamente causa de las cosas, que son las obras de arte del genio de Dios.

*
* *

Y cuanto a los seres creados, ¿los conoce Dios confusamente y en general, o bien *con precisión* y en los mínimos pormenores?

La Revelación nos dice que "Dios ve todo cuanto hace el hombre" (*Prov.*, 16, 2); que están contados los cabellos de su cabeza; que los actos de los mortales, aun los más insignificantes, son de Dios conocidos.

¿Cómo puede ser eso? Porque no existe cosa alguna a cuya producción Dios no concurra, en lo que la cosa tiene *de real y de bueno;* sólo el pecado es ajeno a la producción divina, porque el pecado, como tal, es desorden,

y el desorden no es ser, sino privación de lo que debería ser. *Pero si la causalidad divina se extiende a todas las cosas*, aun las más insignificantes, también la ciencia divina llega a todas las cosas; porque es evidente que Dios conoce todo cuanto hace, todo aquello a cuya producción concurre. Cuanto al pecado, limítase a *permitirlo, a tolerarlo*, en vista de un bien mayor. Y lo conoce en la permisión; y lo ve en la derrota final, que en cierta manera contribuye a la manifestación del bien. Se comprenderá mejor cuando tratemos de la Providencia.

El conocimiento, en una palabra, que Dios tiene de todo *lo real y bueno* que existe en el mundo, de El mismo viene; Dios lo halla en sí mismo.

* * *

La sabiduría divina comparada con la humana.

Nosotros conocemos las cosas espirituales y divinas desde abajo, en el espejo de las cosas sensibles, mas Dios las ve todas *desde arriba, en sí mismo*, en su causalidad eminente.

Por más esfuerzos que hagamos, en la tierra no alcanzaremos a ver las cosas espirituales y divinas sino por reflejo, en las cosas materiales; de ahí la importancia que damos a los sucesos materiales, como la pérdida de un ojo; pasan en cambio casi inadvertidos sucesos espirituales de incalculable importancia, como un acto de caridad, un pecado grave. En otras palabras: vemos las cosas espirituales y las divinas como a la luz del *crepúsculo*, en la sombra de las cosas sensibles: es *la visión vespertina*, en frase de San Agustín.

Lo contrario sucede en Dios, que en una eterna mañana se conoce *a sí mismo en su totalidad* y ve *desde arriba* en su esencia purísima todas las criaturas posibles y todas las que existen, han existido y existirán. Desde arriba, *en las cosas espirituales*, Dios *ve las cosas materiales*. Para oír una sinfonía no necesita oídos como nosotros, porque

la conoce desde arriba, en la ley musical que la engendra, mucho mejor que el artista genial que la compuso.

Dios no ve *el alma del justo a través del cuerpo;* más bien ve *el cuerpo a través del alma,* como una irradiación de ésta. Nada externo puede ofuscarle, ni la fortuna con sus apariencias, ni el talento mismo; la caridad es lo único que vale ante Dios. Un mendigo que bajo sus harapos oculta un santo, vale a los ojos de Dios incomparablemente más que un César en el esplendor de la gloria humana. Hace Dios también gran diferencia entre el niño todavía sin bautizar y el mismo después de bautizado.

La Pasión del Salvador, vista a la luz de acá abajo, nos parece sombría; mas es incomparablemente esplendorosa vista desde arriba, a la luz divina, como el centro de la historia de la humanidad, como la cumbre hacia la cual todo asciende en el Antiguo Testamento y de donde todo desciende en el Nuevo.

Dios no ve inmediatamente las cosas en sí mismas en la opaca luz creada que las envuelve, como si necesitara descender hasta ellas o de ellas dependiera; *las ve en sí mismo, en su luz esplendente* y desde arriba. Todo otro conocimiento que no fuera la contemplación divina sería imperfecto. La sabiduría divina ve todo lo que de real y de bueno hay en las criaturas como una *irradiación* de la gloria de Aquel que es.

Del mismo modo, nuestro conocimiento de la eternidad es por comparación con el tiempo, en el cual vivimos; mas *Dios ve toda la sucesión del tiempo a la luz de la eternidad inmóvil.* Así como un hombre situado en la cima de una montaña ve de una sola mirada a todos los que discurren por el valle, así Dios ve en un instante único y eterno toda la sucesión de los tiempos; ve a la vez nuestro nacimiento y nuestra muerte, nuestras pruebas y la gloria que ellas nos merecen, los sufrimientos de los justos y el provecho espiritual perdurable que de ahí reportan. Ve los efectos en las causas, y los medios en los fines a los cuales aquéllos están subordinados.

La vida de los santos nos parece muy hermosa, aun vista exteriormente, cual nos la presenta la historia; pero *es incomparablemente más bella en el pensamiento de Dios.* Dios ve todo por dentro y desde arriba, ve inmediatamente la gracia en el alma del justo, el grado actual de caridad y el que tendrá al cabo de su carrera. Ve nuestros caminos a la luz de la idea divina que los dirige, idea que no se realizará plenamente sino en el cielo. Saber a la manera nuestra, o saber a la de Dios, es como mirar una vidriera por de fuera del templo, o contemplarla desde el interior del mismo.

La sabiduría divina se nos ha manifestado en el Verbo, en su vida y doctrina, en su muerte, resurrección y ascensión gloriosa. Y Jesucristo nos ha hecho *partícipes* de la sabiduría divina *por la fe viva iluminada mediante los dones del Espíritu Santo*, por los dones de sabiduría y de entendimiento, que nos ayudan a penetrar y gustar los misterios de la salud. Acostumbrémonos, pues, y ésta sea la lección práctica, a mirar las cosas desde el punto de vista superior, propio de Dios, a considerarlas por el lado que miran a Dios, causa primera y fin último, y no por el lado del goce material que puedan proporcionar ni por las satisfacciones que nuestro amor propio o nuestro orgullo puedan encontrar en ellas. Habituémonos poco a poco *a ver* en la penumbra de la fe *todas las cosas en Dios: los sucesos agradables*, como señales de su bondad; *los acontecimientos adversos e imprevistos,* como un llamamiento a subir más alto, como gracias ocultas, purificadoras, mucho más preciosas a veces que las mismas consolaciones. San Pedro estaba más cerca de Dios cuando extendía sus brazos para que le crucificasen, que en la cumbre del Tabor.

Si nos acostumbramos a vivir de la fe y del don de sabiduría, nos dispondremos cada día mejor para recibir el conocimiento que nos será otorgado en el término de nuestra jornada, cuando veamos *a Dios cara a cara, y en El* todo cuanto de El procede, particularmente aquello que

acá en la tierra hayamos amado sobrenaturalmente. Así ven Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís los destinos de sus respectivas Ordenes, y una madre cristiana ve en Dios las necesidades espirituales del hijo que aun queda en la tierra y la oración que debe hacer por él.

Esta sabiduría corresponde a la bienaventuranza prometida a los pacíficos. En el cielo ella nos dará la paz, junto con el gozo perfecto; y ya acá en la tierra, si no el gozo, nos da *la paz*, la tranquilidad del orden, en la unión con Dios.

CAPÍTULO VII

LA VOLUNTAD Y EL SANTO AMOR DE DIOS

Habiendo tratado de la inteligencia y sabiduría de Dios, para adquirir idea más cabal de la Providencia, nos resta considerar qué cosa sea su santa voluntad y cuál el amor que a sí mismo y a nosotros tiene. Como en el hombre la prudencia, así en Dios la Providencia presupone el amor del Bien supremo, al cual ordena y dirige todas las cosas.

No se hallará en el diccionario nombre más profanado que el del amor. Así como hay sabiduría de la carne, que San Pablo llama necedad y locura, así también hay *amor bajo*, que se reduce a grosero egoísmo, el cual a veces, por obra de los celos, se torna en odio feroz. Pero por muy hondo que haya caído un alma, nunca olvida que el *amor verdadero* es una perfección tan elevada y tan pura, que sería tiempo perdido tratar de descubrirle imperfecciones.

Si se nos preguntara si es posible en Dios *la tristeza*, al instante responderíamos que no. Y si se nos interroga acerca de *la cólera* divina, luego decimos que no puede ser a Dios atribuída sino en metáfora, para designar su justicia. Pero al preguntársenos si *el amor* está formalmente en Dios, responderemos sin vacilar que sí, que Dios nos ama en el sentido propio y en toda la extensión de la palabra.

Veamos 1º cómo está en Dios el amor y cómo se ama a sí mismo; y 2º, en qué consiste el amor de Dios al hombre. Tomaremos por guía al Doctor Angélico, Santo

Tomás (Iª, q. 19-20); y al desenvolver el segundo punto, expondremos qué se entiende por voluntad significada y voluntad de beneplácito, distinción capital para llegar a comprender qué sea el abandono en manos de la divina Providencia.

* * *

El amor de Dios a sí mismo.

El amor, tal cual en Dios existe, *no puede ser una pasión o emoción de la sensibilidad*, por ordenada que se la suponga; y la razón de ello es que siendo Dios espíritu puro carece de sensibilidad.

Pero la inteligencia divina, que conoce el bien, no puede existir sin *la voluntad divina* que lo quiere. Y esta voluntad no puede ser una simple facultad de querer; sería imperfecta, de no estar siempre en acto; y el acto primero de la voluntad es *el amor del bien*, amor espiritual, como la inteligencia que lo dirige. *Todos los actos de la voluntad*, llámense deseo, querencia, consentimiento, elección u odio, *proceden del amor*, que es el despertar mismo de la voluntad al contacto de su objeto, que es el bien (Iª, q. 20,a. 1).

Hay, pues, necesariamente en Dios *un acto puramente espiritual* y eterno *de amor del Bien;* y este Bien, amado de toda la eternidad, es Dios mismo, su perfección infinita, que es la plenitud del ser. Dios se ama en la medida en que *es amable*, es decir, *infinitamente*, por un *acto necesario* que está *sobre su misma libertad* y no al arbitrio de ella. Este amor se identifica con el soberano Bien, amado sobre todas las cosas; su ardor merece el nombre de celo, y es como una *llama ardiente que por siempre subsistiera*, *"Ignis ardens..." "Deus ignis consumens est"*, dice la *Escritura (Deut.*, 4, 24).

Bueno será traer al pensamiento este *amor ardiente del bien*, que existe en Dios de toda la eternidad, mayormente cuando se ven en la tierra tantas injusticias, tantos

odios y tantas envidias, y cuando en el propio corazón siente uno *el amor del bien tan flaco*, inconstante y tornadizo.

Aquellas palabras del Evangelio: "*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*, porque serán hartos", se refieren al amor ardiente del bien, amor *más fuerte* que todas las contradicciones juntas, más que todos los desfallecimientos y hastíos, fuerte como la muerte, y aun más que ella, como vemos en Jesucristo y en los mártires. Y este amor del bien tan fuerte y ardoroso, que ha de dominar en nuestros corazones, es como una chispa de la hoguera espiritual, que es *el amor increado del soberano Bien*.

¿Cuáles son las propiedades del amor divino?

Lo primero, es *soberanamente* SANTO, o mejor, es *la santidad* misma; es decir: *es absolutamente puro e inmutable en su pureza*. Absolutamente puro, porque ni pecado ni imperfección pueden mancillarlo o alterarlo en cosa alguna; ello es evidente, toda vez que el pecado consiste en el apartamiento de Dios o de sus órdenes; y la imperfección, en no seguir sus consejos.

Es inmutable en su pureza, porque Dios no puede dejar de ser el soberano Bien, ni de conocerse y amarse. Se ama necesariamente, no sólo por una *adhesión inmutable al sumo Bien*, sino *identificándose* con él y *amándolo sobre todas las cosas*. (Santo Tomás, Iª, q. 19, a. 3-7).

Cosa extraña: filósofos como Kant se han *extraviado* hasta ver, no la santidad misma, sino *el colmo del egoísmo en el amor por el cual Dios se prefiere a todas las cosas*. Y así, han sostenido que Dios no puede amarse a sí mismo sobre todas las cosas, ni habernos creado para su gloria, sino para nosotros mismos; y que, por consiguiente, debemos amar sobre todas las cosas nuestra propia dignidad, y no a Dios.

Tan inaudita aberración nos propone como ideal el egoísmo que pretende apartar de Dios. Y olvidando qué cosa sea el egoísmo, lo confunde con la santidad.

El egoísmo consiste en el amor desordenado de sí mismo, en virtud del cual el hombre se ama a sí mismo más que al soberano Bien, más que a la familia o a la patria. ¿Cómo decir que Dios se ama a sí mismo más que al soberano Bien, siendo ambos la misma cosa?

Al preferirse Dios a sí mismo, prefiere el soberano Bien; obrar de otra suerte sería un desorden intolerable, como cuando el avaro antepone el dinero a la dignidad. Si Dios tuviera preferencia por una criatura y no por sí mismo, habría en él algo así como un pecado grave, es decir, el mayor absurdo.

Cuando Dios crea, no lo hace por egoísmo, antes bien *para manifestar su bondad;* y al subordinar todas las cosas *a sí mismo, al soberano Bien* las subordina, para mayor felicidad nuestra. Porque es incomparablemente mayor bienaventuranza poseer a Dios, amarle y loarle por toda la eternidad, que complacer nuestra propia dignidad personal. De igual suerte, es tanto mayor nuestra gloria, cuanto más glorifiquemos a Dios.

"*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*" Nuestra mayor gloria, Señor, es dárosla a Vos.

Por donde el amor que Dios se tiene es la santidad misma, y no el egoísmo.

Y no sólo es absolutamente puro e impecable, sino que va acompañado de un *santo odio del mal,* consecuencia rigurosa del amor del bien. En efecto, no es posible amar verdaderamente el bien, sin detestar a la vez el mal; no se puede amar al Soberano Bien sobre todas las cosas, sin detestar soberanamente el pecado. Dios no puede tener el santo celo de su Gloria, es decir, el celo de la manifestación de su bondad, sin detestar con el mismo ardor el pecado. La cosa es evidente. No puede pactar en nada con el mal ni entrar con él en componendas. Esto que venimos diciendo es clara luz en el claroscuro divino. Mas he aquí el lado oscuro: de hecho, el mal sucede; y, frente al mal obstinado, el amor de Dios, que es la dulzura misma, se vuelve terrible. *Fortis est ut mors dilectio, dura sicut*

infernus æmulatio. Dios tiene al mal un odio ardiente, que es el reverso de su ardiente amor del Bien.

Santidad atrayente y temerosa, dulce y terrible, como la mansión de Dios de la cual habla Jacob *(Gén.,* 28, 17).

Esta santidad implica todas las perfecciones, aun las más opuestas en apariencia, como la Justicia y la Misericordia, las dos grandes virtudes del amor divino.

Dos lecciones se encierran en este santo amor de Dios hacia sí mismo: 1º *debemos amar a Dios más que a nosotros mismos,* por ser El infinitamente mejor que nosotros, y preferirlo a nosotros mismos, por lo menos con amor de estimación eficaz, que oriente toda nuestra vida hacia él. 2º Así como Dios se ama santamente, también *nosotros debemos amar santamente nuestra alma,* su destino, que es glorificar a Dios eternamente. Amémonos también a nosotros mismos santamente en Dios y por Dios; es la manera de combatir el egoísmo, que consiste en el amor desordenado de sí mismo. Por un lado, el egoísta se ama con exceso, atendiendo desordenadamente la parte inferior de su naturaleza; mas, por otro lado no se ama bastante, porque no estima la espiritualidad de su alma, que está hecha para cantar la gloria de Dios. (Santo Tomás, Iª-IIªᵉ, q. 29, a. 4; IIª-IIªᵉ, q. 25, a. 7).

*

* *

El amor de Dios a nosotros.

Si tal es el amor que Dios se tiene, ¿cómo puede dirigirlo *a otros objetos distintos de sí mismo?*

Los incrédulos llamados deístas pretenden que Dios no puede amarnos en el sentido verdadero de la palabra, la cual en el caso se reduce a simple metáfora. Amar a otro ser significa ser *atraído por él;* pero Dios es la plenitud de todo bien; luego no puede ser *atraído* por nosotros, no puede ser *pasivo* de la atracción de este bien ínfimo que somos nosotros.

Respondemos a la objeción de los deístas diciendo que

el amor de Dios a nosotros no es pasivo, sino *esencialmente activo, creador, vivificante*, generoso en extremo y soberanamente libre; es un amor verdadero en el sentido más estricto y fuerte de la palabra.

En primer lugar, el amor de Dios a nosotros no puede *ser pasivo en cosa alguna.* Quien es la plenitud del bien, no puede ser *atraído* por un bien creado, ni ser pasivo de un bien mezquino, ni dejarse cautivar por él. No nos ama Dios porque nos halle amables; al contrario, *somos amables a sus ojos, porque nos amó.* "¿Qué cosa tenemos, que no la hayamos recibido?", dice San Pablo. Y Santo Tomás añade: "*Amor Dei est infundens et creans bonitatem in rebus* —el amor de Dios derrama y crea la bondad en las cosas." (Iª, q. 20, a. 2).

Todos los bienes naturales y sobrenaturales que hay en nosotros tienen su origen en Dios, fuente de todo bien, y no pueden venirnos sino sólo de su amor creador y vivificante. El amor de Dios no presupone en nosotros amabilidad o condición de amables, antes bien crea en nosotros esa cualidad, la conserva y aumenta, sin violentar por ello en nada nuestra libertad.

Mas, ¿por qué nos amó Dios con ese amor creador? ¿Por qué nos dió la existencia, la vida, la inteligencia y la voluntad? *Por pura generosidad.* ¿No es acaso propiedad del bien el derramarse, el comunicarse generosamente? *El bien es esencialmente difusivo de sí mismo;* la bondad es naturalmente comunicativa. En el orden físico, el sol esparce en su derredor la luz y el calor fecundante; las plantas y los animales, llegados a la perfección, se reproducen. En el orden moral y espiritual, quien, como el santo, tiene pasión por el bien, no descansa hasta despertar en los demás las mismas ansias, el mismo amor que en él bulle. Siendo Dios el Soberano Bien, la plenitud del ser, el amor eterno del Bien, el celo del amor, *¿no habremos de decir que le es propio repartir las riquezas que hay en él,* como el cantor halla su dicha en esparcir por los aires las armonías de su canto?

Conviene, pues, altamente a Dios amarnos con amor creador, dándonos la existencia y la vida.

¿Síguese de ello que la creación no es *libre?*, ¿que de no haber Dios creado, no sería ni bueno ni sabio?

De ningún modo; la Escritura nos dice que "Dios obra todas las cosas según el decreto de su libre albedrío" (*Ephess.*, 1, 11), y la Iglesia proclama *la libertad absoluta del Amor creador.* Era altamente *conveniente* que Dios crease, pero libremente; de suerte que no hay repugnancia en que Dios no hubiera creado; no por eso dejaría Dios de ser, en su vida íntima, infinitamente bueno y sabio. Como dice Bossuet, *Dios no es mayor por haber creado el universo.* Su perfección infinita no ha podido aumentar en nada por habernos dado la existencia.

La creación es un acto de amor absolutamente libre; y en este sentido son gratuitos los dones naturales que hemos recibido.

Mas hay en Dios *un acto de amor aun mayor y más libre*, aquel por el cual nos ha otorgado *el don todavía más gratuito de la gracia*, participación de su vida íntima, don no exigido por nuestra naturaleza. Por este amor vivificante nos ha hecho *amables* a sus ojos, no sólo como criaturas suyas, sino como *hijos*, disponiéndonos para verle y gozarle por toda la eternidad.

Somos mucho más amados de Dios que cuanto podemos imaginarnos; para saber cuánto nos ama, sería preciso conocer plenamente el valor de la gracia, que tendrá su florescencia en la gloria; sería preciso haber visto a Dios, siquiera un instante.

El colmo del amor de Dios al hombre se ha manifestado en la Encarnación, en la Redención y en la Eucaristía. Para saber cuánto nos ama Dios, habría que conocer a fondo el valor infinito de la Encarnación redentora, de los méritos de Jesucristo y de las gracias espirituales que de él derivan. Santa Ana al engendrar a María Santísima era muchísimo más amada de Dios que cuanto ella podía imaginarse; no sabía que la hija que Dios le daba

habría de ser Madre del Salvador y Madre de los hombres. Del mismo modo, guardaba la debida proporción, Dios nos ama incomparablemente más de lo que nos figuramos; sobre todo en las horas de prueba, cuando parece abandonarnos y en realidad nos está dando las gracias más preciosas, las más profundas y vivificantes. En esas horas debemos decir con Santa Teresa: "*Señor, vos lo sabéis todo, vos lo podéis todo y vos me amáis.*"

Tal es en sustancia el amor de Dios a nosotros: amor creador, vivificante, generoso y absolutamente libre.

¿Cuáles son las propiedades del amor divino?

1º *Este amor es universal:* se extiende aún a las criaturas ínfimas. Dios las ama, como el padre de familias ama su casa, la hacienda y los animales que le sirven. Pero Dios ama sobre todo las almas: el alma del pecador, a quien induce a penitencia; el alma del justo, a quien ayuda a perseverar; el alma atribulada por la tentación, a la cual sostiene en el bien; el alma que va a comparecer en su presencia en el trance de la muerte (Iª, q. 20, a. 2-3).

2º Pero, con ser *universal*, tiene *sus preferencias libres* el amor divino. Si bien a todas las almas da las gracias necesarias y suficientes para la salvación, concede gracias especiales de predilección a ciertas almas, como San José, San Juan Evangelista, San Pablo Apóstol, los fundadores de las Ordenes Religiosas. Y todos estos santos repiten aquello de San Pablo: "¿Qué tenemos, que no lo hayamos recibido?" *(I Cor.*, 4, 7). "Dios es quien obra en nosotros por un efecto de su beneplácito, no sólo el querer, sino el ejecutar." *(Phillipp.*, 2, 13). El Señor dispensa a ciertas almas gracias de predilección, como el cantor da notas más sonoras cuando bien le place. Dios siembra en las almas semilla más o menos escogida según su beneplácito.

3º La libertad soberana del Amor divino, aun en sus libres preferencias, guarda siempre *el orden admirable de la Sabiduría y de la Caridad.* "*Dios prefiere siempre a los mejores;* porque, como sea su amor la fuente de todo bien,

nadie sería mejor que su prójimo, de no ser más amado de Dios", dice Santo Tomás (Iª, q. 20, a. 3).

Dios prefiere el espíritu al cuerpo, creado para servir al espíritu; sobre todas las almas y sobre todos los espíritus, tiene preferencia por la Madre del Verbo encarnado; y sobre la Virgen Santísima está el Unigénito en la preferencia divina. Y si Jesucristo ha sido entregado por nosotros, no es porque Dios le ame menos; ha sido entregado para que, salvándonos, triunfe del demonio, del pecado y de la muerte. (Santo Tomás, Iª, q. 20, a. 4, ad 1).

Dios subordina todo a la *manifestación de su bondad. Confitemini Domino quoniam bonus.* Reconoced que el Señor es bueno, y su misericordia, eterna", repite constantemente el Salmo 135.

4º La cuarta propiedad del amor divino es ser una *fuerza invencible;* lo cual significa que nada puede resistírsele, si no es por permisión divina, y que con su poder hace que todo concurra finalmente al bien. En este sentido el amor de Dios es *más fuerte que la muerte: más fuerte que la muerte física,* porque él ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos y nos ha de resucitar a nosotros el día del juicio; *más fuerte que la muerte espiritual,* porque es Dios suficientemente poderoso para convertir al pecador más empedernido; resucita las almas muertas, no una vez, sino multitud de veces en el curso de la existencia terrena.

*
* *

La voluntad de Dios significada y la voluntad de beneplácito.

Es evidente que debemos conformar nuestra voluntad *con la de Dios y con su santo amor.* Porque, *como dice* Santo Tomás [1], la bondad de nuestros actos y de nuestra voluntad misma depende del fin; y el fin último de la voluntad humana es el soberano Bien, objeto primero de

1 Iª-IIae, q. 19, a. 9.

la voluntad divina, por el cual quiere todas las cosas.

Pero aquí es preciso distinguir, con la tradición, dos clases de voluntad: la voluntad de beneplácito y la voluntad significada [1]. Se entiende por *voluntad divina significada* ciertos signos de la voluntad de Dios, como los preceptos, las prohibiciones, el espíritu de los consejos evangélicos, los sucesos queridos o permitidos por Dios. La voluntad divina significada de ese modo, mayormente la que se manifiesta en los preceptos, pertenece al dominio de la obediencia. A ella nos referimos, según Santo Tomás [2], al decir en el Padre nuestro: "*Fiat voluntas tua.*"

La voluntad divina de beneplácito es el acto interno de la voluntad de Dios, aun no manifestado ni dado a conocer; de ella depende el porvenir todavía incierto para nosotros: sucesos futuros, alegrías y pruebas de breve o larga duración, hora y circunstancias de nuestra muerte, etc. Como observa San Francisco de Sales [3], y con él Bossuet [4], si la voluntad significada constituye el dominio de la obediencia, la voluntad de beneplácito pertenece al del abandono en las manos de Dios. Como largamente diremos más tarde, ajustando cada día más nuestra voluntad a la de Dios significada, debemos en lo restante abandonarnos confiadamente en el divino beneplácito, ciertos de que nada quiere ni permite que no sea para el bien espiritual y eterno de los que aman al Señor y perseveran en su amor.

* * *

Tal es la voluntad de Dios y tal su amor a nosotros. *Este amor se nos ha revelado en Nuestro Señor Jesucristo,* cuyo corazón es horno ardiente de caridad.

El amor de Cristo a nosotros, como el del Padre, es *absolutamente santo*; es también *generoso*: *no fué él atraí-*

[1] Iª, q. 19, a. 11 et 12.
[2] Iª, q. 19, a. 11.
[3] *Traité de l'Amour de Dieu,* l. 8, ch. 3; l. 9, ch. 6.
[4] *Etats d'oraison,* l. 8, 9.

do por nosotros, antes bien nosotros lo fuimos por él: "*No me elegisteis vosotros*, mas yo os elegí", dice en el Evangelio. También el amor de Jesús al Padre y a nosotros es *invencible;* por amor murió, mas fué para resucitar las almas e inundarlas con el río de las divinas misericordias.

Conclusión práctica: Es preciso dejarse amar por este amor santísimo, purísimo y vivificante; es preciso dejarse purificar por él, por difícil que ello sea en ciertas ocasiones. Es preciso también *corresponder con generosidad*, según aquello de San Juan: "*Amemos al Señor, Dios nuestro, porque él nos amó primero.*" (*I Ioann.*, 4, 19). Es preciso amar al Señor con pureza de intención, por él mismo, alejando de nosotros la vanagloria, las preocupaciones de la envidia y el deseo de la estima de los hombres.

Entonces *el amor* de Dios prendido en nosotros será como la *participación del que Dios se tiene a sí mismo*, como una chispa escapada de la hoguera divina; y haciéndose cada día más puro, *será santo, generoso y fuerte, hasta* hacernos *invencibles*, en el sentido de San Pablo escribiendo a los Romanos (8, 31): "*Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?*" Finalmente, purificado más y más nuestro amor, *nos hará triunfar de la misma muerte* y nos abrirá las puertas del cielo. Con *la entrada en la gloria* quedaremos para siempre asentados en el amor sobrenatural de Dios, que nadie nos podrá arrebatar.

TERCERA PARTE

LA PROVIDENCIA SEGÚN LA REVELACIÓN

CAPÍTULO I

NOCIÓN DE PROVIDENCIA

Habiendo en capítulos anteriores tratado de las perfecciones divinas que presupone la Providencia, tócanos ahora declarar qué se haya de entender por este nuevo atributo. Cuando la Revelación nos ha manifestado acerca de la Sabiduría y del Amor de Dios nos va a servir para mejor comprender lo que la misma nos enseña acerca del gobierno divino. Esta doctrina sobrepasa con mucho cuanto enseñaron los filósofos; muchos de ellos sostienen que la Providencia se extiende sólo a las leyes generales del universo, mas no a los individuos, a las particularidades de su existencia, a los actos libres futuros y a los secretos del corazón. Ciertos herejes, por el contrario, opinaron que, extendiéndose la Providencia de una manera infalible hasta los actos libres, quedaba por ello mismo abrogada nuestra libertad. Entre estas posiciones extremas se alza como la cumbre de una montaña la doctrina revelada.

La Providencia, lo vamos a ver, es como una prolongación de la Sabiduría divina, "que abarca fuertemente de un cabo al otro todas las cosas y las ordena todas

con suavidad." *(Sap.*, 8, 1; 14, 3). "Siendo Dios por la inteligencia (unida a la voluntad), dice Santo Tomás, la causa de las cosas, *debe tener el conocimiento del orden según el cual se relacionan todas con el fin.* El es quien así *las ordena;* y precisamente en esa *ordenación,* que es la razón del orden de las cosas, consiste la Providencia." (Iª, q. 22, a. 1) [1]. Cuanto al gobierno divino propiamente dicho, consiste en la ejecución del plan providencial *(Ibid.,* ad 2um), si bien las expresiones "gobierno divino" y "providencia" andan generalmente confundidas y se toman como sinónimas.

Observa Santo Tomás *(Ibid.)* que la Providencia corresponde en Dios a lo que en nosotros se llama *prudencia,* que ordena los medios para los fines que trata de conseguir y prevé las necesidades para proveer a ellas. Así como hay en lo humano la prudencia individual, y sobre ella la prudencia del padre de familias que provee a las necesidades de la casa, y sobre ambas la prudencia del jefe del Estado, que vela por el bien común de la Nación, así en Dios hay la Providencia *que ordena todas las cosas para el bien del universo,* es decir, para la manifestación de la bondad divina en todos los órdenes, desde los seres inanimados, hasta los ángeles y los santos del cielo.

De esta manera, por comparación con la prudencia humana, adquirimos la *noción analógica* de Providencia, noción accesible a la razón natural y confirmada por la revelación. Y, cosa importantísima, así como el hombre prudente primero quiere el fin y después determina los medios y hace uso de ellos, de suerte que el fin, con ser lo primero en la intención, se obtiene en último término, de la misma suerte imaginamos que *Dios desde toda la eternidad quiere primero el fin del universo y luego los medios* conducentes al fin que quiso realizar u obtener. Esta concepción del sentido común expresan los filósofos

[1] Cf. Primera Parte, Cap. 2: El orden del universo y la Providencia.

cuando dicen: El fin, que es primero en el orden de la intención, es último en el orden de la ejecución; y ello es de importancia suma cuando se trata del fin del universo corpóreo y espiritual.

*

* *

De la noción de Providencia que acabamos de exponer se deducen sus propiedades. Indiquémoslas brevemente antes de acudir a la Sagrada Escritura en busca de conocimiento más vivo y profundo.

1º De la universalidad absoluta de la casualidad divina, propia del agente intelectual, se deduce *la universalidad de la Providencia:* "La causalidad divina, dice Santo Tomás, se extiende a todos los seres, ora corruptibles, ora incorruptibles, tanto en su generalidad como en su individualidad (que también es ser). De donde todas las cosas que tienen ser, por cualquier título que sea, están *ordenadas* por Dios a un fin." (Iª, q. 22, a. 2). Así lo exige el principio de finalidad: todo agente obra por un fin, y el agente supremo, por un fin supremo, de él conocido, al cual subordina todas las cosas. Este fin, como lo hemos visto al tratar del amor de Dios, es la manifestación de su bondad, de su infinita perfección y de sus diversos atributos.

La Sagrada Escritura, lo vamos a ver, afirma repetidas veces, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, que *el plan providencial ha sido trazado hasta en sus mínimos pormenores inmediatamente por Dios*, cuya ciencia práctica sería imperfecta si no se extendiera tanto como su causalidad, sin la cual nada llega a la existencia. Se ve, pues, que Dios es causa de cuanto de *real y de bueno* hay en todas las criaturas y en cada una de las acciones de las mismas; es decir, que Dios, a título de causa primera, si no única, *es causa de todo*, *excepto del mal*, excepto de esa privación, de ese desorden, que se llama el pecado [1]. Cuanto al mal físico y al dolor, Dios no

[1] Cf. Santo Tomás, Iª-IIae, q. 79, a. 1 et 2.

los quiere sino accidentalmente, para un bien superior [1].

De la universalidad absoluta de la Providencia se deduce otra propiedad.

2º La Providencia, extendiéndose en la forma dicha a todas las cosas, es *la salvaguardia de la libertad y de los actos libres* y no la negación de los mismos. No sólo garantiza nuestra libertad, mas también la *pone en acción* [2] precisamente porque se extiende hasta el *modo libre* de nuestros actos que ella produce en nosotros y con nosotros; porque el modo libre de nuestra elección, esa indiferencia dominadora de nuestro querer, es también un ser, y todo ser lo es por Dios [3]. La Providencia conoce todas las particularidades de nuestro temperamento y de nuestro carácter, por pequeñas que sean, las consecuencias de la herencia, la influencia de la sensibilidad sobre el juicio, penetra los repliegues de nuestra conciencia y puede otorgarnos todas las gracias que iluminan, fortalecen y atraen. Hay en su dirección suavidad y fortaleza. *Suaviter et fortiter*, esto es, con suavidad y fortaleza siembra y conserva en nuestro corazón la semilla

[1] El mal físico, la enfermedad por ejemplo, no lo quiere Dios directamente, sino sólo *de manera accidental*, en cuanto que busca *un bien superior*, para el cual es condición necesaria el mal físico. La vida del león, por ejemplo, exige como condición la muerte de la gacela; la paciencia en la enfermedad supone el dolor; el heroísmo de los santos supone los padecimientos que sufren.

[2] Cf. Santo Tomás, Iª, q. 83, a. 1, ad 3. "Deus movendo causas voluntarias, *non aufert* quin actiones earum sint voluntariæ, *sed potius hoc in eis facit*"; Iª, q. etc.

[3] El *modo libre* de nuestra elección consiste en la *indiferencia dominadora* con que nuestra voluntad se inclina actualmente hacia un determinado objeto que aparece como bueno en un aspecto, no bueno en otro; el cual, por lo tanto, no sería capaz de atraer invenciblemente la voluntad (Iª-IIae, q. 10, a. 2). Este modo libre de nuestra elección es también un ser, algo real, y forma parte de los objetos adecuados de la omnipotencia divina, a diferencia del desorden del pecado, el cual no puede ser incluído entre ellos. Dios, causa indefectible, no puede ser directa o indirectamente causa del desorden del pecado, como el ojo no puede ver los sonidos (Iª-IIae, q. 79, a. 1 et 2).

divina y con solicitud vigila el desarrollo (Iª, q. 22, a. 4).

3º Por más que la Providencia, en cuanto es ordenación divina, abarca directamente todo lo que hay de real y bueno, hasta la última fibra de los seres, sin embargo, cuando se trata de la *ejecución* del plan providencial, *Dios gobierna las criaturas inferiores por medio de las superiores*, a las cuales comunica la dignidad de la causalidad. (Iª, q. 22, a. 3).

Vamos a considerar en el Antiguo y Nuevo Testamento estos distintos caracteres de la divina Providencia; será el mejor medio para adquirir conocimiento, no sólo abstracto y teórico, mas también vivo y espiritualmente fecundo.

CAPÍTULO II

LOS CARACTERES DE LA PROVIDENCIA SEGÚN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El dogma de la Providencia se halla formal y explícitamente contenido en no pocos pasajes del Antiguo Testamento, como por ejemplo, en el *Libro de la Sabiduría* (6, 8; 8, 1; 11, 21; 12, 13; 17, 2); y virtualmente está indicado en multitud de lugares. El *Libro de Job* está por entero dedicado al problema de la Providencia en lo que mira a las pruebas que experimentan los justos; y es también una afirmación solemne de la Providencia divina la oración, que abunda en las páginas bíblicas.

La doctrina del Antiguo Testamento puede resumirse en estos dos puntos fundamentales:

1º La Providencia universal e infalible ordena todas las cosas para el bien; 2º la Providencia se nos manifiesta muy claramente, a veces de manera ostentosa, si bien en algunos de sus caminos es absolutamente inescrutable. Dejemos que hablen los textos de la Sagrada Escritura, que hemos escogido y agrupado de manera que los unos aclaren los otros. Son en su frescura más bellos que todo comentario. Como palabra de Dios, son incomparablemente superiores a la Teología; mas todavía sube de punto su valor ordenados por la Teología como piedras preciosas en un cuerpo doctrinal.

*
* *

La Providencia universal e infalible ordena todas las cosas para el bien.

1º Declárase en el Antiguo Testamento lisa y llanamente *la universalidad de la Providencia y su extensión a todas las cosas, por pequeñas que sean;* el *Libro de la Sabiduría* lo afirma repetidas veces: "Al pequeño y al grande él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente." *(Sap.* 6, 8). "*La Sabiduría abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad.*" *(Ibid.,* 8, 1). "Tú, Señor, dispones todas las cosas con medida, número y peso." *(Ibid.,* 11, 21). "No hay otro Dios sino tú, que de todas las cosas tienes cuidado, para demostrar que no hay injusticia alguna en tus juicios." *(Ibid.,* 12, 13). El autor del *Libro de la Sabiduría* aduce un ejemplo notable: "Es un hombre que piensa navegar, surcar las agitadas olas, encrespadas por la tempestad...; la pasión del lucro es quien inventó el bajel que le conduce, y el artífice puso en ello todo su talento; mas tu Providencia, oh Padre, lleva el timón, tú has abierto un camino en medio del mar y una ruta segura por entre las olas, demostrando que eres poderoso para salvar de todo riesgo... Por eso los hombres, en caso de naufragio, confían sus vidas a un frágil leño, atraviesan las olas en una balsa y escapan de la muerte." *(Ibid.,* 14, 1-5).

Estas sencillas palabras relativas a la confianza en Dios de los que surcan el mar en una balsa afirman con más claridad que todas las obras de Platón y de Aristóteles la existencia de la Providencia que se extiende a todas las cosas, por pequeñas que sean. La misma afirmación encontramos en las hermosas plegarias del Antiguo Testamento, como en la *oración de Judit,* cuando invoca al Señor antes de dirigirse al campo de Holofernes: "Asísteme, te ruego, Señor y Dios mío, socorre a esta viuda. Porque tú obraste antiguamente aquellas maravillas, y tú designaste las que después han seguido, y ellas se han cumplido porque tú lo quisiste. *Todos tus caminos están*

aparejados de antemano y tus juicios dispuestos por tu previsión. Vuelve ahora tu mirada sobre el campamento de los asirios... Así suceda con éstos como con los egipcios (que fueron anegados en las aguas del Mar Rojo); confían en su gran número, y en sus carros de guerra, y se glorían en sus dardos, y en sus escudos, y en sus flechas, y en sus lanzas. No saben que tú eres nuestro Dios, que de tiempo antiguo desbaratas los ejércitos y tienes por nombre Yahvéh... Siempre te fué acepta la oración de los humildes y de los mansos. Oh Dios del cielo, creador de las aguas y Señor de toda la creación, oye benigno a esta desventurada que recurre a ti y lo espera todo de tu misericordia." *(Judith,* 9, 4-17). Nótese cómo en esta bella oración de Judit se afirma, no sólo la Providencia, la extensión universal de la misma y la rectitud de los caminos de Dios, mas también la libertad de la elección divina respecto del pueblo de donde había de nacer el Redentor.

¿Pero de qué manera han sido las cosas así ordenadas?

*
* *

2º No con menos claridad que la extensión universal de la Providencia se afirma en el Antiguo Testamento *la infalibilidad de la misma con respecto a todo cuanto sucede, aun con respecto a nuestros actos libres presentes y futuros.* Véase en prueba de ello en el *Libro de Ester* (13, 9; cap. 4 de la versión griega) *la oración de Mardoqueo,* que implora el auxilio de Dios contra Amán y los enemigos del pueblo escogido: "*Señor, Señor, Rey omnipotente, yo te invoco; porque de tu potestad dependen todas las cosas, ni hay quien pueda resistir a tu voluntad, si has resuelto salvar a Israel.* Tú hiciste el cielo y la tierra y todo cuanto el ámbito de los cielos abraza. Tú eres el Señor de todas las cosas, *ni hay quien pueda resistirte, a ti, el Señor.* Tú lo sabes todo, y sabes que no por soberbia, ni por desdén, ni por ambición de gloria he hecho esto de no adorar al soberbio Amán... Lo hice

por no trasladar a un hombre el honor debido a mi Dios... Y ahora, Señor, Dios mío y Rey mío, Dios de Abraham, apiádate de tu pueblo; pues nuestros enemigos quieren perdernos... ¡Escucha mis súplicas!... Convierte nuestro llanto en gozo, para que, viviendo, alabemos tu nombre."

No es menos conmovedora *la oración de Ester (Ibid.*, 14, 12-19), pronunciada en las mismas circunstancias; en ella se afirma todavía con más claridad la infalibilidad de la providencia aun en los actos libres de los hombres, pues *la reina Ester pide a Dios —y lo consigue—, que se cambie el corazón de Asuero:* "Acuérdate, Señor, de nosotros; muéstranos tu rostro en el tiempo de nuestra tribulación, y dame a mí valor, Rey de los cielos y dominador de todo poder. Pon en mis labios palabras discretas, así que me presente ante el león (Asuero), *y muda su corazón a que aborrezca a nuestro enemigo*, para que perezca éste con todos sus cómplices. Y líbranos con tu mano; y *asísteme en* mi desamparo, porque tú, Señor, eres mi único auxilio. Tú conoces todas las cosas y sabes que aborrezco la gloria de los inicuos..., *sálvanos de las manos de los malvados, y líbrame a mí de mis temores.*" Y en efecto, como dice un poco más adelante *(Ibid.*, 15, 11): "*Dios trocó en dulzura la cólera del rey Asuero;* el cual, temeroso (al ver a la reina desmayada en su presencia), saltó de su trono, y tomó a Ester en sus brazos, hasta que volvió en sí." Pronto se dió cuenta de la perfidia de Amán y lo mandó al suplicio, prestando a los judíos el apoyo del poder público para defenderse de los enemigos [1].

De aquí se ve que la Providencia divina se extiende infaliblemente, no sólo a los sucesos exteriores más particulares, sino también *a los secretos de los corazones y a los actos libres más íntimos,* por cuanto a la voz suplicante de los justos *cambia las disposiciones interiores* de la

[1] Cf. también la oración de Susana *(Dan.* 13, 42).

voluntad de los reyes. Sócrates y Platón jamás se elevaron a concepciones tan altas ni a certeza tan firme acerca del gobierno divino.

Semejantes a los textos aducidos hay otros muchos en la Sagrada Biblia, sobre los cuales insisten con frecuencia San Agustín y Santo Tomás.

Leemos, por ejemplo, en el *Libro de los Proverbios* (21, 1): "*El corazón del rey es como un río en la mano de Yahvéh, el cual lo inclina hacia cualquier parte que le plazca.* Parécenle rectos al hombre todos sus caminos; pero quien examina los corazones es Yahvéh." Y a su vez el Eclesiástico dice de esta manera en 33, 13: "*Como está el barro en manos del alfarero*, el cual lo maneja a su arbitrio, *así el hombre está en las manos de su Hacedor*, el cual le dará el destino según sus juicios." Del mismo modo Isaías en sus discursos proféticos contra las naciones paganas (*Is.*, 14, 24): "Juró Yahvéh, Dios de los ejércitos, diciendo: Como lo pensé, así será, y como lo tracé en mi mente, así sucederá. Destruiré a Asur en mi tierra..., y su yugo será quitado de sobre mi pueblo." "Así es la mano que está extendida contra las naciones, prosigue el Profeta. Porque *Yahvéh, el Dios de los ejércitos, ha decretado, ¿y quién podrá impedirlo? Su brazo está levantado, ¿y quién podrá detenerlo?*" En todos los pasajes hallamos afirmada la libertad de la elección divina, la universalidad e infalibilidad de la Providencia, que desciende hasta los pormenores más insignificantes y a los actos libres de los hombres.

*

* *

3º *¿Para qué fin ha ordenado las cosas la Providencia universal e infalible?* Los *Salmos*, sin llegar a darnos la luz que irradia del Evangelio, responden a menudo a esta cuestión diciendo que Dios ordena todas las cosas para el bien, para la manifestación de su bondad, de su misericordia y de su justicia; que en manera alguna es causa del pecado, pero lo permite con miras a un bien mayor.

De esta suerte aparece la Providencia divina como una virtud unida siempre a la Justicia y a la Misericordia, como en el hombre virtuoso jamás la verdadera prudencia puede ir en contra de las virtudes morales de la justicia, de la fortaleza y de la templanza, antes bien anda unida con ellas. La conexión perfecta y acabada de las virtudes no puede darse fuera de Dios.

Léense en los *Salmos* con frecuencia frases como ésta: "Todos los caminos de Yahvéh son misericordia y verdad." (*Ps.* 24, 10). — "Todas sus obras se cumplen con fidelidad. Ama la justicia y la rectitud; la tierra está llena de su bondad." (*Ps.* 32, 5). — "Señor, dame a conocer tus caminos, muéstrame tus veredas. Llévame según tu verdad y adiéstrame; porque tú eres el Dios mi salvador, y eres mi esperanza en todo instante. *Acuérdate, Señor, de tu misericordia y tu bondad, que son eternas. De los pecados de mi mocedad y de mis rebeldías aparta, Señor, tu memoria. A la medida de tu misericordia acuérdate de mí, por tu bondad.*" (*Ps.* 24, 4). — "*Yahvéh es mi pastor; nada me falta.* En verdes prados me depara reposo, y a la vera de refrigerantes aguas me apacienta. El renueva mi alma, me guía por sendas llanas, por amor de su nombre. *Si por valle hondo y sombrío como de muerte anduviere, no temo mal alguno: tú vas conmigo. Tu vara y tu cayado me protegen...*" (*Ps.* 22, 1-5). — En ti, Señor, tengo mi amparo y confianza; ¡no me vea en confusión jamás!... *En tus manos van mis destinos;* defiéndeme del poder de mis adversarios. *Resplandezca tu rostro sobre tu siervo,* sálvame por tu piedad... ¡Cuán grande, Señor, es tu bondad para los que te temen y en ti esperan! Escóndelos en los repliegues de tu rostro contra las asechanzas de los hombres y contra las lenguas maldicientes." (*Ps.* 30, 1; 16, 20).

Nuestra esperanza, nuestra confianza en Dios, estriba en la providencia o cuidado que tiene de los justos y en la omnipotencia. Todos los versículos que hemos aducido de los *Salmos* pueden reducirse a las palabras de Santa

Teresa, antes citadas: "Señor, vos todo lo sabéis, vos todo lo podéis y vos me amáis."

Si tan universal es la Providencia, si no hay pormenor al cual no se extienda, si es infalible y todo lo ordena para el bien, cosa debe ser patente y manifiesta para quienes quieren verla. ¿De dónde viene, pues, que sus caminos son con frecuencia inescrutables, aun para los mismos justos? El Antiguo Testamento toca muchas veces este problema.

*
* *

Es cosa para nosotros manifiesta la Providencia, si bien algunos de sus caminos son absolutamente inescrutables.

La providencia, considerada en general, es cosa que, según la Biblia, se manifiesta con toda evidencia en el orden del mundo, en la historia del pueblo escogido y en la vida del justo o del impío tomada en globo.

El orden del mundo, dicen los *Salmos*, proclama una Inteligencia ordenadora: "*Cæli enarrant gloriam Dei*... Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos." *(Ps.* 18, 2). — "Entonad un himno a nuestro Dios al son del harpa. *El cubre los cielos de nubes, prepara a la tierra la lluvia,* hace brotar la hierba en las montañas y da el pasto al ganado y a las crías del cuervo que le vocean." *(Ps.* 146, 7. *Item. Iob,* 38, 41). — "*Insensatos los hombres que ignoraron a Dios,* que no supieron por las cosas visibles elevarse al conocimiento del que es, ni considerando las obras reconocieron al artífice de ellas... *Son inexcusables;* porque si pudieron llegar por su sabiduría a penetrar las leyes del mundo, ¿cómo no echaron de ver más fácilmente al Señor del mundo?" *(Sap.* 13, 18).

No es menos manifiesta la Providencia en la historia del pueblo escogido, como lo declaran los *Salmos,* en particular el 113, *In exitu Israel de Ægypto:* "Cuando Israel salió de Egipto..., vióle el mar y huyó, retrocedió el

Jordán... ¿Qué es eso, mar, por qué huyes? Y a vosotras, montañas, ¿qué os pasa, que brincáis como carneros, y a vosotros collados, como corderillos? Tiembla, oh tierra, ante el Señor, ante la faz del Dios de Jacob, que trueca la roce en cascada de agua, y en manantial la dura peña. No a nosotros, Señor, no a nosotros; da gloria a tu Nombre, por tu bondad, por tu fidelidad... Yahvéh se acordó de nosotros: bendijo la casa de Israel..., bendecirá a cuantos le temen, sean pequeños o sean grandes... Nosotros también le bendeciremos desde ahora y para siempre jamás."

Manifiéstase, por fin, la Providencia en la vida del justo, por la recompensa que a veces visiblemente le otorga. Así lo declara entre otros el *Salmo 111*: "*Dichoso el hombre que teme al Señor*, que en observar sus mandamientos pone sus delicias. *Poderosa sobre la tierra será su estirpe, la generación de los justos será bendecida.* Hacienda y riquezas habrá en su casa, y la justicia se mantendrá eterna. La luz brilla en las tinieblas para el hombre misericordioso, compasivo y justo... *Seguro está su corazón*, confiado en el Señor, *su ánimo es inquebrantable*, no teme a sus adversarios, *derrama largamente la limosna, socorre al indigente, su justa ventura subsistirá para siempre...*"

El Señor se revela a veces particularmente como la Providencia del menesteroso: "*Levanta del polvo al derribado*, del muladar alza al mendigo, para sentarlo con príncipes, con los príncipes de su pueblo." (*Ps.* 112, 7).

Por el contrario, la maldad del impío recibe su merecido, a veces un castigo visible, que también es señal del gobierno divino: "No te aficiones a los caminos de los impíos..., desvíate y abandónalos..., como de pan, se alimentan de la impiedad... La senda de los justos es como la luz brillante de la mañana, que va en aumento y crece hasta el mediodía. *El camino de los impíos está lleno de tinieblas; no advierten el escollo donde van a tropezar.*" El dinero mal adquirido no aprovecha (*Prov.* 4,

14) [1]. — Dios priva a los impíos de su bendición y los entrega a su propia ceguera; mas acude en socorro de sus fieles servidores, a veces en forma extraordinaria, como sucedió a Elías (*III Reg.* 17, 3): "Encamínate hacia el Oriente y escóndete en el torrente Carith..., *que yo he mandado a los cuervos que te lleven allí de comer.*" Y obedeciendo a la palabra del Señor, fué a establecerse en el torrente Carith..., y los cuervos le llevaban pan y carne por la mañana y por la tarde, y el arroyo le ofrecía agua que beber.

*
* *

Si tal es la Providencia en lo que mira al conjunto de la vida del justo, permanece, no obstante, *inescrutable* en muchos de sus caminos, sobre todo en ciertas sendas superiores, que nos resultan oscuras por el excesivo resplandor que deslumbra nuestros débiles ojos. Así acontece en Isaías con el anuncio de los padecimientos del siervo de Yahvéh, del Salvador.

Leemos también en el Salmo 33, 20: "*Multæ tribulationes justorum... Numerosas las tribulaciones del justo; y de todas le libra el Señor.*" — "Nuestros padres, dice Judit (8, 21), fueron tentados para que se viera si de veras honraban a su Dios. Abraham fué probado con muchas tribulaciones y llegó a ser el amigo de Dios. Así Isaac, así Jacob, así Moisés y todos los que agradaron a Dios pasaron por muchas tribulaciones, manteniéndose siempre fieles... Por tanto, *no perdamos la paciencia por*

[1] *Ps.* 36, 10: "Un poco de tiempo, y acabaráse el impío: contempla su lugar, ya él no está; pero los mansos heredarán la tierra y gozarán los deleites de una paz profunda. Cavila el impío insidias contra el justo, sus dientes rechinan contra él. Y en tanto, el Señor se ríe del impío, viendo cómo se le avecina el día. Sacan su espada los impíos y flechan el arco para derribar al desvalido y al pordiosero, para inmolar al hombre recto en su camino; pero la espada les atravesará su propio corazón y sus arcos serán quebrados."
Ps. 33, 22: "*Mata al malo su malicia, y expíalo a* costa suya quien odia al justo."

los trabajos que padecemos; antes bien, considerando que los castigos son menores que nuestros pecados, pensemos que *los azotes* del Señor, con que somos corregidos, nos han venido *para enmienda nuestra*, y no para perdición."

Los profetas hablan a menudo del carácter misterioso de ciertos caminos de la Providencia, sobre todo cuando entrevén, como Jeremías, la relativa esterilidad de sus esfuerzos.

Leemos en *Isaías* (55, 6): "*Invocad al Señor, mientras es tiempo;* invocadle, mientras está cercano. Abandone el impío su camino, y el inicuo sus designios; conviértase al Señor, el cual se apiadará de él. *Porque, dice el Señor, los pensamientos míos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son los caminos míos.* Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre los caminos vuestros, y mis pensamientos sobre los pensamientos vuestros."

Es lo mismo que se lee en el Salmo 35,7: "*Es tu justicia, Señor, como las montañas inaccesibles; tus juicios, como el abismo inmenso (Iudicia tua abyssus multa).*"

Más aún en esta *oscuridad superior*, tan distinta de la oscuridad inferior del pecado y de la muerte, el justo encuentra su camino; poco a poco aprende a distinguir estas dos oscuridades tan contrarias[1]. Digamos como el justo Tobías después de pasar sus pruebas (*Tob.* 13, 1): *Grande eres tú, Señor, desde la eternidad, y tu reino dura por todos los siglos. Porque tú hieres, y das la salud, tú conduces hasta el sepulcro y resucitas de él*, sin que nadie pueda sustraerse de tus manos. Bendecid al Señor, hijos de Israel, y alabadle en presencia de las naciones; pues por eso os ha desparramado entre las gentes que no le conocen, para que publiquéis sus maravillas y les hagáis

[1] *En ciertos problemas difíciles de espiritualidad concreta*, por ejemplo, cuando se trata de saber si determinada persona, unida a veces con Dios, pero muy enferma, va o no dirigida por Dios en ciertos caminos particulares, se llega a la oscuridad superior o a la inferior, según el método de investigación que se siga.

conocer que no hay otro Dios todopoderoso fuera de él. *El nos ha castigado a causa de nuestras iniquidades, y él mismo nos salvará por misericordia...*[1] Convertíos, pues, pecadores, y sed justos delante de Dios, y confiad que usará con vosotros de su misericordia."

Tales son las principales afirmaciones del Antiguo Testamento acerca de la Providencia: es *universal*, extendiéndose hasta los más insignificantes pormenores y a los secretos del corazón; es *infalible* respecto de cuanto sucede, aun respecto de los actos libres; *ordena todas las cosas para el bien*, y por la oración de los justos trueca los corazones de los pecadores. Para quienes quieren verla, es sobradamente manifiesta; es, sin embargo, inescrutable en ciertos caminos. Esta doctrina nos muestra la confianza que debemos tener en Dios, y cómo en las pruebas debemos abandonarnos en sus manos con perfecta conformidad con su divina voluntad; entonces encaminará todas las cosas a nuestra santificación y nuestra felicidad. Así lo anuncia la palabra del Evangelio: "Buscad primero el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura."

[1] Un Concilio de la Iglesia afirma con San Próspero: "Quod quidam salvantur, salvantis est donum; quod quidam pereunt, pereuntium est meritum." Denzinger, nº 318.

CAPÍTULO III

LOS CAMINOS OCULTOS DE LA PROVIDENCIA Y EL LIBRO DE JOB

No se puede hablar de la Providencia en el Antiguo Testamento, sin pararse a considerar el *Libro de Job*. Conviene reseñar sus ideas generales, insistiendo en el sentido y alcance de la conclusión.

El *Libro de Job* considera el misterio del dolor o *del reparto de la felicidad y de la desdicha en esta vida.* ¿Por qué al justo afligen a veces acá en la tierra tantos males? ¿Cuál es la razón de ello en el plan de la divina Providencia? La respuesta general que da el libro de Job se aclara y corrobora, como veremos, por multitud de pasajes bíblicos que nos muestran el bien superior al cual van dirigidas las pruebas que experimentan los siervos de Dios.

Casi todos los exegetas, siguiendo a los Santos Padres de la Iglesia, están de acuerdo en afirmar haber realmente existido Job. De los labios de éste y sus amigos salió sin duda la sustancia de los discursos que le atribuye el autor; el cual, proponiéndose ante todo instruir a los lectores, dió a su libro la forma de poema didáctico, cuya riqueza literaria es por cierto extraordinaria. El problema que discute el libro es el siguiente: ¿Cuál es la causa de los males de esta vida? Veamos primero cómo plantea el problema y luego la solución que propone [1].

[1] Cf. *Dictionnaire de la Bible,* artículo *Job.* Citamos la traducción de Crampon y los breves resúmenes que allí trae de los discursos de los amigos de Job.

Bueno será pasar revista a los textos principales, en provecho sobre todo de aquellas almas que no consideran la cuestión del amor puro como mero problema teórico, antes bien con todas veras y apasionadamente se interesan en él. Más que sus palabras y escritos ama Dios sus aflicciones; y precisamente porque sus palabras, como las de Job, proceden del corazón atribulado, suelen hacer a veces tanto bien a las almas.

Nos servirá de guía el Comentario de Santo Tomás, que anuncia las páginas altísimas que había de escribir San Juan de la Cruz en *La Noche Oscura* acerca de la purificación pasiva de la noche del alma [1].

*
* *

Sobre si los pecados son siempre la causa de los males que aquejan al hombre en esta vida.

¿Es castigado también el inocente? ¿y por qué?

Tal es el problema que plantea Job, atormentado en sus carnes por horrible enfermedad. El Libro comienza (1, 1) afirmando ser Job un hombre "íntegro y recto, temeroso de Dios y alejado del mal"; era además poseedor de grandes riquezas; a menudo solía recordar a sus hijos los deberes para con Dios, ofreciendo por cada uno de ellos un holocausto.

El mismo Altísimo dice: que *"no hay otro como él en la tierra, varón sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado de toda maldad"*. (1, 8). A lo cual Satanás responde: *"¿Acaso Job sirve a Dios de balde?...* De todo tiene en abundancia. Mas extiende un poquito tu mano y tócale en sus bienes, y se verá si no te maldice a la cara." (1, 11).

El Señor dice entonces a Satanás: "Todo cuanto posee está a tu disposición; sólo que no extiendas tu mano contra su persona." Con esto, salió Satanás de la presencia del

1 Cf. *Comentario de Santo Tomás sobre el libro de Job*, caps. 4, 6, 8, 9 (lección 3 íntegra), 19, 28. *Item* Santo Tomás, Ia-IIae, q. 87, a. 7 y 8; de *Malo*, q. 5, a 4, e *Ioann*, 9, 2.

Señor. Estas palabras recuerdan aquellas otras de Nuestro Señor a Pedro antes de la Pasión: "Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como el trigo, *ut vos cribaret sicut triticum;* mas yo he rogado por ti a fin de que tu fe no perezca." *(Luc.* 22, 31).

De donde se ve que los mejores son los zarandeados.

Este primer capítulo del *Libro de Job*, el más importante de todos, esclarece el libro entero, en particular la conclusión. Pero Job ignora la conversación del Señor con Satanás y el permiso que éste ha obtenido. Tales son los caminos ocultos de la Providencia, cuyo secreto se nos manifiesta desde el principio del libro; permanecen empero en profundo misterio para el atribulado Job.

No tarda Job en verse privado de sus bienes; sus hijos e hijas mueren víctimas del huracán. Mas el patriarca se somete a los juicios de Dios, diciendo: "*El Señor lo dió, el Señor lo quitó; ¡sea bendito su nombre!*" (1, 21). "*Dominus dedit, Dominus abstulit... sit nomen Domini benedictum.*"

Luego obtuvo Satanás de Dios permiso para herir a Job "con una lepra maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza" (2, 7). Pero Job se mantuvo fiel a Dios, a pesar de los insultos de su mujer que le decía: "¡Reniega de Dios y muérete!"

Entonces vinieron tres amigos a consolarle: Elifaz, de edad avanzada, Baldad, todavía en su madurez y el joven Sofar. Lloraron la suerte de Job y permanecieron largo tiempo sin hablarle palabra, porque veían que su dolor era muy grande.

También Job, llegados sus amigos, permaneció silencioso durante siete días y siete noches de dolores; pero al fin, agotadas las fuerzas, abre su boca y prorrumpe en lamentos: "Perezca el día en que nací... ¿Por qué fué concedida luz al miserable y vida a aquellos que están en amargura de ánima, que aguardan la muerte, y no viene, que cavan en busca de ella como en busca de un tesoro?... ¡Se fueron la tranquilidad, la paz y el reposo!" (3, 3, 20).

Y los amigos le replican: "A muchos enseñaste la sabiduría..., tus palabras sostuvieron a los que vacilaban..., y ahora ha venido sobre ti el azote, y has flaqueado." (4, 1). El más anciano, Elifaz, celoso de su propia reputación de sabiduría, se asombra de ver a Job sumido en tan profundo desaliento. El inocente, dice, jamás pereció; solamente los malvados son consumidos por el soplo de la cólera divina. Alude luego a una revelación tenida cierta noche, donde se le manifestó que ningún hombre es justo ante Dios. Es, pues, mejor que cese Job de proferir sus amargos lamentos, si no quiere correr la suerte de los impíos; confiese su culpa e implore la misericordia de Dios, que castiga paternalmente, curando las heridas que produce (4-5).

Job le responde que sus lamentos están muy por debajo de sus dolores, a los cuales prefiere la muerte. Esperaba hallar consuelo en sus amigos, pero se ve defraudado en su esperanza; sin embargo nada pueden reprocharle, si no es la fogosidad de sus palabras (6, 24-30). Volviéndose luego a Dios, le representa sus males y la desesperación en que se halla, conjurándole que ponga fin a sus dolores con la muerte (7, 1-21). "Meses de dolor han sido mi patrimonio, y mi lote noches de sufrimiento, en las cuales me he hartado de aflicción hasta la mañana... ¡Ah! mi alma prefiere la muerte... ¿Por qué probarme de este modo? Si he pecado, ¿qué puedo hacerte, oh guardián de los hombres?... ¡Que no me hayas de perdonar mi ofensa!..."

Interviene Baldad, el de edad madura, rico y presuntuoso; el cual, lejos de consolar al amigo, le responde que Dios, como no sea injusto, no envía tales calamidades sino a los gravemente culpables; por lo que exhorta a Job a convertirse a Dios (8).

Reconoce Job que Dios es sabio y justo, pero añade: "¡Inocente! Lo soy"; y da libre curso a sus lamentos (9-10).

Sofar, el más joven de los tres amigos, ardiente y fogoso, interviene para apoyar la tesis de sus dos compañeros;

según él, la malicia de Job es muy superior al castigo que padece, por lo que le exhorta a volverse a Dios.

Job, en los capítulos 12, 13 y 14, reconoce de nuevo que Dios es infinitamente sabio, justo y poderoso; ensalza las perfecciones divinas todavía más que sus amigos. Luego añade, en el capítulo 13: "Aun cuando él me matare, de suerte que ninguna esperanza me quedara, defendería mi conducta ante él. *Mas él será mi salvador*... Seguro estoy del triunfo de mi causa... ¿Cuál es el número de mis iniquidades? Hazme conocer mis maldades y ofensas." Cálmase por fin Job, se excusa e implora la clemencia de su juez.

Con todo, no logra convencer a sus amigos. Con palabras duras le arguye de nuevo Elifaz, diciéndole que no tiene por qué lamentarse, como sean todos los hombres culpables delante de Dios (15).

Job replica (16): "Estoy oyendo siempre los mismos argumentos; sois todos consoladores insoportables... Si estuvierais en mi lugar, yo también sabría hablar de esa suerte." Protesta una vez más de su inocencia y apela al mismo Dios, tomándole por árbitro entre él y sus amigos. "*A esta misma hora tengo un testigo en el cielo, un defensor en las alturas.* Mis amigos se mofan de mí. Mas yo imploro a Dios con lágrimas." (16, 19).

Los amigos de Job, dice en su Comentario el Doctor Angélico, *no piensan en la vida futura*, antes bien creen que *ya acá en la tierra* debe el justo ser recompensado y el impío castigado.

Baldad repite lo que ya antes dijo: que el impío es siempre desgraciado en la tierra. Mas esta vez no añade consuelos ni promesas; para él, Job es un pecador empedernido, y como a tal le trata. De ahí se ve que una de las mayores tribulaciones le vino a Job de sus propios amigos. Como olvidan la vida futura, no cesan de agobiarle diciendo que *todas las cuentas han de ajustarse acá en la tierra.*

Entonces Job, figura de Cristo, elevándose por inspiración superior hasta el misterio del más allá que el prólogo nos ha hecho entrever, responde (19): "Por décima vez

me insultáis y me ultrajáis sin pudor. Aun cuando hubiese caído en falta, conmigo queda mi pecado. Pero vosotros, que os alzáis contra mí, que para convencerme invocáis mi oprobio, *sabed por fin que es Dios quien me oprime*... Cerróme el camino, y no puedo pasar; esparció tinieblas en mi camino... desarraigó, como un árbol, mi esperanza... Tratóme como a enemigo suyo... Alejó de mí a los hermanos; apartáronse de mí los amigos..., los mismos hijos me desprecian... ¡Compadeceos de mí, compadeceos de mí, porque la mano del Señor me ha herido!... ¡Oh! ¿Quién me diera que mis palabras se escribieran..., grabadas en pedernal? Porque *yo sé que mi vengador vive* y que él se levantará el postrero sobre el polvo. Entonces, con estos huesos revestidos de su piel, *con mi carne veré a Dios. Yo mismo le veré.* Mis ojos le verán, y no otro por mí; mis riñones se consumen de espera dentro de mí. Entonces os preguntaréis: ¿Por qué le perseguíamos? y se reconocerá la justicia de mi causa."

A pesar de este grito sublime de esperanza, el joven Sofar vuelve a la tesis primera: las desgracias de la vida presente son castigo de los crímenes.

Job, por el contrario, demuestra por la experiencia la falsedad de este principio (21). Sin duda los malvados son a menudo castigados de una manera ostentosa; pero sucede a veces que los asuntos les van bien hasta el momento de la muerte, en tanto que los justos tienen mucho que padecer.

Insiste en su tesis Elifaz, haciendo una larga enumeración de las faltas que Job ha debido de cometer: "Al hambriento rehusaste el pan, y a la viuda despachaste con las manos vacías." (22).

Job sostiene (28-31) que la desgracia no siempre es *castigo* de una vida criminal. Ignora, dice él, la razón de sus padecimientos, mas Dios sin duda conoce en su sabiduría la causa verdadera, inescrutable para la inteligencia del hombre. Aquí (31) acaba la primera parte del Libro; Job con sus discursos ha "impuesto silencio a los inter-

locutores, pero sin lograr él mismo descifrar el enigma."[1].

En la segunda parte entra en escena un nuevo personaje, el joven Eliú, quien da señales de gran sabiduría, "no exenta de presunción" (Le Hir). Sostiene que Job es castigado, no por crímenes enormes que haya cometido, sino por no haberse comportado con suficiente humildad ante Dios; de lo cual son claro indicio los amargos lamentos que ha dejado escapar de su boca. Si se arrepiente, seguramente Dios le devolverá la felicidad (32-37). Job no sabe qué replicar, porque comprende la parte de verdad que encierran los argumentos de Eliú. Con esto queda el problema del dolor discutido en todos sus aspectos. Mas falta algo todavía.

*

* *

Sentido y alcance de la respuesta del Señor.

Por fin, en la tercera parte, interviene el mismo Dios, respondiendo a Job, por quien ha sido apelado (13, 22).

No es conforme con la dignidad de Dios discutir con el hombre; por lo que responde a Job de manera indirecta presentándole un cuadro magnífico de las maravillas de la creación, desde las estrellas del firmamento hasta las manifestaciones más admirables del instinto de los animales (38-39).

"¿Eres tú por ventura, le dice, quien ata las estrellas de las Pléyades, o sabes acaso romper las cadenas de Orión? ¿Eres tú quien levanta a su tiempo las constelaciones?... ¿Entiendes tú el orden de los cielos y sabes regular su influencia sobre la tierra? ¿Eres tú quien procura su presa a la leona y hartas a sus cachorros? ¿Eres tú quien da el vigor al caballo?... ¿Eres tú quien manda elevarse al águila y hacer su nido en las alturas?"

Todas estas obras revelan sabiduría, providencia, adaptación perfecta de los medios a los respectivos fines, los cuales son claro indicio de la bondad absoluta del Creador

[1] *Dictionnaire de la Bible*, art. *Job*, c. 1560.

y enseñan al hombre a aceptar con humildad y sin protesta cuanto el Todopoderoso se digne ordenar o permitir. Al leer estas palabras de Yahvéh, *El que es*, parécenos estar oyendo al Autor y conservador de nuestro ser, al que ha soldado, por decirlo así, nuestra esencia y nuestra existencia y quien las conserva y es causa de todo lo que de real y bueno hay en la creación. Se dice que la respuesta divina no toca el lado filosófico de la cuestión discutida. En realidad, la respuesta pone de manifiesto que Dios nada hace sino para el bien, y que *si en las cosas sensibles existe orden tan maravilloso, con más razón debe existir orden superior en las cosas espirituales*, si bien queda a veces oscuro para nosotros a causa de su misma elevación. Con un *a fortiori* semejante podrá decir Jesucristo: "Mirad las aves del cielo: no siembran ni siegan... El Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?"

La respuesta del Señor despierta en el corazón de Job sentimientos de humildad y resignación.

Para terminar, invita Dios irónicamente a Job a tomar en su mano las riendas del gobierno del mundo para establecer en él la justicia y el orden (40, 1-9). ¿Pero podría conseguirlo Job, impotente y desarmado ante dos monstruos que son un juguete en la mano de Dios? [1] En el capítulo 40, habla el Señor de la fuerza que ha dado a Behemot y a Leviatán, es decir, al hipopótamo y al cocodrilo, como diciendo: Si bien el demonio, a semejanza de estos dos monstruos, tiene a veces poder especial para tentar al hombre, no puede, sin embargo, usar de tal poder sin mi permiso, y de su mismo furor me puedo yo servir para el bien [2].

Entonces Job, al acabar el capítulo 42, declara humildemente: "Señor, bien sé que todo lo puedes... Sí, he

[1] *Dictionnaire de la Bible*, art. *Job*, c. 1574.

[2] Algunas de estas palabras de Dios, alusivas a la fuerza de estos monstruos traen a nuestra mente el sentir de los teólogos acerca de la *naturaleza* del demonio, que Dios sigue amando como *natura-*

hablado neciamente de las maravillas que sobrepujan mi saber." Con ello reconoce que sus lamentos han excedido la medida, y que sus palabras han sido a veces inconsideradas. El Señor por su parte dice a Elifaz: "Estoy indignado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado de mí con rectitud, como si siervo Job... Ofreced por vosotros un holocausto. Y mi siervo Job rogará por vosotros, y en atención a él no os trataré como vuestra culpa merece." Y Dios bendijo los años últimos de Job todavía más que los primeros, hasta que el patriarca murió en paz a edad muy avanzada.

La clave del libro se encuentra en el capítulo primero, donde el Señor permite a Satanás tentar a su siervo Job. La *conclusión* es, pues, *manifiesta: Dios envía a los hombres las tribulaciones, no sólo para castigarles por sus pecados, sino también para purificarlos como el oro en el crisol y hacerles progresar en la virtud.* En esto consiste *la purificación del amor*, que dicen los grandes místicos cristianos. En el prólogo dice Satanás: "¿Acaso Job teme a Dios de balde?... De todo tiene en abundancia." Ahora se ha visto que Job sabe permanecer fiel a Dios en la adversidad. Tal es el sentido de las pruebas de los justos, como lo atestiguan otros muchos pasajes del Antiguo Testamento.

*
* *

Cuál sea el bien superior al cual van ordenadas las pruebas de los justos.

Confírmase la doctrina que exponemos con dos pruebas memorables que refiere el Génesis: la de Abraham, que

leza en lo que tiene de real y de bueno; obra suya es en fin de cuentas. Esas palabras nos sugieren también que, como dice Santo Tomás, los demonios aman naturalmente la existencia en cuanto tal (hecha *abstracción del estado de desgracia*), *la vida en cuanto tal, y aman por consiguiente de manera natural como a Autor de la vida, a Aquel a quien odian como juez;* si bien antes querrían no ser, que ser tan desgraciados. (Cf. Santo Tomás, Iª, q. 60, a. 5, ad 5).

se dispone a inmolar a su propio hijo Isaac por obedecer el mandato de Dios *(Gen.* 22) y la de José vendido por sus hermanos *(Gen.* 37).

Dios probó a Abraham, mandándole que le ofreciera en holocausto a su hijo Isaac, el hijo de la promesa. Como dice San Pablo en su carta a los Hebreos (11, 17): Por la fe, Abraham, cuando fué probado, ofreció a Isaac en sacrificio; y el mismo que había recibido las promesas ofreció a su unigénito, aunque se le había dicho: De Isaac saldrá la descendencia que llevará tu nombre. Mas él consideraba dentro de sí mismo que Dios podría resucitarle después de muerto; de aquí es que le recobró como figura. El ángel del Señor detuvo la mano del Patriarca, el cual oyó estas palabras: "Por cuanto has hecho esta acción y no has perdonado a tu hijo por amor de mí, yo te llenaré de bendiciones; y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo...; y en tu posteridad serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido a mi voz." *(Gen.* 22, 16).

También sufrió la prueba José, vendido por sus hermanos envidiosos de los sueños y de las dotes del predilecto de Jacob; el justo José, calumniado por la mujer de su amo y señor, fué echado en prisión, de donde salió por singular manera para ser primer ministro del Faraón, que reconoció el espíritu de Dios en él *(Gen.* 41, 38). Más tarde, cuando obligados por el hambre sus hermanos vinieron a Egipto en busca de trigo, sorprendiólos diciendo: "Soy José. ¿Vive todavía mi padre?... Yo soy José, a quien vendisteis para ser llevado a Egipto. Mas no os aflijáis ni enojéis contra vosotros mismos por haberme vendido a este país; porque por vuestro bien dispuso Dios que viniese yo antes que vosotros... *No he sido enviado acá por designio vuestro, sino por voluntad de Dios; el* cual me ha constituído... dueño de toda la casa de Faraón y gobernador de todo el país de Egipto..." Y echándose al cuello de Benjamín, lloró. *(Gen.* 45, 3-14). ¿Se quiere argumento más elocuente de la Providencia,

que toma en bien las pruebas de los justos, y a veces aun en bien de los mismos perseguidores, que acaban por reconocer su yerro?

Lo mismo vienen a decir a menudo los Salmos, en particular el Salmo 90, 11-16, de donde están tomados el Gradual y el Tracto de la Domínica Primera de Cuaresma: "*Angelis suis Deus mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Dios dispondrá para ti sus ángeles, para que te guarden en todos tus caminos [1]. Ellos te llevarán en sus manos, no sea que tropiece tu pie en la piedra; sobre el león y sobre el áspid irán tus pisadas, y hollarás el leoncillo y el dragón... El que mora al amparo del Altísimo, descansa a la sombra del Todopoderoso. Dirá al Señor: "*Tú eres mi defensa y mi refugio; mi Dios en quien confío. Libraráme también del lazo del cazador y de la peste devastadora.*" Cubrirte ha con su ala; bajo sus alas encontrarás refugio. Su fidelidad vale por égida y escudo; no temerás ni espantos nocturnos ni la saeta que vuela por el día... Caerán mil a tu izquierda, y diez mil a tu derecha; mas a ti no te tocará... Porque el Señor mandará a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos... por cuanto en él pusiste tu confianza... Y dirá: "*Por haber esperado en mí, le libraré; le protegeré, porque ha reconocido mi nombre. Si a mí clamare, le oiré. Con él estaré en la desgracia, para librarle y glorificarle; colmarle he de días y le haré ver mi salvación. Eripiam eum et glorificabo eum, longitudine dierum adimplebo eum et ostendam illi salutare meum.*"

Estos versos admirables, saturados de sublime poesía y de vivo realismo espiritual, nos insinúan la vida futura.

Sólo en forma velada habla de ella el Antiguo Testamento, generalmente por medio de símbolos; pero hay un pasaje de *Isaías* (60, 19), donde se describe la gloria de la Nueva Jerusalén: "Ya no habrá más menester sol que te dé luz durante el día, ni luna que te alumbre

[1] Recuérdese a Moisés salvado de las aguas y tan a menudo ayudado por Dios.

durante la noche; *Yahvéh será la sempiterna luz tuya, y tu gloria será tu Dios. Nunca más se pondrá tu sol, ni padecerá menguante la luna; porque Yahvéh será para ti sempiterna luz tuya, y se habrán acabado ya los días de llanto.*" Y más adelante el mismo *Isaías* (66, 18): "*Y yo me regocijaré en Jerusalén, dice el Señor; nunca jamás se oirá allí voz de llanto ni de lamento.*"

Todavía con más claridad se expresan las mismas ideas en el *Libro de la Sabiduría* (3, 9): "*Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis.* Las almas de los justos están en las manos de Dios y no llegarán a ellas los tormentos. A los ojos de los insensato parecen estar muertos, y su salida de este mundo se mira como desgracia y aniquilamiento; *mas ellos reposan en paz...* Su esperanza está llena de la inmortalidad [1]. Su tribulación ha sido ligera, mas su galardón será grande; *porque Dios hizo prueba de ellos y los halló dignos de sí. Los probó como oro en el crisol, y los aceptó como víctima de holocausto.* El día de la recompensa *brillarán los justos,* semejantes a centellas que discurren por cañaveral. *Juzgarán las naciones y dominarán sobre los pueblos, y el Señor reinará sobre ellos para siempre... Porque la gracia y la misericordia son para sus santos y él cuida de sus escogidos.*" Y más adelante (5, 1): "Entonces el justo se presentará con gran valor ante aquellos que le persiguieron y menospreciaron sus trabajos... Y éstos dirán: Su vida nos parecía una necedad y su muerte una ignominia. Mirad cómo es contado entre los hijos de Dios y tiene su parte entre los santos. Luego descarriados hemos ido del camino de la verdad... ¿De qué nos ha servido el orgullo y la jactancia?... *Mas los justos vivirán eternamente; su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos.* De su mano recibirán el reino magnífico y una brillante diadema. Dios los protegerá con

[1] Los justos del Antiguo Testamento, después de la muerte, esperaban en el limbo la venida del Redentor que les abriese las puertas del cielo.

su diestra, y con su brazo los defenderá. Sólo a la vida eterna pueden aplicarse estas palabras: "*Justi autem in perpetuum vivent et apud Dominum est merces eorum.*" Ya el Salmista había dicho (*Ps.* 16, 15): "Mas yo en mi inocencia contemplaré tu rostro; al despertar me saciaré de tu semblante, *satiabor cum apapruerit gloria tua.*" *Daniel anuncia* (12, 3): "Aquellos que hubieren entendido las cosas de Dios (y permanecido fieles a su ley) brillarán como la luz del firmamento; y los que hubieren enseñado a muchos la justicia, serán como estrellas por toda la eternidad y siempre, *quasi stellæ in perpetuas æternitates.*" Uno de los siete hermanos Macabeos dice al verdugo en el trance del martirio: "*Tú, perverso, nos quitas la vida presente; pero el rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna, por haber muerto en defensa de sus leyes.*" (*II Machab.* 7, 9). Ya *Tobías* (13, 2) tenía dicho: "Grande eres tú, Señor, desde la eternidad, y tu reino dura por todos los siglos. *Tú hieres y das la salud, conduces hasta el sepulcro y sacas de él*... El nos ha castigado a causa de nuestras iniquidades; y él nos salvará por su misericordia."

Otros muchos textos asimismo del Antiguo Testamento esclarecen el misterio de las pruebas enviadas por Dios e insinúan el bien superior al cual están enderezadas. Judit exhorta a los ancianos de Israel a esperar con paciencia el auxilio del Señor, diciendo: "Deben acordarse *cómo fué tentado nuestro padre Abraham, y cómo después de probado con muchas tribulaciones llegó a ser el amigo de Dios.* Así Isaac, así Jacob, así Moisés y todos los que agradaron a Dios, pasaron por muchas aflicciones, manteniéndose siempre fieles... Creamos que los azotes del Señor, con que como siervos suyos somos corregidos, nos han venido para enmienda nuestra, y no para nuestra perdición." (*Judith.* 8, 22-27).

El *Eclesiástico* (2, 1-10) declara las ventajas del sufrimiento: "Hijo mío, en entrando en el servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación; humilla tu corazón y

ten paciencia en las penas; apresta los oídos y sé dócil a las inspiraciones de la sabiduría; no te apresures a obrar o hablar en tiempo de oscuridad; *antes bien sufre en paz las dilaciones de Dios; permanece unido a él y no te canses de esperar su ayuda*, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida. Acepta gustoso todo cuanto te enviare, y en tiempo de la humillación sufre con paciencia; pues *como el oro se prueba en el fuego, así los hombres aceptos a Dios se prueban en la fragua de la humillación.* Confía, pues, en Dios, y él te sacará a salvo... Los que teméis al Señor, esperad en él: que su misericordia vendrá a consolaros."

El *Libro de la Sabiduría* en los capítulos 15, 16 y 17 compara las pruebas de los buenos con las de los malos, realzando la diferencia. En tanto que los egipcios fueron heridos con llagas extraordinarias, los israelitas fueron curados de las mordeduras de las serpientes por medio de la serpiente de bronce, alimentados con maná llovido del cielo y guiados por una columna de fuego, y hallaron camino en el Mar Rojo, donde los egipcios quedaron anegados en las aguas. También Isaías dice (44, 22): "*Yo disipo tus maldades como la nube, y como la niebla tus pecados. Conviértete a mí, pues yo te he rescatado.*" (*Item.*, 46, 2-6).

Miqueas (7, 14-20) anuncia que Dios se compadecerá de su pueblo: "No dará ya el Señor rienda suelta a su furor contra los suyos, porque él es amante de la misericordia. Se volverá hacia nosotros, y nos tendrá compasión; sepultará nuestras maldades y arrojará en lo más profundo del mar nuestros pecados. Conforme a su promesa, mostrará su misericordia con la descendencia de Abraham."

Los textos del Antiguo Testamento que acabamos de aducir sobre el porqué de las pruebas de los justos, esclarecen grandemente la conclusión del libro de Job. Pero la luz plena acerca de los fines últimos se manifiesta en el Evangelio. Sólo el Cristianismo es capaz de dar la solución definitiva. Pero ella se vislumbra ya en el *Libro*

de la Sabiduría (escrito entre el año 245 y el 50 antes de Cristo)... El *Libro de Job* nos revela que la suprema justicia de Dios, que Job sabe cierto ha de prevalecer algún día (19, 25 ss.), sobrepuja infinitamente nuestras miras estrechas; muestra asimismo que la virtud, lejos de ir acá abajo acompañada siempre de lo que los hombres llaman felicidad, está a veces sometida a muy duras pruebas.

En los santos del Cristianismo se echa de ver cómo *el amor de la cruz* crece con el amor de Dios y la semejanza con Cristo crucificado, de quien fué señalada figura el justo Job.

Una cosa queda oscura: ¿qué pensar, cuando la desgracia nos visita? ¿será una prueba, o será un castigo? Ambas cosas, por lo general. Pero ¿en qué proporción? Dios lo sabe. San Pablo, escribiendo a los Hebreos (12), expone la solución definitiva, exhortándoles a la perseverancia en las tribulaciones, a semejanza de Jesucristo: "Corramos perseverantes al término del combate que nos es propuesto, poniendo los ojos en Jesús, autor y consumador de la fe; el cual, con la mira puesta en el gozo que le estaba reservado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia; por lo que está sentado a la diestra del trono de Dios. Considerad, pues, atentamente a aquel que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su persona, a fin de que no desmayéis perdiendo el ánimo. *Pues aun no habéis resistido hasta derramar sangre combatiendo contra el pecado*... El Señor, a quien ama, le castiga; y a cualquiera que recibe por hijo suyo, le azota. Aguantad, pues, con fortaleza la corrección: Dios se porta con vosotros como con hijos; porque ¿cuál es el hijo a quien su padre no corrige?... Dios nos castiga para nuestro bien, a fin de que lleguemos a participar en su santidad." *(Hebr.* 12, 2-10).

Resulta de todo esto, como observa Job (7), que la vida del hombre sobre la tierra es comparable al servicio militar, y sus días, como los del mercenario: "*Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies*

ejus." Pero el Señor otorga la gracia a sus fieles siervos; y lo que es aún más, como dice San Pablo *(Rom.* 8, 38): "*él hace que todo contribuya al bien de los que le aman*" hasta el fin; *todo:* las gracias, las cualidades naturales, las contradicciones, las enfermedades, hasta el pecado, dice San Agustín, el pecado que él permite en la vida de sus siervos, como permitió la negación de Pedro, para que se afiancen en la humildad y en el amor más acendrado.

CAPÍTULO IV

LA PROVIDENCIA SEGÚN EL EVANGELIO

Con más claridad todavía que el Antiguo Testamento afirma el Nuevo la Providencia divina, que llega a los pormenores más insignificantes y es infalible en todo cuanto sucede, aun en nuestros actos libres futuros. Con mucha más claridad que el Antiguo declara también el Nuevo el fin superior para el cual están ordenadas todas las cosas; pero queda siempre un punto oscuro: la inescrutabilidad de ciertos caminos superiores de la divina Providencia. He ahí bosquejadas las cuestiones fundamentales que vamos a examinar, apoyándonos en los textos del Evangelio que más luz derraman sobre ellas.

*
* *

Cuál sea el bien superior para el cual ordena todas las cosas la Providencia.

Nuestro Señor eleva nuestras almas a la contemplación del gobierno divino poniendo ante nuestros ojos el orden admirable que resplandece en el mundo sensible, para que de ahí podamos rastrear el orden providencial de las cosas espirituales, incomparablemente más hermoso, benéfico, saludable e imperecedero. Un *a fortiori* de esta especie se advierte en la respuesta del Señor al remate del Libro de Job: Si en el mundo visible existen maravillas tan asombrosas, ¿cuál no será el orden del mundo espiritual?

Leemos en San Mateo (6, 25): "No os acongojéis por

vuestra vida, qué habéis de comer; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? *Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan,* ni tienen graneros, *y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más que ellas?* Y ¿quién de vosotros a fuerza de discursos pueden añadir un codo a su estatura? Y acerca del vestido, ¿a qué propósito inquietaros? *Contemplad los lirios del campo* cómo crecen: ellos no labran, ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo que ni Salomón, en medio de toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues *si una hierba del campo,* que hoy es, y mañana se echa en el horno, *Dios así la viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?* Por tanto, no digáis acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? Así lo hacen los paganos, que andan tras todas estas cosas. *Bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Así que, buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.* No andéis, pues, preocupados por el día de mañana; que el día de mañana cuidado traerá para sí. Bástale a cada día su propio afán."

Estos ejemplos muestran que la Providencia divina se extiende a todas las cosas y da a todos los seres lo que según su naturaleza les conviene; a las aves da el Señor alimento, y les ha dado también el instinto con que buscar lo que necesitan, y no otra cosa. Si así cuida Dios de los seres inferiores, con más razón ha de velar sobre nosotros.

Si la Providencia así provee a las necesidades de las aves, ¿cuál no será el cuidado que tiene de nosotros, que poseemos alma espiritual e inmortal, y hemos sido creados para un fin incomparablemente más noble que aquellos animalitos? El Padre celestial sabe lo que necesitamos. ¿Qué es, pues, lo que nos toca hacer? Buscar primero el reino de Dios y su justicia, seguros de obtener por añadidura el necesario sustento corporal. Quienes

traten ante todo de alcanzar su fin último, el soberano Bien, a Dios mismo, amable sobre todas las cosas, recibirán lo necesario para conseguirlo, no solamente cuanto atañe a la vida corporal, mas también las gracias necesarias para lograr la vida eterna [1].

Hallamos en *San Mateo* (10, 28) otro testimonio de Jesucristo acerca de la Providencia. Refiriéndose a la asistencia divina en el momento de la persecución, díceles Jesús a los discípulos: "*No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma;* temed más bien al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno. ¿No se

[1] Como expone Santo Tomás, Iª, q. 22, a. 2, "preciso es decir que todo está sometido a la Providencia, no sólo en general, mas también en particular, hasta en los pormenores más insignificantes. Ellos es evidente. Porque como todo agente obre por un fin, *la ordenación de los efectos de Dios, agente supremo, llega tan lejos como la causalidad divina*... Pero *ésta se extiende a todos los seres,* no sólo en lo que tienen de común los unos con los otros, mas también *en lo que cada uno tiene de más particular,* en la individualidad propia de cada uno, ya se trate de los seres incorruptibles, ya de los seres corruptibles. De donde es necesario que todo aquello que de cualquiera manera ha recibido de Dios la existencia, haya sido *ordenado* por Dios a determinado fin, según aquellas palabras de San Pablo a los Romanos (13, 1): «Todo lo que es de Dios, por él ha sido ordenado.» Por cuanto la Providencia es la ordenación divina de las cosas creadas a los fines respectivos, preciso es decir que todo le está sometido".

Iª, q. 22, a. 3: De esta suerte la Providencia ha *ordenado* inmediatamente todas las cosas, hasta las más ínfimas, dándoles la virtud de producir determinados efectos. En lo que atañe a *la ejecución* de este orden providencial, *Dios gobierna los seres inferiores mediante los seres superiores,* no por impotencia, sino por comunicar a las criaturas (sobre todo a las de superior categoría) la dignidad de la causalidad. El hombre, por ejemplo, ha recibido el poder de gobernar los animales domésticos, los cuales le obedecen dócilmente y le ayudan en sus trabajos.

Iª, q. 22, a. 4: "La Providencia no destruye la libertad humana, antes bien, *ab aeterno* tiene dispuesto que hayamos de obrar libremente"; y la acción divina nos lleva, no sólo a obrar, sino a hacerlo libremente, porque ella se extiende hasta el modo libre de nuestros actos, que con nosotros y en nosotros produce, como sea más íntima a nosotros que nosotros mismos. Cf. Iª, q. 19, a. 8.

venden dos pájaros por un as? Y no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tengáis, pues, miedo: *valéis vosotros más que muchos pájaros.*" Lo mismo viene a decir por *San Lucas* (12, 6-7).

La prueba es siempre la misma: el *a fortiori* que se desprende del cuidado que el Señor tiene de las cosas inferiores, para hacernos entrever lo que será el gobierno divino en el orden de las cosas espirituales.

Como observa Santo Tomás en su Comentario al Evangelio de San Mateo, Nuestro Señor Jesucristo quiere decirnos: No temáis a los perseguidores, que sólo pueden hacer daño a vuestros cuerpos; y aquello poco que pueden, no lo llevan a cabo sin la permisión de la divina Providencia, que tolera los males para bienes superiores. Si ni un pajarillo cae en tierra sin la permisión del Padre celestial, no sólo vosotros no caeréis, pero ni siquiera un cabello de vuestra cabeza, sin su permisión; lo cual quiere decir que la Providencia abarca los pormenores más insignificantes, nuestros actos libres de menor cuantía, los cuales pueden y deben guardar relación con nuestro último fin.

*
* *

No menos que la universalidad de la Providencia, se afirma en el Evangelio *la infalibilidad* de la misma respecto de todo cuanto acontece. Lo dice el texto que acabamos de comentar: "*Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.*" Y dicha infalibilidad se extiende aún a los secretos de los corazones y a nuestros actos libres futuros. Léese en *San Juan* (6, 44): "Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son. Pero entre vosotros hay algunos que no creen." Pues bien sabía Jesús desde el principio, comenta el Evangelista, cuáles eran los que no creían y quién le había de entregar. Lo mismo en *San Juan* (13, 12) Jesús dice durante la última Cena: "En cuanto a vosotros, limpios estáis, bien que no todos. Pues

sabía quién era el que le había de hacer traición y por eso dijo: No todos estáis limpios."

En *San Mateo* (26, 21) leemos también estas palabras: "*Uno de vosotros me ha de hacer traición.*" Si Jesús conoce con certeza los secretos de los corazones y los actos libres futuros, como lo declara el anuncio de las persecuciones, con más razón los conoce infaliblemente el Padre celestial.

En *San Mateo* (6, 4-6) nos da Jesús estos consejos: "Cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está presente en el secreto, *y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo premiará.*" Y San Pablo, en su Carta a los Hebreos (4, 13): "*No hay criatura invisible a su vista; todas están desnudas y patentes a los ojos de aquél ante quien hemos de dar cuenta.*"

La doctrina de la necesidad de la oración, declarada repetidas veces en el Evangelio, supone la Providencia que llega a nuestros actos libres. Lo da a entender Jesucristo en *San Mateo* (7, 7-11): "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las piden?" Es una nueva prueba *a fortiori* de la Providencia divina que toma por término de comparación la solicitud de un padre de familias para con sus hijos. Si éste cuida de los suyos, con más razón nuestro Padre celestial ha de velar sobre nosotros.

Asimismo la parábola que trae *San Lucas* (18, 1-8) del juez inicuo y de la viuda nos mueve a perseverar en la oración. Este juez, importunado por las instancias reiteradas de la viuda, le hace al cabo justicia, para que no vaya más a molestarle. "Ved, añadió el Señor, lo que dijo el juez inicuo. *¿Y Dios dejará de hacer justicia a sus escogidos que claman a él día y noche, y les hará esperar?*"

Y en *San Juan* (10, 27) dice Jesucristo: "*Mis ovejas oyen la voz mía, y yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos:* pues lo que mi Padre me ha

dado, todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlo de la mano de mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa." Estas palabras manifiestan a las claras la infalibilidad de la Providencia respecto de cuanto sucede, aun respecto de nuestros actos libres futuros.

*

* *

La buena nueva del Evangelio nos manifiesta aún más a las claras, si cabe, que el gobierno divino ordena todas las cosas para un bien superior y eterno, y que permite el mal, el pecado, del cual en manera alguna es él la causa, para un bien mayor .

Leemos en *San Mateo* (5, 44): "Amad a vuestros enemigos, bendecid a quienes os maldicen. . ., orad por los que os persiguen: para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Y en San Lucas (6, 35): "Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso." La persecución misma se torna en bien para quienes saben sufrirla por amor de Dios (*Matth.*, 5, 10): "*Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal de vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos: del mismo modo persiguieron a los profetas que ha habido antes que vosotros."

He aquí la luz meridiana que de lejos anunciaba el *Libro de Job*, y más abiertamente el *Libro de la Sabiduría* con estas palabras (3, 1-8): "Las almas de los justos están en las manos de Dios. . ., el día de la recompensa resplandecerán los justos. . ., juzgarán a las naciones y tendrán el dominio de ellas para siempre."

He aquí la luz de mediodía que anunciaba el *Libro II de los Macabeos* (7, 9), donde uno de los siete hermanos mártires, en trance de morir, increpa de esta suerte al tirano: "*Tú, perverso, nos quitas la vida presente; pero*

el Rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna, por haber muerto en defensa de sus leyes."

A la luz de esta doctrina revelada escribe San Pablo a los Romanos (5, 3): "Nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza. La esperanza nunca engaña, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado." Y en 8, 28 de la misma Carta: "Sabemos también nosotros que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos que él ha llamado según su eterno decreto." Este último texto resume todos los anteriores relativos a la universalidad e infalibilidad de la Providencia, que ordena todas las cosas para el bien, aun el mal mismo que permite, sin ser de él causa. Pero queda una cuestión por resolver: ¿Qué conocimiento podemos tener del gobierno divino?

*

* *

Los claroscuros del plan providencial.

Hemos visto que el Antiguo Testamento abiertamente declara ser cosa para nosotros manifiesta la Providencia divina, si bien ciertos caminos de la misma son inescrutables. Todavía resalta más esta verdad en el Nuevo Testamento, en lo que mira a la santificación y a la vida eterna.

En lo que toca al orden del mundo, el gobierno general de la vida de la Iglesia y a la vida de los santos tomada en conjunto, las palabras que acabamos de citar de Nuestro Señor no permiten dudar que la Providencia sea cosa manifiesta: "Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más que ellas?" (*Matth.* 6, 26).

Lo afirma también San Pablo en la Carta a los Romanos (1, 20): "*Las perfecciones invisibles de Dios,* su eterno

poder y su divinidad, *se han hecho visibles* después de la creación del mundo, *por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas.*"

Enséñanos también Jesucristo qué cosa sea la Providencia respecto de las almas en las parábolas del hijo pródigo, de la oveja perdida, del buen pastor y de los talentos. Todo lo que hay de bondad en el corazón del padre del hijo pródigo, preexiste de una manera infinitamente más perfecta en el corazón de Dios, cuya Providencia vela sobre las almas muchísimo más que sobre todas las criaturas terrenas juntas; y principalmente en la vida de los justos hace que todo coopere al fin último.

Jesús anuncia también que su Padre y él han de velar sobre su Iglesia; y nuestros ojos ven ahora manifiestamente confirmadas estas palabras: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." *(Matth.* 16, 18). Y aquellas otras: "Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñadle a observar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo." *(Matth.* 28, 19-20). En la evangelización de las cinco partes del mundo vemos hoy realizado el plan de la Providencia, que en sus rasgos generales nos es manifiesto.

Hay, con todo, en este plan providencial cosas que permanecen muy misteriosas para nosotros, las cuales, sin embargo, como advierte Jesucristo, aparecerán sencillas a los pequeños y humildes; la humildad abre a éstos las puertas de los profundos abismos de Dios. Una de ellas sobre todo es el misterio de la Redención, es decir, de la dolorosa Pasión y sus consecuencias, misterio que Jesús va descubriendo poco a poco a los Apóstoles, a medida de sus alcances, pero que, llegado el momento, los deja desconcertados.

Otro es el misterio de la salvación: *"Yo te glorifico, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encu-*

biertas estas cosas a los sabios y prudentes, y has revelado a los pequeñuelos. Así es, Padre, porque así te plugo." (*Matth.* 11, 25). "Mis ovejas oyen la voz mía, y yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás. (*Ioann.* 10, 28).

"Aparecerán falsos Cristos y falsos profetas y harán grandes maravillas y prodigios, de manera que aun los escogidos, si posible fuese, caerían en error." (*Matth.* 24, 24). "Mas en orden al día (último) y a la hora, nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo el Padre... (lo mismo sucede con el día de nuestra muerte) ... Velad, pues, por cuanto no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor." (*Matth.* 24, 36, 42). El Apocalipsis, que anuncia de manera oscura y simbólica estos mismos acontecimientos, sigue siendo el *Libro de los siete sellos* (*Apoc.* 5, 1).

San Pablo insiste acerca de los caminos misteriosos de la Providencia, con estas palabras: "*Dios ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios;* y a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes; y las cosas viles y despreciables del mundo y aquellas que nada valían, para destruir las que valen: a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento." (*I Cor.* 1, 27). Escogió a los doce Apóstoles entre humildes pescadores de Galilea, y con ellos triunfó del paganismo y convirtió el mundo al Evangelio, en tanto que una gran parte de Israel se mostraba infiel. Dios puede, sin hacer injusticia, preferir a quien le place.

Libremente escogió de entre todos los pueblos a uno, y de los hijos de Adán dió la preferencia a Set, y de los de Noé, a Sem antes que a sus dos hermanos, y de los hijos de Abraham prefirió a Isaac, desechando a Ismael, y finalmente a Jacob sobre Esaú. Y ahora llama libremente a los gentiles, mientras permite el alejamiento de una porción de Israel. He ahí uno de los claroscuros más llamativos del plan providencial[1]; puede resumirse en estas

[1] Aquí está el misterio de que habla San Pablo en su Carta a los Romanos (9, 6. 29).

palabras: Por un lado, *Dios no manda nada imposible y quiere la salvación de todos*, como lo dice San Pablo *(I Tim.* 2, 4). Por otro lado, como lo dice el mismo San Pablo *(I Cor.* 4, 7), "*¿qué cosa tienes tú que no las hayas recibido?*" Nadie sería mejor que su prójimo, de no ser más amado de Dios, cuyo amor a nosotros es fuente de todo bien[1]. Y cuanto más luminosas y ciertas son estas dos verdades tomadas por separado, tanto más oscura nos resulta la conciliación íntima de las mismas, porque en el fondo es la conciliación íntima de la *infinita Justicia, de la infinita Misericordia y de la Libertad soberana.* Ambas se armonizan en la *Deidad* o en la vida íntima de Dios, misterio tan inaccesible a nuestra inteligencia, como lo sería la luz blanca a quien nunca la hubiera visto o sólo conociera los siete colores del arco iris.

Este grande misterio hace decir a San Pablo, en su Carta a los Romanos (11, 25-35): "*Una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado*... Mas si se mira la elección divina, son muy amados los hijos de Israel por causa de sus padres..., y obtendrán misericordia... ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! *¡Cuán incomprensibles son sus juicios, cuán impenetrables sus caminos!* Porque, ¿quién ha conocido los designios del Señor? O, ¿quién fué su consejero?... De él, y por él, y en él son todas las cosas. A él sea la gloria por siempre jamás."

Pero estos caminos de la Providencia son oscuros para nosotros por la excesiva luz que irradian para ojos tan flacos como los de nuestro espíritu; y los sencillos y humildes admiten sin dificultad que estos caminos superiores, no obstante ser oscuros y ásperos, están llenos de bondad y de amor. Lo expresa el mismo San Pablo escribiendo a los fieles de Efeso (3, 18): "Doblo mis rodillas

[1] Cf. Santo Tomás, Iª, q. 20, a. 3: "Cum amor Dei sit causa bonitatis rerum, non esset aliquid alio melius, si Deus non vellet uni maius bonum quam alteri."

ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual es el principio de toda familia en el cielo y sobre la tierra..., a fin da que *podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura y longitud y altura y profundidad, y conocer también aquel amor de Cristo que sobrepuja todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de Dios.*"

La anchura de los caminos de Dios quiere decir que ellos comprenden todas las regiones del universo, todas las almas y todos los secretos de los corazones. La longitud es la extensión a todos los tiempos, desde la creación hasta el fin del mundo, y hasta la vida eterna de los elegidos. Profundidad significa la permisión del mal, a veces grave, en vista de un bien superior, que sólo en el cielo veremos con claridad. Y al decir altura quiso dar a entender la sublimidad de la gloria de Dios y de los elegidos, el esplendor del reino de Dios definitivamente establecido en las almas.

Está, pues, manifiesta la Providencia en sus rasgos generales; pero sus caminos más elevados son para nosotros un misterio impenetrable. Mas poco a poco, en frase del Salmo 111, 4, "*la luz brilla en las tinieblas para los justos: Exortum est in tenebris lumen rectis*". Y cada día vamos comprendiendo mejor las palabras de *Isaías* (9,1): "El pueblo que andaba en tinieblas, verá una gran luz, y amanecerá el día a los que moraban en las sombras de la muerte." Si permanecemos fieles, cada día aprenderemos un poco más a abandonarnos en manos de la divina Providencia, que dirige nuestros pasos en el camino de la paz, *ad dirigendos pedes nostros in viam pacis*, como cantamos en el *Benedictus* (*Luc.* 1, 79).

De todo lo dicho se desprende que el abandono en la Providencia divina es una de las más bellas formas de la *esperanza unida a la caridad o amor de Dios. Es también* un ejercicio excelentísimo de las tres virtudes teologales, por cuanto en él se encierra un gran espíritu de fe, de esperanza y de caridad. Y cuando el abandono, lejos

de tenernos con los brazos cruzados, como a los quietistas, va acompañado de la práctica humilde y generosa de los deberes cotidianos, es uno de los caminos más seguros para llegar a la unión con Dios y conservarla en medio de las mayores pruebas. Y como cada día hagamos lo que está de nuestra parte para cumplir la voluntad de Dios, podemos y debemos abandonarnos por lo demás confiadamente en sus brazos; así hallaremos la paz en las mismas pruebas. La experiencia nos hará ver que Dios se constituye en guía de las almas que, fieles a sus deberes cotidianos, se entregan enteramente a él, y las conduce tanto más seguramente, dicen los santos, cuanto más a oscuras parece tenerlas, haciéndolas subir, dice San Juan de la Cruz, a *donde ya no hay senda trazada de antemano*, allá donde sólo el Espíritu Santo puede conducir mediante sus divinas inspiraciones.

CAPÍTULO V

LA PROVIDENCIA Y LA ORACIÓN

A quien considere la infalibilidad de la presciencia divina y la inmutabilidad de los decretos providenciales, no será extraordinario se le presente una dificultad: Si la providencia es infalible y universal, si abarca todos los tiempos, si todo lo tiene previsto, ¿cuál puede ser la utilidad de la oración? ¿Cómo podrán nuestros ruegos ilustrar a Dios y hacerle cambiar de designio, a un Dios, que tiene dicho de sí mismo: "*Ego sum Dominus, et non mutor* — yo soy el Señor y no cambio"?

¿Habremos de decir que la oración para nada sirve, que es ya tarde, que, roguemos o no roguemos, sucederá lo que ha de suceder?

El Evangelio, por lo contrário, dice: "*Pedid y recibiréis.*"

La objeción, a menudo formulada por los incrédulos, en particular por los deístas de los siglos XVIII y XIX, proviene de un error acerca de la causa primera de la eficacia de la oración y acerca del fin al cual va enderezada. La solución de la misma nos pondrá de manifiesto ciertas relaciones íntimas de la oración con la Providencia: 1º, la oración tiene su fundamento en la Providencia; 2º, la reconoce de una manera práctica; y 3º, coopera con ella.

* * *

La Providencia, causa primera de la eficacia de la oración.

Hablamos a veces de la oración como de una fuerza cuyo *primer principio* radicara en nosotros: una especie de persuasión mediante la cual trataríamos de inclinar la voluntad de Dios en favor nuestro. Pero entonces tropezamos en la dificultad apuntada: nadie puede ilustrar a Dios ni hacerle cambiar de designios.

En realidad, como demuestran San Agustín y Santo Tomás (IIª-IIæ, q. 83, a. 2), la oración no es una fuerza cuyo primer principio radique en nosotros, ni un esfuerzo del alma humana para forzar a Dios y hacerle cambiar sus disposiciones providenciales. Así se dice a veces; pero sólo en metáfora y por acomodación al lenguaje de los hombres. La voluntad de Dios es tan absolutamente inmutable como misericordiosa; pero justamente en la inmutabilidad divina está la fuente de la eficacia infalible de la oración, como en las altas montañas está el origen de los caudalosos ríos.

La oración, en efecto, ha sido dispuesta por Dios mucho antes que hayamos pensado en ponernos a orar. De toda la eternidad ha Dios dispuesto la oración como *una de las causas* más fecundas de nuestra vida espiritual; la ha querido como *medio* por el cual obtengamos las gracias necesarias para llegar al término de nuestra carrera. Pensar que Dios no haya previsto y querido de toda la eternidad las oraciones que en el tiempo le dirigimos, es tan pueril como imaginarse un Dios que se inclinase ante nuestra voluntad y cambiara sus designios.

No hemos inventado los hombres la oración. El Señor mismo es quien la inspiró a los primeros hombres que, como Abel, dirigieron a él sus ruegos. Dios es quien la hacía brotar del corazón de los Patriarcas y de los Profetas, y sigue inspirándola a todas las almas de oración. Dios es quien nos ha dicho por medio de su Hijo: "*Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.*"

La respuesta a la objeción arriba formulada es muy sen-

cilla en el fondo, no obstante hallarse en ella encerrado el misterio de la gracia. Hela aquí: La oración hecha en las condiciones requeridas es infaliblemente eficaz, por cuanto así lo decretó el mismo Dios, que no puede desdecirse.

No sólo ha sido previsto y querido (o por lo menos permitido) por un decreto providencial *todo cuanto sucede*, sino hasta *la manera* como sucede, *las causas* que producen los acontecimientos *y los medios* que conducen a los fines.

De toda la eternidad tiene establecido la Providencia que no haya cosecha sin semilla, vida familiar sin ciertas virtudes, vida social sin autoridad y obediencia, ciencia sin trabajo intelectual, vida interior sin oración, redención sin Redentor y aplicación de sus méritos, salvación para los adultos sin deseo sincero de ella.

En cualquier orden que se considere, por ínfimo o elevado que sea, *Dios ha preparado las causas que deben producir determinados efectos y los medios conducentes a determinados fines.* Para las mieses materiales ha dispuesto semillas materiales; para las mieses espirituales, semillas espirituales, de las cuales una es la oración.

La oración es una causa ordenada por la Providencia *ab æterno* para producir un efecto de orden espiritual: la obtención de dones divinos necesarios para la salvación; como el calor y la electricidad son causas establecidas desde *ab æterno* para producir en el orden físico los efectos que cada día experimentamos.

De donde la inmutabilidad de los designios divinos dista mucho de oponerse a la eficacia de la oración, antes bien es el fundamento supremo de ella. Y hay todavía algo más; porque la oración es el acto por el cual constantemente reconocemos estar dependientes del gobierno de Dios.

*

* *

La oración es culto tributado a la Providencia.

Todas las criaturas viven de los dones de Dios; pero sólo el hombre y el ángel lo reconocen. La planta y el animal ignoran lo que reciben: El Padre celestial, dice el Evangelio, alimenta las aves del cielo, pero ellas lo ignoran. Si el hombre carnal lo olvida, es porque las pasiones le tiene cautiva la razón. Si el orgulloso no quiere confesarlo, es porque el orgullo le venda los ojos del espíritu para que juzgue de las cosas, no con miras elevadas, sino con fines mezquinos y rastreros.

Si nuestra razón no se desvía, debe convenir con San Pablo en que "*nada tenemos, que no lo hayamos recibido*". *Quid habes quod non accepisti? (I Cor.* 4, 7). La existencia, la salud, la fuerza, la luz de la inteligencia, la energía moral constante, el buen éxito de las empresas que una bagatela puede malograr, todo ello es don de la Providencia. Y fuera del alcance de la razón, la fe nos dice que *la gracia* necesaria para la salvación, y más todavía *el Espíritu Santo* prometido por Jesucristo, constituyen *el don divino* por excelencia, aquel don de que hablaba Jesús a la Samaritana: "¡Si conocieses el don de Dios!"

La oración es culto tributado a la Providencia, cuando con espíritu de fe acudimos a Dios pidiendo la salud para el enfermo, la luz de la inteligencia para resolver las dificultades, la gracia para resistir a la tentación y perseverar en el bien.

El Señor nos invita a tributar a la Providencia este culto cotidiano, mañana y tarde, y a menudo durante el día. Recordemos cómo Jesucristo, después de exhortarnos a orar, diciendo: "*Pedid y recibiréis*", nos pone de manifiesto la bondad de la Providencia con estas palabras: "*¿Hay, por ventura, alguno entre vosotros que, pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra?* ¿O que si pide un pez, le dé una sierpe? Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más

vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quienes se las pidieren?"

La afirmación de nuestro Señor lleva consigo la prueba: si existe en el corazón del hombre la bondad, ¿no es ella por ventura un don del corazón de Dios o de su amor?

Diríase que a veces el Señor trueca los papeles, cuando mediante la gracia actual preveniente nos solicita para que oremos, para que tributemos a la Providencia ese culto que le es debido, y de ella recibamos lo que más hemos menester. Recordemos aquel ejemplo de nuestro Señor induciendo a la Samaritana a orar: "*Si tú conocieras el don de Dios, quizá tú me habrías pedido de beber... y yo te hubiera dado agua viva..., que brota para vida eterna.*" El Señor suplica que se acuda a él; y es "paciente para esperar e impaciente para otorgar".

El Señor es como un padre que tiene de antemano resuelto complacer a sus hijos, pero les induce a que se lo pidan. Jesús quería convertir a la Samaritana, y poco a poco hizo que la oración brotara del alma de aquella mujer; porque la gracia santificante no es como un licor que se vierte en un vaso inerte, antes bien una vida nueva que el adulto no recibe sino a condición de desearla.

Parece a veces que el Señor no quiere oírnos, sobre todo cuando la oración *no es bastante pura*, o el objeto de ella son los bienes materiales en sí mismos y no en orden a la salvación. Poco a poco la gracia nos invita a pedir mejor, recordándonos la palabra del Evangelio: "*Buscad primero el reino de los cielos, y lo demás se os dará por añadidura.*"

Otras veces parece que el Señor nos rechaza, como para probar nuestra perseverancia. Tal hizo con la Cananea, lanzándose esta dura frase, que parecía una negativa: "Yo no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel; no es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros." La Cananea, inspirada de cierto por la

gracia que le venía de Cristo, respondió: "Es verdad, Señor; pero los cachorros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos." "*¡Oh mujer!*, le dijo Jesús, *grande es tu fe; hágase conforme lo pides.*" (*Matth.* 15, 22). Y su hija, que era atormentada por el demonio, quedó curada.

El que ora, *reconoce estar bajo el gobierno de Dios*, infinitamente superior al de los hombres; y lo reconoce prácticamente, no sólo en teoría y en abstracto. Nuestra oración debe tributar incesantemente a la divina Providencia el culto que le es debido: culto de adoración, de súplica, de acción de gracias y de reparación.

Pero todavía queda por declarar la relación estrecha que la oración guarda con la Providencia.

* * *

La oración coopera con el gobierno divino.

La oración no se opone a las disposiciones providenciales, como si tratara de torcerlas o de cambiarlas, antes bien colabora con el gobierno divino; porque el que ora, *quiere en el tiempo lo que Dios quiere ab æterno.*

Podría parecer que, cuando oramos, la voluntad divina se inclina hacia la nuestra; la verdad es que nuestra voluntad se eleva hasta la divina y trata de ponerse al unísono con ella. Porque en elevar la mente a Dios, como dicen los Santos Padres, consiste la oración, ora sea de petición, ora de adoración, bien sea de alabanza, bien de reparación o acción de gracias.

El que ora como conviene, es decir, con humildad, confianza y perseverancia, pidiendo los bienes necesarios para la salvación, colabora con el gobierno divino. Son dos, en lugar de uno, que quieren la misma cosa. Ese pecador por quien largamente hemos orado, Dios es quien lo convierte. Esa alma atribulada, para quien hemos pedido con insistencia luz y fortaleza, Dios es quien la ilumina y fortalece; pero Dios tenía resuelto de toda la eternidad

no producir el efecto saludable sino con el concurso nuestro, después de nuestra intercesión.

Las consecuencias de este principio son innumerables.

Síguese primero que *cuanto más conforme sea la oración con las intenciones de Dios, tanto más colabora con el gobierno divino*. Para que más y más nuestra oración sea conforme con la voluntad divina, digamos todos los días reposadamente y desde lo íntimo del alma el *Padre Nuestro*, y meditémoslo acompañando nuestra fe con el amor. Esta meditación amante se tornará contemplativa; por ella obtendremos que el nombre de Dios sea santificado, glorificado en nosotros y en nuestro derredor, que su reino venga, que su voluntad se cumpla en la tierra como se cumple en el cielo; obtendremos también el perdón de nuestras faltas, la liberación del mal, la santificación y la vida eterna.

Síguese también que nuestra oración ganará en pureza y eficacia si la hacemos *en nombre de Cristo*, el cual sabrá suplir la deficiencia de nuestro amor y de nuestra adoración.

El cristiano que cada día reza un poco mejor el *Padre nuestro*, y lo dice desde el fondo de su alma por sí mismo y por el prójimo, coopera grandemente con el gobierno divino. Coopera mucho más que los sabios que descubrieron las leyes del curso de los astros, más que los grandes médicos que hallaron el remedio de espantosas enfermedades. La influencia de la oración de un San Francisco de Asís, de un Santo Domingo, de una Santa Teresita del Niño Jesús, no es ciertamente inferior a la de un Newton o de un Pasteur. Quien ora como oraron los Santos, coopera a la salud de los cuerpos y de las almas; cada alma que abre las ventanas de sus facultades superiores hacia lo infinito, es como un *universo* que gravita hacia Dios.

Si atentamos consideramos estas íntimas relaciones de la oración con la Providencia, concluiremos que aquélla es más poderosa que el oro, más eficaz que la ciencia.

La ciencia llega a resultados maravillosos, pero se adquiere por medios humanos y produce efectos que no exceden los límites naturales. Pero la oración es una fuerza sobrenatural, cuya eficacia viene de Dios, de los méritos infinitos de Cristo, de la gracia actual que nos mueve a orar; es una fuerza espiritual más poderosa que todas las fuerzas naturales juntas. Ella consigue lo que sólo Dios puede otorgar: la gracia de la contricción de la caridad perfecta y de la vida eterna, que es el fin del gobierno divino, la manifestación última de su bondad.

Consideremos con particular interés la necesidad y la excelencia de la oración; sobre todo de la oración unida a la de Nuestro Señor Jesucristo y de la Bienaventurada Virgen María, en estos críticos momentos en que tantos peligros se ciernen sobre Europa y el mundo entero[1]; en estos momentos en que el desarreglo general debe por contraste servirnos de estimulante para pensar todos los días que estamos no sólo bajo el gobierno de los hombres, a menudo desatinado e imprudente, sino bajo el gobierno infinitamente sabio de Dios, que no permite el mal sino con miras a un bien superior, y quiere que cooperemos a ese bien por medio de la oración cada día más sincera, más profunda, más humilde y confiada, más perseverante, por medio de la oración unida a la acción, a fin de que cada día se realice en nosotros y en nuestro derredor la petición del *Padre nuestro: Fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terra.* En estos momentos, cuando el bolcheviquismo realiza tantos esfuerzos contra Dios, conviene repetirlo con redoblada sinceridad, no sólo de palabra, sino por medio de actos, a fin de que el reino de Dios sustituya cada día más al reino de la concupiscencia y del orgullo. Así llegaremos a comprender de manera práctica y concreta que Dios no permite los males presentes sino con miras a bienes superiores, que alcanzaremos a ver, si no acá abajo, después de la muerte.

[1] Apareció la edición francesa el año 1932.

CUARTA PARTE

EL ABANDONO EN LA PROVIDENCIA DIVINA

CAPÍTULO I

POR QUÉ Y EN QUÉ COSAS HEMOS DE ABANDONARNOS EN MANOS DE DIOS

La doctrina del abandono en la divina Providencia, abiertamente contenida en el Evangelio, ha sido falseada por los quietistas, los cuales se entregaron a la pereza espiritual, dieron de mano a la lucha por la perfección y redujeron gravemente el valor y la necesidad de la esperanza; ahora bien, el verdadero abandono es la forma más excelente de la confianza o esperanza en Dios.

Mas puede uno también apartarse de la doctrina del Evangelio incurriendo en el defecto contrario a la pereza quietista, que es la vana inquietud y la agitación.

En este particular, como en otras muchas cosas, la verdad es a manera de una cumbre que descuella entre dos posiciones extremas, que son los dos errores apuntados.

Importa, pues, precisar el sentido y el alcance de la verdadera doctrina del abandono en la voluntad de Dios, para evitar sofismas que corren con apariencia de perfección cristiana.

Veamos primero *por qué y en qué cosas* hemos de aban-

donarnos en manos de la Providencia. Después pasaremos a declarar *cómo* haya de ser el abandono y cuál sea el gobierno de la Providencia con los que a ella totalmente se entregan.

Serán nuestros guías en la exposición de tan bella doctrina San Francisco de Sales [1], Bossuet [2], el P. Piny, O. P. [3], y el P. de Caussade, S. J. [4].

*
* *

Por qué debemos abandonarnos en manos de la Providencia.

A esta pregunta responderá cualquier cristiano: porque la Providencia es Sabiduría y Bondad. Cierto; mas para bien comprenderlo, y a fin de evitar el error quietista, que renuncia a la esperanza y a la lucha necesaria para la salvación, y por no incurrir en el otro extremo, que consiste en la inquietud, en la precipitación y en la agitación febril y estéril, conviene enunciar cuatro principios, accesibles a la razón natural y llanamente contenidos en la Sagrada Escritura, los cuales, a la vez que declaran la verdadera doctrina, muestran también los motivos que nos han de resolver a abandonarnos en las manos de Dios.

El primero de ellos es: *Nada sucede, que de toda eternidad no haya Dios previsto y querido, o por lo menos permitido.*

[1] *L'Amour de Dieu*, l. 8, ch. 3; 4, 5, 6, 7, 14; l. 9, ch. 1. — Cf. también *Entretien* 2, 15.

[2] *Discours sur l'acte d'abandon à Dieu.* — *États d'oraison*, l. 8, 9.

[3] *Le plus parfait*, ou *Des voies intérieures la plus glorifiante pour Dieu et la plus sanctifiante pour l'âme*, publicado en 1683. Nueva ed. anotada por el P. Noël, O. P. París, Téqui. El autor prueba que en este camino es donde se ejercita la fe más viva, la esperanza más confiada, la caridad más pura, por lo que es muy conveniente para todas las almas interiores.

[4] *L'abandon à la Providence divine*, nueva ed. aumentada con las cartas del mismo autor, revisada por el P. H. Ramière, París, Lecoffre-Gabalda, 2 vol. in-12. Edición abreviada, 1 vol. in-16.

Nada sucede, sea en el mundo material, sea en el espiritual, que Dios no haya *previsto* de toda la eternidad; porque Dios no pasa, como los hombres, de la ignorancia al conocimiento, ni saca enseñanza de los acontecimientos. No sólo ha previsto cuanto sucede y ha de suceder, mas también ha *querido* cuanto de real y de bueno hay en las cosas, con excepción del mal, del desorden moral, que sólo *permite* con miras a bienes mayores. La Sagrada Escritura, como arriba vimos, es categórica en este particular y no deja lugar a duda alguna, según lo han declarado los Concilios.

El segundo principio es que *Dios no puede querer ni permitir cosa que no esté conforme con el fin que se propuso al crear*, es decir, *con la manifestación de su bondad y de sus infinitas perfecciones y con la gloria del Verbo encarnado*, Jesucristo, su Unigénito. Como dice San Pablo *(I. Cor.* 3, 23), "Todo es vuestro; vosotros, empero, sois de Cristo, y Cristo es de Dios: *Omnia enim vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.*"

A estos dos principios se añade otro tercero, formulado asimismo por San Pablo *(Rom.* 8, 28): "*Sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios,* de aquellos que él llamó según su eterno decreto" y perseveran en su amor. Dios hace que contribuyan al bien espiritual de sus almas, no sólo las gracias que les dispensa y los dones naturales que les concedió, mas también las enfermedades, las contradicciones, los fracasos, aun las mismas faltas, dice San Agustín, que permite para llevarlos al puro amor por el camino seguro de la verdadera humildad; como permitió la triple negación de Pedro para hacerle humilde y desconfiado de sí mismo, más valeroso y más confiado en la divina Misericordia.

Estos tres principios nos dicen en sustancia: "Que nada sucede que no haya Dios previsto o por lo menos permitido; que cuanto Dios quiere o permite es para la manifestación de su bondad y de sus infinitas perfecciones, para gloria de su Hijo y para bien de los que le aman." De aquí

se desprende que nuestra confianza en la Providencia nunca pecará de excesivamente filial y firme; y aun podemos añadir que debe ser tan ciega como la fe, la cual versa sobre los misterios no evidentes, no vistos, *fides est de non visis.* Sabemos con certeza que la divina Providencia dirige todas las cosas hacia el bien y estamos más seguros de la rectitud de sus designios que de la pureza de nuestras mejores intenciones. De donde al abandonarnos en manos de Dios, nada hay que temer, a no ser el defecto de sumisión [1].

Pero las últimas palabras nos obligan a formular contra el quietismo otro principio, el cuarto, tan cierto como los anteriores: es evidente que el abandono a nadie exime de *hacer lo posible por cumplir la voluntad de Dios significada en los mandamientos, en los consejos y en los sucesos:* pero cuando realmente hayamos querido cumplirla todos los días, podemos y debemos *abandonarnos en lo demás a la voluntad divina de beneplácito, por misteriosa que nos parezca* [2], evitando la vana inquietud y la agitación.

Formuló este cuarto principio de una manera equivalente el Concilio de Trento (sess. 6, c. 13) al decir que todos debemos esperar firmemente el socorro de Dios y confiar en El, esforzándonos por cumplir sus preceptos.

[1] El don de temor impide que la esperanza se torne en presunción, como la humildad evita que la magnanimidad degenere en orgullo. Cf. Santo Tomás, IIª-IIªᵉ, q. 19, a. 9 y 10; q. 160, a. 2; q. 161, a. 1; q. 129, a. 3 y 4. Son virtudes complementarias que se equilibran, se robustecen mutuamente y crecen juntas.

[2] Cf. San Francisco de Sales, *L'Amour de Dieu,* l. 8, ch. 5; l. 9, ch. 1; ch. 2, ch. 3, ch. 4.

Bossuet, *Etats d'oraison,* l. 8, 9: "No habiendo lugar para la indiferencia cristiana en lo que se refiere a la voluntad significada, es preciso limitarla, como dice San Francisco de Sales, a ciertos acontecimientos dispuestos por la voluntad de beneplácito, cuyas órdenes soberanas deciden de las cosas que diariamente ocurren en la vida."

Dom Vital Lehodey, *Le saint Abandon,* París, 1919, p. 145: "El beneplácito divino es el objeto del abandono, y la voluntad significada, el de la obediencia."

Ya lo dice el refrán popular: "Haz tu deber, venga lo que viniere."

Todos los teólogos explican qué cosa sea la *voluntad divina significada* en los mandamientos, en el espíritu de los consejos y en los sucesos de la vida [1]. Y añaden que ajustando nuestra conducta a la voluntad significada de Dios [2], debemos abandonarnos a la voluntad de beneplácito, por oculta que sea, como que estamos seguros de antemano que todas las cosas quiere o permite santamente para nuestro bien.

Es digna de notarse aquella sentencia del Evangelio de *San Lucas* (16, 10): *"El que es fiel en las cosas pequeñas, también lo es en las grandes"*; como hagamos cada día lo posible por ser fieles al Señor en las cosas ordinarias, podemos contar con su gracia para serle fieles en las circunstancias extraordinarias que por permisión divina sobrevinieren; si llegare el trance de padecer por él, estemos seguros que nos ha de dar la gracia de antes morir heroicamente que avergonzarnos y renegar de él.

Tales son los principios de la doctrina del abandono. Aceptados por todos los teólogos, constituyen en este particular la expresión de la fe cristiana. Así, el equilibrio se halla por cima de los dos errores mencionados al principio del capítulo. Por la fidelidad al deber en todo momento se evita el falso y perezoso quietismo; y por el abandono se libra uno de la vana inquietud y de la estéril agitación.

[1] Cf. Santo Tomás, Iª, q. 19, a. 11 y 12: De voluntate signi in Deo.

Hay acontecimientos muy significativos, como la muerte de una persona. También hay pecados, como observa Santo Tomás *(ibid.)*, permitidos por Dios, ora sean faltas personales, como la triple negación de Pedro, permitida por Dios para asentarle en la humildad, ora faltas contra nosotros, como ciertas injusticias que Dios permite se nos infieran para nuestro provecho espiritual; de esta última especie son, por ejemplo, las persecuciones contra la Iglesia.

[2] Cf. Santo Tomás, Iª-IIªᵉ, q. 19, a. 10: *Utrum necessarium sit voluntatem humanam conformari voluntati divinae in volito ad hoc quod sit bona.*

El abandono sería pereza, de no ir acompañado de la cotidiana fidelidad, que es como el trampolín para lanzarse con seguridad hacia lo desconocido. La fidelidad cotidiana a la *voluntad divina significada* nos da derecho de abandonarnos plenamente en el porvenir a la voluntad divina de beneplácito, todavía no significada.

El alma fiel recuerda con frecuencia las palabras de Nuestro Señor: "*Mi alimento es cumplir la voluntad de mi Padre*"; también ella se alimenta constantemente de la voluntad divina significada. A la manera del nadador que, apoyándose en la ola que pasa, se entrega a la que viene, al océano que parece quererle tragar, pero que en realidad le va sosteniendo; así el alma debe hacerse a la mar, al océano infinito del ser, como decía San Juan Damasceno; apoyándose en la voluntad divina significada en el momento actual debe entregarse a la voluntad divina, de la cual dependen las horas siguientes y todo lo venidero. Lo porvenir es de Dios; en su mano están todos los sucesos: de haber pasado una hora antes los mercaderes ismaelitas que compraron a José, no habría éste bajado a Egipto, y otro habría sido el rumbo de su vida; también la nuestra depende de ciertos acontecimientos que están en las manos de Dios dan equilibrio, estabilidad y armonía a la vida de Dios. *La fidelidad cotidiana y el abandono* en las manos espiritual. Es la manera de vivir en recogimiento casi continuo y en abnegación progresiva, que son las condiciones ordinarias de la contemplación y de la unión con Dios. Por ello es necesario vivir en el abandono a la voluntad divina, todavía desconocida, alimentándonos en todo momento de la que ya conocemos.

La unión de la fidelidad con el abandono nos permite vislumbrar lo que será la unión de la ascética con la mística; la primera tiene por principal fundamento la conformidad con la voluntad divina, la segunda tiene su asiento en el abandono.

∴

En qué cosas hayamos de hacer abandono en manos de la divina Providencia.

Ajustada nuestra vida a los principios que acabamos de exponer, una vez cumplido cuanto nos ordena la ley de Dios y la prudencia cristiana, hemos de hacer abandono total en las manos de la divina Providencia. ¿Cómo se ha de entender esto? Significa primero que hemos de dejar a Dios el cuidado de nuestro *porvenir*, lo que haya de ser de nosotros mañana, dentro de veinte años y más tarde. Hemos de poner asimismo en sus manos el *momento presente*, con las dificultades que quizá lo entenebrecen; y también *nuestro pasado*, es decir, nuestras acciones pasadas con sus consecuencias.

Cuanto atañe al cuerpo, como *salud y enfermedad*, y lo que se refiere al alma, como *alegrías y trabajos*, todo se ha de entregar confiadamente a la solicitud paternal del Señor. Hasta el juicio benévolo o maligno de los hombres hemos de descuidar en manos de la divina *Providencia*[1]. "*Si Dios está por nosotros*, dice San Pablo (*Rom.* 8, 31-39), *¿quién contra nosotros?* El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habérnosle dado dejará de darnos cualquiera otra cosa?... ¿Quién podrá, pues, separarnos del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación o la angustia? ¿Por ventura la persecución, o el hambre, o la desnudez? ¿quizá el peligro o la espada?... Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni lo alto, ni lo profundo, ni otra criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Cristo Jesús, Señor Nuestro." ¿Puede darse abandono más perfecto en la fe, en la esperanza y en la caridad? Abandono en lo que mira a las vicisitudes del mundo, en lo que toca a la vida y a la muerte, a la hora de salir de este mundo y a la manera violenta o dulce de rendir el último aliento.

[1] P. de Caussade, *L' Abandon*, t. II, apéndice 1º, p. 279.

En los mismos sentimientos abundan los *Salmos*: "Temed al Señor, vosotros sus santos; nada falta a los que le temen. Los leoncillos podrán sentir penuria y tener hambre; mas quienes buscan al Señor no padecen privaciones de bien alguno." (*Ps.* 33, 10). "¡Cuán grande es tu bien, Señor, el que guardas para quienes te temen y muestras a los que en ti confían... Tú los defiendes de las vejaciones de los hombres, los pones a cubierto de la maledicencia de las lenguas" (*Ps.* 30, 20-21).

Y Job, en medio de sus lamentaciones, decía: "Rodeado me veo de escarnecedores, mis ojos se abren sólo para ver sus ultrajes. Oh Dios, sal fiador de mí ante ti mismo. ¿Quién otro querría tenderme la mano?" (*Iob* 17, 21).

Refiérese en el *Libro de Daniel* (13, 42) que una mujer temerosa de Dios, llamada Susana, hija de Helcías, odiosamente calumniada por dos viejos lascivos, se abandonó en manos del Señor, exclamando: "Oh Dios eterno, que conoces las cosas ocultas, que lo sabes todo aun antes que suceda, tú sabes que éstos han levantado contra mí un falso testimonio; y he aquí que voy a morir sin haber hecho nada de lo que han inventado maliciosamente contra mí."

Y el Señor escuchó la súplica de aquella noble mujer, como se refiere en el mismo Libro. Cuando era llevada a la muerte, Dios despertó el espíritu de un mancebo, llamado Daniel, el cual exclamó en alta voz: "Inocente soy de la sangre de esta mujer." Volvióse hacia él todo el pueblo y le preguntó: "¿Qué es lo que dices?" Entonces el joven Daniel, inspirado por Dios, puso de manifiesto la falsedad del testimonio de los acusadores; porque interrogados por separado ante la multitud, como se contradijesen, manifestaron, sin quererlo, que habían mentido.

*
* *

De lo expuesto se desprende que, de hacer lo que está de nuestra parte para cumplir nuestros deberes cotidianos, podemos en lo demás abandonarnos con filial confianza

en manos de la divina Providencia. Y como realmente procuremos ser fieles en las cosas pequeñas, en la práctica de la humildad, de la dulzura y de la paciencia, en las cosas ordinarias de cada día, el Señor nos dispensará su gracia para serle fieles en las cosas grandes y difíciles que tenga a bien exigirnos; y en las circunstancias extraordinarias otorgará gracias también extraordinarias a los que le busquen.

Léese en el Salmo 54, 23: "*Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet*: Abandónate en manos de Dios, que él cuidará de ti; no dejará jamás sucumbir al justo... Mas yo pondré mi confianza en ti."

Con estos mismos sentimientos escribe San Pablo (*Philipp.* 4,): "*Alegraos* siempre en el Señor; alegraos repito. Sea patente vuestra modestia a todos los hombres; que cerca está el Señor. No os inquietéis por cosa alguna; mas en todo presentad a Dios vuestras necesidades por medio de oraciones y súplicas, junto con acciones de gracias. La paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo."

Y San Pedro, exhortando a la confianza, dice en su Primera Carta (5, 6): "Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte al tiempo de su visita; *descargad en su seno todas vuestras cuitas, pues él tiene cuidado de vosotros.* Sed sobrios y estad en vela; porque vuestro enemigo el demonio anda girando cual león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar. Resistidle firmes en la fe, sabiendo que la misma tribulación padecen vuestros hermanos, dispersos por el mundo. Mas *el Dios de toda gracia*, que nos llamó a su eterna gloria por Jesucristo, *después de haber padecido un poco, él mismo acabará su obra*, "os hará firmes, fuertes e inconmovibles."

"*Beati omnes qui confidunt in Domino:* Dichosos los que ponen su confianza en Dios", dice el Salmista (12, 13). "Los que tienen puesta en el Señor su esperanza, dice

Isaías (40, 31), adquirirán nuevas fuerzas, alzarán el vuelo como águilas, correrán sin fatigarse, andarán sin desfallecer."

Tenemos en San José el modelo perfecto de espíritu de abandono en la Providencia en cuantas dificultades se le ofrecieron: en el trance embarazoso del nacimiento del Salvador en Belén; cuando sonó en sus oídos la dolorosa profecía del anciano Simeón; cuando hubo de refugiarse en Egipto huyendo de la persecución de Herodes, hasta su regreso a Nazaret.

Vivamos a ejemplo suyo fieles en la práctica de los deberes cotidianos, y nunca nos faltará la divina gracia, con cuyo auxilio cumpliremos siempre cuanto Dios exija de nosotros, por arduo que en ciertas ocasiones ello nos parezca.

CAPÍTULO II

DE LA MANERA COMO HEMOS DE ABANDONARNOS EN MANOS DE LA PROVIDENCIA

Vimos en el capítulo anterior que en la Sabiduría y Bondad de Dios estaba el fundamento de la confianza y del abandono en la divina Providencia; vimos asimismo que nuestro abandono ha de ser total, tanto en las cosas que miran al cuerpo como en las que al alma se refieren, previa condición de cumplir nuestros deberes cotidianos, ciertos de que la fidelidad en las cosas pequeñas nos ha de granjear las gracias necesarias para tenerla también en las grandes.

Veamos ahora la manera de hacer abandono de nosotros en manos de la Providencia, cuál ha de ser el espíritu que en ello nos guíe y en qué virtudes se ha de inspirar.

*
* *

De las diferentes maneras de abandono en la divina Providencia según la naturaleza de los acontecimientos[1].

Para mejor entender esta doctrina de la santa indiferencia, conviene advertir, como lo han hecho a menudo

[1] Cf. San Francisco de Sales, *L' Amour de Dieu,* livre 8, ch. 5; livre 9, ch. 1, 7.

los autores espirituales [1], que no es lo mismo el abandono en los acontecimientos independientes de la voluntad humana, que cuando se trata de las injusticias de los hombres o de nuestras propias faltas y de las consecuencias que de ellas se siguen.

En las cosas que no dependen de la voluntad humana, como los accidentes imprevistos, las enfermedades incurables, el abandono nunca pecará de excesivo. La resistencia, además de inútil, sólo servirá para aumentar nuestra desventura; mas la aceptación acompañada de espíritu de fe, de confianza y de amor realza el mérito de los trabajos inevitables [2]. Cada vez que en circunstancias dolorosas nuestros labios susurran un *fiat*, se añade nuevo mérito a los ya adquiridos y sube de punto la virtud santificadora de la prueba real. Y aun es más; porque por medio del abandono sacamos provecho de las tribulaciones probables, que quizá nunca lleguen a suceder, como Abraham tuvo gran mérito cuando con perfecto abandono aceptó la inmolación de su único hijo, que el Señor no le exigió hasta el fin. De esta manera la práctica del abandono convierte las pruebas actuales o venideras en medios de santificación, tanto más eficaces, cuanto mayor es el amor que lo inspira.

[1] Cf. San Francisco de Sales, *L'Amour de Dieu*, loc. cit., y Entretiens 2 y 15. — De Caussade, *Abandon*, t. II, p. 279. Appendice, 2e p.

Cf. Dom Vital Lehodey, *Le Saint Abandon*, Paris Amat, 1919, 3e partie.

[2] Pruebas ha habido que han transformado ciertas vidas, como puede verse en la biografía del Padre Girard, que lleva por título: *Vingt-deux ans de martyre*. Luego de recibir el diaconado, vióse atacado de tuberculosis ósea, que le inmovilizó en el lecho durante veintidós años; todos los días ofrecía por los sacerdotes coetáneos los dolores crueles que le aquejaban. No habiendo tenido la dicha de celebrar la Santa Misa, uníase diariamente al sacrificio incruento de Jesucristo. Así quedó transformada una vocación que la enfermedad no malogró.

*
* *

¿Qué hacer, cuando las pruebas vienen de la injusticia de los hombres, de la malevolencia, de las malas maneras, de la calumnia?

Tratando de las injurias, de los cargos inmerecidos, de las afrentas y detracciones, cuando sólo atañen a nuestra persona, dice el Doctor Angélico[1] que debemos estar *dispuestos* a soportarlo todo con paciencia, en conformidad con aquellas palabras de Nuestro Señor: "*Si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.*" *(Matth.* 5, 39). Pero a veces, añade, conviene contestar, bien sea en provecho del que insulta, para refrenar su audacia, bien sea para evitar el escándalo que pudiera nacer de las detracciones o calumnias. Y cuando sea el caso de responder y resistir de este modo, hemos de abandonar en manos de Dios el éxito de la diligencia.

En otros términos: debemos deplorar y reprobar las injusticias, no por ser lesivas de nuestro amor propio u orgullo, sino porque ofenden a Dios y ponen en peligro la salvación de aquellos que las infieren, y también de aquellos que por las mismas pudieran extraviarse.

Por lo que hace a nosotros, en la injusticia de los hombres hemos de ver la justicia divina, que permite este mal para darnos ocasión de expiar faltas reales que nadie nos echa en cara. Conviene también ver en ello la misericordia divina, que quiere desasirnos de las criaturas, librarnos de nuestros afectos desordenados, del orgullo, de la tibieza, poniéndonos en la apremiante necesidad de recurrir a la oración de ferviente súplica. Estas injusticias, espiritualmente consideradas, son como la incisión del bisturí, muy dolorosa, pero salvadora. El dolor que causan nos hace estimar el valor de la verdadera justicia y nos inclina a practicarla con el prójimo, iniciando a la vez en nosotros la bienaventuranza de *los que tienen hambre y sed de*

[1] IIª-IIae, q. 72, a. 3, et q. 73, a. 3, ad 3m.

justicia, los cuales serán hartos, según promesa del Evangelio.

El menosprecio de los hombres, en lugar de producir en nosotros turbación o desabrimiento, puede ser muy saludable, poniéndonos ante la vista la vanidad de la gloria humana y, por contraste, la belleza de la gloria divina, según la han comprendido los santos. Este es el camino de la verdadera humildad, que nos hace sufrir con paciencia y amar el ser menospreciados [1].

*

* *

¿Y qué hemos de hacer cuando se trata de las molestias de todo género que pueden provenir, no ya de la injusticia de los hombres, sino *de nuestras propias faltas*, de nuestra imprudencia o de nuestra flaqueza?

Se han de distinguir dos aspectos en nuestras faltas y en sus consecuencias: de un lado, el desorden y la culpa; del otro, la saludable humillación. En lo que mira al desorden, por mucho que proteste el amor propio, nunca lo lamentaremos bastante, por ser ofensa de Dios y daño de nuestra alma, y, por lo general, también de la del prójimo. En cuanto a la humillación saludable que resulta del mismo, hemos de aceptarla gustosos abandonándonos completamente en las manos de Dios, conforme a aquellas palabras del Salmista (*Ps.* 118, 71-75): "*Bonnum mihi, quia humiliasti me, Domine, ut discam justificationes tuas... Cognovi, Domine, quia æquitas judicia tua, et in veritate tua humliasti me...* Bueno es para mí haber sido humillado, para que conociera tus preceptos. Mejor es para mí la ley de tu boca que montones de oro y plata... Bien sé, Señor, que son la misma justicia tus juicios, y que merecidamente me humillaste. Sea ahora tu piedad mi consuelo... Llegue hasta mí tu misericordia, y vuelva yo a la vida, porque en tu ley tengo mis delicias."

La humillación que nace de las faltas cometidas es el

[1] Cf. Santo Tomás, *De gradibus humilitatis*, IIª-IIªᵉ, q. 161, a. 6.

mejor remedio contra la exagerada estima de nosotros mismos, que muchas veces guardamos a pesar de la desconsideración o del menosprecio de los demás. Nos sublevamos a veces con orgullo por la humillación que nos viene del prójimo y nos damos el incienso que el vecino nos niega. Esta es una de las especies de amor propio y orgullo más sutiles y peligrosas; de la cual quiere la misericordia divina corregirnos por medio de la humillación que nos causan nuestras propias faltas, las cuales de esta suerte son en manos de la bondad divina un instrumento de santificación; es, pues, preciso aceptarlas con perfecto abandono en la Providencia, tratando al mismo tiempo de corregirnos de las mismas. *Bonum mihi, quia humiliasti me, Domine*... Este es el camino que conduce a la práctica de aquella hermosa sentencia de la Imitación, tan fecunda para quienes la saben comprender: *Ama nesciri et pro nihilo reputari*: desea que no te conozcan, y que te estimen en nada. Es preciso practicar esta doctrina según dependan o no de nosotros los acontecimientos.

* * *

Cuál haya de ser el espíritu del abandono en manos de la Providencia.

¿Habremos de llegar en el abandono en las manos de Dios hasta la renuncia de la esperanza de nuestra salud eterna, como pretenden los quietistas, con pretexto de mayor perfección?

Todo lo contrario: el abandono ha de ir inspirado por la fe, la confianza y el amor.

La voluntad de Dios *significada* en los mandamientos es que pongamos en él nuestra esperanza y trabajemos confiadamente en el negocio de nuestra salvación, por grandes que sean los obstáculos que se ofrezcan; y esta voluntad *significada* es objeto de la obediencia, más no del abandono. El abandono mira al divino beneplácito,

del cual dependen nuestro incierto porvenir y las cosas que a diario ocurren en la vida, como la salud y la enfermedad, el buen éxito o el infortunio[1].

Renunciar a la salvación, a la eterna beatitud, con pretexto de cosa más perfecta, es completamente contrario al apetito natural de felicidad, el cual nos viene de Dios, junto con la naturaleza. Es también contrario a las esperanza cristiana, no sólo del común de los fieles, de los imperfectos, mas también de los santos, los cuales en las pruebas más duras esperaron heroicamente "contra toda esperanza humana", en frase de San Pablo, cuando todo parecía perdido. Es, finalmente, contraria a la caridad la renuncia de nuestra salud eterna; porque la caridad nos inclina a amar a Dios por él mismo y a desear poseerle para glorificarle eternamente.

El apetito natural, que nos viene de Dios y nos inclina a desear la felicidad, no es desordenado, por cuanto nos lleva a amar a Dios, bien soberano, más que a nosotros mismos. Lo demuestra el Doctor Angélico[2]. Vemos, dice, en nuestro organismo que la mano está naturalmente inclinada a amar todo el cuerpo más que a sí misma, a sacrificarse por él, si necesario fuere. Asimismo la gallina cobija por instinto bajo sus alas los polluelos, como dice Nuestro Señor, y da su vida, si es preciso, por defenderlos del milano; porque de manera inconsciente ama el bien de su especie más que la propia vida. También en el hombre existe análoga inclinación natural, pero de superior categoría. Y amando como conviene la parte más noble de su naturaleza, el hombre ama todavía más a su Creador; sería alejarnos de Dios el dejar de querer nuestra perfección y la salud eterna[3]. No es, pues, el caso de renunciar

[1] Cf. San Francisco de Sales, *L'Amour de Dieu*, livre 9, ch. 5; Bossuet, *États d'oraison*, livre 8, 9.

[2] Iª, q. 60, a. 5.

[3] En otro lugar hemos demostrado ampliamente que ésta es la doctrina de Santo Tomás. Cf. *L'Amour de Dieu et la Croix de Jésus*, t. I, p. 77-150.

al deseo de la eterna felicidad so pretexto de mayor perfección, como opinaron los quietistas.

Al contrario, el abandono en las manos de Dios es el ejercicio perfecto de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, juntas en uno [1].

Verdad es que Dios *purifica* nuestro deseo de la salvación del amor propio que se le mezcla, por medio de alguna incertidumbre que permite se suscite en nosotros, la cual nos obliga a amarle por sí mismo y con más pureza [2].

Es necesario hacer abandono de sí mismo en Dios con espíritu de fe, creyendo, como dice San Pablo *(Rom.* 8, 28) que *todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* y perseveran en el amor. Este acto de fe hizo el santo Job cuando, privado de sus bienes y de sus hijos, se mantuvo fiel a Dios, diciendo: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó; sea bendito el nombre del Señor.*" *(Iob,* 1, 21).

De esta manera se dispuso Abraham a obedecer a Dios que le pedía la inmolación de su hijo, y con profunda fe se abandonó en el beneplácito divino en lo tocante a la descendencia. San Pablo lo recuerda al decirnos en su Carta a los Hebreos (11, 17): "Por la fe Abraham, cuando fué probado, ofreció a Isaac; y el mismo que había recibido las promesas, ofrecía al unigénito suyo, aunque se le había dicho: De Isaac saldrá la descendencia que llevará tu nombre. Mas él consideraba dentro de sí mismo que Dios podría resucitarle después de muerto."

Nuestras pruebas son, ciertamente, mucho menores, aunque por nuestra flaqueza nos parezcan a veces muy pesadas. *Creamos,* por lo menos, a ejemplo de los santos, *que el Señor todo lo hace bien*: lo mismo cuando nos envía humillaciones y sequedades, que cuando nos colma de honores y de consuelos. Como nota el P. Piny [3], *no*

[1] Algunos autores hablan de la virtud del abandono. Realmente el acto de abandono no depende de una virtud especial del mismo nombre, sino de las tres virtudes teologales y del don de piedad.

[2] Cf. Piny, *Le plus parfait,* ch. 7.

[3] *Le plus parfait,* ch. 7.

hay fe más grande y viva que la de quien cree que Dios dispone todo para nuestro bien espiritual, cuando parece que nos destruye y trastorna nuestros mejores planes, cuando permite que nos calumnien, cuando altera nuestra salud de un modo irremediable, o permite cosas aun más dolorosas [1]. Aquí se encierra una fe profundísima, *por cuanto creemos lo que parece increíble*: que Dios, humillándonos, nos ensalza; y porque lo creemos, no sólo en teoría y en abstracto, sino de un modo práctico y real. Esto es vivir realmente el Evangelio: "*El que se ensalza* (como el fariseo), *será humillado; y el que se humilla* (como el publicano), *será ensalzado.*" *(Luc.* 18, 14). Es vivir las palabras del *Magnificat*: "*Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles; esurientes impplevit bonis, et divites dimisit inanes*: Derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los pequeños. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada." *(Luc.* 1, 52). Hemos de asemejarnos a estos pequeños por la humildad, y a los hambrientos por el vivo deseo de la verdad divina, que es el verdadero pan del alma.

Así pues, previo cumplimiento de los deberes cotidianos, hemos de abandonarnos en manos de Dios con gran espíritu de fe. Debemos hacerlo también con filial *confianza* en su paternal bondad. La confianza *(fiducia o confidentia)*, dice Santo Tomás [2], es *la esperanza firme o fortalecida* que nace de la fe profunda en la bondad de Dios, autor de la salud eterna. El motivo formal de la esperanza es la bondad divina, siempre *dispuesta a ayudar*, conforme a sus promesas: *Deus auxilians* [3].

"Dichosos, dice el Salmista, los que confían en el Se-

[1] Vemos en la vida de muchos santos que las graves calumnias que hubieron de sufrir fueron otras tantas ocasiones permitidas por Dios para crecer de una manera prodigiosa en el amor divino.

[2] IIa-IIae, q. 129, a. 6.

[3] Nos recuerdan este motivo formal de la esperanza de modo especial el nombre de *Jesús*, que quiere decir *Salvador*, y diversos títulos de la Madre de Dios: *María Auxiliadora*, Refugio de los pecadores, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

ñor." *(Ps.* 2, 12). "Los que en El confían son como el monte Sión; no trepida, su firmeza es eterna." *(Ps.* 124, 1). "Guárdame, oh Señor, pues en ti espero." *(Ps.* 15, 1). "En ti he puesto mi refugio, jamás seré confundido." *(Ps.* 30, 1).

San Pablo, hablando de Abraham, el cual, no obstante su avanzada edad, creyó en la promesa divina, que sería padre de un gran número de gentes, dice: "*Habiendo esperado contra toda esperanza*, creyó...; no dudó ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios; antes se fortaleció en la fe, dando a Dios la gloria, plenamente persuadido de que Dios es poderoso para cumplir todo cuanto tiene prometido." *(Rom.* 4, 18).

Como cumplamos nuestros deberes cotidianos, hemos de esperar que Nuestro Señor cumplirá su palabra: "*Mis ovejas oyen la voz mía; y yo las conozco, y ellas me siguen..., y ninguno las arrebatará de mis manos.*" *(Ioann.* 10, 28). Como nota el P. Piny [1], ser como una oveja es abandonarse confiadamente en manos de Nuestro Señor, una vez cumplidos escrupulosamente los deberes. ¿Se puede oír mejor la voz del buen Pastor que acatando constantemente sus mandamientos, rogándole amorosamente se apiade de nosotros y abandonándonos confiadamente en brazos de su misericordia, con todas nuestras faltas y nuestras penas? Es también ser como una oveja depositar en el seno de Dios nuestros temores sobre lo pasado y lo porvenir. Este santo abandono, lejos de oponerse a la esperanza, es la confianza filial más santa, juntamente con el amor cada vez más puro.

En efecto, *el amor más puro consiste en alimentarse de la voluntad de Dios*, a ejemplo de Nuestro Señor, que dijo: "Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió y dar cumplimiento a su obra." *(Ioann.* 4, 34). "No pretendo hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió." *(Ionn.* 5, 30). "Para esto bajé del cielo." *(Ioann.* 6, 38).

[1] *Le plus parfait*, ch. 8.

No hay, pues, manera más noble, perfecta y pura de amar a Dios, que *hacer de la voluntad divina la nuestra propia*, cumpliendo la voluntad significada y abandonándonos luego en el divino beneplácito. Para las almas que siguen esta ruta, Dios lo es todo; éstas pueden por fin decir: *Deus meus et omnia.* Dios es su centro, y no hallan paz sino en El, sometiendo sus aspiraciones al divino beneplácito y aceptando con sosiego cuanto El hace y dispone. En los momentos difíciles recordaba Santa Catalina de Sena las palabras del Maestro: "Piensa en mí, que yo pensaré en ti."

Pocas son las almas que llegan a tanta perfección; pero es preciso aspirar a ella. He aquí una hermosa página de San Francisco de Sales: "Nuestro Señor ama con extremada ternura a aquellos que cifran su dicha en abandonarse totalmente a su cuidado paternal, dejándose gobernar por la divina Providencia, sin pararse a considerar si los efectos de esta Providencia les serán útiles y provechosos, o perjudiciales; guíales la certeza que tienen de que nada les ha de enviar este divino y amabilísimo corazón, ni cosa alguna permitir que les suceda, que no sea para utilidad y provecho de sus almas, con sólo que pongan en él toda su confianza... ([1]). Como nos abandonemos enteramente a la divina providencia, supuesto el cumplimiento de nuestros deberes cotidianos, Nuestro Señor cuida de todo y lo dirige todo... Entonces el alma es para con El como un niñito para con su madre; cuando ella le deja en tierra para caminar, camina hasta que de nuevo le toma en sus brazos; y si la madre quiere llevarle, no se opone: no sabe ni piensa a dónde va, mas se deja llevar y conducir a donde su madre quiera. De la misma

[1] Léase, por ejemplo, la vida del Bto. Cottolengo, donde se verá cómo Dios amó tiernamente a esta alma tan admirablemente abandonada en la divina Providencia y de qué manera ha bendecido la *piccola casa de Turín,* donde encuentran hoy asistencia diez mil pobres. ¡Prueba admirable de la bondad de Dios para con nosotros! Si las estrellas del cielo pregonan la gloria de Dios, mucho más alto la proclaman las obras de misericordia de este género.

suerte esta alma, amando en todo cuanto le sucede la voluntad divina de beneplácito, *se deja llevar y camina a pesar de todo*, cumpliendo con el mayor esmero cuanto sea voluntad significada de Dios[1]. Con razón puede entonces decir a ejemplo de Nuestro Señor: "Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre"; ahí encuentra la paz, esa paz que es en nosotros como un anticipo de la vida eterna, "*inchoatio vitæ æternæ.*"

[1] San Francisco de Sales, *Entretien* 2.

La íntima persuación expresada en esta página, fruto de las virtudes teologales y de los dones del Espíritu Santo, está muy por encima de la especulación teológica.

CAPÍTULO III

LA PROVIDENCIA Y EL DEBER DEL MOMENTO ACTUAL

"*Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini facite.* Todo cuanto hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor." (*Coloss.* 3, 17).

Para mejor ver cuál haya de ser cada día nuestra confianza y nuestro abandono en Dios, conviene tener la atención puesta en el deber del momento actual y en la gracia que se nos dispensa para cumplirlo. Trataremos primero del deber del momento presente, según lo han entendido los santos, e ilustraremos luego la conducta de éstos por medio de la doctrina de la Sagrada Escritura y de la Teología, la cual es para todos nosotros.

*
* *

Del deber del momento actual, según lo han entendido los santos, y de la luz que contiene.

Tocante a nosotros, a nuestra vida individual, la expresión de la voluntad divina se encierra en el deber de cada momento, por insignificante que parezca. María vivió unida a Dios cumpliendo por momentos la voluntad divina manifestada en las obligaciones cotidianas de su vida, tan sencilla y vulgar en apariencia como la de las demás mujeres de su condición. Los santos vivieron entregados al cumplimiento de la voluntad de Dios tal cual se les

mostraba por momentos, sin conturbarse por las contrariedades imprevistas. Su secreto consistía en tratar de ser en todo instante lo que la acción divina quería hacer de ellos. En esta acción veían lo que habían de obrar y padecer, sus deberes y sus cruces. Estaban persuadidos de que el acontecimiento actual es un signo de la voluntad o de la permisión divina para bien de los que le buscan. Hasta la vista del mal, ejercitando su paciencia, mostrábales por contraste lo que debe hacerse para evitar el pecado y sus funestas consecuencias. Los santos ven de esta manera *en la cadena de los acontecimientos una enseñanza providencial* y creen que por cima de la serie de los hechos exteriores de nuestra vida hay *otra serie paralela de gracias actuales*, que de continuo se nos ofrecen para que saquemos el máximo provecho espiritual de los sucesos agradables o dolorosos. Si atentamente considerásemos la serie de los acontecimientos, descubriríamos en ella lecciones prácticas de nuestro Dios, algo así como una revelación prolongada o el Evangelio aplicado hasta el fin de los tiempos.

Solemos distinguir en todos los órdenes la enseñanza teórica o abstracta y la práctica o aplicada. Lo mismo ocurre en el orden espiritual, donde el Señor nos da ambas enseñanzas: la una en el Evangelio, y la otra en nuestra vida.

Con frecuencia olvidamos esta gran verdad. En cuanto nos visita la contrariedad o el infortunio, todo se vuelve quejas y murmuraciones. Parécenos que la enfermedad nos aprieta cuando más necesidad teníamos de trabajar, que carecemos de ciertas cosas que nos son en absoluto indispensables, que nos privan de los medios necesarios, que nos ponen obstáculos insuperables en el cumplimiento de nuestras obligaciones, en el apostólico ministerio.

En tales circunstancias y en otras mucho más difíciles los santos dicen: *La única cosa verdaderamente necesaria es cumplir cada día la voluntad de Dios.* El Señor nunca manda cosas imposibles; mas hay en cada momento y para

cada uno de nosotros un deber que él hace realmente posible de cumplir, para lo cual sólo exige de nosotros generosidad y amor.

Cuando, pues, cierto acontecimiento doloroso es *consecuencia de nuestras faltas*, hemos de ver en ello una *lección* providencial, y *recibirlo con humildad*, y sacar provecho para lo venidero. Y *cuando sin culpa nuestra* permite el Señor que seamos privados de ciertos bienes, *señal cierta es de no ser ellos necesarios para la santificación y la salud eterna de nuestras almas.* Paréceles a los santos que en cierto sentido nada les falta, como no sea el suficiente amor a Dios. Si supiéramos lo que son los acontecimientos que llamamos obstáculos, contrariedades, reveses, contratiempos, infortunios o fracasos, lamentaríamos ciertamente el desorden que pueda haber en ellos –los santos lo deploraban más que nadie y sufrían por ello mucho más que nosotros–, pero más bien nos reprocharíamos las murmuraciones y pondríamos la mira en el bien superior que Dios busca en todo cuanto dispone y aun en las cosas que permite [1].

No hemos de sorprendernos de que los caminos de la Providencia estén a veces envueltos en un misterio tal que desconcierta nuestra razón. "*El justo vive de la fe*", dice la Escritura; vive particularmente del misterio de la Providencia y sus caminos. Y acaba por comprender que,

[1] Léese en el Libro II de los Reyes (16,6), que un cierto Semeí, pariente de Saúl, insultaba a David y le arrojaba piedras con su mano y maldiciones por su boca.

Quiso un oficial de David dar muerte al provocador; pero se lo impidió el piadoso Rey, diciendo: "Dejadle maldecir; pues si el Señor le ha dicho: Maldice a David, ¿quién osará decirle: ¿por qué haces esto? ... Déjale que me maldiga ... ¿Quién sabe si el señor no mirará mi congoja y me bendecirá en retorno de esta maldición?" Estas palabras nos recuerdan las de Nuestro Señor en el huerto de Getsemaní, cuando a Pedro recomienda calma, se deja prender por los hombres que guía Judas y sana la oreja de Malco, herido por la espada de Pedro. ¡Cuántos hechos semejantes encontramos en las vidas de los santos, realizados tan luego se les presentaba la ocasión!

lejos de ser contradictorio el misterio, no podemos negarlo sin que resulte contradicción toda nuestra vida.

Leemos en diversos lugares de la Escritura: "*Dios da la muerte y da la vida, conduce al sepulcro y libra de él.*"[1]

Cuanto más la acción divina nos hace morir al pecado y sus consecuencias, tanto más nos aleja de todo lo que no es Dios y tanto más nos vivifica. Se dice que la gracia es a veces como un verdugo; y sin embargo, lejos de destruir la naturaleza en lo que ésta tiene de bueno, la perfecciona, la restaura y la eleva. Se le puede aplicar lo que se dice de Dios: "*mortificat et vivificat*".

El P. Caussade[2], explicando los caminos de la Providencia, dice: "*Cuanto es más oscuro el misterio, tanta más luz contiene*", pues la oscuridad proviene de la luz demasiendo refulgente para ojos tan flacos como los nuestros.

Además, lo que principalmente instruye al hombre es la propia experiencia adquirida en los acontecimientos, donde se manifiesta la voluntad o la permisión divina en cada momento. Y eso es lo que forma en nosotros *el conocimiento experimental* del gobierno divino, sin el cual apenas podemos dirigirnos en materia de espíritu ni ser de provecho para los demás[3]. Sobre todo en el orden espiritual, nada sabemos con perfección que no nos lo haya enseñado la experiencia por medio del sufrimiento o de la acción. Nuestro Señor, que desde el primer instante de su venida al mundo tenía en su alma santísima la visión beatífica y la ciencia infusa, quiso tener también el conocimiento experimental que se adquiere cada día, el cual hace ver las cosas, aun las previstas de un modo infalible,

[1] *Deut* 32, 39; *I. Reg.* 2, 6; *Tob.* 13, 2; *Sap.* 16, 3.

[2] *L'Abandon à la Providence*, édit. abrégée, l. 2, ch. 7.

[3] Así se explica el bien sobrenatural que han hecho a muchas almas algunos santos, como el Cura de Ars, el cual carecía de cultura teológica profunda, pero tenía conocimiento admirable del gobierno de Dios en toda clase de almas. Así se explica que el Santo, sin tiempo apenas para reflexionar, pudiera dar el mismo día a cientos de personas consejo seguro y de inmediata aplicación.

en un aspecto especial que da el contacto con la realidad. Prevemos que cierto amigo muy querido que se halla gravemente enfermo presto va a morir, pero si sabemos abrir los ojos, su misma muerte encierra una nueva enseñanza, por medio de la cual nos instruye Dios a medida que transcurre el tiempo. Esa es la escuela del Espíritu Santo, ésas son sus lecciones, que no se aprenden en los libros y *varían de un alma a otra;* lo que es útil para una, no lo es para otra. Sin pretender con espíritu supersticioso dar valor a meras coincidencias insignificantes, escuchemos con sencillez lo que nos enseña la Providencia a cada uno en particular en las lecciones que nos da. No es menester materializar ni mecanizar esta doctrina; sólo se trata de dar sentido sobrenatural a todas las cosas, sin entrar en vanas disputas y ridículas disquisiciones.

Como dice el autor que acabamos de citar [1], "*La revelación del momento actual es una fuente inagotable de santidad*... Los que estáis sedientos, sabed que no tenéis por qué ir a buscar muy lejos la fuente de agua viva; brota muy cerca de vosotros, en el momento actual; apresuraos a correr hacia ella. Teniendo el manantial tan a la mano, ¿por qué os fatigáis tras los arroyuelos?... ¡Oh amor ignorado! *parece que se han acabado tus maravillas y que no queda otro recurso que copiar tus antiguas obras y citar tus discursos pasados. Y nadie ve que tu acción inagotable es fuente infinita de nuevos pensamientos, de nuevos sufrimientos, de nuevas acciones... de nuevos santos.*" El Corazón de Jesús es un "foco de gracias siempre nuevas".

Los santos de cada época no han tenido necesidad de copiar la vida ni los escritos de quienes les precedieron, sino de vivir perpetuamente entregados a las secretas inspiraciones de Dios; en esto imitan a sus antecesores, a pesar de ser las circunstancias distintas en cada época y en cada vida individual.

[1] P. Caussade, *L'Abandon à la Providence*, ch. 9.

Si acertásemos a ver la luz divina que encierra el momento presente, en él echaríamos de ver que, ora sea como prueba, ora por contraste, todo puede ser para nosotros medio, instrumento o, al menos, ocasión de aprovechamiento espiritual en el amor de Dios. Según el orden establecido por la Providencia, este momento actual está relacionado con nuestro último fin, que es *lo único necesario;* por donde cada instante del tiempo que pasa tiene relación con el instante único de la eternidad perdurable.

Si acertásemos a ver esta relación, no sólo sería para nosotros santificadora la hora de la misa, la de la oración o la de la visita al Santísimo Sacramento, mas también *cualquier otra hora del día tendría sentido sobrenatural* y nos recordaría que vamos caminando hacia la eternidad. De aquí la santa costumbre de *bendecir la hora* que comienza o de pedir para ella la bendición divina. En cada minuto debemos estar dentro del orden divino; no hay momento del día en que no tengamos algún deber que cumplir para con Dios o para con el prójimo, por lo menos de paciencia, cuando no es posible el acto externo. Cada minuto debemos santificar el nombre de Dios, como si no tuviéramos otra cosa que hacer en el tiempo, como si de inmediato hubiéramos de entrar en la eternidad.

Así vivían en el campo de batalla los buenos cristianos en la pasada guerra, expuestos a los tiros de artillería que se repetían cada tres minutos: "Quizá dentro de un momento hayamos de morir", se decían; y procuraban vivir el momento actual pensando en la eternidad.

Así vivieron los santos, no sólo en circunstancias excepcionales, sino durante el curso normal de su existencia, sin perder, por decirlo así, la presencia de Dios. Ahora bien, su conducta se explica por los principios del Evangelio de que venimos hablando, los cuales se aplican también a nosotros.

* * *

Doctrina de la Sagrada Escritura y de la Teología sobre el deber del momento presente.

San Pablo, escribiendo a los fieles de Corinto, les decía: "Ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios." *(II Cor.* 10, 31). Y a los Colosenses: "Cuanto hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de él gracias a Dios Padre." *(Coloss.* 3, 17).

Nuestro Señor mismo lo dijo, según refiere San Mateo (12, 36): "*De la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas;* y el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas. *Yo os digo que de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio.*"

Santo Tomás declara el sentido y el alcance de esta doctrina cuando enseña (Iª-IIᵐ, q. 18, a. 9) que *no hay acto deliberado que, tomado en concreto, hic et nunc, sea indiferente en lo que a la moral toca*; cada uno de nuestros actos o es bueno, o es malo. ¿Por qué? Porque el acto deliberado del ser racional debe ser racional, que es lo mismo que decir ordenado a un fin bueno y honesto; y el acto deliberado de un cristiano *debe estar ordenado a Dios, por lo menos virtualmente.* Hecho en estas condiciones, el acto es bueno; de lo contrario, será malo. No hay término medio. Nuestras mismas recreaciones, las diversiones, los paseos, deben tener un fin honesto. El hecho de pasear, considerado en abstracto, es, ciertamente, indiferente. Puede ser también indiferente pasear en este lugar o en aquel otro; pero el paseo debe tener una finalidad racional, como reparar las fuerzas para proseguir el trabajo. De esta manera adquiere condición moral el esparcimiento del ánimo y tiene mérito en la vida del ser racional.

Todos nuestros actos deliberados, decía un eximio predi-

cador, son como gotas de lluvia que caen en las cumbres, en la divisoria de las aguas; de ellas, unas van a la derecha, buscando tal río y tal océano, otras corren a la izquierda, hacia otro río y otro océano opuesto y muy lejano. De la misma suerte, todos nuestros actos deliberados van unas veces hacia el bien, y en último término hacia Dios, otras hacia el mal. Ninguno de estos actos es indiferente, tomado en la realidad concreta de la vida.

Tal doctrina puede parecer a primera vista demasiado rígida. No lo parecerá, si se considera que basta una intención virtual o implícita, renovada por la mañana en el momento de la oración y cuantas veces nos mueve el Espíritu Santo a elevar el corazón a Dios.

Es, por el contrario, una doctrina muy consoladora; pues de ella se infiere que *en la vida del justo cualquier acto deliberado que no sea pecaminoso es moralmente bueno y meritorio,* sea fácil o difícil, pequeño o grande.

Es también muy santificante esta doctrina, si bien se entiende y practica, porque nos mueve a pensar que *cuanto Dios hace en cada momento bien hecho está* y es un signo de su voluntad. Así Job, viéndose privado de todo, vió en la privación la voluntad de Dios, que le ponía a prueba para santificarle, y en vez de maldecir aquel minuto tan aflictivo, bendijo el nombre del Señor. Aprendamos, pues, a reconocer en lo que nos sucede en cada momento del día, ora una voluntad positiva de Dios, ora una permisión dirigida siempre a un bien superior. De esta manera conservaremos la paz, venga lo que viniere.

San Francisco de Sales resume esta doctrina en pocas palabras: "Cada momento llega a nosotros con una orden de Dios y va luego a sumergirse en la eternidad, para ser por siempre *jamás lo que de él hayamos hecho.*"

La visión casi continua de la voluntad divina manifestada en el deber del momento actual procede principalmente del *don de sabiduría,* que en cierta manera nos hace ver en Dios, causa primera y fin último, todos los aconteci-

mientos, ora sean dolorosos, ora agradables. De aquí se ve que este don corresponde, como nota San Agustín, a *la bienaventuranza* de los pacíficos, es decir, de los que conservan la paz donde tantos otros la pierden, de los que muchas veces devuelven la paz a los más conturbados: *Beati pacifici, quia filli Dei vocabuntur.*

CAPÍTULO IV

LA GRACIA DEL MOMENTO ACTUAL Y LA FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS

Hemos expuesto en el capítulo anterior cómo el deber del momento actual es la señal de la voluntad de Dios para cada uno de nosotros, *hic et nunc*, y que encierra luz práctica muy santificadora, que es justamente la del Evangelio aplicado a las diversas circunstancias de nuestra vida; puede dársele en verdad el nombre de lección práctica de Dios.

Si a ejemplo de los santos supiéramos apreciar como es justo los momentos de nuestra existencia, echaríamos de ver que en cada uno de ellos se encierra, no sólo un deber que cumplir, mas también una gracia que nos ayuda a ser fieles al deber.

*
* *

La riqueza espiritual del momento actual.

A medida que se nos ofrecen nuevas circunstancias acompañadas de nuevas obligaciones, se nos brindan también nuevas gracias actuales para sacar de dichas circunstancias el mayor provecho posible. Sobre la serie de hechos externos de nuestra vida corre paralelamente la serie de las gracias actuales prometidas, como el aire llega en ondas a nuestros pulmones para que podamos respirar.

La serie de estas gracias actuales, provechosamente reci-

bidas por cada uno de nosotros, constituye *la historia particular de nuestra alma*, tal como en Dios está escrita en el *libro de la vida*, tal como la veremos algún día. Así es como Nuestro Señor continúa viviendo en el cuerpo místico; sobre todo en los santos continúa una vida que nunca acabará, vida que lleva consigo gracias siempre renovadas y nuevas operaciones.

"*Yo rogaré al Padre*, dice Jesucristo a los suyos, *y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente; a saber: el Espíritu de verdad*, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros... *El os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas*." (*Ioann.* 14, 16 s 26). El Espíritu Santo va enseñando, pues, de continuo, todas las cosas a quienes quieren oírlas, y escribe la ley de Dios en las almas, ya inmediatamente, ya por medio de la predicación del Evangelio, dando al mismo tiempo la gracia para cumplirla. San Pablo escribe a los fieles de Corinto: "¿Necesitamos por ventura, como algunos, cartas de recomendación para vosotros o de vosotros? *Vosotros mismos sois nuestra carta*... Sí, vosotros sois *carta de Jesucristo, escrita por nuestro ministerio, y no con tinta, sino por el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son vuestros corazones*." (*II Cor.* 3, 23). Así se escribe en las almas la historia interior de la vida de la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Está anunciada de manera simbólica en el *Apocalipsis*, mas no podrá leerse con claridad hasta el día del juicio.

Permítasenos citar a este propósito tres notabilísimas páginas del P. Caussade: "¡Oh, qué historia tan hermosa! *¡Qué maravilloso libro escribe en estos momentos el Espíritu Santo!* ¡Está en prensa, almas santas! No pasa día que no componga los caracteres, que no entinte el molde, que no imprima alguna página. Pero vivimos en la noche de la fe; el papel es todavía más negro que la tinta...; y la lengua es del otro mundo... Sólo en el cielo podréis

leer este evangelio (viviente)... Si las veinticuatro letras se prestan a innúmeras combinaciones, de suerte que ellas son bastantes para componer infinito número de volúmenes, todos diferentes y todos admirables en su género, ¿quién podrá declarar lo que Dios hace en el universo?... ¡Enséñame, Espíritu Santo, a leer en *este libro de vida!* Quiero ser vuestro discípulo y creer como un niño ingenuo lo que no llego a ver" [1].

"*¡Qué de grandes verdades hay escondidas aún a los ojos de los cristianos que se creen más avisados!*... Tratando Dios de unirnos a El, tanto se sirve de las criaturas peores como de las mejores, lo mismo de los sucesos enojosos que de los agradables; nuestra unión con El es tanto más meritoria, cuanto más repugnantes son de suyo los medios que usamos para conservarla" [2].

"*El momento actual está siempre lleno de infinitos tesoros y contiene mucho más de lo que alcanza vuestra capacidad.* Su medida es la fe: *en ella encontraréis cuanto queráis.* También el amor es su medida: *cuanto más ame vuestro corazón,* tanto más apetecerá, y cuanto más apetezca, *tanto más hallará.* La voluntad de Dios se manifiesta cada momento como un piélago inmenso que vuestro corazón no puede agotar. Tanto más recibe de ella el corazón, cuanto más ensancha sus senos por la fe, la esperanza y el amor; el resto de la creación no le puede llenar, porque la capacidad que tiene es superior a todo cuanto no sea Dios. Las montañas que causan espanto a nuestros ojos son átomos en el corazón. La voluntad divina es un abismo cuya boca es el momento actual: *sumergíos en él, y siempre lo hallaréis infinitamente más profundo y extenso que vuestros deseos.* No aduléis a nadie, no adoréis fantasmas; nada pueden ellos daros, ni de cosa alguna desposeeros. Sólo la voluntad divina será la plenitud que

[1] *L'Abandon à la Providence divine,* ed. abreviada, l. 2, ch. 5.
[2] *Ibid.,* ch. 6. Por lo menos así ocurre con frecuencia, si bien es a veces más meritorio un acto que cuesta poco, como la oración de consuelos de los santos.

ningún vacío deje en vosotros; adoradla, id derechos a ella..., dejad los ídolos... Cuando el momento actual causa terror, asedia por hambre, despoja y abruma los sentidos, entonces *alimenta, enriquece y hace revivir nuestra fe,* la cual se ríe de las pérdidas, como el gobernador de una plaza inexpugnable se ríe de los ataques infructuosos"[1].

Y concluye el mismo autor: "Cuando Dios ha revelado a un alma su voluntad y le ha manifestado que *está dispuesto a entregársele todo entero, con sólo que ella por su parte se entregue a él,* siente el alma en toda ocasión una poderosa ayuda; entonces gusta por experiencia propia la felicidad de la visita de Dios, y tanto más goza, cuanto mejor comprende prácticamente que en todo momento debe abandonarse en manos de la voluntad adorabilísima de Dios[2].

Dios es como *un mar que lleva* sobre sí a los que a él se entregan confiados y hacen cuanto está de su parte por seguir las divinas inspiraciones, como el navío obedece a los vientos favorables que lo empujan. Esto viene a indicar Jesucristo cuando dice en el Evangelio de San Juan: "*El viento sopla donde quiere, y tú oyes su sonido; mas no sabes de dónde viene o a dónde va; eso mismo sucede a quien nace del Espíritu.*" (*Ioann.* 3, 8).

¡Qué hermoso es todo esto! Mientras pasa el momento actual, acordémonos de que no sólo *existe* nuestro cuerpo, nuestra sensibilidad dolorosa o gratamente impresionada, mas también nuestra alma inmortal, la gracia actual que recibimos, Cristo que influye en nosotros, la Santísima Trinidad que en nosotros mora. Entonces vislumbraremos *la riqueza infinita del momento actual* y su relación con el momento perdurable de la eternidad, donde algún día hemos de entrar. No nos demos por satisfechos con ver el momento presente *en la línea horizontal del tiempo,* entre un pasado que fué y un futuro temporal incierto;

[1] *L'Abandon à la Providence divine,* ed. abreviada, l. 2, ch. 3.
[2] *Ibid.*

contemplemos el minuto presente *en la línea vertical* que lo relaciona con el instante único de la eternidad inmutable. Cualquier cosa que ocurra, nos hemos de decir: *en este mismo instante existe Dios y quiere atraerme hacia sí.* San Alfonso, en uno de los trances más difíciles de su vida, viendo a punto de perderse la obra de la amada Congregación que fundara, oyó estas palabras de labios de un seglar amigo suyo: "Dios existe, Padre Alfonso." Ello bastó para que recobrara el ánimo y aquella hora dolorosa se convirtiera en una de las más fecundas de su vida.

Prestemos, pues, atención a la gracia actual que se nos concede por momentos para cumplir el deber actual. Así veremos cada vez mejor lo que debe ser la fidelidad en las cosas pequeñas y en las grandes.

*
* *

La fidelidad en las cosas pequeñas.

Dice Jesús por *San Lucas* (16, 10) que "*quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho*". Y en la parábola de los talentos o de las minas dice a dos siervos: "*Muy bien, siervo bueno y fiel; pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas más; ven a participar del gozo de tu señor.*" (*Matth.* 25, 21-23; *Luc.* 19, 17). Tocante a las cosas pequeñas, estas palabras encierran una lección de suma importancia, que olvidan a menudo aun ciertas almas de suyo elevadas, las cuales comienzan a errar el camino cuando su altivez degenera en orgullo. Nunca se insistirá bastante en este particular a propósito de la fidelidad a la gracia del momento actual.

Se ha observado repetidas veces que *para no pocos que se han entregado sinceramente a Dios* y se esfuerzan con generosidad y aun heroísmo por demostrarle su amor, como se vió en la pasada guerra, *llega un momento crítico,*

en que se ven precisados a *abandonar su modo de juzgar y obrar demasiado personal*, aunque noble y elevado, para entrar por el camino de la verdadera humildad, de la "pequeña humildad", que se ignora a sí misma y no ve más que a Dios.

Y entonces pueden ocurrir dos casos: o bien el alma ve por sí misma la senda que debe tomar y la sigue, o bien no la ve, y se extravía en la ascensión, iniciando el descenso sin darse cuenta de ello.

Ver este camino de la verdadera humildad es descubrir de la mañana a la noche en nuestra vida ordinaria mil ocasiones de realizar por amor de Dios *actos en apariencia muy pequeños*, pero cuya incesante repetición, a más de sernos sumamente provechosa, nos conduce a esa delicadeza para con Dios y con el prójimo que, de ser constante y sincera, es la señal de la caridad perfecta.

Los actos que entonces se exigen al alma son tan sencillos, que pasan inadvertidos, y el amor propio no encuentra dónde hacer presa. Sólo Dios los ve. Parécele al alma que con ellos nada ofrece a su Señor; son empero, en frase de Santo Tomás[1], como las gotas de agua que a la larga horadan la piedra. Por ahí se verifica poco a poco *la asimilación de las gracias recibidas*, las cuales penetran en el alma y sus facultades, elevándolas sobrenaturalmente; con lo que todo se concierta y puntualiza en la forma debida. Sin la fidelidad en las cosas pequeñas, practicada con espíritu de fe, de amor, de humildad, de paciencia y de dulzura, no puede haber *penetración de la vida activa*, es decir de la vida ordinaria, *por la contemplativa*. Redúcese ésta a la cima de la inteligencia, donde es *más especulativa que contemplativa, sin mezclarse en nuestra existencia, en nuestro modo de vivir;* resulta casi estéril, debiendo ser cada vez más fecunda.

Esto es de suma trascendencia. San Francisco de Sales

[1] IIª-IIae, q. 24, a. 6, 2m.

habla de ello repetidas veces[1]. Y el Doctor Angélico por su parte viene a decir lo mismo cuando enseña, como ya dijimos, que no hay en concreto actos deliberados que sean, *hic et nunc*, indiferentes en su aspecto moral[2]. Todos los actos deliberados de un ser racional deben ser racionales, deben tener un fin honesto; y todos los actos de un cristiano deben estar ordenados, por lo menos virtualmente, a Dios. Con lo cual queda de manifiesto *la importancia de los múltiples actos que a diario realizamos;* son quizá muy pequeños en sí mismos; pero son grandes por la relación que dicen a Dios y porque proceden y van acompañados del espíritu de fe, de amor, de humildad y de generosidad.

1 *Introduction à la vie dévote*, 3e partie, ch. 1: "No suelen ofrecerse con frecuencia ocasiones de practicar la fortaleza, la magnanimidad y la magnificencia; *pero la dulzura, la templanza, la urbanidad y la humildad son tales, que todas nuestras acciones deben tener como una tintura de ellas.* Más excelentes son sin duda otras virtudes, pero es más *necesario* el uso de éstas; así como el de la sal es más general y continuo que el del azúcar, a pesar de ser el azúcar más excelente que la sal. Por tanto, de estas virtudes generales es necesario tener gran provisión y muy a mano, pues se han de estar usando de continuo...

"*Entre los ejercicios de las virtudes debemos preferir el que sea más conforme a nuestra obligación, y no el más acomodado a nuestro gusto*... Cada uno debe dedicarse con particular esmero a las que sean propias de su estado y vocación.

"Entre las virtudes que no pertenecen a nuestras particulares obligaciones, se han de preferir siempre *las más excelentes, y no las más visibles.* Ordinariamente los cometas parecen mayores que las estrellas y abultan más a nuestra vista; sin embargo no son comparables con las estrellas ni en grandeza ni en calidad... Del mismo modo el común de las gentes prefiere de ordinario la limosna material a la espiritual... y las mortificaciones corporales, a la dulzura, bondad, modestia y otras mortificaciones del corazón: con todo, son éstas mucho más excelentes."

Ibidem, c. 2: "Sí, Filotea, sí; porque Dios no recompensa a sus siervos en proporción de la dignidad de los oficios que ejercen, sino *en proporción del amor y humildad con que los ejercen.*" *Item*, ch. 3, 4, 6.

2 IIa-IIae, q. 18, a. 9.

El momento crítico de que hemos hablado señala un recodo difícil en la vida espiritual de muchas almas que han adelantado bastante y corren el riesgo de desandar el camino.

Llegada el alma a ese punto de la vida espiritual, si habiéndose mostrado generosa, y hasta heroica, pero con un modo demasiado personal de juzgar y de obrar, no se da cuenta de *que ha menester cambiar*, continuará caminando en virtud de la velocidad adquirida, y su oración y su acción no serán lo que debían ser. Hay en ello un peligro real. Porque puede ser que esta alma, detenido su desarrollo como el del enano, se quede raquítica para siempre; o bien que tome una dirección falsa. En lugar de la humildad verdadera, desarróllase en ella una especie de orgullo refinado, casi inconsciente, por desgracia, que al principio apenas se deja ver en los pormenores de la vida ordinaria y permanece oculto a la vista de los directores que no conviven con sus dirigidos. Este orgullo toma rápidamente la forma de cierta desenvoltura irónica, para luego convertirse en amargura que lo esteriliza todo infiltrándose por la vida cotidiana en las relaciones con el prójimo. Esta amargura puede convertirse en rencor y desprecio del prójimo, a quien se debe amar por amor a Dios.

Llegada a tal estado un alma, difícil es llevarla a hacer piadosas reflexiones para que vuelva al punto en que erró el sendero. Es necesario encomendar estas almas a la Virgen Santísima; a veces sólo ella puede atraerlas al verdadero camino [1].

Para remediar el mal de que hablamos, preciso es que

[1] Si estas almas se dejan conquistar de nuevo por la gracia y siguen en verdad la senda de la humildad, pueden continuar la subida por el camino de la perfección *desde el punto adonde habían llegado*, sin tener que comenzar de nuevo su recorrido. La razón de ello es que aun después de un pecado grave el alma que *se arrepiente* de una manera *proporcionada* a la falta cometida, recobra la gracia que perdió en el grado que tenía antes de la caída. Cf. Santo Tomás, IIIª, q. 89, a. 5, ad 3m.

las almas vivan con la atención puesta en la gracia del momento actual y con espíritu de fidelidad en las cosas pequeñas.

"No son las ideas ni las palabras tumultuosas lo que nos ha de mover a obrar, dice el citado P. Caussade; pues solas no sirven sino para envanecernos... *Nos hemos de guiar por los sufrimientos y los trabajos que Dios nos envía.* Mas sucede que dejamos esta sustancia divina para alimentar nuestra alma con las maravillas históricas de la obra de Dios, en vez de acrecentarlas con nuestra fidelidad. Las maravillas de esta obra, que satisfacen la curiosidad nuestra en las lecturas que hacemos, sólo sirven con frecuencia *para hacernos perder el gusto de las cosas pequeñas en apariencia, por medio de las cuales el amor divino trata de producir efectos maravillosos en nosotros.* ¡Qué insensatos! Admiramos, bendecimos esta acción divina en los escritos que nos refieren su historia; y *cuando Dios quiere continuarla, imprimiéndola en nuestros corazones*, tenemos el papel en continua agitación e impedimos la acción divina por la curiosidad nuestra de ver lo que hace en nosotros y en los demás... Quiero encerrarme en el único negocio del momento presente, para amaros, Dios mío, cumplir mis obligaciones y dejar que obréis en mí."

Lo dice el conocido adagio: "*Age quod agis.*"

Si con todas veras tratamos de ser fieles al Señor en las cosas pequeñas todos los momentos del día, ciertamente nos dará fuerzas para serle fieles también en las circunstancias difíciles y penosas, si permite que pasemos por ellas. Así se cumplirán las palabras del Evangelio: "*Bástale a cada día su propio afán* [1]." — "*Quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho*" [2].

[1] *Matth.* 6, 34.
[2] *Luc.* 16, 10.

CAPÍTULO V

GOBIERNO DE LA PROVIDENCIA CON LOS QUE SE ENTREGAN EN SUS MANOS

> "*Justum deduxit Dominus per vias rectas et ostendit illi regnum Dei.* — El Señor guía al justo por caminos derechos y le muestra el reino de Dios."

La fidelidad en nuestros deberes cotidianos por medio de la docilidad a la gracia que se nos dispensa cada momento no tarda en ser recompensada mediante una asistencia especial de la divina Providencia a los que se abandonan fielmente a ella. Puede decirse que esta asistencia providencial se manifiesta especialmente de tres maneras, sobre las cuales conviene insistir: guiando estas almas en sus oscuridades, defendiéndolas contra los enemigos del bien y vivificándolas cada vez más interiormente.

*
* *

De cómo guía Dios las almas que en El se abandonan.

Ilumínalas con sus dones de sabiduría, de entendimiento, de ciencia y de consejo, que junto con la gracia santificante y la caridad se nos infunden en el Bautismo, y en mayor grado en la Confirmación. Estos dones, junto con los de piedad, de fortaleza y de temor filial están en las almas imperfectas como *encadenados* por las inclinaciones más o menos viciosas, que las hacen vivir como en la

superficie de ellas mismas y les impiden estar atentas a las inspiraciones del Maestro interior.

Suelen compararse estos dones a las velas que hacen la nave dócil al soplo del viento favorable; pero en las almas imperfectas son como velas recogidas, que, por decirlo así, no reciben el impulso del viento. Por el contrario, cuando un alma, tratando con todas veras de cumplir los deberes cotidianos y de remar debidamente, se abandona en el Señor, recibe de él *inspiraciones primero latentes y confusas*, pero que, bien acogidas, *se hacen cada vez más frecuentes, apremiantes y luminosas.*

Entonces queda el alma en paz, por lo menos en la parte superior de ella, a pesar de los sucesos agradables o penosos, de las desigualdades de humor, de las sequedades espirituales, de los lazos del demonio o de los hombres, de los recelos o envidias de sus semejantes; porque está íntimamente persuadida de que Dios la guía, y abandonándose a El, a nada aspira sino a cumplir la divina voluntad. De esta manera le ve en todas las cosas y de todo se sirve para unirse a El; hasta el pecado le recuerda, por contraste, la grandeza infinita de Dios.

Entonces se cumplen con más perfección aquellas palabras de San Juan en su Primera Carta: "*Mantened en vosotros la unción que de El recibisteis. Con eso no habéis menester que nadie os enseñe, sino que conforme a lo que la unción del Señor os enseña en todas las cosas, así es verdad, y no mentira.*" (*I Ioann.* 2, 27).

Entonces el alma tiene menos necesidad de razonamientos, de métodos para orar, meditar y obrar; su modo de pensar y de querer se ha simplificado; observa mejor la acción de Dios en ella, que se manifiesta menos por la idea que por el instinto o la fuerza misma de las circunstancias, que no consienten obrar de otra suerte. Le impresiona el profundo sentido de ciertas palabras del Evangelio que antes le pasaban inadvertidas. El Señor le concede *el conocimiento de las Escrituras*, como lo hizo con los discípulos de Emmaús. Los sermones más sencillos la iluminan y le

descubren verdaderos tesoros; porque también de ahí se sirve Dios para esclarecerla, como un gran artista con vulgarísimo instrumento, con un triste lápiz, hace una obra maestra, una imagen admirable de Cristo o de María.

En este gobierno de las almas que se abandonan en manos de Dios hay sin duda grandes oscuridades, cosas desconcertantes e impenetrables. Pero el Señor las torna en bien espiritual; y ellas verán algún día que para los ángeles fué motivo de alegría lo que a veces tan profundamente las angustiaba.

Y todavía es más; porque por medio de estas oscuridades ilumina Dios las almas en el momento en que parecía cegarlas. En efecto, en cuanto se borran las cosas sensibles que nos tenían cautivos y fascinados, comienzan a brillar en todo su esplendor las cosas espirituales. Sucede a veces que un rey destronado, como Luis XVI, comprende mejor que nunca la grandeza del Evangelio y de muchas gracias que antes recibía. Hasta entonces casi no se daba cuenta de ello, porque el brillo de las cosas exteriores de su reino le tenía demasiado distraído. En tanto que ahora se le manifiesta el reino de los cielos.

Es una gran ley del mundo espiritual, que *la oscuridad superior de las cosas divinas nos alumbra más en cierto sentido que la evidencia de las cosas terrenas.* En el orden sensible tenemos un símbolo de esta ley. Por extraño que a primera vista parezca, en la oscuridad de la noche vemos a muchísima mayor distancia que en la claridad del día; en efecto, menester es que se oculte el sol para que se dejen ver las estrellas y vislumbremos las insondables profundidades del firmamento. El espectáculo que contemplamos ciertas noches estrelladas es incomparablemente más bello que el de los días más esplendorosos. Nuestra vista puede ciertamente llegar muy lejos durante el día en el espacio que nos circunda, hasta el sol cuya luz invierte ocho minutos en llegar a nosotros. Pero en la oscuridad de la noche abarcamos con una sola mirada millares de estrellas, la más cercana de las cuales dista de

nosotros cuatro años y medio de luz. Lo mismo ocurre en lo espiritual; así como el sol impide ver las estrellas, así también la magnificencia de ciertas cosas humanas es obstáculo para contemplar los esplendores de la fe. Por donde conviene que la Providencia haga desaparecer de vez en cuando en nuestra vida este brillo de las cosas inferiores para que entreveamos cosas mucho más sublimes y más preciosas para nuestra alma y para nuestra salud eterna.

En el orden espiritual, como en el físico, hay la *sucesión del día y de la noche*. De ello habla con frecuencia el *Libro de la Imitación*. Si los crepúsculos nos sumieran en la tristeza, el Señor podría decirnos: pues ¿de qué otra manera manifestarte esos millares de estrellas que sólo se ven durante la noche?

Aquí se cumplen las palabras de Nuestro Señor: "*Qui sequitur me, non ambulat in tenebris.* Quien me sigue, no camina en tinieblas." *(Ioann.* 8, 12). La luz de la fe ahuyenta las tinieblas inferiores de la ingorancia, del pecado y de la condenación, dice el Doctor Angélico. *(In Ioann.* 8, 12). Más aún, la oscuridad divina que proviene de una luz superior demasiado intensa para nuestros débiles ojos nos ilumina a su modo, nos hace entrever, no solamente los misterios del firmamento, mas también *las profundidades de Dios* y el misterio de los caminos de la Providencia. Dice San Pablo en su Primera Carta a los fieles de Corinto (2, 6): "Enseñamos sabiduría entre perfectos; mas no una sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este mundo, cuyo reino se acaba. *Nosotros predicamos la sabiduría misteriosa y escondida* que Dios predestinó antes de los siglos para gloria nuestra; sabiduría que ninguno de los príncipes de este mundo ha entendido; que si la hubiesen entendido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Mas éstas son *cosas*, como está escrito, *que ni ojo vió, ni oído oyó, ni corazón de hombre intuyó jamás*, cosas que Dios tiene aparejadas para aquellos que le aman. A nosotros, empero, nos las ha revelado por

medio de su Espíritu; pues *el Espíritu todas las cosas penetra, aun las más íntimas de Dios.*" El Señor tiene, pues, su manera propia de alumbrar las almas sobre su vida íntima y sobre los secretos de sus caminos; parece a veces que las ciega; realmente entonces les da una luz superior, en el momento mismo en que desaparece una luz inferior. En los santos, la lumbre de gloria sigue inmediatamente a las oscuridades de la muerte. En torno de ellos se afligen todos viendo extinguirse tan presto la vida terrena; mas ellos se consideran muy felices de entrar en la vida imperecedera.

Si durante nuestra vida hay horas en que todo parece perdido; si, como dice Taulero, rotos por la tempestad los palos del navío queda éste reducido a una balsa, ése es el momento de abandonarnos enteramente a Dios sin reserva; de hacerlo con todas veras, el Señor tomará inmediatamente la dirección de nuestra vida, que sólo él puede salvarnos. *Justum deduxit Dominus per vias rectas et ostendit illi regnum Dei.* Pero no se contenta Dios con guiar al justo.

* * *

De cómo Dios defiende contra los enemigos del bien las almas que a él se entregan.

Nos lo dice San Pablo en la Carta a los Romanos (8, 31): "*Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habérnosle dado dejará de darnos cualquier otra cosa?*" El *Libro de la Sabiduría* dice de los justos que se abandonan confiados en manos del Señor: "*El los protegerá con su diestra, y su brazo los cubrirá como un escudo.*" (*Sap.* 5, 17).

La Providencia lo dirige todo; aun las circunstancias más pequeñas, que parecen insignificantes, están en sus manos. Para ella no existe el acaso; y por medio de un hecho imprevisto e insignificante puede desbaratar los

prudentes cálculos de los enemigos del bien. Lo vemos, por ejemplo, en la vida de José, vendido por sus hermanos. Si en el momento de quererle matar, no acertaran a pasar por allí, como por acaso, aquellos mercaderes ismaelitas, habría quedado en la cisterna donde primero le arrojaran. Pero los mercaderes llegaron en aquella hora, y no más tarde, como Dios lo tenía dispuesto de toda la eternidad, y José fué vendido como esclavo. Y llegado de esta suerte a Egipto, fué después el salvador de los que quisieron perderle. Recordemos también la historia de Ester, la del Profeta Daniel y otras tantas. Y sobre todas, la del nacimiento de Nuestro Señor.

Herodes lo dispone todo para dar muerte al *Mesías*; pide a los Magos de Oriente que le informen con exactitud acerca del Niño; pero ellos, "habiendo recibido en sueños aviso de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino". *(Matth.* 2, 12). "Entretanto Herodes, viéndose burlado de los Magos..., mandó matar a todos los niños de Belén y de sus contornos", pero un ángel se apareció en sueños a José para decirle que tomara al Niño, lo librara de la cólera del rey y huyera a Egipto.

En la vida de los santos no es un milagro la intervención del ángel de la guarda, que por orden de Dios inspira un buen pensamiento, a veces en sueños, otras durante la vigilia; es un hecho providencial bastante frecuente en la vida de los que se abandonan plenamente a Dios. Ya lo dice el Salmista *(Ps.* 90, 10): "No te acontecerá mal alguno, ni el azote se acercará a tus pabellones. Porque *a sus ángeles tiene dada orden el Señor que te guarden en todos tus pasos.* Te llevarán en palmas, para que tu pie no tropiece en alguna piedra." No es lícito tentar a Dios; pero cumpliendo al día nuestro deber, hemos de entregarnos humildemente en sus manos, porque sabe defender a quienes a él se abandonan, como la madre defiende al hijo de sus entrañas. Permite la persecución exterior, a veces muy dolorosa, como la permitió contra su Hijo; pero sostiene invisiblemente al justo para que no pierda

el ánimo; y si éste cae como Pedro en un momento de ofuscación, le vuelve a levantar y le guía al puerto de salvación.

Y dicen más los santos: que el alma que en vez de resistir a sus enemigos se abandona en manos de Dios, en ellos encuentra provechosos auxiliares. "Contra la prudencia de la carne, dice el P. Caussade [1], nada hay tan seguro como la simplicidad; ella elude admirablemente todos los ardides sin conocerlos, sin pensar siquiera en ellos. *Tratar con un alma sencilla es en cierta manera tratar con Dios.* ¿Qué medidas tomar contra el Omnipotente, cuyos caminos son inescrutables? Dios mismo sale a la causa del alma sencilla; no ha ella menester estudiar las intrigas (de que es objeto)... La acción divina le inspira y le hace tomar medidas tan acertadas, que sorprende a quienes tratan de sorprenderla. Se aprovecha de los esfuerzos de éstos... (que) son los galeotes que la llevan a todo remo al puerto... Todas las contrariedades se le convierten en bienes... Lo único de temer es el mezclarse ella misma en el asunto... (perturbando) un trabajo en que nada tiene que hacer sino contemplar con calma lo que Dios hace y corresponder a las gracias que le envía... El alma que se abandona a Dios de esta manera, nada tiene que hacer para justificarse: la acción divina la justifica." Tal sucede en la vida de los santos. ¿No es por ventura el camino que ellos siguieron, guardadas las debidas proporciones, el mismo que nosotros debemos seguir?

Durante la guerra pasada, en circunstancias difíciles solían decir muchos con cierta indiferencia: "No hay que desazonarse." Era la materialización egoísta de la doctrina que exponemos. Pero el alma de esta doctrina es el abandono confiado en manos de la Providencia. Si éste no existe, en fórmulas como la citada no hay más que un cuerpo sin alma, una fórmula cuyo valor se mide por la

[1] P. Caussade, *L'Abandon...*, 3e partie, ch. 6 et 7.

energía moral de la persona que la emplea. Cuando abandonamos el camino saludable de que venimos hablando, de las máximas profundas de vida, queda sólo una fórmula muerta que puede servir para disculparlo todo. Y sin embargo a todos se nos ofrece la luz de vida del Evangelio. La hostia consagrada, que se eleva todas las mañanas en el altar, se ofrece por todos, y todos podrían unirse a esta oblación. Es una desgracia inmensa sustituirla por el ídolo del oro y reemplazar la confianza en Dios, junto con el trabajo diario, por la orgullosa confianza en los cálculos humanos. El hombre suplanta entonces a Dios y mata las virtudes teologales, situándose en el polo opuesto de la doctrina que venimos exponiendo, que es la doctrina por excelencia de la vida.

*
* *

De cómo vivifica Dios cada vez más íntimamente las almas que a El se entregan.

No solamente las guía y las defiende, mas también las vivifica por medio de su gracia, por medio de las virtudes, de los dones del Espíritu Santo y de las inspiraciones siempre nuevas que les envía. Las vivifica todavía más cuando parece que más las abandona y las deja morir, conforme aquello de San Pablo: "*Mihi vivere Christus est et mori lucrum* —Mi vivir es Cristo, y el morir es ganancia mía." *(Philipp.* 1, 21). En tanto que la vida de ciertas personas es el deporte, el arte o las actividades científicas, la de las almas de quienes hablamos es *Cristo,* o la unión con Cristo. El mismo Cristo es la vida de ellas, dice el doctor Angélico *(In Ep. ad Philipp.* 1, 21), por cuanto él es el motivo constante de sus obras más profundas. Por él viven y obran de continuo, mas no por fines humanos; por el Señor que las vivifica más y más y las hace vivir de aquello mismo que parece hacerlas morir, como Jesús hizo de su cruz el más perfecto instrumento de salud.

Esta doctrina tan profunda fué admirablemente declara-

da por un dominico del siglo XVII, el P. Chardon, en su libro *La Croix de Jésus* (3e Entretien, ch. 8 ss.). Señala dicho Padre que la acción divina que poco a poco y a veces de manera dolorosa nos separa de lo que no es Dios, tiende a unirnos cada vez más con El por medio de este mismo desapego. Así, la pérdida es ganancia. Conforme la gracia aumenta, va siendo *principio de separación y de unión; la separación progresiva no es otra cosa que el reverso de la unión.* "Por temor, dice el P. Chardón, de que los consuelos demasiado frecuentes no interrumpan la inclinación del alma hacia El, corta Dios la corriente, para hacer suspirar al alma con más ardor por el manantial... Retírale sus gracias para entregarse El mismo. Se insinúa dulcemente, adueñándose de todas las atenciones de sus potencias, para hacerla *poseedora del Bien único y necesario, que se debe amar con la misma soledad que separa de todas las cosas la soberanía de su ser.*"

La desaparición de la luz y de la vida inferior coincide con la aparición de otra luz de vida mucho más elevada.

Cuando la parálisis hiere al apóstol que en plena madurez se entrega al ministerio evangélico, créese ahí terminada su influencia en la humanidad; no debería ser así, ni en realidad muchas veces lo es, sino el comienzo de algo superior: porque en vez del apostolado directo y exterior, se desenvuelve otro *apostolado oculto* y profundo, que por medio de la oración y del sacrificio llega a las almas cristianas y hace desbordar sobre ellas el cáliz de la Redención superabundante.

Resúmese admirablemente esta doctrina en una oración escrita por un autor anónimo que se inspiró en San Agustín:

*
* *

Acto de abandono.

"En vuestras manos, Señor, hago entrega de mí. Trabajad una y otra vez esta arcilla, *sicut lutum in manu fi-*

guli, como la vasija en manos del alfarero *(Ierem.* 18; 6). Dadle forma vos mismo; hacedla luego pedazos, si os place; es vuestra, y nada tiene que decir. Bástame con que ella sirva para vuestros fines y en nada resista a vuestro divino beneplácito para el cual ha sido creada. Pedid, ordenad; ¿qué queréis que haga? ¿qué queréis que deje de hacer? Ensalzado o abatido, perseguido, consolado o afligido, empeñado en vuestras obras o inútil para todo, sólo me resta decir a ejemplo de vuestra Madre Santísima: "*Hágase en mí según vuestra palabra.*"

"Concededme el amor por excelencia, el amor de la cruz, no de esas cruces heroicas cuyo esplendor podría dar pábulo al amor propio, sino de esas cruces vulgares que llevamos ¡ay! con tanta repugnancia, de esas cruces de todos los días, de las cuales está sembrada la vida, con las que topamos a todas horas en el camino: la contradicción, el olvido, el fracaso, los falsos juicios, las contrariedades, la frialdad o los arranques de los unos, los desaires o desprecios de los otros, las flaquezas del cuerpo, las tinieblas del espíritu, el silencio y la sequedad del corazón. Sólo entonces sabréis que os amo, aunque yo mismo no lo sepa ni lo sienta; y esto me basta."

He ahí verdadera santidad, y muy elevada. Si en los sucesos más dolorosos de nuestra vida hubiera habido siquiera algunos breves momentos de semejante conformidad, serían ellos los puntos culminantes de nuestra existencia, en los cuales habríamos estado muy cerca de Dios. Cada instante nos invita el Señor a vivir de esa suerte para perdernos en él. En ellos sobre todo podemos decir con verdad: "*Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei* —El Señor guía al justo por caminos derechos y le muestra el reino de Dios."

CAPÍTULO VI

LA PROVIDENCIA Y EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN

Lo que más nos interesa, con mucho, en el plan providencial es el camino de la perfección, trazado por Dios de toda la eternidad. Todos los grandes escritores espirituales han descrito el itinerario de esta ascensión. Algunos de ellos, como Santa Catalina de Sena, lo han considerado más particularmente por el lado que mira a la Providencia. Proponémonos aquí recordar en sus líneas principales la doctrina que la Santa recibió de lo alto.

Y en ella nos fijamos con preferencia a otros muchos escritores, porque Santa Catalina de Sena tiene una visión tan amplia de la realidad concreta, que es fácil adaptar lo que ella dice a las necesidades espirituales de toda clase de personas; tiene además un lenguaje que, sin dejar de ser siempre muy elevado, es *para todos* extremadamente realista y práctico a la vez, acercándose como pocos a la altura y simplicidad del Evangelio.

Se ha dicho con frecuencia que hay armonía perfecta entre la doctrina de Santo Tomás y la expuesta por Santa Catalina de Sena en sus éxtasis, escrita por sus secretarios, a medida que la Santa hablaba, en el libro que vulgarmente se llama *El Diálogo*.

Si hay algún tema donde la armonía de ambas doctrinas se manifiesta de manera particularmente sorprendente, es el de la perfección cristiana y del camino que a ella con-

duce según el plan de la Providencia. Para penetrarnos de ello, analizaremos los puntos siguientes:

1º ¿En qué consiste especialmente la perfección?

2º ¿Es un precepto, o es un consejo?

3º ¿Basta la luz de la fe para la perfección cristiana, o es necesaria también la luz del don de sabiduría? ¿Es esta luz normalmente proporcionada al grado de caridad o de amor de Dios?

4º ¿Qué purificaciones son necesarias, según el plan de la Providencia, para llegar a la perfección? ¿Se llega a ella sin haber pasado por las purificaciones llamadas pasivas, sin haber sobrellevado con paciencia y con amor las cruces sensibles y las espirituales?

5º ¿Son todas las almas interiores llamadas por la Providencia a la contemplación infusa de los misterios de la fe mediante la luz del don de sabiduría y a la unión con Dios que resulta de esta contemplación, muy distinta de otras gracias extraordinarias como las revelaciones y las visiones? En otros términos: ¿es de orden ascético o es de orden místico, según el plan providencial, la cumbre del desarrollo normal, acá en la tierra, de la vida de la gracia o el preludio de la vida del cielo? ¿Qué es lo que caracteriza la perfección: nuestra propia actividad influída por la gracia, o nuestra docilidad en recibir las inspiraciones del Espíritu Santo? Para contestar a estas preguntas traeremos citas de los capítulos de *El Diálogo*, donde se habla directamente de los referidos asuntos.

*
* *

I. — *En qué consiste especialmente la perfección cristiana.*

¿Será sobre todo en la mortificación corporal, o bien en las prácticas piadosas, o por fin en el conocimiento de las cosas divinas? Santa Catalina, de acuerdo con Santo Tomás (IIª-IIᵐ, q. 184, a. 1), contesta que *la perfección consiste especialmente en la caridad, primero en el amor de Dios y luego en el amor del prójimo.*

Claramente expone esta doctrina en el capítulo II de *El Diálogo*[1], donde se lee: "Si bien te acuerdas, te dije ha ya tiempo, cuando deseabas hacer gran penitencia por mí, y me decías: ¿qué podría hacer yo, Señor, por ti? ¿o qué pena sufrir? Te respondí, hablándote interiormente: Yo soy aquel que me deleito con pocas palabras y muchas obras. Te dije esto para darte a entender que me es muy poco acepto aquel que sólo de palabra me diga: Señor, Señor, yo quisiera hacer algo por vos; o aquel que por mí desea y quiere mortificar su cuerpo con muchas penitencias, *quedando viva la propia voluntad*...

...*Siendo yo infinito, quiero obras infinitas, esto es, de infinito afecto de amor*[2]. Quiero, pues, que las obras de penitencia y de otros ejercicios corporales se tomen como por instrumento y no por afecto principal. Porque si en esto se pusiese el afecto principal, me darían una cosa finita, y serían como la palabra que, saliendo de la boca, es nada, si no va acompañada del afecto del alma, que es el que verdaderamente concibe y produce la virtud. Quiero decir que la obra finita, que yo llamo palabra, debe estar unida con el *afecto de la caridad*, y entonces me será agradable y acepta a mí."

De lo contrario la perfección se reduciría al lado material, quedando privada del alma y de la inspiración de la vida interior. Y prosigue la Santa en el mismo lugar:

[1] Citamos los capítulos según la numeración primitiva, en serie única que va del 1 al 167, seguida generalmente en todas las ediciones posteriores y en las versiones.

Nota del traductor: El P. Garrigou-Lagrange se sirve de la versión francesa del P. Hurtaud, O. P., publicada por Lethielleux, París, 1913. En cuanto à la presente versión castellana, me he servido, en lo posible, de la versión española de los Padres Dominicos del Convento de Atocha, de Madrid, publicada por primera vez el año 1797, y nuevamente el año 1925, después de revisada y corregida conforme a la edición crítica de Matilde Fiorilli, impresa en Bari, en 1912.

[2] Nuestros actos de amor de Dios, por ser actos de criaturas, son finitos; pero son infinitos por su objeto y motivo.

"Porque éste (el principal fundamento de la perfección) no debe colocarse sólo en la penitencia o en otro algún acto exterior corporal, pues ya te dije que aquéllas son acciones finitas... y también porque conviene algunas veces que la criatura las deje, o que se las hagan dejar... (en tanto que jamás se debe interrumpir la vida de amor de Dios). *Las tales obras... deben tomarse por ejercicio y no por principal fundamento... Pero todavía me agradan, cuando se ponen por instrumento y no por fundamento principal de la virtud.*" (Con estas últimas palabras declara la Santa que no se ha de caer en el extremo contrario, abandonando la mortificación corporal, que todos los santos han practicado.)

"*La virtud,* continúa *El Diálogo*, *consiste por entero en la caridad sazonada con la luz de la verdadera discreción:* sin la caridad no tendría valor alguno. *La discreción me da este amor sin término ni medida,* porque soy la Verdad soberana y eterna; y así, no pone ley ni término al amor con que me ama. *Pero sí establece modo en el amor del prójimo, según el orden de la caridad.* Porque en el orden de la caridad está no hacerse daño a sí mismo por el pecado para ser útil al prójimo. Pues si por hacer alguna obra de gran importancia se cometiera un solo pecado..., no sería caridad ordenada con discreción el cometerlo..."

"Este es el orden de la santa discreción. *El alma dirige todas sus potencias a servirme varonilmente con generosidad, y ordena el amor del prójimo de modo que esté dispuesta a dar* miles de veces, si fuese posible, *la vida del cuerpo por la salud de las almas,* sufriendo penas y tormentos a trueque de que el prójimo tenga la vida de la gracia."

He aquí en qué consiste especialmente la perfección cristiana: en primer lugar, en el amor generoso de Dios, y en segundo lugar en el amor del prójimo, no sólo afectivo, sino también efectivo.

Por esto se complace Santa Catalina de Sena en decir

que la caridad vivifica todas las virtudes [1], que hace meritorios para la vida eterna los actos de las virtudes [2], que es como la madre de todas ellas, el vestido nupcial de los siervos de Dios [3] y que, plantada en la tierra de la humildad, es comparable a un árbol que ofrece al cielo flores y frutos abundantes, frutos de vida para la eternidad [4]. La Santa declara con insistencia que el amor del prójimo no puede ir separado del amor de Dios, del cual es resplandor, señal y prenda cierta, y que el celo de las almas inspira todas las virtudes [5]. Añade también que no es posible amar eficazmente al prójimo sino por Dios y en Dios. "*El amor del prójimo es como la vasija que se llena en la fuente.* Si para beber se la retira del manantial, pronto quedará vacía; pero si se la mantiene sumergida en él, podemos beber de ella cuanto queramos, que no se ha de agotar."[6]

¿Queréis beber largo tiempo de la copa de la amistad verdadera?, ponedla al manantial del agua viva; de otra suerte, pronto quedará agotada y no podrá apagar vuestra sed.

Esta misma doctrina encontramos en la *Suma Teológica* de Santo Tomás: para el Doctor Angélico la perfección consiste especialmente en la caridad, que da vida a las demás virtudes y nos une a nuestro fin último, que es Dios, autor de la gracia, por cuanto nos le hace amar sobre todas las cosas, más que a nosotros mismos, y por El a todo lo que merezca ser amado.

Sin la caridad no hay cosa que valga para la vida eterna; *la ciencia*, aun de las cosas divinas, *no es provechosa, como no vaya acompañada del amor de Dios.* La soberbia, dice la Santa [7], puede envenenar la ciencia; mas el entendi-

[1] *Dialogue,* ch. 4 y 6; I, 12, 25, 26.
[2] *Dialogue,* ch. 3 y 4; I, 9, 10, 15.
[3] *Dialogue,* ch. 1; I, 4.
[4] *Dialogue,* ch. 9; I, 35.
[5] *Dialogue,* ch. 6, 7, 89 y 90; I, 20, 24, 29, 311-314.
[6] *Dialogue,* ch. 64; I, 214, 216.
[7] *Dialogue,* ch. 85 y 96; I, 292, 295, 346, 347.

miento *recibe muchas veces más luz del estudio de oración que de otro estudio humano:* esa luz de vida, simple y altísima, principio de la contemplación, que unifica el saber y lo hace fecundo.

*
* *

II. — *La perfección y el precepto del amor.*

Esta perfección que hemos dicho que consiste en la caridad altísima, ¿es de precepto, o sólo de consejo?

Enseña Santo Tomás que la perfección cae bajo el precepto supremo, no como materia o cosa que se haya de realizar de inmediato, *sino como el fin hacia el cual deben tender todos los cristianos*, cada uno según su estado, éste en la vida religiosa, aquél en la del siglo [1]. Dice expresamente el Angélico Doctor que la perfección cristiana consiste *esencialmente* en el cumplimiento *generoso de los preceptos*, sobre todo de los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo, y sólo *accidentalmente* en la práctica efectiva de los *tres consejos* de pobreza, castidad y obediencia, que son medios para llegar con más rapidez y seguridad a la perfección del amor de Dios, la cual puede también alcanzarse en el matrimonio, o en medio de los cuidados y solicitudes del mundo, como lo prueba la vida de muchos santos [2].

La misma doctrina hallamos en Santa Catalina de Sena. En *El Diálogo* se declara que *el precepto supremo no tiene límites*, pues dice así: "Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente." *(Luc.* 10, 27). Esta ley no obliga sólo a medias, hasta cierto grado, más allá del cual se reduciría a simple consejo; sino que todo cristiano debe tender a la perfección del amor. Leemos en *El Diálogo:* "Ya ves cuál es el deber de todas las almas. Es necesario

[1] IIª-IIae, q. 184, a. 3, c; et ad. 2.
[2] *Ibidem.*

que me amen, a mí, con amor sin medida."[1]. Y dice claramente la Santa que, si bien los preceptos se pueden observar sin practicar realmente los tres consejos evangélicos, *no es posible cumplir los preceptos de una manera perfecta sin tener el espíritu de los consejos*, espíritu de desasimiento de las criaturas, que forma un todo con el amor de Dios que siempre debe ir en aumento en nosotros.

La Santa lo explica con estas palabras del Señor (Ch. 47): "Mas por cuanto los consejos están enlazados con los mandamientos, *ninguno puede observar mis mandamientos actualmente, que no observe mis consejos mentalmente;* quiero decir, que poseyendo las riquezas del mundo, debe poseerlas con humildad, no con soberbia; *como cosa prestada*, no suya, según que os las da mi bondad para que hagáis *buen uso de ellas.* De manera que tanto tenéis cuanto os doy, y en tanto las poseéis, en cuanto os las dejo; os las dejo y os las doy tanto tiempo, cuanto veo que os *sirven para vuestra salvación*, pues de esta manera debéis usar de ellas... (observando), con el deseo los consejos, como te he dicho, cortando el veneno del amor desordenado."[2] Hemos de usar de las cosas, dice San Pablo, como si no usáramos de ellas. Eso se llama "*poseer los bienes del mundo como señores, y no como esclavos*", sin hacerse esclavo de ellos, como el avaro de sus tesoros[3]. Obrando de esta suerte, cualquiera que sea nuestro estado, iremos ganando la vida eterna y creciendo

[1] *Dialogue,* ch. 11; I, 43.

[2] *Dialogue,* ch. 47; I, 159, 160; ch. 147; II, 215.

[3] Así es cómo San Francisco de Asís gozaba de los paisajes de Umbría, y los grandes contemplativos de los Países Bajos, como Ruysbroeck, disfrutaban de los inefables encantos de los paisajes flamencos, de sus dilatadas y silenciosas llanuras alfombradas de un verde suave y variado, como no se ve en parte alguna, de sus avenidas de esbeltos álamos agitados por el viento. Así también gozan los pueblos orientales durante la noche, de la belleza del cielo estrellado, siguen el curso de los planetas por entre las estrellas fijas y leen las horas en el inmenso reloj del firmamento. *Cæli enarrant gloriam Dei.*

en caridad, como lo pide el precepto supremo, ayudándonos para ello de la comunión eucarística, que fortalece nuestras almas a medida de nuestros deseos [1].

Como siga el alma este camino, aun en medio del mundo puede llegar a la perfección de la caridad, a un amor muy grande y puro de Dios y de las almas, que le permitirá, dice la Santa, sufrir injurias, menosprecios, afrentas, burlas y persecuciones por el honor de Nuestro Señor y por la salvación del prójimo [2].

*
* *

III. — *La perfección y la luz del don de sabiduría en la oración: Las visitas del Señor.*

Para conseguir esta altísima caridad en que consiste especialmente la perfección cristiana, ¿bastan por ventura la luz de la fe y la oración vocal, o es preciso recurrir también a la oración mental, donde el Espíritu Santo ilumina el alma con las luces de sus dones?

La Santa nos dice: la oración es un medio importantísimo para alcanzar la perfección [3]. *La verdadera oración, fundada en el conocimiento de Dios y de sí mismo, consiste en el afecto del deseo* [4]. La oración vocal debe ir acompañada de la mental, sin la cual sería aquélla como un cuerpo sin alma [5]. *Y aun hemos de dejar la oración vocal por la mental, cuantas veces a ello somos por Dios invitados.* Léese en *El Diálogo* (Ch. 66): "Debe el alma unir a las palabras que pronuncia el conocimiento *de mí y el de sí* misma; *y si perseverare en este ejercicio, de la oración vocal imperfecta llegará a la mental perfecta.* Pero si solamente atiende a cumplir el número de sus rezos,

[1] *Dialogue,* ch. 2; I, 7, 8, 220; ch. 110; II, 4.
[2] *Dialogue,* ch. 76 y 77; I, 258, 262, ch. 159; II, 284.
[3] *Dialogue,* ch. 65; I, 217, 218.
[4] *Dialogue,* ch. 66; I, 220, 226.
[5] *Dialogue,* ch. 66; I, 221.

o por la oración vocal dejase la mental, jamás llegará al debido término... *Esté, pues, el alma atenta cuando yo visito su espíritu, ya de una manera, ya de otra:* unas veces dándole *conocimiento de sí misma, contrición* de sus pecados y *luz de mi inefable caridad;* otras, presentando a su entendimiento de diversas maneras *la presencia de mi Verdad,* según que me parece, o según que el alma lo haya deseado... *Tan pronto como sienta en su espíritu la proximidad de mi visita, debe abandonar la oración vocal,* y después de pasada la mental, si le queda tiempo, podrá cumplir lo que se había propuesto. Empero debe hacerse una excepción con el Oficio Divino que los Clérigos y Religiosos tiene obligación de recitar... Porque si éstos, al tiempo que deben decir el Oficio, sintiesen que su alma se eleva y arrebata por el fervor, deben prevenirse y decirlo antes o después, de manera que no se falte a la obligación del rezo... Y así, con el ejercicio y la perseverancia *gustará el alma en verdad la oración y el manjar de la Sangre de Mi Unigénito Hijo.* Por esto te dije que algunos comulgaban virtualmente, pero no sacramentalmente, conviene a saber, gustando por medio de la santa oración del afecto de la caridad, más o menos, según el fervor del que ora. De donde el que va con poca prudencia y modo, poco halla, *y el que con mucha, mucho encuentra; porque cuanto más procura el alma apartar su afecto de estas cosas terrenas y unirle conmigo por la luz del entendimiento, más conoce,* y quien más conoce, más ama, y quien más ama, más gusta"[1].

Nos enseña también la Santa cómo los que han llegado al estado de unión son iluminados en su inteligencia por una luz sobrenatural infusa.

"*La mirada de su inteligencia,* dice la Santa[2], *se dirige entonces a mí, para contemplar mi divinidad, llevándose consigo la voluntad, que se une a mí para alimentarse de mí.* Esta vista es una *gracia infusa* que concedo al alma

[1] *Dialogue,* ch. 66; I, 224-226.
[2] *Dialogue,* ch. 160; II, 290-292.

que de veras me ama y me sirve." En este sentido se dice que un Santo Tomás recibió más luz en la oración que en el estudio [1].

Estamos ya en la contemplación infusa de que nos hablará San Juan de la Cruz, la cual se concede generalmente, dice este contemplativo, a las almas adelantadas en el camino de la perfección y a las ya perfectas [2]. La Santa añade: "Esta misma luz infusa tuvieron los Doctores, los Confesores, las Vírgenes y los Mártires; todos ellos han sido iluminados con esta perfecta luz, y cada uno de diversa manera, según la necesidad de su salud y de las criaturas... Esta luz sobrenatural la da Dios de gracia a los humildes que quieren recibirla... mas los soberbios se ciegan con la misma luz, porque su soberbia y la nube de su amor propio han cubierto y oscurecido esta claridad. Por lo cual entienden de la Escritura más la letra que el espíritu y el sentido. Por lo mismo, sólo sienten gusto en el sonido de la letra, revolviendo muchos libros, sin gustar la médula de la Escritura, porque se han privado de la luz con que ella fué compuesta y declarada" [3].

De lo dicho se desprende que esta luz de vida, que es la del don de sabiduría, se concede normalmente, como lo

[1] No significa esto que Santo Tomás adquiriera en la oración la ciencia de una conclusión nueva o de una nueva tesis. Mas quiere decir que *de los principios* que el Angélico Doctor solía contemplar, *algunos se le manifiestan en la oración en toda su grandeza*, como puntos culminantes que ilustran toda la doctrina. En la oración aparece, por ejemplo, la alteza y universalidad del siguiente principio, por él formulado (Iª, q. 20, a. 3): "*Siendo el amor de Dios causa de la bondad de las criaturas, nadie sería mejor que su prójimo, si no fuera más amado de Dios.*" Este principio contiene virtualmente el tratado de la Predestinación y el de Gracia, que se reducen a simples corolarios.

[2] San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*, libro 1, c. 14: "Salió el alma a comenzar el camino y vía del espíritu que es de los aprovechantes y aprovechados, que por otro nombre llaman la vía iluminativa o de *contemplación infusa*, con que Dios, de suyo, anda apacentando y reficionando el alma sin discurso ni ayuda activa de la misma alma."

[3] *Dialogue*, ch. 160 (vers. esp., cap. 85).

había dicho Santo Tomás [1], según el grado de caridad. Lo cual hace decir a la Santa *(Ibid.)*: "*Con esta luz me aman, porque el amar sigue al entender; y cuanto más se conoce, más se ama, y cuanto más se ama, más se conoce, y así lo uno fomenta lo otro* [2]. Si los que escriben sobre Rafael y Miguel Angel nada descuidan para estudiar a fondo su tema, tampoco nosotros hemos de perdonar medio de profundizar el Evangelio y de vivir de la Santa Misa.

Dice también la Santa en el cap. 28: "*Ni los ojos pueden ver, ni el oído oír, ni la lengua explicar el contentamiento que tiene quien va por este camino;* porque aun en esta vida gusta y participa del bien que le está dispuesto y aparejado para la eterna" [3]. "*Est quædam inchoatio vitæ æternæ*", había dicho Santo Tomás [4].

La Santa describe el estado de unión en el cap. 89, distinguiéndolo enteramente de las visiones y revelaciones, de que habla en el cap. 70. Aquí se unen *el conocimiento experimental de la propia indigencia y el de la infinita bondad de Dios;* son, dice la Santa, como los extremos del diámetro de un círculo que fuera ensanchándose indefinidamente hasta nuestra entrada en el cielo [5]. Esta bella imagen da a entender a las claras cuán unidos van ambos conocimientos experimentales, muy distintos del conocimiento abstracto y especulativo. Estamos en el centro mismo de la verdadera vida espiritual.

"Al crecer (el alma) en la virtud, ejercítase en la luz del conocimiento de sí misma, *concibe desagrado* y odio perfecto de sí, *y saca un verdadero conocimiento de mi bondad, con encendido amor*, comenzando a unirse y conformar su voluntad con la mía; y empieza a sentir gozo y

1 Iª-IIæ, q. 68, a. 5. Los dones están unidos a la caridad y se desarrollan con ella; el don de sabiduría tiene con ella más estrecha relación (Cf. IIª-IIª, q. 45, a. 2, 3, 4, 5).

2 *Dialogue*, ch. 161; II, 295 (vers. esp., cap. 85).

3 *Dialogue*, ch. 28; I, 95.

4 IIª-IIª, 24, a. 3, 2m.

5 *Dialogue*, ch. 89; I, p. 307; cap. 3, p. 12; cap. 72, p. 245.

compasión. El gozo que siente es efecto del amor...; y se duele al mismo tiempo amorosamente de la ofensa mía y del daño del prójimo... Queda desolada de no poder honrar y glorificar mi nombre como desearía, y en su angustiosa aflicción halla sus delicias en *hartarse en la mesa de la Santa Cruz para asemejarse al Cordero inmaculado, humilde y paciente, mi Unigénito Hijo*"[1]. Estamos aquí en el centro del misterio de la Redención.

La contemplación que sigue a esta unión con Dios que constituye la perfecta vida cristiana, es realmente infusa, como dice la Santa al fin del cap. 60 y en el cap. 61: "Si mis siervos, disgustados de su imperfección, comienzan a amar la virtud y arrancan con santo odio la raíz del amor propio espiritual que hay en ellos..., *me serán entonces tan agradables que me manifestaré a ellos*... Además del modo general de manifestación, que abraza a todos los que viven en caridad común..., hay otro que es particular a los que se han hecho amigos, los cuales conocen, gustan y *experimentan mi caridad en el fondo de sus almas*. Hay una segunda manifestación de mi caridad, la cual acontece en el alma misma, cuando me revelo a ella por el sentimiento del amor... A veces me revelo al alma concediéndole el espíritu de profecía[2]. Pero, como se ve por el cap. 70, este favor último no es normal, sino extraordinario.

*
* *

IV. — *De las pruebas providenciales y de la unión con Dios.*

La unión con Dios, de que acabamos de hablar, presupone manifiestamente la mortificación o purificación activa, que mata en nosotros la concupiscencia de la carne, la de los ojos y la soberbia de la vida. ¿Presupone también purificaciones pasivas o la aceptación generosa y sufrida de la cruz?

[1] *Dialogue*, ch. 89; I, p. 307s.
[2] *Dialogue*, ch. 60 y 61; I, p. 202-204.

Ciertamente que sí. La doctrina expuesta por Santa Catalina es clarísima, cuando habla de la tentación, de las tribulaciones de los justos y de las diversas clases de lágrimas, muy distintas unas de otras, según procedan del amor propio o del amor puro.

El alma puede resistir siempre a las tentaciones por virtud de la sangre del Salvador; Dios nunca pide imposibles. Las tentaciones resistidas nos hacen ahondar el conocimiento de nosotros mismos y el de la bondad de Dios y fortalecen la virtud [1].

Cuanto a las tribulaciones, Dios nos las envía para purificarnos de nuestras faltas e imperfecciones y para ponernos en la necesidad de crecer en su amor, cuando en él sólo hallamos aire respirable [2]. La manera de recibir estas pruebas es la piedra de toque de la perfección del alma [3].

Después de las lágrimas estériles del amor propio, después de las que proceden del amor servil, que más teme el castigo que el pecado, acaba el alma por conocer las lágrimas del amor puro, como dice el cap. 89: "*Vencido el amor sensitivo* (por medio de la mortificación y de las primeras pruebas), *queda todavía el amor propio espiritual que apetece los consuelos espirituales,* ora vengan directamente de mí, ora de alguna criatura a quien ama espiritualmente. Cuando, pues, el alma probada se ve sin lo que ama, ya sea de los consuelos que yo le haya concedido, ya de los exteriores que recibía de las criaturas, sobreviniéndole tentaciones y persecuciones de parte de los hombres, siente dolor en el corazón; e inmediatamente que el alma siente el dolor y la aflicción del corazón, comienza a derramar *lágrimas dulces y compasivas de sí misma, pero con una compasión espiritual* de amor propio... Al crecer en la virtud, ejercítase en la luz del conocimiento de sí misma, concibe desagrado y odio per-

[1] *Dialogue,* ch. 43; I, p. 142; ch. 59; II, p. 197; ch. 165; II, p. 316s.
[2] *Dialogue,* ch. 24; I, p. 82; ch. 54; I, p. 153ss., ch. 144s.; II, 197, 201-207.
[3] *Dialogue,* ch. 95; I, p. 340ss; ch. 141; II, p. 173-175.

fecto de sí... *doliéndose tan sólo de la ofensa mía y del daño del prójimo*... Entonces comienzan los ojos a derramar lágrimas de puro amor..., el alma se siente a la vez *feliz y apenada;* feliz por la unión que hizo conmigo, gustando del amor divino, y apenada por las ofensas que se hacen contra mi Bondad y Grandeza, que ella ha visto y gustado en el conocimiento de sí misma y de mí. Esta aflicción no es obstáculo para el estado de unión"[1]. Se asemeja a la aflicción de Nuestro Señor, que aun en la Cruz iba acompañada de paz perfecta[2].

Las purificaciones que nos llevan al estado de unión son evidentemente las pasivas, de las que habla largamente San Juan de la Cruz. Para penetrarse de ello, basta leer el cap. 24 de *El Diálogo* de la Santa: *De cómo Dios poda la viña para que produzca más fruto;* asimismo el cap. 43: de la utilidad de las tentaciones; el cap. 45: a quiénes no hacen daño las espinas; el cap. 20: que nadie puede agradar a Dios sin sufrir con paciencia las tribulaciones.

*
* *

V. — *Conclusión: Exhortación general.*

¿Qué consecuencias sacar de todo lo dicho? Los textos

[1] *Dialogue*, ch. 89; I, p, 306-309. Véase también el cap. 91, que trata de las lágrimas de fuego completamente interiores, que lloran los santos a la vista de la pérdida de las almas, no pudiendo derramarlas por los ojos corporales, lo que sería un consuelo para ellos.

Hay, pues, cinco clases de lágrimas (cf. versión del P. Hurtaud, t. II, p. 154):

1ª *Lágrimas de los mundanos* por la pérdida de los bienes materiales.

2ª *Lágrimas de los esclavos*, dominados por el temor servil, que lloran por el castigo que han merecido.

3ª *Lágrimas de los siervos mercenarios*, que lloran, sí, su pecado, pero también la pérdida de los consuelos.

4ª *Lágrimas de los perfectos*, que lloran la ofensa de Dios y la perdición de las almas.

5ª *Lágrimas de los muy perfectos*, que lloran su destierro, que les priva de la vista de Dios y de la unión indisoluble con él.

[2] Cf. Santo Tomás, IIIª, q. 46, a. 8.

que acabamos de citar lo manifiestan a las claras :la unión con Dios, en la cual consiste normalmente la plenitud de la vida cristiana, no es sólo una unión activa, fruto de nuestra actividad personal, ayudada de la gracia ordinaria; es también una unión pasiva, fruto de la docilidad al Espíritu Santo, a las inspiraciones divinas de los siete dones, que normalmente crecen con la caridad.

Así llega el alma a una manera contemplativa de orar, de leer la Sagrada Escritura, de oír la Santa Misa, contemplando cada día más profundamente sobre el valor infinito del sacrificio del altar, que en substancia perpetúa el de la Cruz. Llega a una manera contemplativa de ejercer el apostolado, sin perder la unión con Dios, antes bien conservándola siempre para comunicarla a los demás.

¿Son todas las almas interiores llamadas a tal estado de unión? Responde la Santa a esta pregunta cuando en el cap. 53 explica las palabras de Nuestro Señor: *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. Del seno de aquel que cree en mí manarán*, como dice la Escritura, *ríos de agua viva (Ioann.* 7, 37).

"Todos vosotros, dice *El Diálogo*, estáis convidados general y particularmente de mi Verdad, cuando gritaba en el Templo con ardiente deseo, diciendo: *Quien tiene sed, venga a mí y beba, porque yo soy fuente de agua viva*... [1] Se os convida, pues, a la fuente del agua viva de la gracia. Conviene que caminéis con perseverancia por El, por mi Hijo, a quien hice puente, de tal manera que ninguna espina ni viento contrario de prosperidad, ni adversidad, ni otra pena que padezcáis, os obligue a volver la cabeza atrás, antes bien debéis perseverar hasta que me halléis a mí, que soy quien os da agua viva; pero debéis beberla por medio de mi Unigénito Hijo, el dulce amoroso Verbo... *Es, pues, necesario para andar este camino, tener sed*, porque solamente son convidados aque-

[1] Trátase aquí de un llamamiento, no sólo general, sino individual, que para muchos se queda en *llamamiento remoto*, siéndolo *próximo* para aquellos que se disponen a seguirlo.

llos que la tienen, cuando se dijo: QUIEN TENGA SED, *venga y beba.* El que no tiene sed, no persevera en el camino, porque, o se detiene por el trabajo, o por el placer; no cuida de llevar el vaso con que pueda sacar agua, ni de ir con compañía. Solo no puede caminar; por eso vuelve a mirar atrás cuando siente las espinas de las persecuciones, y se hace mi enemigo. Teme porque está solo, pero si tuviese compañía, no temería... Es por consiguiente necesario tener sed...

"Y porque entonces se halla el hombre lleno de la caridad mía y del prójimo, se halla, consecuentemente, acompañado de muchas virtudes verdaderas. *Entonces el apetito del alma está dispuesto a tener sed de la virtud, de mi honra y de la salvación de las almas;* y está apagada y muerta en ellas cualquier otra sed. En este estado muévese el alma ardientemente a seguir el camino de la verdad, en el cual halla la fuente del agua viva... Llegada allá, pasa por la puerta de Cristo crucificado, y gusta del agua viva, hallándose en mí, que soy océano de paz" [1].

La misma idea expone la Santa en el Cap. 26 por medio de otro símbolo, donde el Padre le invita a pasar por *un puente que une la tierra con el cielo,* el cual puente es Nuestro Señor Jesucristo, que es camino, verdad y vida. "*Los pies* del Salvador, taladrados por los clavos, son el primer escalón para subir al *costado,* que es el segundo escalón donde te será revelado el secreto del corazón... Entonces el alma, viéndose amada, se llena de amor. Sube luego del segundo escalón al tercero, que es la *boca* llena de dulzura, donde encuentra la paz."

¿Cuál es, finalmente *la señal* para conocer que el alma ha llegado al amor perfecto? El Señor se lo explica a Santa Catalina de Sena en los capítulos 74 y siguientes hasta el 79: "Ahora resta decirte en qué se conoce que las almas han llegado al amor perfecto.

"Pues se muestra en aquella misma señal que fué dada a los santos discípulos después que recibieron el Espí-

[1] *Dialogue,* ch. 53s.; I, p. 180-187.

ritu Santo, que salieron de la casa en que estaban y dejando el temor anunciaban mi palabra, predicando la doctrina del Verbo, mi Unigénito Hijo, *menospreciando las penas, o por mejor decir, gloriándose en ellas.* Así éstos, como enamorados de mi honor y hambrientos de la salud de las almas, *corren a la mesa de la santísima Cruz,* sin otra ambición que ser útiles al prójimo... Corren ardorosamente por el camino de Cristo crucificado, siguiendo su doctrina sin moderar la marcha ni por las injurias, ni por las persecuciones, ni por los placeres que les ofrece el mundo. Pasan sobre todo esto con valor inquebrantable e imperturbable perseverancia, el corazón transformado por la caridad, gustando y saboreando este manjar de la salud de las almas, dispuestos a padecer todo por ellas. Aquí se prueba que el alma indudablemente ama a su Dios de una manera perfecta y desinteresada... Si estas almas perfectas se aman a sí mismas, es por mí; si aman al prójimo, es por mí, para tributar honor y gloria a mi nombre... En medio de todas las injurias brilla y reina en ellos la paciencia. *A éstos les concedo la gracia de sentir que nunca estoy separado de ellos,* mientras que en los demás voy y vengo, no porque les retire mi gracia, sino más bien el sentimiento de mi presencia. Pero no obro de esta suerte con los que han llegado a gran perfección y han muerto enteramente a su voluntad propia. En éstos descanso sin interrupción por medio de mi gracia y *por la experiencia que les doy de mi presencia.*" (Ch. 78). Esto es, sin género de duda, el ejercicio más excelente de la caridad y del don de sabiduría, que nos da, dice el Angélico Doctor[1], el conocimiento que podríamos llamar experimental de la presencia de Dios en nosotros. Esta es la verdadera vida mística, cumbre del desarrollo normal de la vida de la gracia y preludio de la vida del cielo.

Los que conocen la doctrina espiritual de Santo Tomás pueden observar que concuerda en un todo con estas

[1] Iª-IIªᵉ, q. 45, a. 2.

palabras pronunciadas en éxtasis por Santa Catalina de Sena; y estamos persuadidos de que encierran la expresión de la doctrina tradicional, que se contenta con acentuar donde sea preciso las palabras del Evangelio y de las Epístolas. "*Qui manet in caritate, in Deo manet, et Deus in eo.* —El que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él." *(I Ioann.* 4, 16). "*Unctio ejus docet vos de omnibus.* —La unción del Señor os enseña en todas las cosas." *(I Ioann.* 2, 27). "*Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei. Si autem filii et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi, si tamen compatimur ut et conglorificemur.* —El Espíritu está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo; con tal que padezcamos con él, a fin de que seamos con él glorificados." *(Rom.* 8, 17). "*Mortui enim estis et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo. Cum Christus apparuerit, vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria.* —Muertos estáis ya, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con él gloriosos." *(Coloss.* 3,3 s.).

¿Hemos acaso violentado el sentido de los textos de El Diálogo? Más acertado sería decir, por el contrario, que no hemos agotado plenamente su contenido. Como decía Rafael, "comprender es igualar", y para penetrar plenamente el sentido de los textos citados sería preciso tener el espíritu de fe y la caridad de la Santa de Sena.

He aquí, pues, expuesto según el testimonio de Santa Catalina de Sena el camino de la perfección, trazado por la Providencia desde toda la eternidad. Es el camino que conduce a la fuente de agua viva: "Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba, y de su pecho correrán ríos de agua viva..." "El agua que yo le daré, vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que brote para vida eterna."

QUINTA PARTE

LA PROVIDENCIA, LA JUSTICIA Y LA MISERICORDIA

CAPÍTULO I

LA PROVIDENCIA Y LA JUSTICIA DIVINAS

Habiendo tratado de la Providencia en sí misma y de sus designios sobre las almas, tócanos ahora considerar sus relaciones con la Justicia divina y con la Misericordia. Así como en nosotros la prudencia va unida con la justicia y gobierna las demás virtudes, así también en Dios la Providencia se une con la Justicia y la Misericordia, que son las dos grandes virtudes del Amor divino para con el hombre. La Misericordia tiene por fundamento el soberano Bien en cuanto que es difusivo, comunicativo de sí mismo. La Justicia estriba en los imprescriptibles derechos del soberano Bien a ser amado sobre todas las cosas.

Estas dos virtudes, dice el Salmista, van juntas en todas las obras de Dios: "*Omnes viæ Domini misericordia et veritas.*" (*Ps.* 24, 10). Pero, como advierte Santo Tomás (Iª, q. 21, a. 4), en ciertas obras divinas, como los castigos, se manifiesta más la Justicia; en otras, como en la justificación o conversión del pecador, resplandece la Misericordia.

La Justicia, que atribuímos a Dios por analogía, no es la justicia conmutativa, que regula las transacciones humanas, pues nada podemos ofrecer a Dios que no le pertenezca. La Justicia que se le atribuye es la *justicia distributiva*, semejante a la del padre para con sus hijos, a la del rey para con los súbditos. Tres cosas hace Dios por medio de su Justicia: 1º, da a cada criatura lo necesario para alcanzar su fin; 2º, premia los méritos; 3º, castiga las faltas y los crímenes, mayormente cuando el culpable no implora misericordia.

Nos interesa examinar cómo dirige la Providencia los actos de la Justicia: 1º, durante nuestra vida; 2º, en el momento de la muerte; 3º, después de esta vida.

*
* *

La Providencia y La Justicia durante nuestra vida.

La Providencia y la Justicia se unen para darnos durante la vida presente *los medios necesarios para conseguir nuestro fin*, es decir, para vivir honradamente, según la recta razón, conocer a Dios de una manera sobrenatural, amarle, servirle, y obtener la vida eterna.

Hay sin duda entre los hombres *gran desigualdad de condiciones naturales y sobrenaturales*. Unos son ricos, otros pobres; éstos poseen buenas dotes naturales, aquéllos, temperamento áspero, salud precaria, carácter melancólico. Pero el Señor nunca obliga a lo imposible, y nadie es tentado sobre sus fuerzas ayudadas de la gracia. El salvaje del centro de Africa o de América ha recibido sin duda mucho menos que nosotros; pero de cumplir cuanto su conciencia le dicta, la Providencia le concederá gracias sobre gracias, hasta la de la buena muerte, por donde llegará a alcanzar la vida eterna. Jesús murió por todos los hombres; y sólo serán privados de la gracia necesaria para la salvación quienes a ella resisten. Dios, que nunca manda lo imposible,

a todos ofrece las gracias necesarias para su salvación.

Y todavía es más; porque *no es cosa extraordinaria que la Providencia y la Justicia compensen la desigualdad de los dones naturales mediante la distribución de bienes sobrenaturales.* No es raro que el pobre agrade más a Dios y reciba de él mayores gracias que el rico. Recordemos la *parábola del rico epulón* (*Luc.* 16, 19-31): "Hubo cierto hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo, llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta de éste, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico, mas nadie se las daba; pero los perros venían y lamíanle las llagas. Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y..., como estuviese en los tormentos, invocaba a Abraham..., el cual le respondió: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así, éste ahora es consolado, y tú atormentado." Esto demuestra que a veces la Providencia y la Justicia divinas compensan la desigualdad de las condiciones naturales por medio de la distribución de los bienes sobrenaturales. Nos dicen las bienaventuranzas evangélicas que quien se ve privado de las alegrías terrenas, se siente a veces más atraído que los demás por las alegrías de la vida interior. Nos lo da a entender Nuestro Señor cuando dice: "Bienaventurados los pobres de espíritu..., bienaventurados los mansos..., bienaventurados los que lloran..., los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos."[1]

Jesús quiere que algunos de sus siervos vivan crucificados, porque se asemejen a él en la oblación efectiva de todo su ser por la salud de los pecadores. Continúa viviendo en ellos; su oración y sus padecimientos, y sobre todo su amor, perduran en ellos en cierta manera hasta

[1] Cf. el *Cántico de Ana* (I *Reg.* 2, 1-10) y el *Magnificat.*

el fin del mundo, porque el amor perfecto es la entrega completa de sí mismo.

Hay personas que en ciertos momentos encuentran cerrados todos los caminos de la vida; ninguna esperanza humana se vislumbra. Este suele ser a veces el momento en que se les concede una vocación superior. Otras personas languidecen largos años en el lecho del dolor. Sólo hay para ellas un camino abierto: el de la santidad [1].

De esta manera la Providencia y la Justicia, dando a cada uno lo necesario, compensan a menudo por medio de la gracia la diferencia de las condiciones naturales. *También nos recompensan nuestros méritos*, aun en esta vida, *y nos recuerdan nuestros graves deberes por medio de saludables advertencias* y de correcciones bien merecidas, que vienen a ser *penas medicinales* para hacernos volver al buen camino. No de otra manera corrige la madre al hijo a quien ama con amor racional y fuerte. Recibiendo bien estas correcciones saludables expiamos nues-

[1] Así ocurrió recientemente al santo P. Girard, de Coutances, cuya vida llena de dolores refiere Myriam de G. en *Vingt-deux ans de martyre*.

Otras veces el progreso espiritual tiene su origen en atroces calumnias. Bajo el pontificado de Pío X vivió en Roma un ferviente cristiano, llamado Arístides Leonori, arquitecto que había construído bellas iglesias en diversos países y que fundó en Roma una obra de protección para niños huérfanos. Fué calumniado de la manera más infamante ante los tribunales civiles de Roma por uno de los huérfanos, comprado por los enemigos de aquella obra de caridad. Con tan duro golpe la obra parecía condenada al fracaso. Leonori, cuyos cabellos encanecieron en una noche, se presentó ante el tribunal y oyó la acusación formulada públicamente contra él por aquel joven a quien había colmado de beneficios. Terminado que hubo el joven, Leonori le dirigió una mirada profunda y se limitó a decirle: "Amigo mío, ¿cómo hablas así después de todo lo que he hecho por ti desde tu infancia?" No pudo el joven contener su emoción, y deshecho en llanto declaró que le habían pagado por calumniar en aquella forma a Leonori y destruir su obra. En esta tribulación encontró de una manera definitiva el camino real de la cruz; era amigo de Pío X y murió en olor de santidad.

tras faltas, de las cuales se sirve Dios para inspirarnos humildad más sincera, amor más puro y firme. Las almas se clasifican por la manera como atienden a estas advertencias de Dios.

*
* *

La Providencia y la Justicia en la hora de la muerte.

Generalmente los que han vivido con la atención puesta en los avisos de la Justicia de Dios y en los imprescriptibles derechos del soberano Bien a ser amado sobre todas las cosas, no se verán sorprendidos por la muerte, y hallarán la paz en aquel momento supremo. De muy distinta manera sucede ordinariamente con quienes no han querido oír los avisos divinos, y en vida confundieron la esperanza con la presunción.

Si hay algo que está en manos de la Providencia, es la hora de nuestra muerte. "*Estad siempre prevenidos*, dice Nuestro Señor, *porque a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre*" (*Luc.* 12, 40). También la forma en que hemos de morir, las circunstancias de nuestra muerte, todo ello es completamente desconocido para nosotros, y depende de la divina Providencia, en la cual hemos de confiar, preparándonos para una buena muerte mediante una vida edificante.

Cuán distintas son, miradas por el lado de la Justicia divina, la muerte del justo y la del pecador impenitente.

El *Apocalipsis* (20, 6, 14) llama "segunda muerte" la del pecador impenitente; porque el pecador ya había muerto espiritualmente a la vida de la gracia; y si su alma se separa del cuerpo en tal estado, será privada para siempre de la vida sobrenatural. Líbrenos Dios de esta "segunda muerte".

El pecador impenitente, dice Santa Catalina de Sena [1], "se presenta al sumo Juez con su injusticia y con la

[1] *Dialogue,* ch. 131.

antorcha de la fe apagada. Habíala sacado encendida del Bautismo; mas la apagó con el soplo de la soberbia y de la vanidad. De su corazón hizo una vela que desplegó a los vientos que eran contrarios a la salvación: la vela del amor propio, expuesta a los vientos de la adulación; con la cual corría por el río de las delicias y grandezas mundanas, abandonándose a las seducciones de la carne frágil, a las astucias y a los lazos del demonio."

"*Los remordimientos de conciencia* (que no se deben confundir con el arrepentimiento) *se despiertan entonces con tal vehemencia,* dice la Santa, *que roen al pecador lo más íntimo de su ser.* En aquella hora suprema reconoce la verdad de lo que antes desatendió. El conocimiento de su error le pone en gran aprieto, y allá está el demonio..., para arrastrarle a la desesperación."[1]

¿Qué decir, leemos en *El Diálogo,* de la lucha que sorprende al pecador desarmado, privado de la fe viva que está como apagada en él, privado también de la firme esperanza que no procuró alimentar en sí mismo por medio de la confianza en el Señor y de las buenas obras? El desventurado puso la confianza en sí mismo, sin advertir que cuanto poseía era prestado y que algún día tendría que rendir cuenta de ello. También se ve privado de la llama de la caridad, del amor de Dios que ha totalmente perdido. Se encuentra solo con su desnudez espiritual, sin ninguna virtud, y habiéndose negado a oír tantos avisos que en vida le fueron dados, doquiera que mira sólo encuentra motivos de confusión. En vida nunca meditó bastante en la Justicia divina, bajo cuyo peso ahora se siente agobiado, mientras el enemigo del bien le representa que para él ya no hay Misericordia. ¡Cuánto debemos orar por los agonizantes! Si lo hacemos, otros rogarán por nosotros en la hora de nuestra muerte.

Todavía en aquellos últimos momentos se inclina al

[1] *Dialogue,* ch. 132.

pecador la Misericordia divina, como se volvió a Judas, cuando Nuestro Señor le dijo en la Cena (*Matth.* 26, 24): "*¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡mejor le fuera no haber nacido!*" No dice Jesucristo quién sea el que le va entregar; es demasiado bueno para revelarlo. "Tomando la palabra Judas, que era el que le entregaba, dijo: "*¿Soy quizá yo, Maestro?*" —"*Tú lo has dicho,* respondió Jesús." —Cuando Judas hizo el último de todos esta pregunta: "¿Soy yo quizá Maestro?", trataba de disimular, como si fuera posible ocultar nada a quien veía acá abajo los secretos de los corazones. Conviene advertir, nota Santo Tomás en su comentario a estas palabras, la mansedumbre con que Jesús le llama todavía *amigo* y le contesta: *Tú lo has dicho,* como si le dijera: "No lo afirmo ni lo revelo yo, tú mismo lo has dicho." Nuestro Señor se muestra una vez más lleno de longanimidad y de misericordia, *disimulando los pecados de los hombres* para darles un saludable aviso y traerles a penitencia. Nos lo dice la Escritura con estas palabras tan conmovedoras: *Longanimis* (est Dominus) *et multum misericors* (*Ps.* 102, 8): *dissimulans peccata hominum propter pœnitentiam* (*Sap.* 11, 24). Escuchen los mansos y se alegrarán: *Audiant mansueti et lætentur.*

Este último aviso de Dios nos permite preguntar: ¿Se atreverían a afirmar los pecadores que Dios es tirano con ellos? Los tiranos son ellos mismos; ellos son quienes no tienen benevolencia para consigo mismos ni para con Dios, negándole la alegría de decir de ellos como del hijo pródigo: "*mi hijo se había perdido, y lo he encontrado: perierat et inventus est*" (*Luc.* 15, 32).

¡Oh! si el pecador descarga su conciencia por medio de una confesión sincera, por un acto de fe, de confianza en Dios, se salva en aquel último minuto por la Misericordia divina, que viene a unirse a la Justicia. De quererlo y de no poner resistencia, todos podemos en la hora de la muerte recuperar la esperanza por medio de la Mise-

ricordia. A los remordimientos sigue entonces el arrepentimiento.

De otra suerte, el alma sucumbe al remordimiento y se abandona a la *desesperación:* pecado más grave todavía que los anteriores, que ni siquiera admite la excusa de la flaqueza ni de la seducción de la sensualidad; *pecado que consiste en juzgar que sus crímenes exceden la Misericordia divina.* Y una vez cometido este pecado, el alma sólo se duele de su propia desdicha, y no de la ofensa inferida a Dios; y este dolor dista mucho del de atrición y del de contrición.

* * *

¡Oh! bienaventurado el pecador que entonces se arrepiente, como el buen ladrón, pensando que "*la Misericordia divina es,* como lo dice Santa Catalina de Sena[1], *incomparablemente mayor que todos los pecados que pueden cometer todas las criaturas juntas*".

Más bienaventurado aún el justo que durante toda su vida meditó en el deber que debía cumplir por amor, y después de haber merecido y luchado en este mundo, ansía la muerte para gozar de la visión divina, a semejanza de San Pablo que anhelaba morir para vivir con Cristo: "*cupio dissolvi et esse cum Christo*" (*Philip.* 1, 23).

La paz inunda en la agonía el alma de los justos en la medida de la perfección de cada uno; y a veces de manera especial el alma de los que más temieron en vida la Justicia divina. Su muerte es tranquila porque en vida triunfaron de los enemigos[2]. Sujetaron la sensualidad por medio del freno de la razón. La virtud triunfa de la naturaleza, reprime el temor natural de la muerte, por el deseo de alcanzar el último fin, el Bien soberano. La conciencia de quien ha vivido en conformidad con la justicia, permanece tranquila, por más que el demonio intente perturbarla y espantarla.

[1] *Dialogue,* ch. 132.
[2] *Dialogue,* ch. 131.

Verdad es que entonces se pone más de manifiesto el valor del tiempo de la prueba y el precio de la virtud; con lo que el alma del justo se duele de no haber empleado bien el tiempo. Pero esta pena no le agobia, antes bien le aprovecha, inclinando el alma al recogimiento, antes de ponerse en presencia de la preciosa sangre del Salvador, *del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo.* La Misericordia y la Justicia se unen de modo admirable en este paso del tiempo a la eternidad. El justo presiente al morir la felicidad que le está preparada y se goza ya en su dicha, que a veces se le manifiesta reflejada en el rostro.

*
* *

La Providencia y la Justicia en la otra vida.

Luego de la muerte intervienen la Providencia y la Justicia *en el juicio particular.* Nos lo dice claramente la Revelación en la *parábola* antes mencionada *del rico epulón y del pobre Lázaro,* cuyas almas son definitivamente juzgadas tan pronto como han salido de este mundo. Nos lo enseña también San Pablo en diversos lugares: "Es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago de las buenas o malas acciones que hubiere hecho estando en su cuerpo."[1] "Tengo deseo de verme libre (de este cuerpo) y estar con Cristo."[2] "He concluído la carrera..., no me resta sino recibir la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día como justo Juez; y no sólo a mí, mas también a los que desean su venida."[3] "*Está decretado a los hombres el morir una sola vez, y después el juicio.*"[4]

La Iglesia primitiva creía que los mártires entraban de

[1] *II Cor.* 5, 10.
[2] *Philip.* 1, 23.
[3] *II Tim.* 4, 8.
[4] *Hebr.* 9, 27.

inmediato en el cielo, y que los criminales impenitentes, como el mal ladrón, eran castigados luego de su muerte.

Explícase la naturaleza de este juicio particular por el estado en que el alma queda separada del cuerpo; en cuanto lo abandona, se ve como sustancia espiritual, como espíritu puro, y conoce al punto su estado moral; recibe *una luz interior* que hace inútil toda discusión; Dios pronuncia la sentencia, la cual es transmitida por la conciencia, que es el eco de la voz de Dios; entonces ve el alma con toda claridad lo que merecen sus buenas o malas obras, que en aquel momento recuerda con toda claridad. Lo dice la Liturgia de un modo simbólico en el *Dies iræ*: "*Liber scriptus proferetur, in quo totum continetur:* El alma verá todo cuanto de ella está escrito en el libro de la vida." [1]

La Justicia impondrá entonces *castigos proporcionados a las faltas*, ya temporales, ya eternos. El pecado mortal, del cual no quiso uno arrepentirse antes de la muerte, será después de ella como una enfermedad incurable de un

[1] Newman, en *The Dream of Gerontius*, pone estas palabras en boca del ángel de la guarda, inmediatamente después de la muerte de Geroncio: "Cuando veas a tu Juez (Jesucristo) —si te cabe esta suerte— su vista encenderá en tu corazón una gracia extraordinaria de respeto y de profunda ternura. Desfallecerás de amor y suspirarás hacia El, incapaz de otro sentimiento que el de una intensa compasión, viendo que *quien es tan amable* se haya humillado hasta el punto de *ser tratado tan vilmente por un ser tan vil como tú*. Hay en sus pensativos ojos una mirada tan suplicante, que te turbará y te llegará a lo vivo. *Y te aborrecerás y te harás odioso a ti mismo*, pues aunque libre ahora de pecado, *sentirás por tus pecados pasados* una pena tan grande cual nunca la sentiste. Y se apoderará de ti *un doble y ardiente deseo: el de huir* y ocultarte de su vista, y al mismo tiempo el de *permanecer* en presencia de su hermosura soberana. Estas dos penas tan agudas, tan opuestas, la aspiración ardiente hacia El cuando ya no Le veas y la vergüenza de ti mismo ante la idea de verle, serán para ti verdadero y dolorosísimo purgatorio... *El Rostro del Dios encarnado te penetrará de este dolor agudo y sutil.* Sin embargo, el recuerdo de este dolor será un soberano febrífugo para curar la llaga, la llaga que ese dolor mantendrá cada vez más profunda y más abierta."

ser inmortal, del alma. El pecador se apartó del Bien Soberano y no quiso arrepentirse; negó prácticamente a Dios la dignidad infinita de fin último, y no se retractó de esta negación práctica cuando todavía estaba a tiempo. Es un *desorden consciente e irreparable;* existen los remordimientos, pero sin arrepentimiento; *el orgullo y la rebeldía persisten, y también la pena merecida por ellos;* la cual consiste sobre todo en la privación perpetua de la vida divina, de la gracia y de la visión de Dios, de la felicidad suprema, junto con la certeza de haber malogrado para siempre y por propia culpa su destino [1].

Aquí se manifiesta infinita la Justicia divina; es un misterio inescrutable para nosotros, lo mismo que el de la Misericordia.

Los conceptos que en este mundo podemos tener de la Justicia y de las demás perfecciones divinas, aun despojados de toda limitación, resultan limitados, ceñidos y restringidos. Nos imaginamos en realidad que los atributos divinos son *distintos* los unos de los otros, aun creyendo que no hay entre ellos distinción real. De donde se sigue que *estas ideas limitadas endurecen un tanto la fisonomía espiritual de Dios*, como sucede al reproducir en mosaico el rostro humano. Teniendo nosotros de la Justicia divina un concepto *distinto* del de la Misericordia, nos imaginamos que la Justicia divina no sólo es infinitamente justa, mas también demasiado severa, y que la Misericordia es arbitraria.

En el cielo veremos que aun las perfecciones divinas más opuestas en apariencia están *íntimamente* unidas y se *identifican sin destruirse* en la *Deidad*, es decir, en la vida íntima de Dios, que entonces conoceremos de una manera clara e inmediata.

Entonces veremos que la Justicia y la Misericordia sólo en Dios existen *en estado puro*, es decir, exentas de toda imperfección, y que en El no puede existir la Jus-

[1] Cf. Santo Tomás, Iª-IIae, q. 87, a. 3.

ticia sin la Misericordia, como tampoco la Misericordia sin la Justicia y la Providencia; de la misma manera que en nosotros las virtudes cardinales van juntas y no se pueden separar [1].

Estas cosas ven los santos luego del juicio particular, terminado el cual entran en la gloria eterna.

* * *

Se manifiesta de nuevo la Justicia divina en el *juicio universal*, después de la resurrección de los cuerpos, según aquellas palabras del Credo: "*Credo in Jesum Christum..., qui venturus est juridicare vivos et mortuos.*" Nuestro Señor dice por *San Mateo* (25, 31-46): "Todos los pueblos de la tierra verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y gloria. El cual enviará luego a sus ángeles con sus resonantes trompetas, y consagrará a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde el último cabo de la tierra hasta la extremidad del cielo." De no ser Jesús el Hijo de Dios, ¿cómo habría podido pronunciar estas palabras, siendo un humilde obrero? Sería locura manifiesta; mas todo nos viene a demostrar que, por el contrario, en ellas se encierra la sabiduría misma.

El juicio universal es de evidente conveniencia; porque el hombre, a más de ser una persona privada, vive en sociedad; y por medio de este juicio se pondrán de manifiesto ante todo el mundo *la rectitud de los caminos de la Providencia*, el motivo de sus decisiones y sus efectos. *La Justicia divina aparecerá soberanamente perfecta*, en tanto que la justicia humana es con frecuencia deficiente. *La Misericordia se manifestará infinita para todos los pecadores arrepentidos y perdonados.* Toda rodilla se doblará ante Cristo Salvador, triunfador del pecado, del demonio y de la muerte. Aparecerá también la gloria de los elegidos; quien haya sido humillado, será ensalzado;

[1] Cf. Santo Tomás, Ia-IIae, q. 65, a. 1, 2, 3.

y quedará para siempre establecido el reino de Dios en la lumbre de gloria, en el amor y en la paz[1].

Este es el reino que pedimos al decir todos los días en el *Padre Nuestro:* "*Venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad* (significada en tus mandamientos y en el espíritu de los consejos evangélicos) *así en la tierra como en el cielo*"[2].

[1] Entonces se cumplirá el *Cántico de Ana* (I Reg. 2, 1-10): ... "Quebróse el arco de los fuertes, y los flacos han sido revestidos de vigor. Yahvéh es quien da la muerte y la vida; conduce al sepulcro y libra de él. Yahvéh empobrece y enriquece; abate y ensalza... Levanta del polvo al mendigo para sentarlo entre los príncipes y hacerle partícipe del trono de gloria." Este Cántico del Antiguo Testamento es el preludio del *Magnificat.*

[2] Un joven israelita, hijo de un banquero austríaco, que del Evangelio sólo conocía el *Padre nuestro,* tuvo cierto día ocasión de vengarse de un enemigo suyo. Pero en el momento mismo en que se le ofreció la ocasión, recordó estas palabras: "*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*" Entonces, en lugar de vengarse, perdonó de corazón, y al punto se abrieron sus ojos, vió toda la grandeza del Evangelio y creyó firmemente. Se hizo un buen cristiano, y después sacerdote y religioso de la Orden de Santo Domingo. En el momento mismo en que perdonaba dentro de su corazón, se le mostró el reino de Dios.

CAPÍTULO II

LA PROVIDENCIA Y LA MISERICORDIA

Hemos examinado las relaciones de la Providencia con la Justicia divina, que a todos dispensa las gracias necesarias para alcanzar a su fin, recompensa los méritos y castiga las faltas y los crímenes. Trataremos ahora de las relaciones de la Providencia con la Misericordia divina.

Parece a primera vista que la Misericordia es distinta de la Justicia y aun contraria de ella; diríase que se opone a la Justicia y restringe los derechos de la misma. En realidad dos perfecciones divinas, por muy diferentes que sean, no pueden ser contrarias la una de la otra; no puede la una ser negación de la otra; ambas se armonizan y componen, como se dijo, hasta identificarse por modo eminente en la Deidad o en la vida íntima de Dios.

La Misericordia, lejos de oponerse a la Justicia imponiéndole restricciones, únese a ella haciéndole ventaja, dice Santo Tomás [1]. "*Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad* (o justicia)", leemos en el Salmo 24, 10. Pero, añade el Apóstol Santiago: "la Misericordia sobrepuja a la Justicia" [2].

¿En qué sentido se ha de entender esto? "*En el sentido*, dice Santo Tomás [3] de *que toda obra de Justicia supone una obra de Misericordia o de bondad completamente gratuita y se funda en ella.* En efecto, si Dios debe algo a su

[1] Iª, q. 21, a. 4.
[2] *Iac.* 2, 13.
[3] *Loc. cit.*

criatura, es en virtud de un don anterior... (Si está obligado a concedernos las gracias necesarias para la salvación, es porque primero nos creó por pura bondad suya y nos llamó a una felicidad sobrenatural; y si debe remunerar nuestros méritos, es porque antes nos concedió la gracia de merecer.) De esta manera, la Misericordia (o la pura Bondad) es como la raíz y el origen de todas las obras de Dios, les infunde su virtud y las domina. Como fuente primera de todos los dones, no hay influencia superior a la suya; y por lo mismo aventaja a la Justicia, que ocupa el segundo lugar y le está subordinada."

La Justicia es como una rama del árbol del amor de Dios; la Misericordia o la pura Bondad, comunicativa y radiante, es el árbol mismo.

Conviene examinar las relaciones de la Providencia con la Misericordia, en la forma como lo hicimos al hablar de la Justicia: primero en la vida presente, luego en la hora de la muerte, y finalmente en la otra vida.

*
* *

La Providencia y La Misericordia durante nuestra vida.

Si en la vida presente la Justicia da a cada uno lo necesario para vivir como se debe y alcanzar su fin, *la Misericordia nos concede mucho más de lo estrictamente necesario.* En este sentido sobrepuja a la Justicia.

Así por ejemplo, Dios podía habernos creado en un estado puramente natural, dándonos solamente el alma espiritual e inmortal, sin la gracia; *mas por pura bondad nos concedió* desde el día de la creación el *participar sobrenaturalmente de su vida íntima;* nos dió la gracia santificante, principio de nuestros méritos sobrenaturales.

De igual modo, después de nuestra caída pudo en Justicia abandonarnos en nuestra desgracia. También pudo levantarnos del pecado, por algún otro medio sencillo, anunciado por algún profeta, bajo determinadas condiciones. Pero hizo por nosotros muchísimo más: *por pura*

Misericordia nos dió a su propio Hijo por víctima redentora; de donde siempre podemos apelar a los méritos infinitos del Salvador. La Justicia no pierde sus derechos, pero triunfa la Misericordia.

Después de la muerte de Jesús, bastaba que nuestras almas fueran movidas por gracias interiores y por la predicación del Evangelio; la Misericordia divina nos otorgó mucho más: *nos dió la Eucaristía*, que perpetúa sustancialmente en nuestros altares el sacrificio de la Cruz y nos aplica sus frutos [1].

Finalmente, cada uno de nosotros, al nacer en el seno de una familia cristiana y católica, ha recibido de la Misericordia divina incomparablemente más de lo estrictamente necesario, que Dios concede a los salvajes del interior de Africa. Si el salvaje provisto de lo estrictamente necesario no resiste a las primeras gracias provenientes, recibirá las demás gracias indispensables para su salvación. Pero nosotros desde la infancia, hemos recibido todavía muchos más.

Bien mirada la cosa, hemos sido guiados por las manos invisibles de la Providencia y de la Misericordia, que nos han preservado de muchos tropiezos y levantado individualmente de nuestras caídas.

Así también, si ya acá en la tierra la Justicia divina recompensa nuestros méritos, la Misericordia los remunera con creces.

Dice la oración de la Domínica 11ª después de Pentecostés: "Omnipotente y eterno Dios, cuya infinita bondad rebasa los méritos y aun los deseos de los suplicantes; derrama sobre nosotros tu misericordia y perdona los castigos que nuestra conciencia teme, dándonos aquello que no osamos esperar de nuestras súplicas. Por nuestro Señor Jesucristo" [2].

[1] Cf. Santa Catalina de Sena, *Dialogue*, ch. 30.

[2] "Omnipotens sempiterne Deus, qui abundantia pietatis tuae et merita supplicum excedis et vota; effunde super nos misericordiam tuam: ut dimitas quae conscientia metuit, et adjicias quod oratio non praesumit. Per..."

La gracia de *la absolución* de un pecado grave no es merecida, sino don gratuito. ¡Y cuántas veces se nos ha dispensado ese don!

La gracia sacramental *de la Comunión* no se debe a nuestros méritos, antes bien es fruto del sacramento de la Eucaristía que la produce en nosotros por sí mismo, diariamente, si lo queremos. ¡Cuántas comuniones nos ha concedido la Misericordia divina! *Si fuésemos fieles en combatir el apego al pecado venial, cada una de nuestras comuniones sería sustancialmente más fervorosa que la anterior,* porque cada una debe aumentar en nosotros la caridad, disponiéndonos a recibir a Nuestro Señor al día siguiente con mayor fervor y voluntad más pronta.

Si atendiéramos a esta *ley de aceleración* del amor de Dios en el alma de los justos, quedaríamos asombrados. Así como la piedra cae con tanta mayor rapidez cuanto más se acerca a la tierra que la atrae, de la misma suerte las almas de los justos deben caminar con tanta mayor rapidez hacia Dios cuanto más se le acercan y con más fuerza son atraídas por él. "*Misericordia Domini plena est terra*", dice el Salmista. "la tierra está llena de la Misericordia del Señor". *(Ps.* 32, 5). Y los pecadores pueden repetir lo del Salmo 89, 14: "Vuelve por fin a nosotros, oh Señor, y ten misericordia de tus siervos. Cólmanos pronto de tus favores, para que nos alegremos y regocijemos toda nuestra vida."

Si contemplásemos el curso de nuestra existencia tal como está escrito en el libro de la vida, cuántas veces veríamos en él la intervención de la Providencia y de la Misericordia, que contribuyeron a soldar la cadena de nuestros méritos, rota quizá a menudo por nuestros pecados.

No es menos bella la intervención de la Misericordia en el momento supremo.

*
* *

La Providencia y La Misericordia en la hora de la muerte.

De intervenir en aquel momento solamente la Justicia, todos los que vivieron mal morirían también de mala manera: desatendidos tantos avisos de la Providencia, tampoco atenderían el postrero, ni del remordimiento pasarían a la contrición saludable. Pero gracias a la Misericordia, este último llamamiento se hace más apremiante que todos. Si la Justicia inflige la pena debida al pecado, también aquí la Misericordia la supera por el perdón. *Perdonar significa "dar sobre" lo debido.* Quedan a salvo los derechos de la Justicia, pero triunfa la Misericordia, inspirando a menudo al pecador moribundo un acto de sincero amor de Dios, de contrición que borra el pecado mortal y remite la pena eterna que corresponde al mismo. De esta manera, *por mediación de la Misericordia,* por los méritos infinitos del Salvador, por la intercesión de María, refugio de los pecadores, y de San José, abogado de la buena muerte, acaban *muchos de muy distinta manera de como vivieron.* Son los obreros de la última hora, de que habla la parábola evangélica *(Matth.* 20, 9); reciben como los demás la vida eterna en la medida proporcionada a los pocos actos meritorios que realizaron antes de morir, en su agonía. Así expiró el buen ladrón, que, conmovido por la bondad de Jesús moribundo, se convirtió y tuvo la dicha de oír de labios del Salvador: "Hoy serás conmigo en el paraíso."

Esta intervención de la Misericordia en el punto de la muerte es una de las cosas más sublimes de la religión verdadera. Ocurrió con frecuencia en la guerra pasada; muchos que, de haber continuado viviendo en circunstancias ordinarias, entretenidos en sus ocupaciones y en los placeres, se habrían perdido, se salvaron muriendo trágicamente después de recibir la absolución.

Lo vemos también en los hospitales cristianos, donde muchos desdichados, advertidos por la enfermedad, se preparan para una buena muerte al oír las exhortaciones de

alguna religiosa o de algún sacerdote, que por fin consigue reconciliarlos con Dios después de treinta o cuarenta años de vida poco menos que indiferente y descuidada.

La Misericordia divina llama a todos los moribundos en conformidad con aquellas palabras de Jesús: "*Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré.*" (*Matth.* 11, 28). Jesús murió por todos los hombres. El es *el cordero de Dios que borra los pecados del mundo*, como lo recuerdan las bellas oraciones de los agonizantes.

La muerte del pecador arrepentido es una de las manifestaciones más admirables de la Misericordia divina. De ello encontramos muchos ejemplos en la vida de Santa Catalina de Sena, escrita por su confesor el Beato Raimundo de Capua. Con reiteradas súplicas en favor de dos criminales condenados al último suplicio, que aun en el tormento de tenazas ardientes no cejaban en sus blasfemias contra Dios, obtuvo la Santa que Nuestro Señor se apareciese a aquellos desdichados cubiertos de llagas, invitándoles a convertirse y prometiéndoles el perdón. Entonces pidieron con grandes instancias un sacerdote, confesaron sus pecados con vivo dolor, trocaron sus blasfemias en alabanzas y fueron alegres a la muerte, como si se dirigieran a las puertas del cielo [1]. Los testigos de este hecho quedaron profundamente sorprendidos y no acertaban a adivinar la causa de cambio tan repentino en las disposiciones interiores de aquellos criminales.

En otra ocasión asistió la Santa personalmente al suplicio del noble Nicolás Tuldo, condenado a muerte por haber hablado mal del gobierno. Como este joven tuviese apego excesivo a la vida y no se resignara a un castigo que le parecía injusto, la Santa le preparó para comparecer ante Dios. De esta manera refiere la muerte en una carta a su confesor Raimundo de Capua: "Cuando me vió (en el lugar del suplicio), comenzó a sonreír. Quiso que yo

[1] *Vie de sainte Cathérine de Sienne*, par le bienheureux Raymond de Capoue, ch. VIII.

trazara sobre él la señal de la cruz. Hecho esto, le dije: "*¡De rodillas, dulce hermano mío, a las bodas! Vas a comenzar la vida que nunca acaba.*" Entonces se tendió con gran dulzura y yo le extendí el cuello. Inclinada hacia él, le recordaba la sangre del Cordero divino. El no acertaba a decir otra cosa que: ¡Jesús! ¡Catalina! Y todavía lo estaba repitiendo, cuando recibí su cabeza entre mis manos. Fijé entonces mis ojos en la divina Bondad y dije: "¡Lo quiero!"

"Y vi el costado abierto del Hombre Dios, como vemos la caridad del sol. La sangre del ajusticiado penetraba en la Sangre divina, y la llama del santo deseo concebido por gracia especial a aquella alma penetraba en la llama de la caridad divina" [1].

Si la muerte del pecador arrepentido es una manifestación de la misericordia divina, todavía es más bella la muerte del justo que siempre ha sido fiel. Generalmente los últimos momentos son tranquilos, porque en vida triunfó del enemigo, y su alma está preparada para pasar a la eternidad. Aquel sacrificio, *en unión con las misas que se celebran, es el último que ofrece de reparación, de adoración, de acción de gracias y de súplica* para obtener la gracia de la perseverancia final, que lleva consigo la certeza de la salud eterna.

*
* *

La Providencia y la Misericordia después de la muerte.

"Las sendas de Dios son Misericordia y Justicia", nos dice el Salmista (*Ps.* 24, 10), si bien la primera predomina en ciertas obras, como la conversión del pecador, y la segunda en otras, como el castigo del pecado.

Después de la muerte, dice el Angélico Doctor [2], "la Misericordia se ejerce aun en los réprobos, por cuanto son castigados con menos rigor que el merecido". Si solamen-

[1] *Lettres au bienheureux Raymond de Capoue, trad.* Bernadot, p. 86.
[2] Iª, q. 21, a. 4, ad I.

te interviniera la Justicia, sufrirían todavía más. Lo dice también Santa Catalina [1]. La Misericordia mitiga la Justicia aun con los que han encendido el odio entre los individuos, entre las clases y los pueblos, hasta con los más perversos, con esos monstruos, que, como Nerón, demostraron malicia refinada y obstinación rebelde a todos los consejos.

Claro es que *la Misericordia divina se manifiesta todavía más en las almas del purgatorio, inspirándoles el amor de reparación*, que suaviza en cierto modo las penas purificadoras que padecen y confirma la certeza de su salvación.

En el cielo, la misericordia divina resplandece en cada uno de los santos, según el grado de amor de Dios. Nuestro Señor los acoge con estas palabras (*Matth.* 25, 34): "*Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo.* Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme." A lo cual los justos le responderán diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento..., sediento..., y fuimos a visitarte?" Y el Rey en respuesta les dirá: "En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis."

¡Qué alegría será la del momento de nuestra entrada en la gloria, cuando recibamos la lumbre de gloria para ver a Dios cara a cara con aquella visión que ya no acabará nunca jamás y cuya medida será el único instante de la eternidad inmutable!

¡Qué gran consuelo pensar en esta Misericordia infinita, que supera toda malicia y que nunca se ha de agotar! Nunca, pues, desespere el pecador por muy vergonzosas y criminales que sean sus caídas. La mayor ofensa que podemos hacer a Dios es pensar que no sea suficientemente

[1] *Dialogue*, ch. 30.

bueno para perdonarnos. Como lo dijo Santa Catalina de Sena, "*su Misericordia es incomparablemente mayor* que todos los pecados que puedan cometer todas las criaturas juntas"[1].

Tengamos presentes las palabras de los Salmos que a este propósito nos trae a la memoria la Liturgia con tanta frecuencia: "*Misericordias Domini in æternum cantabo*... Cantaré eternamente las bondades del Señor... Tan estable como los cielos es tu fidelidad... Poderoso eres, Señor, revestido de tu fidelidad... Tú domas la soberbia de los mares y el orgullo de los malvados, para venir en socorro de los débiles." (*Ps.* 88, 2...)

"*Misericors Dominus, longanimis et multum misericors.* Misericordioso y compasivo es el Señor, tardo en la cólera y rico en bondad; su enojo no dura para siempre. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así es grande su misericordia. Como el padre se apiada de sus hijos, así se apiada el Señor de los que le temen; porque él conoce bien nuestra hechura; acuérdase que somos polvo.

"¡El hombre! Como los del heno son sus días; como la flor del campo, así florece pasa un soplo de viento sobre él, y se esfuma... Mas la misericordia del Señor dura eternamente con los que le temen. *Misericordia autem Domini ab æterno et usque in æternum super timentes eum.*" (*Ps.* 102, 8-17.) Dignaos, Señor, cumplir en nosotros estas tus palabras, para que os glorifiquemos por toda la eternidad: "*Misericordias Domini in æternum cantabo.*"

Rara vez han sido expresadas con tanto acierto como en el *Dies iræ* las relaciones de la Misericordia, de la Justicia y de la Providencia.

Dies iræ, dies illa, solvet sæclum in favilla... ¡Día de cólera, aquel en que el mundo se reducirá a pavesas, según las profecías de David y los oráculos de la Sibila!

Quantus tremor est futurus, Quando Judex est venturus... ¡Cuál no será el terror de los hombres cuando el

[1] *Dialogue*, ch. 132.

Juez vendrá a escudriñarlo todo con rigor, *cuncta stricte discussurus!*

Mors stupebit et natura, Cum resurget creatura, Judicanti responsura: Pasmarse han de asombro la muerte y la naturaleza, cuando resuciten los mortales para responder ante el Juez.

Liber scriptus proferetur, In quo totum continetur, Unde mundus judicetur. Abriráse el libro que contiene el sumario del juicio del mundo.

Judex ergo cum sedebit, Quidquid latet apparebit: Nihil inultum remanebit. Y sentado el Juez en su tribunal, aparecerán las cosas más escondidas; ningún delito ha de quedar inulto...

Rex tremendæ majestatis, Qui salvandos salvas gratis, Salva me, fons pietatis. ¡Oh Rey de temerosa majestad! que a tus elegidos los salvas de gracia, *qui salvandos salvas gratis*, sálvame, fuente de bondad!

Recordare, Jesu pie, Quod sum causa tuæ viæ, Ne me perdas illa die. Acuérdate, dulce Jesús, que por mí viniste al mundo; no me pierdas en aquel día.

Quærens me, sedisti lassus: Redemisti crucem passus: Tantus labor non sit cassus. Buscándome, fatigado te sentaste; me redimiste sufriendo en la cruz: ¡que no sea en vano tanto trabajo!

Juste Judex ultionis, Donum fac remissionis, Ante diem rationis. ¡Oh, justo Juez de las venganzas! concédeme el perdón antes del día de la cuenta...

Qui Mariam absolvisti, Et latronem exaudisti, Mihi quoque spem dedisti. Tú que perdonaste a María (Magdalena) y oíste al buen Ladrón, también a mí me diste esperanza...

Oro supplex et acclinis, Cor contritum quasi cinis, Gere curam mei finis. Ruégote suplicante y postrado, con el corazón deshecho como el polvo, que tengas piedad en mi último trance.

Huic ergo parce Deus: Pie Jesu Domine, Dona eis requiem. ¡Apiádate de nosotros, Dios mío! Señor, Jesús misericordioso, danos el descanso eterno. Amén.

Acostumbrémonos a rogar *por los agonizantes*, para que la Misericordia divina les asista; de esta manera también nosotros seremos ayudados por las oraciones de otras almas en el momento de nuestra muerte. No sabemos cómo ni dónde hemos de morir; quizás nos hallemos solos en aquel trance; pero si en vida hemos rogado con frecuencia por los agonizantes, si atenta y fervientemente hemos rezado a menudo: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, *ahora y en la hora de nuestra muerte*", la misericordia divina se inclinará hacia nosotros en el momento supremo [1].

[1] J. Maritain hace esta profunda reflexión en su bello libro *Le Docteur Angélique* (p. 110-115): "¿Cómo conciliar dos hechos aparentemente contradictorios: el hecho de que la historia moderna parece entrar, según la opinión de Berdiaeff, en una *nueva edad media*, en que la unidad y la universalidad de la cultura cristiana se volverán a encontrar, extendiéndose esta vez en todo el mundo, y el otro hecho de que el movimiento general de la civilización moderna parece arrastrar el mundo hacia *el universalismo del Anticristo y su vara de hierro*, más bien que hacia el *universalismo de Cristo y su ley libertadora*, anulando en todo caso la esperanza de la unificación del mundo en un "imperio" cristiano universal?

"A mi parecer, la respuesta es la siguiente: Creo que en cada instante de la historia del mundo se cruzan dos movimientos inmanentes...; uno de ellos empuja hacia arriba todo cuanto en el mundo participa de la vida divina de la Iglesia, que está en el mundo pero no es del mundo, y a cuantos siguen la atracción de Cristo, jefe del género humano.

"El otro movimiento empuja hacia abajo todo cuanto en la tierra pertenece al príncipe de este mundo..., la historia avanza en el tiempo al influjo de estos dos movimientos internos. De donde las cosas humanas están sometidas a una distensión cada vez mayor, hasta que, al fin, la tela acaba por romperse. Así la cizaña crece entre el trigo; *el capital del pecado aumenta a través de la historia y el capital de la gracia crece también y sobreabunda... El heroísmo cristiano será un día la única solución de los problemas de la vida*... Entonces... se verá sin duda coincidir con el peor estado de la historia humana una floración de santidad."

CAPÍTULO III

LA PROVIDENCIA Y LA GRACIA DE LA BUENA MUERTE

Una de las cuestiones vitales que más deben interesar a todas las almas, cualquiera que sea el estado en que se encuentran, es la de la buena muerte, tema sobre el cual escribió San Agustín uno de sus últimos y más bellos libros, *De dono perseverantiæ*, donde expone su pensamiento definitivo acerca del misterio de la gracia.

Esta cuestión vital ha sido interpretada en sentidos diferentes y radicalmente opuestos: de un lado por los semipelagianos; y del otro por los protestantes y los jansenistas. Las opiniones contrarias de dichos herejes dieron a la Iglesia ocasión de apreciar la doctrina relativa al tema debatido, por donde vino a ponerse de manifiesto la elevación de la verdad, en medio y por encima de los errores extremos.

Hagamos una breve reseña de los referidos errores, para mejor entender por contraste el valor de la verdad y apreciar con más exactitud la gracia de la buena muerte. Pasaremos después a declarar la manera de obtenerla.

*
* *

I. — *La doctrina de la Iglesia y los errores opuestos a ella.*

Los semipelagianos afirmaron que el hombre puede sin ayuda de la gracia conseguir el *initium fidei et salutis*, el comienzo de la fe saludable y de la buena voluntad, que

luego consolida el Señor. No es Dios quien da el primer paso hacia el pecador para convertirle, sino el mismo pecador es quien se dirige primero a Dios. Conforme a estos principios, sostenían los semipelagianos que el hombre, una vez justificado por la gracia, puede *perseverar* hasta la muerte sin ayuda de una *gracia especial*; basta, decían, que subsista el *initium salutis*, que es la buena voluntad natural, para que el justo persevere hasta el fin.

Esto equivale a afirmar, no sólo que Dios quiere salvar a los hombres, mas también que *quiere* salvarlos a todos por *igual*, y que es mero *testigo*, y no *autor* de lo que *distingue* al justo del impío: del *initium salutis* y de la buena disposición final, en cuanto que existe en éste y no en aquél, en Pedro y no en Judas.

Pero sostener esta opinión era negar el misterio de la predestinación y olvidar las palabras de Jesucristo: "*Nadie viene a mí, si mi Padre no le atrae*" (*Ioann.* 6, 44), que se aplican al primero y último impulso de nuestro corazón hacia Dios. "*Sin mí, nada podéis hacer*", dijo también Nuestro Señor (*Ioann.* 15, 5). Y, como nota el II Concilio de Orange contra los semipelagianos, San Pablo añadía: "*¿Quién es el que te da la ventaja sobre los otros?, o ¿qué cosa tienes tú que no la hayas recibido?*" (*I Cor.* 4, 7). "*No somos suficientes por nosotros mismos para concebir ningún pensamiento provechoso para nuestra salvación*" (*II Cor.* 3, 5), y menos todavía un deseo saludable por insignificante que sea, ya se trate del primero, ya del último.

También San Agustín demostró que son particularmente gratuitas la primera y la última gracia: la primera gracia preveniente no puede merecerse ni ser en manera alguna debida a un buen movimiento natural, por ser el principio del mérito la gracia santificante, don gratuito, como su mismo nombre lo indica, y vida completamente sobrenatural, no sólo para el hombre, mas también para el ángel. San Agustín demostró también que la última gracia, la de la perseverancia final, es un don *especial*, la gracia

especial de los elegidos, que nadie puede arrancar de las manos del Padre, como dice Jesucristo, "*nemo potest rapere eos de manu Patris mei*" (*Ioann.* 10, 29). Y agregaba que cuando *se concede esta gracia, es por pura misericordia;* y si, por el contrario, no se concede, es por justo castigo de faltas, generalmente reiteradas, que han alejado el alma de Dios. Tenemos de ello ejemplo en la muerte del bueno y del mal ladrón.

Para San Agustín, dos grandes principios prevalecen en esta cuestión. El primero es que no solamente *los elegidos* son de antemano conocidos, sino también *más amados* de Dios. Ya lo había dicho San Pablo: "¿Quién es el que te da la ventaja sobre los demás? ¿Qué cosa tienes tú que no la hayas recibido?" (*I Cor.* 4, 17). Y posteriormente el Doctor Angélico: "Siendo el amor de Dios la causa de todo bien, nadie sería mejor que otro, de no ser más amado de Dios" (Iª, q. 20, a. 3).

El otro principio claramente formulado por San Agustín es que Dios *nunca manda lo imposible;* pero, cuando algo manda, nos ordena hacer lo que esté de nuestra parte y pedir la gracia necesaria para cumplir lo que no podemos: "*Deus impossibilia non iubet, sed iubendo monet et facere quod possis et petere quod non possis.*" Estas palabras de San Agustín (*De Natura et gratia*, c. 43, nº 50) se citan en el Concilio de Trento (Denzinger, nº 804); de ellas se desprende que por puro amor quiere Dios hacer y hace realmente posible a todos la salvación o el cumplimiento de sus preceptos; por lo que toca a los elegidos, El hace que los cumplan hasta el fin.

¿Cómo conciliar estos dos grandes principios, tan ciertos e incontestables? Ninguna inteligencia creada, humana o angélica, es bastante paar ello, de no ser antes iluminada por la visión beatífica. Sería preciso entender cómo en la Deidad se concilian la infinita Misericordia, la infinita Justicia y la soberana Libertad; sería preciso poseer la visión inmediata de la esencia divina.

Estos dos principios que San Agustín opuso al semipe-

lagianismo fueron en sustancia aprobados, como es sabido, por el II Concilio de Orange. Quedamos, pues, en que la buena muerte es una gracia especial, propia de los elegidos.

*
* *

Contrariamente a los semipelagianos, los protestantes y los jansenistas, negando el segundo principio de San Agustín, falsearon a la vez el primero. So pretexto de afirmar el misterio de la predestinación, negaron la voluntad salvífica universal y sostuvieron que Dios manda a veces cosas imposibles, y que en el momento de la muerte no a todos es posible la fidelidad a los preceptos divinos. Conocida es la primera proposición tomada de la obra de Jansenio (Denzinger, nº 1092)[1]: Algunos mandamientos de Dios son imposibles aun para los justos; y no sólo para los justos negligentes, adormecidos o privados del pleno uso de la razón y de la voluntad, mas también para aquellos que desean cumplir los preceptos y se esfuerzan por practicarlos, *iustis volentibus et conantibus*. Hasta para éstos resulta imposible el cumplimiento de algunos preceptos, por carecer de la gracia con que podrían cumplirlos.

Proposición desoladora, que muestra a las claras la enorme distancia que separa el jansenismo de la verdadera doctrina de San Agustín y Santo Tomás: "*Deus impossibilia non iubet.*" Tan grave error conduce a negar la justicia divina y, por consiguiente, al mismo Dios; ni qué decir tiene que en él no hay lugar para la Misericordia divina ni para la gracia suficiente que se ofrece a todos, como tampoco para la verdadera libertad humana *(libertas a necessitate)*. Finalmente, de ser ello verdad, el pecado sería inevitable y, por lo mismo, ya no sería pecado, ni podría sin crueldad ser castigado eternamente.

[1] "Aliqua Dei praecepta hominibus iustis volentibus et conantibus, secundum praesentes quas habent vires, sunt *impossibilia*, deest quoque illis gratia, qua possibilia sint."

Los mismos principios erróneos indujeron a los protestantes a defender que no solamente la predestinación es gratuita, pero que ni siquiera son necesarias las buenas obras para la salvación de los adultos, bastando la fe. De donde proviene la frase de Lutero: "*Pecca fortiter et crede fortius.*" Peca fuerte, pero cree aún más fuerte en la aplicación de los méritos de Cristo y en tu predestinación. Esto ya no es esperanza, sino imperdonable presunción; porque jansenismo y protestantismo oscilan entre la presunción y la desesperación, sin encontrar la verdadera esperanza cristiana y la caridad.

Contra esta herejía definió el Concilio de Trento (sess. VI, cap. 13 y canon 16; Denzinger, números 806 y 826): "Si bien todos debemos esperar firmemente en Dios, nadie, sin particular revelación, puede tener certeza absoluta de su perseverancia final." El Concilio cita a este propósito las palabras de San Pablo: "Por lo cual, carísimos míos, puesto que siempre habéis sido obedientes, trabajad con temor y temblor..., pues Dios es quien obra en vosotros no sólo el querer, sino el obrar conforme a su beneplácito" *(Philipp.* 2, 12). "Mire, pues, no caiga el que piensa estar en pie" *(I Cor.* 10, 12). Ponga su confianza en el Omnipotente, único capaz de levantar al caído y de conservar al justo, "*qui potens est eum, qui stat, statuere*" *(Rom.* 14, 4), para que permanezca en pie en medio de un mundo corrompido y perverso.

De esta manera mantiene la Iglesia la doctrina del Evangelio sobre las divagaciones del error, y en el caso que tratamos, sobre las herejías contrarias del semipelagianismo y del protestantismo. Por un lado, los elegidos son más amados que los demás; pero por otro, Dios nunca manda lo imposible y quiere por amor hacer a todos realmente posible la fidelidad a sus preceptos.

De donde se deduce, en contra del semipelagianismo, que la gracia de la buena muerte es un *don especial* [1] y,

[1] El Concilio de Trento, ses. VI, canon 22 (Denzinger, 832) definió: "Si quis dixerit justificatum vel *sine speciali auxilio Dei*

contrariamente al protestantismo y al jansenismo, que, entre los adultos, *sólo quienes a él se resisten son privados del último socorro*, al resistir a la gracia suficiente que se les ofrece, como sucedió al mal ladrón, que tan cerca estuvo de Cristo redentor [1].

Siendo esto así, ¿cómo podremos obtener esta importante gracia de la buena muerte? ¿Podemos acaso merecerla? Y si, hablando con propiedad, no nos es posible merecerla, ¿podemos por lo menos obtenerla por medio de la oración? ¿Cuáles deberán ser las condiciones de la oración?

Vamos a exponer estos dos puntos, tomando por guía a Santo Tomás (Iª-IIæ, q. 114, a. 9).

*
* *

II. — *¿Podemos merecer la gracia de la buena muerte?*

¿Podemos merecerla en el sentido propio de la palabra *mérito*, que implica *derecho* a la recompensa divina?

in accepta iustitia *perseverare* posse, vel cum eo non posse, anathema sit." (Cf. números 804 y 806). Estos términos del Concilio de Trento: la gracia de la perseverancia final es un *socorro especial*, deben ser bien entendidos para evitar todo equívoco. No es necesaria una nueva acción divina, pues, como lo diremos luego, la conservación de la gracia no es otra cosa que la continuación de su primer efecto y no una acción nueva. Del mismo modo, por parte del alma, basta conservar la gracia habitual sin una nueva gracia actual, como sucede con el niño bautizado que muere luego del bautismo sin hacer un acto de amor de Dios. Pero, según los Concilios de Orange y de Trento, lo que constituye un *don especial* concedido a uno con preferencia a otro es *el hecho de la unión del estado de gracia y de la muerte*, el hecho de conservar la gracia en aquel momento supremo, en lugar de perderla por alguna falta permitida por Dios. La *unión* del estado de gracia y de la muerte es un *gran bien*, y este bien procede de Dios; cuando se concede, obra es de la Misericordia divina: en este sentido es un don especial.

1 El Concilio de Trento dice además, sess. VI, cap. 11 y 13 (Denz., 804, 806): "Deus impossibilia non iubet... In Dei auxilio firmissimam spem collocare et reponere omnes debent. Deus enim, nisi ipsi (homines) illius gratiae defuerint, sicut coepit opus bonum, ita perficiet, *operans velle et perficere*." (*Philip.* 2, 13).

Ante todo, la perseverancia final o la buena muerte no es otra cosa que la continuación del estado de gracia hasta el momento de la muerte, o de convertirse uno en el último trance, es la conjunción o unión del estado de gracia con la muerte. En resumen, la buena muerte es la muerte en estado de gracia, la muerte de los predestinados o de los elegidos.

Se comprende por qué declaró el Concilio de Orange ser un *don especial* [1], y por qué el Concilio de Trento lo calificó de *gratuito* al decir que "este gran don sólo puede concederlo quien tiene poder para conservar en el bien al que está en pie y levantar al caído" [2].

Ahora bien, lo que el hombre puede merecer, aunque procede principalmente de Dios, no viene únicamente de El, mas también de nuestros méritos, que implican *derecho* a la recompensa divina. Por consiguiente, el justo debe decir humildemente para sí: Realmente no tengo *derecho* a recibir la gracia de la perseverancia final.

Santo Tomás esclarece esta verdad por medio de una razón tan sencilla como profunda, que ha sido comúnmente admitida en la Iglesia [3] (Cf. Iª-IIæ, q. 114, a. 9). No estará de más que nos detengamos un momento en ella, pues ayuda grandemente a mantenerse en la humildad.

El principio del mérito, dice Santo Tomás, *no puede merecerse*, "*principium meriti sub merito non cadit*"; porque una causa, ya física, ya moral, como el mérito, no puede ser causa de sí misma. El mérito, que es un acto que da *derecho* a la recompensa, no puede obtener el principio de donde procede. Esto es la misma evi-

[1] "Adiutorium Dei etiam renatis et sanctis semper est implorandum, ut ad finem bonum pervenire vel in bono possint opere perdurare." (Denzinger, nº 183).

[2] "Quod quidem (donum) aliunde haberi non potest, nisi ab eo qui potens est eum qui stat statuere ut perseveranter stet, et eum qui cadit, restituere." (Denzinger, nº 806.)

[3] En las cosas de Dios, por su misma elevación, lo más sencillo es lo más profundo; sencillez muy distinta de la que decía Voltaire: "Soy claro como los arroyuelos, porque soy poco profundo."

dencia: el principio del mérito no puede ser merecido.

Ahora bien, el don de la perseverancia final no es otra cosa que *el estado de gracia* conservado o recuperado en el trance de la muerte; y el estado de gracia, producido y conservado por Dios, es el principio mismo del mérito en orden a la salvación: es el principio que hace que nuestros actos merezcan un aumento de gracia y la vida eterna. Sin el estado de gracia y sin la caridad, que nos hace amar a Dios eficazmente más que a nosotros mismos, por lo menos con amor de estima, no habría en nuestros actos saludables *derecho* a premio sobrenatural; porque estos actos, lo mismo que los que preceden a la justificación, no serían *proporcionados* a tal recompensa; no serían actos de *hijo adoptivo de Dios*, de amigo de Dios, de heredero, de coheredero de Cristo, como dice San Pablo. Procederían de un alma alejada todavía del fin último por el pecado mortal, de un alma que ningún derecho tiene a la vida eterna. Por esto escribe San Pablo *(I Cor.* 13): "Si no tuviere caridad, nada soy, *nihil sum. . ., nihil mihi prodest*"; sin el estado de gracia y sin caridad, mi voluntad está apartada de Dios, y personalmente no puedo tener derecho alguno a galardón sobrenatural, ni mérito alguno en orden a la salvación.

En resumen: el principio del mérito es el estado de gracia y la perseverancia en el mismo; por lo tanto, el principio del mérito no puede merecerse.

Si no podemos merecer el primer efecto de la gracia santificante, lo mismo se debe decir de su conservación, que viene a ser la continuación del primer efecto y no una acción divina distinta. Así lo dice Santo Tomás (Iª, q. 104, a. 1, ad. 4): "la conservación de las criaturas por Dios no es una nueva acción divina, sino continuación de la acción creadora". La conservación del estado de gracia no puede, por consiguiente, ser más merecida que su primera producción.

A esta razón profunda muchos teólogos añaden otra, que viene a confirmar la primera.

El mérito llamado propiamente *de condigno*, o sea, fundado en justicia, supone la promesa divina de la recompensa para determinada obra buena. Ahora bien, Dios nunca ha prometido la perseverancia final o la preservación del pecado de impenitencia final a los que durante un tiempo más o menos prolongado observan sus mandamientos. Más aún, la perseverancia final consiste precisamente en la fidelidad hasta la muerte; no puede por lo tanto ser merecida por sí misma, pues en ese caso se merecería a sí misma. Así volvemos a la razón fundamental: que el principio del mérito no puede ser merecido. Lo cual se aplica también, guardadas las debidas proporciones, al mérito de *congruo*, que está en los derechos de la amistad que nos une a Dios y tiene su principio asimismo en el estado de gracia [1].

Con esto queremos decir que el estado de gracia y su conservación nos viene de la Misericordia divina, y no de la Justicia.

[1] Los teólogos discuten si el don de perseverancia final puede ser objeto de mérito *de congruo*, fundado en la caridad que nos une a Dios, *in jure amicabili*, en los derechos de la amistad entre el Señor y el justo, y no en la justicia como el *de condigno*.

Los mejores comentadores de Santo Tomás contestan, de acuerdo con los principios formulados por el mismo, que la perseverancia final no puede ser objeto de mérito *de congruo* propiamente dicho; porque el principio de este mérito es el estado de gracia conservado, y el principio del mérito, según lo hemos visto, no puede merecerse.

Además, el mérito *de congruo* propiamente dicho, fundado en los derechos de la amistad, *in jure amicabili*, consigue infaliblemente la recompensa correlativa. Dios nunca nos niega lo que hemos merecido de esta manera, al menos lo que hemos merecido personalmente en esta forma por nosotros mismos. De esto se deduciría que todos los justos que han llegado a la edad adulta merecerían por sus actos de caridad el don de la perseverancia final, y de hecho perseverarían hasta el fin; lo cual no puede admitirse.

Quedamos, pues, en que la gracia de la buena muerte puede ser objeto de un mérito *de congruo* en sentido amplio, que no es más que el valor impetratorio de la oración, que no está fundado en la justicia, ni en los derechos de la amistad, sino en la liberalidad y misericordia de Dios.

Es indudable que el justo puede merecer la vida eterna, que es el término y no el principio del mérito. Para que la obtenga, preciso es además que *no pierda sus méritos* por pecado mortal cometido antes de morir. No tenemos *derecho* a ser preservados del pecado mortal en virtud de nuestros actos de caridad. Sólo la Misericordia nos libra de él. He aquí un fundamento firmísimo de la humildad cristiana.

A esta doctrina admitida comúnmente por los teólogos suele hacerse una objeción bastante especiosa.

Quien merece lo más, dicen, puede merecer lo menos. Ahora bien, el justo puede merecer *de condigno* la vida eterna, que es más que la perseverancia final. Puede, por consiguiente, merecer esta última.

Respondemos con Santo Tomás *(ibid.,* ad 2 et 3): Quien puede lo más puede también lo menos, en un mismo orden, y no en otro caso. Ahora bien, hay aquí una diferencia entre la vida eterna y la perseverancia final. La vida eterna no es el principio del acto meritorio, sino su *término;* en tanto que la perseverancia final consiste en el estado de gracia continuado, que, como ya dijimos, es el principio del mérito.

Insisten todavía: Pero quien puede merecer el fin, puede también merecer los medios. Es así que la perseverancia final o la buena muerte es el medio necesario para conseguir la vida eterna; luego aquélla puede ser merecida lo mismo que ésta.

Los teólogos suelen responder negando la mayor, tomada en sentido general. Los méritos son efectivamente medios para obtener la vida eterna, y, sin embargo, no son merecidos; basta poderlos obtener por otros recursos. Del mismo modo, podemos conseguir la gracia de la perseverancia final *por medios distintos del mérito:* por ejemplo, mediante la oración, que no se dirige a la Justicia de Dios como el mérito, sino a la Misericordia.

Insisten una vez más: Pero si no se puede merecer la

perseverancia final, tampoco se puede merecer la vida eterna, que se alcanza mediante aquélla.

Conforme a lo ya dicho, debemos responder: El justo puede merecer la vida eterna por cualquier acto de caridad, mas luego *puede perder sus méritos* por el pecado mortal; y sólo recibirá de hecho la vida eterna, de no perder sus méritos o de obtenerlos de nuevo misericordiosamente por la gracia de la conversión. Por donde dice el Concilio de Trento (sess. 6, cap. 16 y can. 32) que el justo puede merecer recibir la vida eterna, *si in gratia decesserit*, si muriere en estado de gracia.

Volvemos con esto a lo dicho por San Agustín y posteriormente por Santo Tomás: si se nos concede el don de la perseverancia, es *por misericordia;* y si Dios no nos lo concede, es en justo castigo por faltas, generalmente reiteradas, que han alejado el alma de Dios.

Dedúcense de aquí multitud de consecuencias tanto especulativas[1] como prácticas. Fijémonos tan sólo en la humildad, que debe acompañar nuestro esfuerzo confiado por el logro de la eterna salvación.

Lo que llevamos dicho es ciertamente muy terrible; pero es muy consolador lo que nos queda por decir.

*
* *

III. — *Cómo conseguir por medio de la oración la gracia de la buena muerte.*

Qué condiciones debe tener la oración.

Si propiamente hablando no podemos merecer el don de la perseverancia por no poderse merecer el principio del mérito, se puede al menos conseguirlo por medio de

[1] No siendo merecida la gracia de la perseverancia, no nos la concede Dios en previsión de nuestros méritos; de ahí que la predestinación a la gloria sea también gratuita, como lo dice Santo Tomás (Iª, q. 23, a. 5): no es "ex praevisis meritis". O si quisiéramos defenderlo, habría en todo caso que decir: que se nos da "ex praevisis meritis absque speciali dono usque in finem perdurantibus".

la oración, que no se dirige a la Justicia de Dios, como el mérito, sino a la Misericordia.

No todo cuanto obtenemos por la oración es mérito nuestro; por ejemplo, el pecador en estado de muerte espiritual, por medio de una gracia actual puede pedir y obtener la gracia santificante o habitual, pero no puede merecerla, por ser ella el principio del mérito.

Lo mismo ocurre con la gracia de la perseverancia final: no podemos merecerla propiamente hablando, pero sí conseguirla para nosotros y para los demás por medio de la oración (Santo Tomás, *ibid.*, ad I). Podemos también y debemos disponernos a recibir esta gracia mediante una vida edificante.

Sería ciertamente funestísima e insensata negligencia, *incuria salutis*, el no pedir la gracia de la buena muerte y no prepararse para ella, aunque otra cosa digan los quietistas.

Por eso enseñó Jesucristo a decir en el *Padre nuestro:* "No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal." Y la Iglesia nos manda decir todos los días: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea."

¿Será posible por medio de la oración conseguir *de un modo infalible* esta gracia de la buena muerte?

La Teología, fundándose en la promesa de nuestro Señor: "*Petite et accipietis*", nos enseña que la oración acompañada de ciertas condiciones nos alcanza infaliblemente los bienes necesarios para la salvación, y, por consiguiente, también la última gracia. Pero, ¿cuáles son esas condiciones requeridas por la oración infaliblemente eficaz? Nos lo dice el Doctor Angélico (IIª-IIªᵉ, q. 83, a. 15, ad 2): "Son cuatro las condiciones: pedir *para sí mismo* los bienes *necesarios para la salvación* con *piedad* y con *perseverancia.*"

Conseguimos, en efecto, con más seguridad cuando pedimos *para nosotros* que al interceder por un pecador, que acaso resiste a la gracia de Dios en el momento mismo

en que oramos por él[1]. Pero aun pidiendo para nosotros los bienes necesarios para la salud eterna, nuestra oración es eficaz sólo cuando va acompañada de piedad, humildad, confianza y perseverancia. Sólo así expresa un deseo sincero, profundo y no interrumpido de nuestro corazón. Y aquí vuelve a aparecer, con nuestra fragilidad, el misterio de la gracia: es posible que seamos inconstantes en nuestra oración, como en las obras meritorias. Por eso decimos en la Santa Misa antes de la Comunión: "no permitas, Señor, que jamás me aparte de ti, *a te nunquam separari permitas*". No permitas que caigamos en la tentación de no orar; líbranos del mal de perder el gusto y la voluntad de orar; concédenos la perseverancia en la oración, no obstante la sequedad y el profundo hastío que en ella a veces sentimos.

Toda nuestra vida está envuelta en el misterio: cada uno de nuestros actos saludables lleva consigo el misterio de la gracia, y cada uno de nuestros pecados es un misterio de iniquidad, que presupone una permisión divina del mal con miras a un bien superior, que sólo en el cielo se verá con claridad. "*Justus ex fide vivit.*"

Necesitamos que Dios nos ayude hasta el fin, no sólo para merecer, mas también para orar.

¿Cómo conseguiremos esta ayuda tan necesaria para perseverar en la oración? Recordando las palabras del Salvador: "*Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá; hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre*" (*Ioann.* 16, 23).

Debemos pedir en nombre del Salvador; lo cual purifica y fortalece en gran manera nuestra intención, pesando en la balanza más que la espada de Breno. Debemos pedirle también que ore por nosotros. Su oración continúa

1 Pero si somos muchos los que rogamos por la conversión de un pecador, o si oramos no sólo unos días, sino meses y aun largos años para conseguirla, es cada vez más probable que el Señor, que nos hace perseverar de esta manera en la oración, está dispuesto a oírnos.

todos los días en la Santa Misa, en la cual, como dice el Concilio de Trento, no cesa de ofrecerse por ministerio de sus sacerdotes y de aplicarnos los méritos de su Pasión.

No pudiendo merecer la gracia de la buena muerte, pero sí obtenerla por medio de la oración, para alcanzarla nos será preciso acudir a la oración más perfecta y eficaz de todas, a la de Jesucristo, sacerdote principal del sacrificio de la misa. Esta es la razón de haber el Papa Benedicto XV, en carta al Director de la Archicofradía de Nuestra Señora de la Buena Muerte, recomendado vivamente a los fieles que en vida hicieran celebrar misas para conseguir la gracia de la buena muerte. Esta es en realidad la gracia más grande de todas, la de los elegidos; y si en el último trance por un ferviente acto de amor nos unimos al sacrificio de Cristo perpetuado en el altar, podemos conseguir aún la remisión de la pena temporal debida a nuestros pecados y evitar el purgatorio.

Es, pues, muy conveniente para obtener la gracia de la perseverancia final unirnos a menudo a la *consagración eucarística*, que es la esencia del sacrificio de la misa, pensando en los cuatro fines del sacrificio: adoración, súplica, reparación y acción de gracias. Pensemos que cuando Jesús se ofrece en sacrificio, ofrece en realidad todo su cuerpo místico, en especial las almas que sufren sobrenaturalmente como sufrió él mismo. Como seamos perseverantes en este camino, nuestro adelanto será notable [1].

[1] Declárase muy particularmente este punto en un hermoso libro que acaba de publicarse: *Sept retraites de la Mère Elisabeth de la Croix* (fundadora del Carmelo de Fontainebleau), Lethielleux, París. He aquí los títulos de estos siete ejercicios: "Bajo la mirada del cielo", "El Miserere", "Los Dones del Espíritu Santo", "En el Calvario", "Los Desposorios espirituales", "La Unión mística". En estos ejercicios espirituales se trata únicamente de la unión del alma consagrada con Jesús crucificado, para gloria de Dios y bien de las almas. Continuamente se leen frases como éstas: "Nuestro Señor me ha revelado los sentimientos de su Sagrado Corazón y me los ha transfundido... Díjome estas palabras: "Hubo dos motivos principales para que me adhiriera a la sentencia de Pilatos: *la voluntad y la gloria de mi Padre*, *el ardiente deseo de la salvación*

Uniéndonos de la manera dicha al sacrificio de la misa y a las misas que se celebran durante todo el día, distribuídas en todo el orbe por el sol que en su carrera anuncia en cada lugar la hora de la oración matutina, nos dispondremos de la mejor manera para una buena muerte, es decir, para unirnos a todas las misas que se estén celebrando, cerca o lejos de nosotros, en la hora del último trance de nuestra vida mortal. Entonces haremos de nuestra muerte un sacrificio que irá a unirse con el sacrificio de Cristo, que sustancialmente se perpetúa en el altar: *sacrificio latréutico* o *de adoración* ante el poder soberano de Dios, señor de la vida y de la muerte, ante la majestad de Aquel "que conduce al hombre hasta el sepulcro y le resucita" (*Tob.*13, 2); *sacrificio impetratorio* para al-

de los hombres. Que estos dos sentimientos gobiernen toda tu vida en los más mínimos pormenores. *Sufre mis sufrimientos...* Nada haya para ti en este retiro, todo sea para mí. *El orgullo y el pecado son mi cruz; ayúdame un poco a llevar esta cruz.* El fruto que debes sacar de la Cruz que llevé por ti es no gozar de cosa alguna en la tierra, propender al sacrificio continuo, querer lo que Dios quiere, expiar los pecados de los hombres, sobre todo de mis sacerdotes, de mis esposas; no quejarte de nada, tener tu alma muy unida a la mía por medio de la cruz, y ocupar el corazón únicamente en mí por el amor" (p. 181 ss). "Así (cargado con la cruz) soy tu modelo." Durante la santa misa, en la oblación del pan y del vino, me dijo Nuestro Señor Jesucristo: "*Yo te ofrezco a mi Padre para que seas víctima en toda la amplitud de mis designios sobre ti...*, de las necesidades de mi Iglesia..., de los peligros de las almas y de la profundidad de mis llamamientos." En la sagrada comunión me dijo: "Siempre seré tu fuerza..." "*Mi cruz, he ahí la señal, el testimonio del amor que tengo a las almas...*, *y también del que las almas me tienen a mí. Te he convidado a participar de la locura de la cruz...*, a desasirte del mundo..., a seguirme por medio del dolor, del oprobio y de la ignominia..., *a ser esposa crucificada hasta la muerte...*" Me dijo también: "Fuí sentenciado por calumnia a morir en una cruz... *Cuanto más se parezcan tus sufrimientos a los míos, tanto serás más dichosa...* porque ésa será la prueba de que eres más amada que otros. Sé dulce de corazón para con los que te traigan o te hayan traído la cruz." "Sufre conmigo para reparar la gloria de mi Padre y para rescatar las almas." (p. 184 y ss.)

canzar la última gracia para nosotros y para los que mueren a la misma hora; *sacrificio propiciatorio* por las faltas de nuestra vida; *sacrificio eucarístico* por todos los beneficios recibidos desde el bautismo.

Este sacrificio ofrecido con ardiente amor de Dios podrá abrirnos al punto las puertas del cielo, como las abrió al buen ladrón que moría junto a Jesús, que estaba terminando su misa cruenta, el sacrificio de la cruz.

Antes de que llegue para nosotros la última hora hemos de orar con frecuencia por los moribundos. En la puerta de algunas capillas se lee esta inscripción: "*Rogad por los que van a morir durante la celebración de la misa.*" Estas palabras llamaron un día extraordinariamente la atención de un escritor francés: todos los días siguientes, al oír la Santa Misa oraba por los moribundos; posteriormente una enfermedad le tuvo durante varios años postrado en cama; y, como no pudiese ir a misa, ofrecía diariamente sus padecimientos por los que en el día morían. Tuvo así la dicha de obtener muchas conversiones inesperadas, *in extremis* [1].

Oremos también por los sacerdotes que asisten a los moribundos; ¡es tan elevado el ministerio de asistir a un alma en su agonía, en su último combate! Oremos para que el sacerdote llegue a tiempo y consiga del cielo,

[1] Recomendamos a este propósito dos libros de Adolfo Retté: *Jusqu'à la fin du monde*, comentario vivido de la frase de Pascal: "La agonía de Jesús durará hasta el fin del mundo", y *Oraisons du silence* (Albert Messein, París, 1930). Este último libro, con sus páginas bellísimas acerca de la soledad, la pobreza, el desasimiento, el dolor, la paz y el amor de Dios, es una preparación admirable para una santa muerte. Termina con estas palabras: "Que el ritmo de las horas que me quedan por vivir en la tierra se ajuste en un todo y exclusivamente a la santa doxología: "*Gloria Patri et Filio* . . ." Invocación confortadora que me alegra de haber sufrido y de sufrir todavía por tu servicio, ¡oh Señor! Cada vez que la pronuncie con corazón contrito y con recta intención, sé que tu gracia ha de inundar mi alma... Haz que sea junto a Ti crucificado como el buen ladrón. Y así como te acordaste de él, acuérdate de mí en tu reino del cielo." Esta oración fué oída: Adolfo Retté ha tenido una santa muerte.

cuando el enfermo se encuentra sumido en profundo sopor, el momento de lucidez preciso, para sugerirle los grandes sacrificios que Dios le pide; para que su oración sacerdotal ofrecida en nombre de Cristo, de María y de todos los santos, obtenga la última gracia, la gracia de las gracias.

El sacerdote que asiste a los moribundos de esta manera tiene a veces el inmenso consuelo de ver, por decirlo así, que Nuestro Señor salva las almas en medio de los dolores del último trance. Y después de haber orado tal vez para obtener su curación, al ver que el alma está bien dispuesta, acaba diciendo con gran confianza y paz esta admirable oración de la Iglesia: "*Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison... Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo, in nomine Dei Patris omnipotentis, qui te creavit, in nomine Jesu Christi Filii Dei vivi, qui pro te passus est, in nomine Spiritus Sancti, qui in te effusus est...*" —"Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; en nombre del Espíritu Santo, cuya gracia se derramó sobre ti; en nombre de la gloriosa y Santa Madre de Dios, la Virgen María; en nombre del bienaventurado José, esposo predestinado de la Virgen; en nombre de los Angeles y Arcángeles...; en nombre de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Evangelistas; en nombre de los Mártires y Confesores; en nombre de todos los Santos y Santas de Dios. Descansa hoy en paz, y sea tu morada la Jerusalén celestial, por Jesucristo Nuestro Señor."

*

* *

El misterio de la salvación.

La luz de una santa muerte ilumina el misterio de la predestinación, el misterio terrible y dulce a la vez de la elección de los predestinados.

Esclarécense con ella grandemente los dos principios

básicos formulados por San Agustín y Santo Tomás, que citamos al principio del capítulo.

Por una parte, *"siendo el amor de Dios la causa de todos los bienes, ninguno sería mejor que otro de no ser más amado de Dios"* [1]. Ninguno, de no ser más amado de Dios, aventajaría a su prójimo en actos saludables, ni fáciles ni difíciles, no pudiendo sin la gracia principiar, ni continuar, ni concluir cualquier obra conducente a la vida eterna. En este sentido dijo Nuestro Señor hablando de los elegidos: "nadie podrá arrebatarlos de las manos de mi Padre". Referíase a la eficacia de la gracia, que hace exclamar a San Pablo: "¿Quién es el que te da la ventaja sobre los otros?, ¿qué cosa tienes tú que no la hayas recibido?" ¡Lección verdaderamente profunda de humildad!

Por otra parte, *Dios nunca manda cosas imposibles, y por amor hace a todos posible*, mayormente a los moribundos, *el cumplimiento de sus preceptos*, y a nadie priva de la última gracia, a menos que el hombre la rehuse resistiendo al postrer llamamiento.

Por consiguiente, si, como dicen San Agustín y Santo Tomás, se concede la gracia de la perseverancia final, es por pura Misericordia, como le fué concedida al buen ladrón; si no se concede, es en justo castigo de faltas, por lo general reiteradas, o también por la resistencia última, como ocurrió al mal ladrón que se perdió, muriendo tan cerca del Redentor.

Como dice San Próspero con palabras repetidas por un Concilio del siglo IX: "Si unos se salvan, es por gracia del Salvador; si otros se pierden, es por culpa suya" [2].

[1] Santo Tomás, Iª, q. 20, a. 3: "Cum amor sit causa bonitatis rerum, non esset aliquis alio *melius*, si Deus non vellet uni majus bonum quam alteri." *Ibid.*, a. 4: Ex hoc sunt aliqua meliora, quod Deus eis majus bonum vult." Es el principio de predilección.

[2] Cf. Concile de Quiersy., 853 (Denzinger, nº 318): "Deus omnipotents *omnes homines* sine exceptione vult salvos fieri *(I Tim.* 2, 4), licet non omnes salventur. Quod autem quidam salvantur, salvantis est donum; quod autem quidam pereunt, pereuntium est meritum."

¿Cómo se componen íntimamente estos dos grandes principios, tan ciertos cada uno por separado, el de la eficacia de la gracia y el de la salvación posible para todos? San Pablo responde: "*O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei; quam incomprehensibilia sunt judicia ejus et investigabiles viæ ejus!*" — "¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán impenetrables sus caminos!" (*Rom.* 11, 33). Antes de recibir la visión beatífica, ninguna inteligencia creada puede comprender el acuerdo de estos dos principios. Penetrarlo equivaldría a entender de qué manera, sin distinción real, se unen y se identifican la Justicia infinita, la Misericordia infinita y la Libertad soberana en la *Deidad*, en la vida íntima de Dios, en lo inefable de El, en esa perfección que le es absolutamente propia, *naturalmente incomunicable* a las criaturas, en la *Deidad* en cuanto que es superior al ser, a la unidad, a la verdad, al bien, a la inteligencia y al amor; porque si bien todas estas perfecciones divinas absolutas pueden ser *naturalmente* participadas por las criaturas, no lo es la *Deidad*, que sólo se comunica por la gracia santificante, participación de la *naturaleza divina*, no solamente en cuanto que es vida intelectual, sino como vida *propiamente* divina, principio por el cual Dios se ve y se ama inmediatamente [1].

[1] El alma humana y el ángel participan *naturalmente* de la vida intelectual y tienen por esto una semejanza analógica con Dios en cuanto que es *inteligente*. La gracia santificante es una semejanza con Dios no sólo en cuanto que es *inteligente*, sino precisamente en cuanto que es *Dios;* es una participación de la *Deidad* como tal, o si se quiere, de la intelectualidad divina en cuanto *divina*, de la vida divina en cuanto divina. Así respondemos a una pregunta que nos ha hecho el Padre Gardeil en su bello libro *La Structure de l'âme et l'expérience mystique* (t. I, p. 388) a propósito de las relaciones de la gracia santificante y del constitutivo formal de la naturaleza divina. La gracia santificante es una participación de la naturaleza divina, no sólo en cuanto *ser* o en cuanto *intelectual*, sino propiamente en cuanto *divina;* la gracia es una participación física, formal y analógica de la *Deidad* como tal, cuya razón formal absolutamente eminente, como lo dice Cayetano, *in* I[a], q. 39, a. I,

Para entender el íntimo acuerdo de los principios de que venimos hablando, sería preciso ver la esencia divina.

Cuanto más evidentes resultan para nosotros estos dos principios que tratamos de conciliar, más *oscura* aparece, por contraste, con una oscuridad traslúcida, la eminencia de la vida íntima de Dios, en la cual se unen. Estos dos principios son como las dos partes de un semicírculo deslumbrador, encima del cual está, empleando el lenguaje de los místicos, la gran oscuridad, que no es sino "la luz inaccesible en que Dios habita" *(Tim.* 6, 16).

Tal es, aunque muy imperfectamente explicado, el objeto de la especulación, y aun diríamos de la contemplación agustiniana, que inspiró constantemente a Santo Tomás en estas difíciles cuestiones. La divina oscuridad del misterio de que hablamos sobrepuja con mucho la teología discursiva, siendo objeto propio de la fe, *fides est de non visis*, de la fe iluminada por los dones de entendimiento y de sabiduría, *fides donis illustrata.*

Desde este punto de vista superior, la contemplación de misterio tan terrible y dulce a la vez se hace tranquilizadora, como escribía Bossuet, íntimamente penetrado de esta doctrina, a una persona atormentada por el pensamiento de la predestinación: "Cuando estos pensamientos, le decía, se ofrecen al espíritu, y el desecharlos cuesta no pocos e inútiles esfuerzos, deben terminar en *el abandono total en manos de Dios, con la seguridad de que nuestra salvación está mucho mejor en las suyas que en las nuestras*; y únicamente así se encuentra la paz. Y en eso también debe terminar toda la doctrina de la predestinación como consecuencia del secreto del soberano Señor, a quien se ha de adorar y sin pretender sondearle. *Menester*

nº VII, es superior a las razones de ser, inteligencia, unidad, etc.... que son *naturalmente* comunicables a las criaturas: "Deitas est super ens et super unum." Hemos tratado de este tema extensamente en otro lugar: *Dieu, son existence et sa nature*, p. 347 ss. y p. 520 ss., y el mismo P. Gardeil habla en este sentido en la obra citada, T. I, pp. 246, 287.

es abismarse en esta alteza y en esta impenetrable profundidad de la sabiduría de Dios y echarse a cuerpo descubierto en manos de su bondad inmensa, esperándolo todo de él, pero sin descuidar el negocio de nuestra salvación... El término de este tormento ha de ser el abandono en las manos de Dios, que por su bondad y sus promesas se verá obligado a velar sobre vuestra merced. Aquí está el verdadero desenlace, mientras dura nuestra vida, de todos los pensamientos que tanto a vuestra merced asedian en el asunto de la predestinación: y hecho esto, es preciso descansar, no en sí mismo, sino únicamente en Dios y en su paternal bondad" [1].

El mismo Bossuet dice en uno de los capítulos más bellos de sus *Méditations sur l'Evangile* (IIª Parte, Día 72): "El hombre soberbio teme hacer incierta su salvación, como no la tenga en su mano; pero se equivoca. ¿Puedo estar seguro de mí mismo? ¡Dios mío!, veo que mi voluntad falla a cada momento; y si vos me hicierais dueño y señor único de mi suerte, no aceptaría un poder tan peligroso para mi flaqueza. Que no me digan entonces que esta doctrina de gracia y de preferencia trae la desesperación a las almas buenas. ¡Cómo! ¿Se imaginan dejarme más tranquilo entregándome a mis propias fuerzas y a mi inconstancia? No, Dios mío, no puedo consentirlo. No puedo encontrar seguridad sino en el abandono en vuestras manos. Y tanta más seguridad tengo, cuanto que aquellos a quienes concedéis la confianza de entregarse enteramente a Vos, en ese dulce instinto reciben la mejor señal de vuestra bondad que puede darse en la tierra." "*Confitemini Domino, quoniam bonus...*" *(Ps.* 117).

Este nos parece ser, como en otro lugar lo hemos expuesto [2], el verdadero pensamiento de San Agustín en

[1] Lettres de direction. *Oeuvres complètes de Bossuet*, París; 1846, t. XI, p. 44.

[2] *La volonté salvifique chez S. Augustin:* (Dios nunca manda lo imposible), Revue Thomiste, 1930, p. 473-487. — Item *Dictionnaire de Théologie catholique*, artículo *Prédestination:* conclusión.

lo que tiene de más elevado, cuando por remate de todo, dejado aparte el razonamiento, descansa en la divina oscuridad del misterio, donde deben conciliarse sus aspectos más opuestos en apariencia, formulados en los ya dichos principios: *Dios nunca manda cosas imposibles; Nadie sería mejor que otro, de no ser más amado por Dios.* Estos principios son como dos estrellas de primera magnitud que resplandecen con brillo extraordinario en la noche espiritual; pero no bastan para revelarnos las profundidades del firmamento, el secreto de la *Deidad.*

Antes de haber recibido la visión beatífica, *por un secreto instinto nos tranquiliza la gracia* acerca de la íntima conciliación en la *Deidad* de la infinita Justicia y de la Misericordia infinita, y nos tranquiliza así precisamente, porque la gracia es una participación de la *Deidad* y de la luz de vida, muy superior a la luz natural de la inteligencia angélica o de la humana.

Ciertamente, toda nuestra vida interior está envuelta en misterio, y lo mismo cada uno de nuestros actos, porque toda obra conducente a la vida eterna presupone el misterio de la gracia que nos ayuda a realizarla, y todo pecado es un misterio de iniquidad, que presupone la permisión divina del mal con miras a un bien superior, que muchas veces no comprendemos y que sólo en el cielo alcanzaremos a ver con claridad. Pero en medio de esta oscuridad de la fe, que es también la oscuridad de la contemplación acá en la tierra, nos tranquiliza el pensar que Dios es salvador, que Jesucristo murió por nosotros, que su sacrificio se perpetúa sustancialmente sobre el altar y que nuestra salvación está más segura en sus manos que en las nuestras; tenemos en efecto más confianza en la rectitud de las intenciones divinas que en la de nuestras mejores intenciones.

Abandonémonos con amor y confianza en manos de la infinita Misericordia, que es el medio más seguro de obtener de ella que se incline hacia nosotros en este momento y en el trance de nuestra muerte.

Recordemos a menudo las hermosas palabras del Salmista *(Ps.* 54, 23), que leemos todos los miércoles en el oficio de Tercia: "*Jacta super Dominum curam tuam et ipse te enutriet; non dabit in æternum fluctuationem justo.* — Abandónate en manos de Dios y El te cuidará: no dejará jamás sucumbir al justo."

Meditemos en el bellísimo cántico del anciano Tobías *(Tob.* 13, 2): "*Magnus es, Domine, in æternum et omnia sæcula regnum tuum; quoniam tu flagellas et salvas, deducis ad inferos et reducis... Ipse castigavit nos propter iniquitates nostras, et ipse salvabit nos propter misericordiam suam.* — Grande eres tú, oh Señor, desde la eternidad, y tu reino abarca todos los siglos. Porque tú hieres y das salud, tú conduces al sepulcro y libras de él... Cantad himnos al Señor, hijos de Israel... El nos castigó por nuestras iniquidades y nos salvará por su misericordia."

En este abandono hallaremos la paz. En el punto de morir por nosotros el Salvador, uníanse en su alma santísima el sufrimiento más atroz, causado por nuestros pecados, y la paz más profunda. De igual suerte en toda muerte cristiana, como en la del buen ladrón, se juntan en unión íntima el sufrimiento, el santo temor, el temblor ante la Justicia divina y la paz profunda. Pero sobre todo otro sentimiento domina en aquel trance supremo la paz o tranquilidad del alma, como cuando Jesús expiró diciendo: "*Consummatum est... Pater, in manus tuas commento spiritum meum.*"

CAPÍTULO IV

LA PROVIDENCIA Y LA CARIDAD FRATERNA

Como vimos en el capítulo anterior, uno de los principales medios por los cuales se ejerce la Providencia es la caridad fraterna, que debe unir a todos los hombres para que se ayuden mutuamente a caminar hacia el mismo fin, que es la vida eterna.

Siempre es de sumo interés el tema de la caridad, y conviene insistir a menudo en él, mayormente en nuestra época, cuando la caridad fraterna es negada por todo género de individualismos, y completamente falseada por el humanitarismo de los comunistas e internacionalistas.

El *individualismo* pone la mira únicamente en el bien útil y deleitable del individuo o, a lo sumo, del grupo relativamente reducido a que pertenece el individuo. De ahí procede la violencia de la lucha, a veces entre miembros de una misma familia, pero sobre todo entre las clases y entre los pueblos. De ahí la rivalidad, la envidia, la discordia, el odio, las disensiones más profundas. El individualismo desconoce el bien común en sus diversos grados e insiste casi exclusivamente en los derechos individuales o particulares.

Por el contrario, el *humanitarismo* de los comunistas e internacionalistas afirma de tal manera los derechos de la humanidad en general, más o menos identificada con Dios en forma panteísta, que desaparecen los derechos del individuo, de la familia y de los pueblos; y, con pretexto

de unidad, de armonía y de paz, se prepara una confusión espantosa y un desorden sin precedentes, como lo vemos en Rusia desde la revolución. Pretender que todas las partes de un organismo sean tan perfectas como la cabeza, o suprimir ésta porque es más perfecta que los miembros, es destruir el organismo entero.

Es evidente que la *verdad* se halla entre estos dos errores extremos y por encima de ellos. Colocada a igual distancia del individualismo y del comunismo, afirma la verdad los *derechos* del individuo, de la familia y de los pueblos, como también las exigencias del *bien común*, superior a todo bien particular. El concepto justo de las cosas salvaguarda el *bien individual* mediante la justicia conmutativa, que regula las transacciones entre los particulares, y mediante la justicia distributiva, que reparte equitativamente los bienes y las cargas; salvaguarda también el *bien común* por medio de la *justicia legal*, que dicta y hace cumplir las leyes justas, y por medio de la *equidad*, que se rige por el espíritu de las leyes en circunstancias excepcionales en que la letra resulta inaplicable.

Estas cuatro especies de justicia, admirablemente señaladas por Aristóteles y explicadas por Santo Tomás en su tratado *de Justitia* (IIª-IIᵃᵉ, q. 58, 61, 120), bastan en cierto sentido para guardar el justo medio entre los errores contrarios del individualismo y del comunismo humanitario. No es, por cierto, bastante conocida la doctrina de Santo Tomás sobre la justicia; podría ser objeto de muy interesantes y útiles trabajos.

Pero estas cuatro clases de justicia: conmutativa, distributiva, legal o social y equitativa, por muy perfectas que sean, aun esclarecidas por la fe cristiana, nunca podrán llegar a la perfección de la caridad o amor de Dios y del prójimo, cuyo objeto formal es incomparablemente superior.

Examinemos primero cuál sea el objeto primario de la caridad y cuál el secundario. Veremos luego cómo ha de

ejercerse, y cómo por medio de ella se cumple el plan de la Providencia.

* * *

Cuál sea el objeto primario y el motivo formal de la caridad.

El objeto primario de la caridad está muy por encima del bien del individuo, de la familia, de la patria y aun de la humanidad. Debemos amar a Dios sobre todas las cosas, más que a nosotros mismos, por ser infinitamente mejor que nosotros. Es el primer mandamiento: "Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente" *(Luc.* 10, 27).

Este precepto supremo, al que están subordinados todos los demás preceptos y consejos, es de orden sobrenatural; pero está conforme también con la inclinación natural, más aún, con la inclinación primordial de nuestra naturaleza y, en cierto modo, de toda naturaleza creada.

Verdad es que existe en nosotros el instinto de conservación individual, como también el de conservación de la especie, y una inclinación que nos lleva a defender nuestra familia y nuestra patria, y a amar también a todos nuestros semejantes; pero es todavía más profunda, como demuestra Santo Tomás (Iª, q. 60, a. 5), *la inclinación de nuestra naturaleza a amar a Dios,* que nos creó, *más que a nosotros mismos.* —¿Por qué? —Porque *lo que de su misma naturaleza pertenece a otro,* como la parte al todo, la mano al cuerpo, *está naturalmente inclinado a amar a ese otro más que a sí mismo.* Por esto se sacrifica la mano de un modo espontáneo para salvar el cuerpo. *Ahora bien, toda criatura,* en todo cuanto es, *depende necesariamente de Dios, creador y conservador de nuestro ser;* y por consiguiente, toda criatura está naturalmente inclinada *a amar a su manera* al Creador más que a sí misma.

Y así, la piedra tiende al centro de la tierra, siguiendo

la ley de cohesión del universo y buscando el bien del mismo, que es la manifestación de la bondad de Dios; y la gallina, como lo dice Nuestro Señor, recoge sus polluelos bajo las alas, para defenderlos del milano, y sacrifica, si es preciso, la propia vida por el bien de la especie, que forma parte del bien universal.

Esta inclinación primordial de la naturaleza está en el hombre y en el ángel iluminada por la luz de la inteligencia, y nos mueve de una manera más o menos consciente a amar a Dios, autor de nuestra naturaleza, más que a nosotros mismos.

Es indudable que *el pecado original ha debilitado esta inclinación* natural, pero, a pesar de ello, subsiste en nosotros, como subsiste la voluntad, facultad espiritual imperecedera.

Esta misma inclinación natural ha sido elevada por la virtud sobrenatural o infusa de la caridad, que es de orden infinitamente superior a la naturaleza humana y aun a la angélica. A la luz de la fe infusa, la caridad nos hace amar a Dios más que a nosotros mismos y sobre todas las cosas, no sólo como autor de nuestra naturaleza, sino también como *autor de la gracia;* nos hace amar *a Dios, "que primero nos amó a nosotros"* dándonos la existencia, la vida, la inteligencia, y lo que es más, *la gracia santificante*, principio de la vida eterna, germen cuya plena floración será la visión inmediata de la esencia divina y del amor sobrenatural y santísimo que nada podrá destruir ni aminorar.

Tal es el objeto primario de la caridad: Dios, que nos amó primero y nos hizo partícipes de su vida íntima. De donde la caridad es amistad entre Dios y el hombre.

El motivo formal de nuestra caridad *es ser Dios infinitamente bueno en sí mismo*, infinitamente mejor que nosotros y que todos sus dones.

Si no meditamos continuamente en este objeto primero y en el motivo formal de la caridad, no podremos entender cómo se haya de amar el objeto secundario.

Realmente no hay dos virtudes de caridad, una que mira a Dios y otra que se refiere al prójimo. Es una misma y única virtud teologal, principio de estos dos amores esencialmente subordinados.

Nada puede querer la caridad sino *con relación a Dios mismo, por amor de Dios,* como nada puede ver la vista sino por medio del color y con relación a él, ni el oído percibir otra cosa que el sonido y lo que es sonoro. Mas por amor de Dios debemos amar todo cuanto con él se relaciona.

*
* *

Cuál sea el objeto secundario de la caridad.

Nos lo dice el segundo mandamiento de la Ley: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo por amor de Dios." El objeto secundario de la caridad *somos ante todo nosotros mismos,* que debemos amarnos santamente, deseando nuestra salvación para glorificar eternamente a Dios; lo *es en segundo lugar* el prójimo, a quien por amor de Dios hemos de amar como a nosotros mismos, deseándole la salvación y los medios conducentes a ella, a fin de que juntamente con nosotros glorifique eternamente a Dios. Nuestro Señor nos presenta el amor del prójimo como *consecuencia necesaria, irradiación y señal cierta del amor de Dios:* "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros" *(Ioann.* 13, 35). Y dice en otro lugar San Juan: "Si alguno dice: sí, yo amo a Dios; pero aborrece a su hermano, es un mentiroso" *(I Ioann.* 4, 20).

La caridad fraterna, como se ve, difiere infinitamente de la inclinación natural que nos mueve a hacer el bien al prójimo por agradarle, o nos lleva a amar a los bienhechores, a aborrecer a los que nos hacen mal y a ser indiferentes con los demás. El amor natural nos hace amar al prójimo por sus buenas cualidades naturales y por los beneficios que de él recibimos. Pero el motivo de la caridad es muy distinto; la prueba de ello es que debemos

"amar aún a nuestros enemigos, hacer el bien a los que nos aborrecen y orar por los que nos persiguen" *(Matth.* 44; *Luc.* 6, 27 35).

La caridad es también superior a la Justicia, no solamente a la conmutativa y a la distributiva, mas también a la justicia legal y a la equidad, que nos mandan respetar los derechos del prójimo *por amor del bien común de la sociedad.*

La caridad nos hace amar a nuestro prójimo, y aun a nuestros enemigos, *por amor de Dios,y con el mismo amor* sobrenatural y teologal con que amamos a Dios.

Pero, ¿cómo es posible amar con amor divino a los hombres, que por lo general son imperfectos y aun a veces malvados?

La Teología responde con un ejemplo muy sencillo que comenta Santo Tomás de esta manera: "El que mucho ama a un amigo suyo, ama con el mismo amor a los hijos de este amigo; les ama porque ama a su padre, y en consideración a su padre les desea todo bien; si necesario fuese, iría en socorro de ellos por amor a su padre y aun les perdonaría las ofensas. Si los hombres, pues, son hijos de Dios, o al menos están llamados a serlo, debemos amar a todos, aun a nuestros enemigos, y amarlos en la medida con que amamos a su Padre común" [1].

Para amar de esta manera sobrenatural a nuestro prójimo, preciso es *contemplarle con los ojos de la fe,* diciendo: Esta persona de temperamento y de carácter tal vez opuestos a los míos, no ha "nacido sólo de la carne y de la sangre o de la voluntad del hombre"; como yo, ha "*nacido de Dios*" o ha sido llamada a nacer de Dios, a participar de la misma vida divina, de la misma bienaventuranza. Con estos ojos deben mirarse todos los miembros de una misma familia; y no sólo éstos, mas también los de una misma asociación y de una misma patria, y mucho

1 Cf. Santo Tomás, IIª-IIæ, las dos grandes cuestiones 25 y 26 sobre la extensión y el orden de la caridad. Las resumimos en las páginas siguientes del texto.

más los de la Iglesia entera, que sin desconocer la natural y necesaria variedad de patrias, las comprende todas para dar entrada a todos sus miembros en el reino de Dios.

Y así, podemos y debemos decir de las almas con quienes vivimos y aun de aquellas que naturalmente nos son antipáticas: Esta alma, aun cuando no estuviera en gracia de Dios, está ciertamente llamada a ser o a volver a ser hija de Dios, templo del Espíritu Santo, miembro del cuerpo místico de Cristo; quizá esté más cerca que yo del corazón de Nuestro Señor, y sea una piedra viva trabajada más que otras muchas por la mano de Dios, para ocupar un puesto en la Jerusalén celestial.

¿Cómo, pues, no amarla, si amo a Dios de verdad? Y si no amo a esa persona, si no deseo su bien y su salvación, mi amor a Dios es *una mentira.* Si, por el contrario, la amo, no obstante la diferencia de temperamento, de carácter y de educación, *señal* es de que amo a Dios. Puedo realmente amar a esta persona con el mismo amor esencialmente sobrenatural y teologal con que amo a las tres Personas divinas; porque en ella amo *la participación de la vida íntima de Dios* que ha recibido ya o está destinada a recibir, amo la realización de la idea divina que dirige su destino y la gloria que está llamada a dar a Dios.

Objetan los incrédulos: Pero ¿es eso realmente amar al hombre? ¿No es más bien amar en el hombre sólo a Dios y a Cristo, como se admira un diamante en su precioso estuche?

El hombre quisiera que le amaran *por sí mismo;* mas no es título éste para exigir amor divino. Para reaccionar contra tan egoísta tendencia decía Pascal, con frase intencionadamente paradójica: "No quiero que me amen."

Realmente la caridad no ama *solamente a Dios en el hombre*, sino al *hombre en Dios*, y al *hombre mismo por Dios*. Porque la caridad ama lo que *debe ser* el hombre, parte imperecedera del cuerpo místico de Cristo, y hace todo cuanto está de su parte por que consiga el cielo. La

caridad ama aún lo que el hombre *es por la gracia;* y si no tiene la gracia, ama en él *la naturaleza*, no en cuanto caída, lastimada y hostil a la gracia, sino porque es capaz de recibirla.

La caridad ama al hombre mismo, pero por Dios, por la gloria que está llamado a tributarle, que consiste en la manifestación esplendente de la bondad divina.

Tal es la esencia del amor del prójimo o de la caridad fraterna: *extensión* de nuestro amor de Dios a todos cuantos son amados por El.

* * *

De aquí nacen las propiedades de la caridad fraterna. Según lo dicho, debe ser *universal,* sin fronteras. No puede excluir a nadie, ni en la tierra, ni en el purgatorio, ni en el cielo. Sólo se detiene ante el infierno. Sólo excluímos a los condenados, que no son ya capaces de llegar a ser hijos de Dios, ni hay en ellos la menor veleidad de resurgir; el orgullo y el odio les impiden pensar siquiera en pedir perdón. Pero fuera del caso cierto de la condenación de un alma —¿y quién podría estar cierto de ello?— la caridad se extiende a todos, sin otros límites que los del amor del corazón mismo de Dios.

Resplandece aquí una grandeza incomparable, que tanto más resalta, cuanto más divididas, humanamente hablando, están las almas, como sucedió en la guerra pasada, cuando un soldado alemán moribundo terminaba el *Ave María* que la muerte había dejado interrumpida en los labios de otro soldado francés. El Señor y la Virgen unían a aquellos dos hermanos, mientras sus respectivas naciones continuaban profundamente divididas. Estos son los grandes triunfos de la caridad.

Para ser universal, *no necesita la caridad ser igual con todos;* porque la caridad respeta y eleva *el orden* dictado por la naturaleza. Debemos amar primero y sobre todo a Dios, más que a nosotros mismos, por lo menos con amor de estima *(appretiative);* y si bien no siempre sen-

timos ese fervor sensible del corazón hacia él, al menos la intensidad del amor debe ir en constante aumento. Luego hemos de amar *nuestra alma* para glorificar eternamente a Dios, después *al prójimo* y, finalmente, *nuestro cuerpo*, dispuestos siempre a sacrificarlo por la salvación de un alma, sobre todo cuando es obligación nuestra atenderla. En lo que toca al prójimo, hemos de amar con preferencia a los *mejores*, a los que están más cerca de Dios, y también a los que están *más cerca* de nosotros por la sangre, la afinidad, la vocación o la amistad. Cuanto más cerca de Dios está un alma, más merece nuestro cariño. Cuanto más cerca está de nosotros, más íntimo es nuestro amor a ella, y más completa debe ser nuestra abnegación en lo referente a la familia, a la patria, a la vocación y a la amistad [1]. Por donde la caridad no destruye el patriotismo, sino que lo eleva, como sucedió con Santa Juana de Arco y San Luis.

Tal es el orden de la caridad: Dios quiere reinar en nuestro corazón, mas sin excluir cariño alguno que sea compatible con el suyo; antes bien lo eleva, lo vivifica y lo hace más noble y más generoso. Aun a los enemigos de la Iglesia hemos de amar, rogando por ellos; pero sería trastornar el orden de la caridad, con pretexto de misericordia, amar más a los enemigos de la Iglesia que a algunos de sus hijos que trabajan a nuestro lado, a quienes quizá tenemos envidia.

Finalmente, la caridad fraterna, como el amor de Dios, no ha de ser sólo afectiva, sino también efectiva y activa, no sólo benévola, mas también bienhechora. Nos lo dijo Nuestro Señor: "Amaos como yo os he amado"; El nos amó hasta la muerte de cruz; los santos le imitaron haciendo de su vida un acto continuo de caridad rebosante, fuente de paz y santa alegría.

Tal es la caridad fraterna, extensión o prolongación de nuestro amor de Dios.

[1] Cf. Santo Tomás, IIª-IIªᵉ, q. 26, a. 8.

*
* *

La práctica de la caridad fraterna y los cuidados de la Providencia.

Santa Catalina de Sena advierte a menudo en *El Diálogo* que la Providencia nos ha dado a cada uno *cualidades muy diferentes* para que nos ayudemos mutuamente y tengamos ocasión de practicar la caridad fraterna.

No faltan, por otra parte, ocasiones de faltar a ella, aun en ambientes muy cristianos, en los cuales, junto a virtudes admirables se manifiestan verdaderas enfermedades morales. Y aun suprimidos todos los defectos, no faltarían motivos de choque y de rozamiento por la variedad de temperamentos, de caracteres y de aptitudes intelectuales que orientan a uno hacia la ciencia especulativa, a otro hacia la técnica, a éste a la síntesis, a aquél al análisis. Otras veces se originan las disensiones porque hay quienes se complacen en dividir para estorbar la obra de Dios, para impedir sobre todo las obras más elevadas, más divinas y más bellas. Solamente en el cielo desaparecerá todo motivo de conflicto, porque allá todos los bienaventurados, a la luz divina, ven en el Verbo cuanto deben desear y querer.

En medio de todo este cúmulo de dificultades, ¿cómo se ha de practicar la caridad fraterna? De dos maneras. Primero por la *benevolencia,* considerando al prójimo a la luz de la fe, para descubrir en él la vida de la gracia o al menos las aspiraciones a esa vida; luego por la *beneficencia,* sirviendo al prójimo, soportando los defectos de los demás, volviendo bien por mal, evitando la envidia y pidiendo a menudo a Dios la unión de los espíritus y de los corazones.

Primero la benevolencia. Hemos de tener ojos puros y atentos para ver en el prójimo, a veces bajo apariencia ruda y sombría, la vida divina o las aspiraciones latentes de ella, fruto de las gracias actuales prevenientes que to-

dos los hombres un día u otro reciben. Para ver el alma del prójimo, debe uno desasirse de sí mismo.

Lo que muchas veces nos impacienta e irrita en el prójimo no son las faltas graves a los ojos de Dios, sino los defectos de temperamento o las inclinaciones torcidas de carácter, compatibles con la virtud real. Soportaríamos quizá con más facilidad a pecadores muy alejados de Dios, pero de condición amable, que a ciertas almas que, aun siendo virtuosas, ponen a veces a prueba nuestra paciencia. Debemos, pues, considerar a la luz de la fe a aquellos con quienes convivimos, para descubrir en ellos lo que es grato a Dios y amarlos como él los ama.

Ahora bien, es muy opuesto a la benevolencia el *juicio temerario*, que no es una simple impresión acerca del prójimo, sino que consiste en afirmar el mal por leves indicios. Se ven dos, y se dice que son cuatro, generalmente por orgullo. Cuando el juicio es plenamente deliberado y consentido en materia grave, es falta grave contra la caridad y la justicia. Contra la justicia, porque el prójimo tiene derecho a su buena fama, que, después del derecho de cumplir con el deber, es uno de los más sagrados, mucho más que el derecho de propiedad. Personas que jamás robarían veinte francos, roban al prójimo la reputación con juicios temerarios sin fundamento alguno. La mayor parte de las veces el juicio temerario es *falso;* ¿cómo es posible juzgar con verdad las intenciones íntimas de una persona cuyas dudas, errores, dificultades, tentaciones, buenos deseos y arrepentimientos ignoramos? Y aunque el juicio temerario sea verdadero, siempre es falta contra la justicia, por cuanto al emitirlo se arroga uno la jurisdicción que no le corresponde: sólo Dios puede juzgar las intenciones de los corazones, en tanto no sean suficientemente manifiestas.

Es también falta contra la caridad, por provenir de espíritu malévolo, que so color de benevolencia deja escapar algunos elogios superficiales, que terminan en un *pero* característico. En lugar de considerar en el próji-

mo al hermano, se ve en él al adversario o al rival, a quién es menester suplantar.

Por San Mateo nos dice Jesucristo (7, 1): "No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el mismo juicio con que juzgareis habéis de ser juzgados, y con la misma medida con que midiereis seréis medidos. Más tú, ¿cómo te pones a mirar la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está en el tuyo?"

Pero si el mal es evidente, ¿nos manda Dios por ventura que nos engañemos? No, mas nos prohibe murmurar con orgullo; a veces nos impone, en nombre de la caridad, la corrección fraterna realizada con benevolencia, humildad, dulzura y discreción; y si es imposible o inútil la corrección fraterna particular, se debe acudir a veces humildemente al superior encargado de velar por el bien común. Finalmente, como dice Santa Catalina de Sena, cuando el mal es evidente, lo más perfecto sería no murmurar, sino compadecernos y cargar nosotros ante Dios con el mal, al menos en parte, a ejemplo de Nuestro Señor que cargó con todas nuestras faltas y nos dijo: "Amaos los unos a los otros, como yo os he amado" *(Ioann.* 13, 34). Esta es una de las maravillas del plan de la divina Providencia.

Para no caer, pues, en los juicios temerarios, acostumbrémonos a mirar al prójimo a la luz de la fe.

Debemos también amarle de veras, eficaz y prácticamente con amor de caridad benévola y benéfica. ¿De qué manera?

Haciéndole favores siempre que nos lo pida y nos sea posible. Soportando sus defectos, que es una manera de hacerle favor y de conseguir poco a poco su corrección. Recordemos a este propósito que no son las faltas graves lo que más nos impacienta a veces en el prójimo, sino ciertos defectos de temperamento, como la nerviosidad, que le hace ser brusco al cerrar las puertas, la estrechez de juicio, la falta de oportunidad, la manía de presumir, y otros defectos semejantes. Seamos

tolerantes unos con otros, sin irritarnos por un mal permitido por Dios para humillar a unos y probar a otros; no degenere nuestro celo en dureza, y al quejarnos de los demás, no creamos haber realizado el ideal. No hagamos la oración del fariseo.

Sepamos decir una palabra buena en el momento oportuno; éste es un medio que la Providencia pone en nuestras manos para ayudarnos mutuamente. Un religioso abrumado de dificultades se reanima a veces con una simple palabra del superior que le desea muchos consuelos en el desempeño del ministerio y también tribulaciones que le sirvan de purgatorio en la tierra.

A fin de que nuestro amor al prójimo sea efectivo, se ha de *evitar la envidia*, para lo cual, como lo advierte Bossuet, hemos de *alegrarnos santamente de las cualidades que Dios ha dispensado a los demás* y que no resplandecen en nosotros. Lo mismo cabe decir de la distribución del trabajo y de los oficios eclesiásticos, que contribuyen al esplendor de la Iglesia y de las Comunidades religiosas. Como dice San Pablo, la mano, lejos de envidiar al ojo, se aprovecha de la luz que de éste recibe; así también, lejos de envidiarnos unos a otros, gocemos de las cualidades que vemos en el prójimo; son también nuestras, por ser todos miembros de un mismo cuerpo místico, en el que todo debe concurrir a la gloria de Dios y a la salud eterna de las almas.

No sólo hemos de tolerarnos y evitar la envidia, mas es también preciso d*evolver bien por mal* por medio de la oración, del buen ejemplo y la ayuda mutua. Cuéntase de Santa Teresa que uno de los medios de conquistar su amistad era ocasionarle disgustos. La Santa practicaba el consejo de Nuestro Señor: "Si alguno quiere quitarte la túnica, dale también el manto." Es particularmente eficaz la oración por el prójimo en el momento mismo en que nos está haciendo sufrir en alguna forma, como lo fué la oración de San Esteban Protomártir por sus verdugos, y la de San Pedro Mártir por quien le dió muerte.

Finalmente, para practicar debidamente la caridad fraterna debemos pedir a menudo *la unión de espíritus y de corazones.* En la Iglesia naciente los primeros cristianos formaban "un solo corazón y una sola alma", y de ellos se decía: "Mirad cómo se aman"; ya lo dijo Nuestro Señor: "En esto conocerán que sois mis discípulos." Toda familia cristiana y toda familia religiosa debe ser, a la luz de la fe, un trasunto de la íntima unión de los cristianos de la Iglesia naciente. De esta manera seguirá cumpliéndose la oración de Jesucristo *(Ioann.* 17, 20): "No ruego solamente por éstos (los Apóstoles), sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación, para que todos sean uno; y como tú, ¡oh Padre! [1], estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como lo somos nosotros."

Así se realiza por manera fuerte y suave a la vez el plan providencial, así se ayudan mutuamente los hombres para caminar hacia la vida eterna. Y aquí descubrimos una prueba del origen divino del Cristianismo; porque el mundo, que edifica sobre el egoísmo, sobre el amor propio y los intereses que dividen, no puede producir esta caridad; las asociaciones mundanas no tardan en disolverse, porque en las palabras altisonantes de solidaridad y fraternidad se ocultan muchas envidias y odios profundos.

Sólo el Salvador puede libertarnos, que para ello vino al mundo. "*Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis . . . et homo factus est.*"

[1] Recordemos las palabras de Pascal, eco de otras de San Agustín y Santo Tomás: "La distancia infinita de los cuerpos a los espíritus es figura de la distancia infinitamente más infinita de los espíritus a la caridad, que es sobrenatural . . . Todos los cuerpos juntos, y todos los entendimientos juntos, y todas sus producciones no valen lo que el menor movimiento de caridad; porque ella es de orden infinitamente más elevado." *(Pensées,* édition E. Havet, p. 266, 269).

CAPÍTULO V

LA PROVIDENCIA Y LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Donde más resplandecen la grandeza y la bondad de la Providencia y del gobierno divino es en la comunión de los santos. Como ya hemos dicho, la Providencia ordena *inmediatamente* todas las cosas, aun las más ínfimas: pero el gobierno divino, que viene a ser la ejecución del plan providencial, llega a los seres inferiores *por intermedio* de los seres más elevados [1], y ayuda de esta manera a los hombres en su viaje hacia la eternidad y a las almas del purgatorio por medio de los santos del cielo y de los ángeles. Todo lo cual se declara en el dogma de la comunión de los santos: *"Credo in Spiritum Sanctum, sanctam Ecclesiam Catholicam, communionem sanctorum."*

Significa este dogma que entre los diversos miembros de la Iglesia militante, purgante y triunfante existe una comunión o relación mutua, que todos ellos participan de los méritos de Cristo y de los santos. Existe intercambio de méritos entre los justos.

Atacaron los protestantes este dogma por redundante; y algunos sostuvieron que los católicos incurrimos en una especie de politeísmo dando culto a los santos y considerándolos como dioses. Otros han creído descubrir en la comunión recíproca de los méritos de los

[1] Cf. Santo Tomás, I^a, q. 22, a. 3.

justos un sistema mecánico por medio del cual los pecadores podrían ser justificados sin cooperar en ello.

Basta exponer este dogma para entender cómo lo desfiguran quienes así lo explican. Lejos de ser una redundancia, es *la síntesis de las principales verdades de la fe*, de los dogmas de la Trinidad, de la habitación de las Personas divinas en los justos, de los dogmas de Cristo cabeza de la Iglesia militante, purgante y triunfante, de la gracia, del valor de las obras meritorias y satisfactorias y de la oración. Veamos primero en qué consiste la comunión de los santos según la Escritura; luego examinaremos particularmente la relación de las almas con Dios y con Cristo y de las mismas entre sí.

*
* *

La comunión de los santos según la Sagrada Escritura.

Esta verdad dogmática puede expresarse de la siguiente manera: Existe una comunión de los santos por la cual todos los miembros de Cristo están estrechamente unidos en Él y por Él y participan en diversos grados de los mismos bienes espirituales.

Claramente lo da a entender el Evangelio cuando habla del *reino de Dios*, que, además de ser una sociedad *exterior*, visible, la iglesia militante, ordenada para la salvación de las almas, es también una *sociedad espiritual* que comprende los justos de la tierra, las almas de los fieles difuntos, los santos del cielo y los ángeles, unidos todos a Dios por medio de Cristo en la misma verdad y en la misma caridad. La caridad aparece como el *vinculum perfectionis*, el lazo espiritual que, uniendo a todas las almas con Dios, las mantiene vinculadas entre sí.

El testimonio del Evangelio es clarísimo en este punto. Primero anuncia Nuestro Señor, y prepara, y luego funda el reino de Dios, cuyos miembros unidos por la caridad deben formar una verdadera familia, de la cual Dios es el Padre; a esta familia pertenecen los ángeles, que se

alegran, según dice el Evangelio, de la conversión de los pecadores.

Basta recordar las palabras de Jesús referidas en San Mateo, y por lo general también en San Marcos y San Lucas.

Primero predica San Juan Bautista: "*Haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos*" [1].

Luego Nuestro Señor, al enviar a sus Apóstoles a anunciar el Evangelio, les dice: "*Quien a vosotros recibe, a mí me recibe; quien a mí me recibe, recibe a aquel que me ha enviado*" [2].

Y un poco más tarde: "*Si yo echo los demonios en virtud del espíritu de Dios, síguese, por cierto, que ya el reino de Dios ha llegado a vosotros*" [3].

Todos los fieles son hermanos, por ser hijos de Dios, a quien deben rogar de esta manera: "*Padre nuestro que estás en los cielos...*" [4] Nuestro Señor nos dice también: "Orad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos" [5].

El dogma de que hablamos se manifiesta aún más a las claras en el sermón que Nuestro Señor hizo después de la Cena, como se lee en San Juan: "*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo, y yo con él*, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer" [6]. Y más abajo: "*Pero no ruego solamente por éstos* (por los Apóstoles), *sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de la predicación de éstos, para que todos sean uno, como tú, ¡oh Padre!, estás en mí y yo en ti*" [7]. Por lo cual dice San Juan en su Primera Carta (1, 2): "Lo que vimos y oímos, es lo que

[1] *Matth.* 3,2.
[2] *Matth.* 10, 40.
[3] *Matth.* 12, 28.
[4] *Matth.* 6, 9.
[5] *Matth.* 5, 45.
[6] *Ioann,* 15, 5.
[7] *Ioann,* 17, 21.

os anunciamos, para que tengáis también *vosotros unión con nosotros, y nuestra unión sea con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.*" He aquí, pues, el dogma de la comunión de los Santos.

San Pablo habla a menudo de él y lo explica probando que Cristo, resucitado y vivo para siempre, es la cabeza de un cuerpo místico cuyos miembros somos nosotros [1].

* * *

Relaciones de los miembros con Cristo mediador y con Dios.

Así como en nuestro organismo físico la cabeza influye en los demás miembros y les comunica por medio de los nervios el movimiento conveniente, así también en el cuerpo místico la humanidad del Salvador influye sobre todos los fieles, que son los miembros de ese cuerpo, y les comunica la vida de la gracia, la fe, la esperanza, la caridad, y a los bienaventurados del cielo da la gracia consumada e inamisible que se llama la gloria. De esa manera *el Salvador nos aplica los frutos de sus méritos* transmitiéndonos todas las gracias que nos consiguió en la Cruz. *Su humanidad nos las transmite como instrumento siempre unido a la divinidad*, que es manantial de toda gracia; los sacramentos nos las transmiten como instrumentos separados, que vibran en cierto modo pulsados por Cristo, para llegar a nuestras almas y vivificarlas. *Esta comunicación de gracias se realiza cada día principalmente por medio de la Santa Misa*, que perpetúa sustancialmente en el altar el sacrificio de la Cruz, nos aplica sus frutos y nos permite participar de él por medio de la comunión. De este modo nuestra alma en viaje hacia la eternidad puede crecer todos los días en la vida de la gracia.

La influencia sobrenatural de Dios y de Cristo en

[1] *Rom.* 12, 4; *I Cor.* 12, 12-27; *Ephes.* 1, 22; *Coloss.* 1, 18; 2, 19.

nosotros es ante todo y principalmente de luz y de amor, porque transmite a los fieles de la tierra y a las almas del purgatorio la luz de la fe y de los dones del Espíritu Santo y el amor de caridad, de la misma suerte que a los bienaventurados del cielo comunica la lumbre de gloria, principio de la visión beatífica, y el amor de caridad que nada ni nadie podrá ya destruir ni aminorar.

Los miembros del cuerpo místico, al influjo sobrenatural de luz y de amor, deben elevar hacia el Altísimo esta vida sobrenatural, este conocimiento y este amor que cantan la gloria de Dios, reconociendo su infinita bondad.

De esta manera, de todas las almas justas de la tierra, del purgatorio y del cielo se eleva hacia Dios un acto de amor por el cual el Bien soberano es preferido a todas las cosas. Este acto de amor, a la luz de la fe, inspira a los fieles de la tierra el culto de adoración, de súplica, de acción de gracias y de reparación, sobre todo durante la Misa; son los cuatro fines del sacrificio.

El amor de Dios inspira a las almas del purgatorio el culto de adoración y de reparación. Cuanto a los comprensores, dotados de la lumbre de gloria, el amor de Dios les inspira el culto de adoración y de acción de gracias que durará eternamente.

Por consiguiente este influjo sobrenatural de luz y de amor que por medio de Cristo redentor baja de Dios a las almas de la tierra, del purgatorio y del cielo, vuelve a subir en cierto modo hacia Dios como un himno de reconocimiento, que da la paz a las mismas almas, manteniéndolas bajo la influencia de la bondad divina. Este es el fin de la creación: el Señor creó todas las cosas para su gloria, que consiste en la manifestación esplendorosa de su bondad.

* * *

Relaciones de los miembros entre sí.

Si tales son los lazos que unen todas las almas de la tierra, del purgatorio y del cielo con Cristo mediador,

y con Dios, causa primera de la gracia, se comprende cuáles serán los que vinculan los miembros entre sí, y en particular la Iglesia triunfante con la purgante y la militante.

Los bienaventurados interceden en el cielo por los fieles de la tierra y por las almas del purgatorio, y nosotros podemos acudir con toda confianza a su intercesión, sobre todo a la de María mediadora, como lo hace sin cesar la Iglesia en el *Ave María* y en las Letanías Lauretanas. San Pablo escribe a los Hebreos (12, 22): "*Mas vosotros os habéis acercado al monte de Sión y a la ciudad de Dios vivo*, la celestial Jerusalén, al coro de muchos millares de ángeles, a la Iglesia de los primogénitos, que están alistados en los cielos, y a Dios, juez de todos, y a los espíritus de los justos ya perfectos, y a *Jesús, mediador de la nueva alianza*, y *a la aspersión de aquélla su sangre, que habla mejor que la de Abel.*"

Todos los santos, en unión con Cristo, interceden por nosotros cuando les invocamos [1]. Los ángeles, subordinados a Cristo, vienen también en nuestra ayuda. San Pablo se complace en decir a los Colosenses (1, 16), que todas las criaturas, aun las más altas, están subordinadas al Verbo hecho carne: "*los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades, todas las cosas fueron por Él y para Él creadas*... *Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia*"; y a la Iglesia triunfante pertenecen los mismos ángeles, a quienes Jesús y María sobrepujan por la intensidad de la caridad y por la lumbre de gloria.

También existen lazos muy estrechos entre la Iglesia militante y la purgante. Roguemos por las almas del purgatorio, procuremos que se celebren misas por su

[1] *Si pedimos a los santos de la tierra que rueguen por nosotros*, como se lo pedían al cura de Ars, con cuánta más razón, aunque otra cosa digan los protestantes, habremos de pedir a los santos del cielo que intercedan por nosotros, porque gozan ya de la luz definitiva y saben mejor que nosotros lo que nos conviene.

libertad; ganemos indulgencias por ellas, es decir, procuremos conseguir que les sean aplicados los frutos de los méritos del Salvador y de los santos. Y ciertamente Dios nos recompensa los actos de caridad que hacemos en favor de estas almas rogando por ellas y aceptando para aliviar sus penas las contrariedades que se nos presentan. Siempre ha existido en la Iglesia esta oración por los difuntos. San Pablo implora la misericordia de Dios por el descanso del alma de su amigo Onesíforo, como lo dice en la Segunda Carta a Timoteo (1, 18).

Lazos no menos estrechos unen entre sí a los fieles de la tierra. Pueden ayudarse mutuamente por la oración, por las buenas obras meritorias y satisfactorias, ya que el justo puede, en sentido amplio, merecer y expiar o cargar sobre sí la pena debida por el prójimo. En efecto, Dios tiene misericordia de los pecadores en atención a las oraciones, a los méritos, a los sufrimientos de los justos unidos a Cristo. El Señor dijo a Abraham: "*Si encuentro diez justos en medio de la ciudad de Sodoma, perdonaré a toda la ciudad; por amor de ellos, no la destruiré*" (*Gen.* 18, 32).

San Pablo nos habla de las relaciones espirituales de los fieles de la tierra entre sí, cuando dice: "*Hay diversidad de dones espirituales, mas el Espíritu es uno mismo; hay también diversidad de ministerios, mas el Señor es uno mismo; hay asimismo diversidad de operaciones, mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos*" [1]. "*No hay sino un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como fuisteis llamados por vuestra vocación a una misma esperanza. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo. Uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y obra por todos; y está en todos*" [2].

"Pues ni tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino el conjunto de muchos. Si dijere el pie: Porque yo no

[1] *I Cor.* 12, 4-6.
[2] *Ephes.* 4, 4-6.

soy mano, no soy del cuerpo, ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Y si dijera la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?... Ni puede decir el ojo a la mano: No he menester tu ayuda; ni la cabeza a los pies: No me sois necesarios... *Por donde si un miembro padece, todos los miembros se compadecen; y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él.* Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros unidos a otros miembros"[1]. "*Llevad los unos las cargas de los otros*, y con eso cumpliréis la ley de Cristo... *Mientras tenemos tiempo, hagamos bien a todos, y mayormente a aquellos que son, mediante la fe, de la misma familia que nosotros*"[2].

Si ver el cuerpo místico fuera como ver en la plaza la muchedumbre, descubriríamos una multitud inmensa de hombres, mujeres y niños, en los cuales echaríamos de ver en diversos grados el hambre de Dios, más o menos consciente, y las tentaciones y los trabajos. Por acá almas generosísimas en el sufrimiento; por allá cristianos ordinarios; por un lado almas en peligro de sucumbir a la tentación de los sentidos; por otro lado almas próximas a perder la fe, ancianos al borde de la tumba. Entonces comprenderíamos que el verdadero cristiano que vive de la oración debe inclinarse hacia esas almas como una madre hacia el hijito que descansa en la cuna. Reflexionemos también que, como dice Santo Tomás (Iª-IIª, q. 89, a. 6), cuando el niño, aun el no bautizado e infiel, llega al uso de razón, *debe escoger entre el bueno y el mal camino*, entre el deber y el placer, entre su verdadero fin último, confusamente conocido, y lo que se opone al mismo; si no resiste a la gracia que se le ofrece entonces, por encima de todo ama a Dios confusamente conocido, y por lo tanto está justificado, entrando así a formar parte del cuerpo místico. "Si vero ordinet seip-

1 *I Cor.* 12, 14, 26.
2 *Gal.* 6, 2-10.

sum ad debitum finem, per gratiam consequetur remissionem originalis peccatti" (loc. cit.).

Ahora bien, el Salvador nos dió su sangre preciosa para que pudiéramos ofrecérsela, en unión con él, por tantas almas que no le conocen aún o que se han alejado de él.

Entre todos los fieles debe reinar la caridad, *vinculum perfectionis*, que nos une con Dios, con Cristo mediador, con María mediadora y, por medio de ellos, con todas las almas del cielo y del purgatorio.

*
* *

En estos tiempos de revolución mundial, cuando las ligas ateas de los "sin Dios", nacidas en el seno del bolcheviquismo ruso, se propagan por diversos países, y se prepara un terrible conflicto entre el espíritu de Cristo y del demonio, es preciso vivir más que nunca de este misterio de la comunión de los santos.

Se advierte la apremiante necesidad de elevarse por encima de la violenta oposición que existe entre el comunismo internacional, de inspiración materialista, que suprime la dignidad de la persona humana, de la familia y de la patria, y el nacionalismo, que, cuando de defensivo pasa a ser ofensivo, se convierte en diversos aspectos en culto idolátrico de la nación. Es absolutamente necesario que, sin perjuicio del amor verdadero y hasta heroico, si es preciso, de la propia patria, pensemos todavía más en la *Ciudad de Dios*, que comienza acá en la tierra y termina en la patria definitiva, donde deberían unirse algún día todas las almas de todos los pueblos.

Las almas creyentes de los diferentes países de Europa y del mundo entero deben unirse sin demora en ferviente oración, sobre todo en el santo sacrificio de la misa, para obtener que la paz de Cristo reine entre las naciones.

El mismo cuerpo y la misma sangre del Salvador se ofrecen en todos los altares de la tierra, en Roma, en

Jerusalén, en todas las iglesias católicas de las cinco partes del mundo. La misma oblación interior siempre viva en el corazón de Cristo es el alma de todas las misas que se celebran todos los días por millares dondequiera que nace el sol.

Se ha de pedir con insistencia que venga el reino de Dios, y se ha de pedir por mediación de María, para que ella presente esta oración a su Hijo, a quien el género humano fué consagrado por su Santidad León XIII al comenzar este siglo.

La consagración de todo el género humano, incluso de los infieles, atrae nuevas gracias sobre éstos. La vida íntima del misterio de la comunión de los santos y las misas celebradas por la conversión de los infieles son la preparación más eficaz del apostolado de los misioneros. Como lo comprendió el P. Foucauld, es preciso preparar de antemano este apostolado, bañando, por decirlo así, las almas de los infieles en la sangre de Cristo, que, entregada a nosotros, podemos en unión con El ofrecer todos los días.

La comunión de los santos pone en nuestras manos *el cáliz de la redención superabundante,* que por medio de la oración y del sacrificio podemos hacer desbordar sobre las almas que, tal vez sin saberlo, tienen sed de Dios y se mueren lejos de Cristo.

*
* *

Se objeta contra la doctrina que estamos exponiendo: ¿cómo es posible que tantos miles de santos estén en el cielo confirmados ya en gracia y no consigan la conversión de más pecadores?

Un autor contemplativo ha respondido con precisión: "El cielo y la Iglesia de la tierra, aunque no están separados, son distintos. Así como en una sola estrella hay calor para fundir todo el hielo de la tierra, y a pesar de ello seguimos padeciendo los rigores del invierno; así como para levantar una pesada carga con una poderosa

palanca hace falta un punto de apoyo, así también Dios ha dispuesto que toda acción del cielo sobre nosotros tenga un punto de apoyo en la tierra. *Este punto de apoyo son los santos* que continúan su peregrinación en esta vida. El poder inagotable del cielo no tiene toda su eficacia en la tierra sino por alguien que se comunique realmente con Jesucristo, por alguien que esté en comunicación inmediata con el Calvario y la Cruz."

Como escribía el P. Foucauld: "¿No es bastante rico y feliz el que posee a Jesús?" Aunque estuviese abandonado de todos, tiene *lo único necesario* y puede comunicarlo a los demás por medio de la oración y del sacrificio.

*
* *

Las consecuencias prácticas del misterio de la comunión de los santos son innumerables. Bossuet las resume como sigue en su Catecismo de Meaux: Síguese de aquí que todos los bienes espirituales son comunes entre los fieles: las gracias que recibe cada uno y las buenas obras que practica aprovechan a todo el cuerpo y a cada miembro de la Iglesia por la íntima unión en que viven. Si, pues, algún miembro de la Iglesia posee un bien, todos los demás deben alegrarse de ello, sin dejarse llevar de la envidia. Cuando un miembró está afligido, todos deben compadecerse de él, y no cerrar su corazón.

¿Qué vicios son incompatibles con la comunión de los fieles? La enemistad y la envidia. Los envidiosos pecan contra este artículo del Símbolo: creo en la comunión de los santos.

Comprendemos por fin por qué en este dogma los fieles son llamados *santos:* porque están llamados a la santidad y consagrados a Dios por el bautismo.

¿A quién conviene de modo especial el nombre de *santos?*

A aquellos que por medio de una fe perfecta llevan también una vida santa.

De ahí se deduce cuán gran desgracia sea estar privado de la comunión de los santos; la Iglesia, por medio de la excomunión, priva a los pecadores escandalosos de la fuente de vida, que son los sacramentos, hasta que se arrepientan sinceramente.

Nada prueba mejor que el misterio de la comunión de los santos que la vida cristiana es acá en la tierra un comienzo de la vida eterna, por encerrar la gracia santificante y la caridad, que verdaderamente son para nosotros el principio de la gloria. De esta manera se ve de un modo admirable el fin supremo para el cual ha ordenado todas las cosas la Providencia, y el sentido y alcance de aquellas palabras de Nuestro Señor en la Oración sacerdotal: "*Que todos los que han de creer en mí sean uno, como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti.*" *(Ioann.* 17, 22)[1].

[1] A propósito de la Providencia y de la comunión de los santos, conviene tener en cuenta que *para trabajar en alguna obra de la Iglesia es necesario tener una misión* y conservar el *espíritu* de la misma, como lo demuestra admirablemente el P. Clérisaac, O. P. en su hermosa obra *Le mystère de l'Eglise*, cap. VII: La mission et l'esprit. Así lo hicieron los fundadores de las Ordenes religiosas.

Tenemos un admirable ejemplo de esta ley del orden de la gracia en la vida de la Madre Cornelia Connelly, fundadora de la Congregación del Niño Jesús, 1809-1879 (Roma, 1928). Protestante de origen y casada con un protestante, madre de familia, se convirtió al catolicismo al mismo tiempo que su marido. Este se convenció muy pronto de que tenía vocación sacerdotal y fué ordenado sacerdote, mientras Cornelia, por consejo del Papa Gregorio XVI, fundó en América una congregación religiosa. Desgraciadamente, el que fuera esposo creyó que podía dirigir aquella congregación, para lo cual no tenía ninguna misión; perdió en ese asunto la gracia de su propia vocación y se alejó de la Iglesia católica, en tanto que la Madre Cornelia Connelly, venciendo toda clase de dificultades, llegaba por fin a realizar la obra que Dios le había confiado.

CAPÍTULO VI

EL FIN DEL GOBIERNO DIVINO

El gobierno divino, como queda dicho, consiste en la ejecución del plan providencial y tiene por fin u objeto la manifestación de la bondad divina, que da y conserva a los justos la vida eterna. Veamos primero lo que acerca de este fin nos dice la revelación imperfecta del Antiguo Testamento, para mejor apreciar luego la plenitud de luz manifestada en el Evangelio. Así gustaba de proceder San Agustín, particularmente en el libro admirable que escribió sobre la Providencia o el plan divino: *La ciudad de Dios*, su establecimiento progresivo acá en la tierra y su pleno desarrollo en la eterna bienaventuranza.

*
* *

El anuncio imperfecto.

En el Antiguo Testamento está expresado el fin último de una manera imperfecta y a menudo simbólica. La tierra prometida, por ejemplo, era figura del cielo; el culto con la variedad de sacrificios y de ritos, y sobre todo las profecías, anunciaban la venida del Redentor prometido, que había de traernos la luz, la paz y la reconciliación con Dios.

El anuncio del Redentor incluía confusamente el de la vida eterna que por él había de lograr el hombre. Antes de la plenitud de la revelación contenida en el Evangelio, se comprende que el Antiguo Testamento no diera mu-

cha luz acerca de la bienaventuranza eterna, habiendo de esperar las almas de los justos en el limbo hasta que la Pasión y la muerte del Salvador les abriese las puertas del cielo [1].

Con todo, como vimos anteriormente, los profetas teníân a veces palabras elevadas y expresivas acerca de la grandeza del premio que Dios reserva a los justos en la otra vida, palabras que precisaban el sentido de lo que ya antes de ellos se había dicho [2].

Se lee, por ejemplo, en los Salmos: "Yo, en cambio, por mi inocencia llegaré a contemplar tu rostro; al despertar me saciaré de tu semblante; *satiabor cum apparuerit gloria tua*" (*Ps.* 16, 15). Lo mismo había dicho Job [3].

Isaías, hablando de la nueva Jerusalén, decía: "El Señor será para ti luz perenne, y tu gloria el Dios tuyo. Nunca jamás se pondrá tu sol, porque el Señor será para ti sempiterna luz, y se habrán acabado ya los días de llanto." (*Is.* 60, 19).

Y en el Libro de Daniel leemos: "Mas los que hubieren sido sabios en las cosas de Dios (y fieles a su Ley), brillarán como la luz del firmamento; y serán como estrellas por toda la eternidad aquellos que hubieren enseñado a muchos la Justicia." (*Dan.* 12, 13). No se refiere el Profeta a los justos venideros, sino a los actuales y a los ya muertos; la recompensa que se les promete es eterna.

Lo dice todavía con más claridad el Segundo Libro de los Macabeos, donde uno de aquellos mártires, ya para morir, increpa al verdugo de esta manera: "Tú, oh perversísimo, nos quitas la vida presente; pero el rey del universo *nos resucitará algún día para la vida eterna*, por haber muerto en defensa de sus Leyes." (*II Mach.* 7, 9).

También habla de la felicidad eterna el *Libro de la*

[1] Cf. Santo Tomás, IIIª, q. 52, a. 5.

[2] *Gen.* 5, 24; 17, 8; 25, 8, 17; 26, 24; 35, 29; 47, 9; 49, 18, 29-33; *Num.* 20, 24; 27, 13; *Deut.* 32, 50.

[3] *Iob* 14, 13-25; 19, 25ss; *Ps.* 11, 7; 15, 10ss; 48, 15ss; 72, 24; *Prov.* 10, 30; 11, 7; *Eccli.* 1, 13; 11, 28; 18, 24.

Sabiduría: "En el día de la recompensa brillarán los justos como centellas que discurren por cañaveral. Juzgarán a las naciones y dominarán a los pueblos, y el Señor reinará con ellos eternamente... Pues la gracia y la misericordia son para sus santos y él tiene cuidado de sus elegidos." *(Sap.* 3, 1). — "*Los justos viven eternamente, su recompensa está cerca del Señor, y el Omnipotente cuida de ellos.*" *(Sap.* 5, 1 ss.).

Este anuncio imperfecto de la vida eterna es como el resplandor de la aurora que precede la salida del sol del Evangelio.

*
* *

La vida eterna según el Nuevo Testamento.

La plenitud de la revelación contenida en el Nuevo Testamento nos habla de la bienaventuranza eterna de una manera accesible a todos. Tenemos ya a Cristo entre nosotros; y si cuanto le precedió anunciaba su venida, ahora será él mismo quien anuncie el reino de Dios a todos los pueblos y guíe las almas a la vida eterna.

Esta idea se repite con frecuencia en los discursos del Salvador que nos han conservado los Sinópticos.

Dicen éstos hablando de la recompensa del justo: "*Ya no podrán morir*, siendo iguales a los ángeles e hijos de Dios por la resurrección." *(Luc.* 20, 36). — "*Los justos irán a la vida eterna.*" *(Matth.* 25, 46, *Marc.* 10, 30). No se refieren los textos citados a la vida futura de que hablaron filósofos como Sócrates y Platón, sino a la vida eterna, donde los justos participarán de la eternidad de Dios, sin pasado, ni presente, ni futuro.

Dice también Jesús, recordando la profecía de Daniel (12, 13): "*Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.*" *(Matth.* 13, 43). — El hijo del hombre les dirá: "*Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo.* Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed,

y me disteis de beber... me recogisteis..., me vestisteis... me visitasteis..." (*Matth.* 25, 34). Donde es de notar la claridad con que se manifiesta el fin del gobierno divino.

Y en el Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los puros de corazón, porque *ellos verán a Dios*... Alegraos y regocijaos, porque *es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.*" (*Matth.* 5, 8 ss.). He ahí la verdadera tierra prometida de que hablaba el Antiguo Testamento por medio de símbolos; todavía no estaban las almas dispuestas a recibir la plena luz, antes bien experimentaban la necesidad profunda de redención.

En el Evangelio de San Juan habla también Jesús a menudo de la vida eterna, como en el diálogo con la Samaritana: "¡Si conocieras el don de Dios!... Quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed; antes el agua que yo le daré, vendrá a ser dentro de él *un manantial de agua que brote para vida eterna.*" (*Ioann.* 4, 10 ss.).

Repetidas veces dice Jesús en este cuarto Evangelio: "*El que cree en mí, tiene vida eterna*" (*Ioann.*, 3, 36, 6, 40, 47); es decir: el que cree en mí con fe viva, unida a un gran amor de Dios, tiene ya comenzada la vida eterna. ¿Por qué? Porque, como dice Jesús en la oración sacerdotal: "*La vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste.*" (*Ioann.* 17, 3). "*¡Oh Padre!, yo deseo que aquellos que tú me has dado estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado; porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo.*" (*Ioann.* 17, 24). Para ver la gloria de Cristo, preciso es llegar al cielo, donde él está por la parte más sutil de su alma santísima. Lo dice él mismo: "Nadie subió al cielo, sino aquel que descendió del cielo, *el Hijo del hombre que está en el cielo.*" (*Ioann.* 3, 11 ss.).

En el mismo sentido dijo también: "En verdad, en verdad os digo, que quien observare mi doctrina, *no morirá para siempre*" (*Ioann.* 8, 51); y en el sepulcro de Lázaro: "*Yo soy la resurrección y la vida..., quien cree en mí,*

aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre." (*Ioann.* 11, 25 s.).

He aquí la plenitud de la revelación anunciada de lejos por Job, el Salmista, Isaías y Daniel, por el Libro de los Macabeos y el de la Sabiduría.

Entonces era un arroyo; ahora es ya un río caudaloso que va a perderse en el océano infinito de la vida divina.

Jesús dijo también que "la puerta angosta y la senda estrecha conducen a la vida" (*Matth.* 7, 14), al camino real que lleva a Dios. El Señor llama a todos los hombres a trabajar en su viña, y les da en recompensa su propia bienaventuranza, aun a los obreros de última hora (*Matth.* 20, 1 ss.). Él mismo es la recompensa, si bien hay "muchas moradas en la casa del Padre celestial" (*Ioann.* 14, 2), según los méritos o el grado de caridad de cada uno.

San Pablo habla en estos términos de la eterna bienaventuranza en la Primera Carta a los Corintios (2, 9): "*Son cosas que ni ojo vió, ni oído oyó, ni corazón de hombre intuyó jamás, cosas que Dios tiene aparejadas para quienes le aman.* A nosotros, empero, nos las ha revelado Dios por medio del Espíritu; pues el Espíritu penetra todas las cosas, aun las más íntimas de Dios."

Todavía con más claridad lo dice en otro lugar de la misma Carta (*I Cor.* 13, 8): "La caridad nunca fenece; en cambio las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas; y se acabará la ciencia (imperfecta). Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto, e imperfecta es la profecía. Mas cuando llegue el que es perfecto, desaparecerá lo imperfecto... *Al presente no vemos* (a Dios) *sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras;* pero entonces le veremos *cara a cara; yo no conozco ahora a Dios sino imperfectamente, mas entonces le conoceré a la manera que yo soy conocido por él*", es decir, con un conocimiento inmediato y perfectamente claro, le veré como él se ve a sí mismo, no en un espejo, de modo oscuro, enigmático, sino cara a cara, *facie ad faciem.*

San Juan habla de la misma suerte en su Primera Carta

(3, 2): "Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios; mas lo que seremos algún día, no aparece aún. Sabemos sí que cuando se manifestare claramente, *seremos semejantes a Él, porque le veremos así como Él es, videbimus eum sicuti est.*" La Iglesia ha definido que esta doctrina revelada debe entenderse de la *visión inmediata de la esencia divina,* sin mediación de ninguna criatura anteriormente conocida [1]. En otros términos: veremos a Dios con los ojos de la inteligencia mejor que ahora con los ojos de la cara a las personas con quienes hablamos; porque será Dios para nosotros más íntimo que nosotros mismos. Acá en la tierra sólo conocemos a Dios negativamente: sabemos que no es material, ni mudable, ni limitado; *entonces le veremos tal como es, en su Deidad,* en su esencia infinita, en su vida íntima, común a las tres Personas, de la cual es *participación* la gracia, sobre todo la gloria o gracia consumada, que nos hará idóneos para verle inmediatamente como se ve Él mismo, para amarle como Él se ama y para vivir eternamente en Él.

Tal es la doctrina revelada acerca de la vida eterna, manifestación de la bondad divina y fin del gobierno de Dios. Oigamos ahora brevemente los balbuceos con que la Teología trata de declararnos este misterio.

*

* *

La visión beatífica y el amor de Dios, que es consecuencia de ella.

La Teología nos da aquí alguna luz, comparando la beatitud natural con aquella otra que la gracia consumada nos ha de proporcionar.

[1] Denzinger, nº 530: Benedicto XII: "Definimus... quod... animae santorum omnium... in quibus nihil purgabile fuit quando decesserunt... etiam ante resumptionem suorum corporum et judicium generale... *vident divinam essentiam visione intuitiva* et etiam faciali, *nulla mediante creatura in ratione objecti visi se habente,* sed *divina essentia immediate se nude, clare et aperte eis ostendente...*" — Item *Concilium Florentinum* (Denz. 693).

De habernos Dios creado en estado puramente natural, con cuerpo caduco y alma inmortal, pero sin la vida sobrenatural de la gracia, aun así nuestro último fin, nuestra felicidad, habría consistido en conocer y amar a Dios sobre todas las cosas; como que nuestro entendimiento ha sido ordenado para conocer la verdad, sobre todo la Verdad suprema, y nuestra voluntad para amar y querer el Bien, y principalmente el soberano Bien.

Sin la vida sobrenatural de la gracia, la última recompensa de los justos consistiría en conocer y amar a Dios, pero sólo *por fuera*, como quien dice, en las perfecciones que en las criaturas resplandecen, como le conocieron los filósofos más preclaros de la antigüedad, si bien con más certeza y sin mezcla de error, pero sin salir del terreno abstracto, por medio de las criaturas y en el espejo de las cosas creadas. Conoceríamos a Dios como causa primera de los espíritus y de los cuerpos, y enumeraríamos sus perfecciones infinitas analógicamente conocidas por su reflejo en el orden creado. Nuestras ideas sobre los atributos divinos formarían un mosaico incapaz de reproducir con perfección y sin dureza la fisonomía de Dios.

Amaríamos a Dios como autor de nuestra naturaleza, con un amor en que entrarían de por medio el respeto y la gratitud, pero sin la dulce y sencilla familiaridad propia de los hijos de Dios. Seríamos siervos suyos, mas no hijos.

Aun así, el fin último es muy elevado. Nunca produciría hartura en nuestras facultades, como nunca nuestros ojos se hartan de contemplar el cielo azulado. Siendo además espiritual dicho fin, pueden poseerlo a la vez todos y cada uno, a diferencia de los bienes materiales, sin que la posesión de unos perjudique a otros o cause envidia.

Pero cuánta oscuridad no dejaría en nuestra mente este conocimiento abstracto y mediato de Dios, sobre todo en lo tocante a la conciliación íntima de las perfecciones divinas. De continuo nos preguntaríamos cómo pueden componerse la Bondad omnipotente y la permisión divina

del mal, cómo es posible armonizar íntimamente la infinita Justicia y la Misericordia infinita.

La inteligencia humana no podría menos de decirse: ¡Si, con todo, pudiera yo *ver* a ese Dios, manantial de toda verdad y de toda bondad, de donde procede la vida de la creación, la vida de las inteligencias y de las voluntades!

*

* *

La Revelación nos manifiesta lo que la razón más penetrante no alcanza a descubrir. La Revelación nos dice que nuestro fin último consiste en *ver a Dios inmediatamente, y cara a cara, y tal cual es, sicuti est;* en conocerle, no por fuera, sino íntimamente, como él se conoce a sí mismo, y en amarle como él se ama. Nos dice que "estamos predestinados a hacernos conformes a la imagen de su Hijo, de manera que éste sea el primogénito entre muchos hermanos." *(Rom.* 8, 29). Cuando Dios nos creó, no tenía por qué hacernos *partícipes de su vida íntima* y destinarnos a verle inmediatamente; pero pudo y quiso hacerlo por pura bondad, adoptándonos por hijos suyos.

Estamos, pues, llamados a *ver a Dios*, no sólo en el espejo de las criaturas, por perfectas que ellas sean, no sólo en el resplandor divino que se refleja en los ángeles, sino *inmediatamente, sin intervención de ninguna criatura*, mejor que vemos las cosas con nuestros ojos; porque siendo Dios puramente espiritual, estará íntimamente presente en nuestra inteligencia, por él iluminada y fortalecida para poderle ver. (Santo Tomás, 1ª, q. 12, a. 2).

Entre él y nosotros no habrá *ni siquiera la mediación de una idea;* porque una idea creada no podría representar a Dios tal cual es, puro resplandor intelectual eternamente subsistente e infinita verdad. Jamás podremos expresar con palabras nuestra contemplación, ni siquiera por medio de palabras interiores; como cuando uno está absorto en la contemplación de un espectáculo sublime, que no encuentra palabras con qué declararlo. Hay una sola pa-

labra idónea para expresar lo que Dios es en sí: la palabra eterna y substancial del Verbo.

La visión de Dios cara a cara es infinitamente superior a la más encumbrada filosofía. Sobre las perfecciones divinas ya no habrá conceptos que evoquen las teselas de un mosaico. Nuestro destino es contemplar *todas las perfecciones divinas íntimamente conciliadas*, identificadas en su origen común, en la Deidad o vida íntima de Dios: cómo la ternísima *Misericordia* y la *Justicia* más inflexible proceden de un mismo y único *amor*, infinitamente generoso y santo; cómo la misma cualidad eminente del amor identifica en sí atributos al parecer tan opuestos; cómo se unen la Misericordia y la Justicia en todas las obras divinas. Estamos llamados a ver cómo este *amor*, aun en su libérrimo beneplácito, se confunde con la *pura sabiduría*, no habiendo en él nada que no sea sabio, y nada en la sabiduría que no sea amor. Estamos llamados a ver cómo este amor se identifica con el *Bien supremo*, siempre amado desde toda la eternidad, cómo la divina Sabiduría se identifica con la *Verdad primera*, siempre conocida, y cómo todas estas perfecciones forman un todo en la esencia misma de *Aquel que es*.

Nuestro destino es contemplar la eminente simplicidad de Dios, pureza y santidad absolutas, ver *la infinita fecundidad de la naturaleza divina que se expande en tres Personas*, gozar en la vista de la generación eterna del Verbo, "esplendor del Padre y figura de su substancia", admirar la inefable Espiración del Espíritu Santo, término del amor eterno común del Padre y del Hijo, que los une eternamente en la más absoluta difusión de sí mismos. "*Bonum est essentialiter diffusivum sui*"; el bien es esencialmente difusivo de sí mismo en la vida íntima de Dios, pero derrama al exterior libremente sus riquezas.

Nadie es capaz de declarar el gozo de esta visión, ni el amor que despertará en nosotros, amor de Dios tan fuerte, tan absoluto, que nadie podrá en adelante, no ya destruir, pero ni siquiera aminorar; amor de respeto, de gratitud y

de admiración, pero sobre todo de amistad, con la sencillez y santa familiaridad que le son propias. Y el amor hará que nos gocemos principalmente de que Dios sea Dios, infinitamente santo, justo y misericordioso, y que adoremos los decretos de su providencia, en los cuales resplandece su infinita bondad, y nos sometamos plenamente a El.

Conocimiento y amor de esta naturaleza sólo son posibles por la gracia, que eleva nuestras facultades y está para siempre unida como un injerto a la raíz misma de ellas, a la esencia misma de nuestra alma: gracia que ya nadie jamás nos podrá arrebatar. Esta gracia consumada, que se llama la gloria, es realmente *una participación inamisible de la naturaleza de Dios*, de su vida íntima, por cuanto ella nos hace idóneos para verle como él se ve y amarle como él se ama.

Tal es, muy imperfectamente explicada, la vida eterna, a la que podemos aspirar por tener de ella el germen recibido en el bautismo, la gracia santificante, *semen gloriæ.*

Y tal es el fin del gobierno de Dios: la manifestación de la bondad divina, que nos concede y nos conservará para siempre jamás la eterna bienaventuranza. Entonces se cumplirán aquellas palabras de San Pablo:

"*Dios nos predestinó para ser un día conformes a la imagen de su Hijo, de manera que él sea el primogénito entre muchos hermanos* " (*Rom.* 8, 29); Hijo por naturaleza, será el primogénito entre muchos hermanos que son hijos de Dios por adopción. Entonces también tendrán perfecto cumplimiento las palabras de Jesús: "*¡Oh Padre! yo deseo que aquellos que tú me diste estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado; porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo.*" (*Ioann.* 17, 24). Esta gloria de Cristo es la manifestación suprema de la bondad divina, y es al mismo tiempo para él y para nosotros la bienaventuranza que nunca acaba, medida como la de Dios por el instante único de la eternidad inmutable.

Concluyamos con San Pablo: "Por lo cual, no desmayemos; y aunque el hombre exterior se vaya en nosotros desmoronando, el interior se renueva de día en día; porque el momento de la tribulación, breve y ligero, nos produce un peso eterno de sublime e incomparable gloria." (*II Cor.* 4, 17).

*

* *

El voto de abandono.

Muchas almas interiores, en circunstancias harto dolorosas, hallaron la paz y hasta la alegría, aun sin haber visto disipada la tormenta, al recibir del Señor la inspiración de hacer voto de abandono en manos de la Providencia.

Las almas que a ello se sientan movidas por la gracia y estén firmemente resueltas a poner en práctica el abandono en manos de Dios, junto con la fidelidad cotidiana, pueden formular y cada día renovar en la acción de gracias este voto en la forma siguiente:

"En cuantas cruces el Señor me envía, resignarme enteramente y con alegría, sin reparar en los «instrumentos».

"En los trances difíciles que llenan de angustia el alma, no hurgar en lo pasado ni reconcentrarme en mis pensamientos, evitando las vanas preocupaciones; sumergirme en el océano de la confianza, buscando la solución en la gracia.

"Sea la disposición de mi espíritu: Arrojarme en brazos de Dios, no bien me sienta lastimado. Todo ello con ilimitado amor."

Este abandono debe ir acompañado de gran fidelidad a la gracia y a las luces obtenidas en la oración.

VOCABULARIO

Acción. Considerada como resultado, es el cambio o movimiento producido en un ser. Considerada en relación con su principio, es la actuación de la potencia operativa, que hace que una cosa no existente llegue a existir.

Acto. Es la perfección que viene a llenar la capacidad del ser perfectible, del ser en potencia. Cuando la inteligencia pasa de la ignorancia al conocimiento, se dice que ha pasado de la potencia al acto.

Acto puro. Es el ser todo perfección, el ser cuya perfección no está limitada por ninguna potencia receptiva; en él no hay potencia, antes bien todo es acto. Dios es acto puro.

Actuar. Pasar o hacer pasar de la potencia al acto.

A fortiori. Expresión adverbial latina que significa *con más razón.*

Analogía. Semejanza de dos cosas idénticas en un aspecto y diversas en otro.

Analógico. Cuando del conocimiento propio y directo de un ser llegamos al de otro que no podemos conocer, se dice que nuestro conocimiento así obtenido es analógico; esto supone que el ser que nos es conocido, aun siendo de distinta naturaleza que el desconocido, puede, sin embargo, representarlo por ciertas relaciones de semejanza.

Apetito. Facultad en virtud de la cual un ser tiende hacia el objeto considerado por él como bueno.

Aprehender. Es representarse la inteligencia lo que un ser es, sin afirmar ni negar nada de él.

Bien. Es el objeto de las tendencias o apetitos naturales de los seres. El bien responde a las exigencias de la naturaleza.

Causa. Es todo aquello de que depende positivamente la realidad o la formación de una cosa. Por la *causa eficiente* empieza algo a existir; por la *causa final* es solicitada la causa eficiente; la *causa formal* es el principio intrínseco de la perfección de un ser, aquello por lo que la cosa es lo que es; la *causa material* o *subjetiva* es el sujeto en que es recibida la causa formal, aquello en que se realiza una cosa; la *causa ejemplar* o *ideal* es el tipo conforme al cual la causa eficiente inteligente produce su efecto.

Comprensores. Así llamamos a los bienaventurados que gozan de la visión beatífica de Dios.

Contingente. Lo que es, pero puede dejar de ser.

Eminente. Si una perfección superior contiene la inferior análoga, se dice que la contiene por manera eminente. Las perfecciones vegetativas del hombre están contenidas por manera eminente en la vida animal del mismo. Estando Dios dotado de perfección suma, le atribuímos por manera eminente todas las perfecciones que resplandecen en las criaturas.

Fin. Lo que uno se propone. Es lo que hemos llamado *causa final.*

Gracia. Don sobrenatural otorgado por Dios a la criatura racional en orden a la consecución de la vida eterna. La *gracia actual* consiste en un auxilio sobrenatural y transitorio que ilumina la inteligencia y fortalece la voluntad para realizar actos sobrenaturales; se llama *suficiente,* cuando deja expedita la facultad para el acto correspondiente; *eficaz,* cuando la voluntad accede a ella, por lo que el efecto es realmente producido. *La gracia habitual o santificante* consiste en una cualidad sobrenatural, recibida de Dios, unida al alma de una manera íntima y

permanente, en virtud de la cual nos hacemos participantes de la naturaleza divina.

Infuso. Se dice que son infusos los dones que Dios comunica (infunde) al alma.

Inmediato. Sin interposición de cosa alguna. Se aplica sobre todo a la visión beatífica, donde veremos a Dios directamente, sin interposición de cosa o idea alguna; no como ahora, que le conocemos por las perfecciones que resplandecen en las criaturas.

Intelección. Acto de entender.

Lumbre de gloria. Es la traducción de lo que en latín se dice *lumen gloriæ:* una cualidad que perfecciona el entendimiento de los bienaventurados haciéndolo apto para ver inmediatamente a Dios.

Movimiento. El sujeto que pasa de la potencia al acto se dice que *se mueve.* El movimiento puede ser *local,* que es lo que ordinariamente llamamos movimiento, consistente en el cambio de lugar de una manera continuada y sucesiva. También hay *movimiento en la cualidad,* que también se llama *alteración,* que consiste en cambios de cualidades accidentales que no afectan a la substancia. Hay por fin *movimiento en la cantidad,* por aumento o disminución, como cuando una cosa pierde cierta cantidad de materia.

Necesario. Se dice que es necesario lo que no puede dejar de ser. Dios es un ser necesario; sus atributos son necesarios, porque no puede Dios dejar de ser bueno, sabio, justo, etc. Dado que el hombre exista, ama necesariamente el bien. El todo es mayor que la parte, es una verdad necesaria; lo es también que es preciso obrar el bien y evitar el mal.

Panteísmo. Doctrina metafísica y cosmológica que no admite más que una substancia, de la cual los fenómenos todos del mundo son partes, manifestaciones o representaciones. Esta substancia única, Dios, comprende toda la realidad, y por eso se da al sistema el nombre de panteísmo.

Petición de principio. Sofisma por el cual se supone establecido desde el principio lo que se discute.

Posible. Un ser es *intrínsecamente posible*, cuando sus notas constitutivas no implican contradicción; lo es *extrínsecamente*, cuando su posibilidad intrínseca puede ser realizada por la existencia de otro ser capaz de hacerlo existir.

Positivismo. Sistema que no niega expresamente la existencia de algo real que traspase los límites de la experiencia, pero que rehusa ocuparse en esa cuestión. El positivismo limita el campo de la ciencia al conocimiento de los fenómenos sensibles, de los hechos simultáneos o sucesivos.

Potencia. Significa esta palabra a veces lo mismo que facultad; pero con más frecuencia se refiere a la perfectibilidad o capacidad de perfeccionamiento de un ser. En este sentido hablamos al decir que la inteligencia está en potencia para entender y la voluntad para amar, o que fulano es un ingeniero o un ministro en potencia. Se opone a acto, que es la perfección adquirida.

Predicable. Significa *atribuíble*.

Relativo. Que no puede existir ni concebirse sin otro ser.

Salud. Así se llama la salvación eterna. Como se dice *saludable* lo conducente a la salvación.

Substancia. Lo que tiene en sí y no en otro la razón de su realidad.

Volición. Acto de las facultades apetitivas, especialmente de la voluntad, en virtud del cual el sujeto agente se inclina hacia alguna cosa.

Voluntad significada. Así llamamos la voluntad divina manifestada en los mandamientos, en los consejos evangélicos, en las prohibiciones, en los deberes de nuestro estado, en los sucesos queridos o permitidos por *Dios*. Voluntad **de beneplácito**, en cambio, es el acto interno de la voluntad divina aun no dado a conocer.

ÍNDICE

CUARTA PARTE

El abandono en la Providencia divina

QUINTA PARTE

La Providencia, la Justicia y la Misericordia

EL 11 DE OCTUBRE DE 1945
SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS
CALLE CÓRDOBA 2028, BUENOS AIRES